

IAIN M.  
**BANKS**

ÚLTIMA  
GENERACIÓN

Lectulandia

Primera recopilación de relatos del autor de La fábrica de avispas y El uso de las armas. Incluye dos historias que se desarrollan en el universo de la Cultura, a las que se suman otras seis y un ensayo. El relato principal, una novela corta que da nombre a la obra, es una sorprendente contribución a la saga de 'La Cultura', que narra la disyuntiva moral acerca del hombre y la Tierra y del posible futuro para la humanidad. ¿Deberá intervenir la Cultura para cambiar este incierto futuro?

**Lectulandia**

Iain M. Banks

# **Última generación**

ePub r1.0

Superpollo1968 07.07.13

Título original: *The State of the Art*  
Iain M. Banks, 1991  
Traducción: Cristina Gómez Llorente  
Ilustraciones: Nick Day

Editor digital: Superpollo1968  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Dedicado a John Jarrod

## La carretera de los Cráneos



En la célebre carretera de los Cráneos hay que resignarse a un viaje plagado de baches...

—Dios mío, ¿qué pasa? —gritó Sammil Mc9 al despertarse.

La carreta que les había recogido a él y a su compañero se tambaleaba de forma violenta.

Mc9 apoyó sus mugrientas manos en la placa de madera podrida que formaba uno de los laterales de la carreta. Observó la legendaria carretera por encima del hombro, preguntándose por qué el traqueteo de la carreta, hasta entonces únicamente

incómodo, se había convertido en una sucesión de brincos incontrolables. Esperaba descubrir que habían perdido una rueda, o que la carreta se había salido de la carretera para adentrarse en una zona rocosa..., pero se dio cuenta de que era algo totalmente distinto. Durante un momento escrutó la superficie de la carretera con los ojos desorbitados y, a continuación, volvió a dejarse caer en el interior de la carreta.

—¡Vaya! —se dijo a sí mismo—, no sabía que los enemigos del imperio tuvieran la cabeza de semejante tamaño. Esto es un castigo divino, puro y duro...

Volvió a mirar al frente; el senil conductor seguía dormido, a pesar de los frenéticos botes del vehículo. Más adelante, el viejo cuadrúpedo de orejas anchas que avanzaba entre los ejes de la carreta estaba encontrando ciertas dificultades para abrirse paso sobre los enormes cráneos que componían la carretera en dirección a... Mc9 dejó vagar la mirada por aquella delgada línea blanca hasta perderla en la distancia, y la posó, finalmente, en la ciudad.

Un borrón reluciente se vislumbraba allá en el horizonte de la llanura. La mayor parte de aquella megalópolis legendaria era todavía inapreciable, pero sus brillantes y puntiagudas torres resultaban inconfundibles, incluso envueltas en aquella neblina azulada y cambiante. Mc9 sonrió al verla, después fijó la mirada en aquel equino silencioso y precario que traqueteaba y se resbalaba por la carretera; estaba sudando profusamente y acuciado por una pequeña nube de moscas que zumbaba en torno a su cabeza de orejas inquietas, cual fastidiosos electrones en torno a algún núcleo reactivo.

El viejo cochero se despertó y le lanzó un latigazo impreciso al jamelgo que tiraba entre los ejes, después volvió a retomar el sueño. Mc9 miró a lo lejos y paseó la mirada por la llanura cenagosa.

Normalmente, esta llanura era un paraje frío y desolado, azotado por el viento y la lluvia. Sin embargo, hoy hacía un día asfixiante; en el aire flotaba el hediondo olor de los gases de las marismas y los brezales estaban salpicados de diminutas flores de colores vivos. Mc9 volvió a recostarse entre la paja, arañándose y contorsionándose mientras la carreta se sacudía y le transmitía aquellos violentos tirones. Intentó componer los fardos de paja y los montones de estiércol seco para darles una forma más cómoda, pero no tuvo éxito. El único pensamiento que rondaba su mente era que el camino se les haría muy largo, además de verdaderamente incómodo, si continuaban estas escandalosas sacudidas. Justo entonces amainaron los baches y la carreta volvió a emitir sus chirridos y traqueteo habituales.

—Gracias a Dios que no opusieron demasiada resistencia —masculló Mc9 para sí mismo, volviendo a recostarse y cerrando los ojos.

*... iba en una carreta llena de heno por un frondoso camino. Los pajarillos cantaban alegremente, el vino estaba fresco y sentía el peso del dinero en el bolsillo...*

Aún no se había dormido completamente cuando su compañero, cuyo nombre

Mc9 nunca se había molestado en averiguar a pesar de todo el tiempo que llevaban juntos, se asomó desde detrás de los montones de paja y estiércol que se extendían junto a él y le preguntó:

—¿Represalias?

—¿Cómo? ¿Qué? —exclamó Mc9 sobresaltado.

—¿Qué represalias?

—¡Ah! —Creyó entender Mc9, frotándose el rostro y haciendo una mueca mientras entrecerraba los ojos, cegado por el resplandeciente sol que brillaba en lo alto de aquel cielo turquesa—. Las represalias que los difuntos enemigos del sacro imperio nos infligieron por ser súbditos del reino.

El pequeño compañero, cuya patente mugre quedaba enmascarada solo parcialmente por una capa de paja, discutiblemente menos roñosa, pestañeó furiosamente mientras negaba con la cabeza.

—No... yo decir, ¿qué significar «represalia»?

—Te lo acabo de decir —se quejó Mc9—. Vengarse de alguien.

—¡Ah! —exclamó el compañero mientras se sentaba a reflexionar sobre aquello, mientras Mc9 volvía a intentar dormirse.

*... había tres jóvenes lecheras caminando por delante de su carreta; avanzó hasta la altura de las muchachas, que aceptaron su invitación a llevarlas. Alargó la mano hasta...*

Su compañero le dio un codazo en las costillas.

—¿Cómo cuando yo coger muchas mantas y tú tirar a mí de la cama, o como cuando yo beber tu vino y tú obligar a mí a beber tres botas de cerveza laxante, o cuando tú preñar la hija del gobernador y él echarte encima a los cobradores de deudas estratégicas, o como cuando algún lugar no pagar todos los impuestos y Su Majestad ordenar que tener que aprobarse el certificado de nacimiento del primogénito de cada familia, o...?

Mc9, acostumbrado a que su compañero empleara el equivalente verbal a una ráfaga de reconocimiento por fuego, alzó la mano para detener esta riada de ejemplos. Su compañero siguió mascullando a pesar de que la mano le tapaba los labios. Finalmente, dejó de farfullar.

—Sí —contestó Mc9 mientras retiraba la mano—. Eso es.

—¿O ser como cuando...?

—¡Ey! —propuso Mc9 con fingido entusiasmo—. ¿Qué te parece si te cuento una historia?

—¡Oh, una historia! —Su compañero sonrió, aferrándose de antemano a la manga de Mc9—. Una historia estaría... —Sus mugrosos rasgos se contrajeron adquiriendo el aspecto de una marisma al researse, mientras luchaba por encontrar un adjetivo adecuado— bueno.

—Vale. Suéltame la manga y pásame el vino para regar la garganta.

—Ah —dijo el compañero de Mc9, adoptando una repentina actitud de precaución y duda. Alzó la vista sobre la parte delantera de la carreta, barrió con la mirada al conductor que roncaba a pierna suelta y a la renqueante bestia que tiraba de ellos y contempló la ciudad, aún un simple resplandor distante al final de la blanquecina franja de huesos que conformaba la carretera. Finalmente dejó escapar un suspiro—. De acuerdo.

Le entregó el pellejo de vino a Mc9, que se apresuró a ingerir la mitad de lo que quedaba antes de que su compañero, gritando y quejándose, consiguiera arrancárselo de las manos. En el transcurso del forcejeo se les derramó casi todo el vino que quedaba; un chorro de aquel líquido llegó a salpicar el cuello del conductor, alcanzando incluso la cabeza del equino (que se relamió agradecido las gotas que se le deslizaban por la cara, bañada en sudor).

El decrepito conductor se despertó sobresaltado y miró a su alrededor encolerizado, frotándose el cuello empapado, ondeando la raída fusta y, al parecer, convencido de tener que enfrentarse a unos cuantos ladrones, mercenarios y villanos.

Al volverse y clavar la mirada en ellos, Mc9 y su compañero le dedicaron una tímida sonrisa. El conductor frunció el ceño, se secó el cuello con un trapo y, a continuación, volvió a girarse y a sumirse en un sueño profundo.

—Gracias —le dijo Mc9 a su compañero. Se enjugó el rostro y se lamió una de las manchas de vino fresco que le habían salpicado la camisa.

El compañero bebió también un cuidadoso y delicado sorbo de vino, volvió a enroscar fuertemente el tapón en la bota y se la situó bajo el cuello, al mismo tiempo que se recostaba sobre ella. Mc9 lanzó un eructo, seguido de un bostezo.

—Sí —pidió el compañero con total seriedad—. Contar una historia. Yo encantar oír historias. Contar a yo una historia de amor y odio y muerte y tragedia y miedo y alegría y sarcasmo; hablar a yo de hazañas fantásticas y pequeñas aventuras y gente valiente y montañeses y gigantes enormes y enanos. Contar a yo cosas de mujeres valientes y hombres hermosos y grandes hechiceros... y de espadas desencantadas y antiguos y extraños poderes y cosas... horribles, asquerosas que... eh, no deber ni vivir y... mmm... enfermedades divertidas e imprevistos cotidianos. Sí, mí gustar. Contar. Yo querer.

Mc9 se estaba quedando dormido de nuevo, sin haber tenido la más mínima intención de contarle a su compañero ninguna historia desde el primer momento. El compañero le propinó un codazo en la espalda.

—¡Eh! —Volvió a darle otro codazo más fuerte—. ¡Eh! ¡La historia! ¡No ir a dormir! ¿Qué pasar con historia?

—Que le jodan a la historia —contestó Mc9 soñoliento, sin abrir los ojos.

—¡Bua! —gritó el compañero. El conductor de la carreta se despertó, se volvió y

le propinó un guantazo en mitad de la oreja. El compañero se calló y se sentó allí, frotándose el lado de la cabeza. Volvió a darle un codazo a Mc9 y le susurró—: ¡Tú decir que tú contarme una historia!

—¡Oh, léete un libro! —farfulló Mc9, acurrucándose entre la paja.

El pequeño compañero emitió un sonido sibilante y volvió a sentarse, con los labios apretados y las pequeñas manos oprimidas bajo las axilas. Clavó su mirada desafiante en la carretera que se extendía a lo largo de aquel ondulado horizonte. Después de un rato, el compañero se encogió de hombros, alargó la mano hasta su bolsa, escondida bajo la bota de vino y sacó un pequeño y grueso libro negro. Volvió a darle un codazo a Mc9:

—Solo tener la Biblia —le dijo—. ¿Qué trozo leerme?

—Ábrela por cualquier sitio —masculló Mc9 entre sueños.

El compañero abrió la Biblia al azar, capítulo 6, y leyó en voz alta:

*Sí, sí, sí, realmente les digo: no olviden que siempre existen dos lados de cada historia: un lado correcto y un lado equivocado.*

El compañero negó con la cabeza y arrojó el libro por el borde de la carreta.

El camino parecía continuar eternamente. El conductor gimoteaba y roncaba, el sudoroso jamelgo resollaba y forcejeaba mientras Mc9 sonreía en sueños y dejaba escapar algunos gemidos. Su compañero mataba el tiempo sacándose los puntos negros de la nariz para después volver a metérselos.

*... habían hecho un alto en el vado, al otro lado de un sombreado arroyo, donde consiguió al fin convencer a las lecheras de que se dieran un baño, cubiertas únicamente por sus ceñidos y vaporosos...*

En realidad, la bestia con apariencia equina que tiraba de la carreta era la famosa poetisa-escribana Abrusci, del planeta Wellit isn't marked on my charlieutenant, de modo que podría haberle contado al aburrido compañero un sinfín de fascinantes historias remontándose a las épocas anteriores a la pacificación del imperio y la liberación de su tierra natal.

También podría haberles contado que la ciudad se alejaba de ellos, desplazándose sobre aquella llanura anegadiza tan rápido como la carreta se acercaba a ella, atravesando lentamente aquel brezal infinito sobre sus millones de ruedas gigantes. Mientras tanto, el suministro continuo de enemigos del imperio derrotados arrojaba más trofeos para ampliar aquella célebre carretera de los Cráneos...

Pero esa, como ellos mismos dicen, es otra historia.

## Cortesía de la Cultura



«El dinero es símbolo de pobreza». Este es un antiguo refrán de la Cultura que me viene a la cabeza constantemente, especialmente cuando me veo tentado a hacer algo que sé que no debo hacer y hay dinero de por medio (¿y cuándo no lo hay?).

Miré fijamente la pistola, una pieza pequeña y precisa que yacía sobre la amplia mano de Cruzell, llena de cicatrices, y lo primero que pensé —después de *¿de dónde demonios han sacado una de estas?*— fue: *el dinero es símbolo de pobreza*. Por muy apropiado que fuese este pensamiento, no me fue de gran ayuda.

Eran altas horas de la madrugada de un fin de semana lluvioso y me encontraba

en la puerta de una casa de apuestas sin línea de crédito situada en la parte baja de la ciudad de Vreccile, mirando una preciosa pistola con aspecto de juguete mientras dos matones a quienes les debía un montón de pasta estaban a punto de pedirme que hiciera algo extremadamente peligroso y bastante peor que ilegal. Me encontraba calibrando los relativos atractivos de: intentar fugarme (me dispararían), negarme (me darían una paliza; probablemente pasaría las próximas semanas engrosando una abultada factura médica), y hacer lo que Kaddus y Cruzell me pedían, sabiendo que, aunque existiera alguna posibilidad de salir de aquella sin resultar herido y volviendo a ser una persona solvente, lo más probable era que me esperara una muerte turbia, y posiblemente lenta, mientras me interrogaban los servicios de seguridad.

Kaddus y Cruzell me ofrecían saldar todas mis deudas —una vez satisfecho el asunto— más una considerable suma, solo para demostrar que no quedaba ningún rencor.

Sospechaba que no preveían tener que pagar la última cuota de aquel trato.

De ese modo, sabía que lo que la lógica dictaba era decirles dónde podían meterse su elaborada pistola de diseño exclusivo y resignarme a recibir una paliza teóricamente dolorosa, pero probablemente no mortal. Mierda, podría desconectar el dolor (ser originario de la Cultura tiene ciertas ventajas), pero... ¿qué pasaba con la factura del hospital?

Ya estaba hasta el cuello de deudas.

—¿Qué problema hay, Wrobik? —preguntó Cruzell, arrastrando las palabras y avanzando un paso más hacia mí, al refugio de los empapados aleros del local.

Yo estaba allí, esperando con la espalda apoyada en el cálido muro, con el olor del húmedo asfalto taponándome la nariz y un sabor similar al metal en la boca. La limusina de Kaddus y Cruzell descansaba ociosa en la acera; veía al conductor en su interior, observándonos a través de una ventanilla abierta. La calle perpendicular al estrecho callejón estaba desierta. Una patrulla de policía sobrevoló la zona, por los aires, lanzando destellos luminosos entre la lluvia e iluminando la parte inferior de las encapotadas nubes que cubrían la ciudad. Kaddus miró hacia arriba un segundo, después ignoró la nave. Cruzell me acercó más la pistola. Intenté retroceder.

—Coge la pistola, Wrobik —aconsejó Kaddus con voz cansada. Me humedecí los labios y fijé la mirada en el arma.

—No puedo —respondí, mientras me metía las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Claro que puedes —me animó Cruzell. Kaddus sacudía la cabeza.

—Wrobik, no te compliques la vida; coge la pistola. Primero tócala solamente, comprueba si tu información es correcta. Vamos, cógela. —Observé fijamente aquella pequeña arma, paralizado—. Coge la pistola, Wrobik. Recuerda simplemente apuntar al suelo, no a nosotros. El conductor te tiene a tiro con un láser y podría pensar que

pretendes usarla contra nosotros... vamos, cógela, tócala.

No podía moverme, no podía pensar. Solo podía quedarme allí, inmóvil, hipnotizado. Kaddus me cogió por la muñeca derecha y me sacó la mano del bolsillo. Mientras Cruzell sostenía la pistola muy cerca de mi nariz, Kaddus me obligó a llevar la mano hacia ella. Cerré la palma en torno a la empuñadura, en un gesto casi exánime.

La pistola cobró vida; un par de luces parpadearon débilmente y se encendió la pequeña pantalla sobre la empuñadura, titilando en los bordes. Cruzell retiró la mano, dejándome a mí todo su control. Kaddus esbozó una sonrisa.

—Eso es, no era tan difícil, ¿verdad? —me dijo.

Empuñé el arma e intenté imaginarme disparando contra aquellos dos hombres, pero sabía que no sería capaz, me tuviera a tiro el conductor o no.

—Kaddus —imploré—. No puedo hacer esto. Pídeme otra cosa; haré cualquier otra cosa, pero no soy un sicario. No puedo...

—No tienes que ser un experto, Wrobik —contestó Kaddus tranquilamente—. Solo tienes que ser... lo que coño seas. Después únicamente tienes que apuntar y disparar: lo mismo que haces con tu novio. —Sonrió y le guiñó un ojo a Cruzell, que dejó al descubierto los dientes con una mueca. Yo sacudí la cabeza.

—Esto es de locos, Kaddus. Solo porque este cacharro se me encienda en las manos...

—Sí, ¿no tiene gracia? —Kaddus se volvió hacia Cruzell, mirándolo directamente a la cara y sonriendo—. ¿No tiene gracia que Wrobik sea un alienígena y que tenga exactamente la misma apariencia que nosotros?

—Alienígena y maricón —soltó Cruzell, frunciendo el ceño—. Joder.

—Mira —balbucí, observando la pistola—, puede... puede que este cacharro... puede que no funcione —concluí de forma poco convincente, y Kaddus dejó escapar una carcajada.

—Funcionará. Una nave es un objetivo grande. Noerrarás el tiro. —Volvió a sonreír.

—Pero yo creía que tenían protección anti...

—Láser y armas cinéticas con las que tratan, Wrobik; esto es distinto. No conozco los datos técnicos, solo sé que nuestros amigos radicales han pagado una gran suma por este aparato. Con eso me basta.

Nuestros amigos radicales. Aquello tenía gracia viniendo de Kaddus. Probablemente se refiriera al grupo Sendero Luminoso, una gente a la que él siempre había considerado no apta para los negocios, simples terroristas. Me imaginaba que, en términos generales, los vendería a la policía, aunque le pagaran una alta suma. ¿Estaba empezando a cubrir sus apuestas, o era pura avaricia? En este mundo tienen un refrán: «El delito susurra, el dinero habla».

—Pero habrá más personas en la nave, no solo...

—No podrás verlos. De todos modos, serán miembros de la guardia, capitanes de la Marina, algunos lacayos de la administración, agentes del servicio secreto... ¿qué más te da esa gente? —Kaddus me dio una palmadita en el hombro mojado—. Tú puedes hacerlo.

Aparté la mirada de sus cansados ojos grises y la fijé en la pistola, que descansaba tranquilamente en mi puño, con su pequeña pantalla brillando débilmente. Traicionado por mi propia piel, por mi propio tacto. Volví a pensar en la factura del hospital. Sentí ganas de llorar, pero no era eso lo que un hombre de aquí debía hacer y... ¿qué podía alegar? Era una mujer. Era de la Cultura. Pero había renunciado a todo aquello, ahora soy un hombre y estoy aquí, en la ciudad libre de Vreccile, donde todo tiene un precio.

—Está bien —dije, sintiendo como la amargura se extendía por mi boca—. Lo haré.

Cruzell pareció decepcionado. Kaddus asintió.

—Bien. La nave llega el noveno día, ¿sabes qué aspecto tiene? —Asentí—. Entonces no tendrás ningún problema. Podrás verla casi desde cualquier punto de la ciudad —dijo sonriendo débilmente mientras sacaba algo de dinero y me lo metía en el bolsillo de la chaqueta—. Cógete un taxi. El metro resulta peligroso en estos días. —Me dio una ligera palmadita en la mejilla; le olía la mano a perfume caro—. Eh, Wrobik, arriba ese ánimo, ¿quieres? Estás a punto de derribar una jodida nave estelar. Será toda una experiencia.

Kaddus soltó una carcajada, mirando alternativamente a mí y a Cruzell, que rio también diligentemente.

Volvieron a subir al coche, que chirrió en mitad de la noche, los neumáticos rodaron a todo gas sobre las calles anegadas por la lluvia. Me quedé allí contemplando cómo subía el nivel de los charcos, con la pistola aferrada a la mano como un complejo de culpa.

—Soy un proyector de plasma ligero, modelo PPL 91, serie dos, fabricado en A74882.4 en la fábrica 6 de la orbital Spanshacht-Trouferre, grupo Ørvölös. Número de serie 3685706. Valor de inteligencia punto uno. Alimentación mediante batería AM, calificación: indefinida. Potencia máxima sobre cerrojo único:  $3,1 \times 8^{10}$  julios; tiempo de reciclado: 14 segundos. Cadencia de tiro: 260 disparos por segundo. Uso limitado a individuos genéticamente preseleccionados de la Cultura, a través de análisis genético-epidérmico de forma exclusiva. Uso aconsejado con guantes o armadura ligera, se puede acceder a la galería de modos mediante los botones de mando. Su uso sin autorización queda terminantemente prohibido y será penado. Habilidad requerida: 12-75%C. A continuación se ofrecen las instrucciones completas; utilice los botones de mando y la pantalla para volver a reproducir, buscar,

dejar en pausa o detener...

»Instrucciones, parte uno: introducción. El PPL 91 es un arma de calificación pacífica y propósito general con funcionamiento complejo, no apta para uso en batalla abierta; sus parámetros de diseño y rendimiento se basan en las recomendaciones de...

La pistola yacía sobre la mesa, detallándome toda la información sobre sí misma con una voz alta y metálica mientras yo la escuchaba tumbado en un sillón, deprimido, posando la mirada sobre una ajetreada calle de la parte baja de Vreccile. Los trenes de mercancías subterráneos hacían vibrar el destartado bloque de apartamentos cada pocos minutos, el tráfico bullía por las carreteras sobre el nivel de la calle, los ricos y la policía surcaban los cielos en sus vehículos y naves volantes y, sobre ellos, nos sobrevolaban todas las naves estelares.

Me sentí atrapado entre todos estos estratos de decididos movimientos.

Al otro lado de la ciudad, a lo lejos, solo alcanzaba a ver la esbelta y brillante torre de la cámara *Lev*, erigiéndose imponente hacia las nubes y atravesándolas en su camino al espacio. ¿Por qué no podría utilizar el almirante la *Lev*, en lugar de organizar una gran parafernalia para celebrar su vuelta de las estrellas en su propia nave? Quizás pensó que una cámara elevadora, por muy pretenciosa que fuera, no era lo suficientemente digna para él. Cabrones vanidosos, todos ellos. Se merecían la muerte (si querías verlo así), pero ¿por qué tenía que ser yo quien los asesinara? Malditas naves estelares fálicas.

Aunque tampoco es que la *Lev* tuviera una apariencia menos insinuante y, de cualquier modo, no me cabía duda de que si el Almirante hubiera descendido por la cámara, Kaddus y Cruzell me hubieran pedido que acabara con ella. Menuda mierda. Negué con la cabeza.

Tenía en la mano un gran vaso de jahl, la bebida de alta graduación más barata de Vreccile. Era mi segunda copa, pero no la estaba disfrutando en absoluto. La pistola seguía parloteando, en medio de los pocos muebles que adornaban la habitación principal de nuestro apartamento. Estaba esperando a Maust, le echaba de menos incluso más de lo normal. Miré el terminal de mi muñeca; según la hora que marcaba, debería estar a punto de volver. Dejé vagar la mirada a través de la ventana, hacia la débil y aguada luz del amanecer. Todavía no me había acostado.

La pistola seguía con sus explicaciones. Por supuesto, hablaba en maraino, el idioma de la Cultura. Llevaba sin escucharlo casi ocho años estándar y, al volver a oírlo esta vez, me sentí triste y estúpido. Mi derecho inalienable, mi gente, mi idioma. Hacía ya ocho años, ocho años inmerso en la jungla. Mi gran aventura, mi renuncia a lo que me parecía estéril y anodino para sumergirme en una sociedad más vital, mi gran gesto... bueno, ahora me parecía un gesto vacío; ahora tenía la sensación de que había hecho algo estúpido y caprichoso.

Bebí otro trago de aquel licor de sabor intenso. La pistola seguía farfullando atropelladamente, explicando los diámetros de extensión del haz de luz, los patrones de tejido giroscópico, el modo de contorno-gravedad, el modo de propagación en línea de visión, el modo de disparo en curva, las configuraciones de dispersión y perforación... Pensé en meterme una glándula para tranquilizarme y serenarme, pero no lo hice; hacía ocho años juré no volver a usar esas glándulas astutamente alteradas y solo había roto ese juramento dos veces, ambas para mitigar un intenso dolor. De haber tenido el suficiente valor, me hubiera desecho de todo aquel maldito lote, lo hubiera devuelto a su estado humano habitual, nuestra herencia animal original... pero no soy una persona valiente. Me aterroriza el dolor y no puedo enfrentarme a él desnudo, como hace esta gente. Los admiro, los temo, pero, aun así, no los comprendo. Ni siquiera a Maust. De hecho, a Maust menos que a nadie. Quizás sea que no puedes amar aquello que comprendes totalmente.

Ocho años exiliado, perdido para la Cultura, sin escuchar ese idioma sedoso, sutil y a la vez complejamente sencillo. Y ahora que vuelvo a oír maraino, proviene de una pistola que intenta explicarme cómo dispararla para asesinar... ¿a quién? ¿A cientos de personas? Quizás a miles, dependerá de dónde caiga la nave, de dónde explote (¿podrán explotar las naves estelares primitivas? No tenía ni idea, nunca fue esa mi especialidad). Me puse otra copa mientras negaba con la cabeza. No podría hacerlo.

Soy Wrobik Sennkil, ciudadano de Vreccile número... (nunca me acuerdo, está en mis papeles), sexo masculino, raza preferente, treinta años; periodista autónomo a media jornada (actualmente en periodo de transición) y jugador empedernido a jornada completa (tengo tendencia a perder, pero me divierto. Al menos me divertía hasta la pasada noche). Sin embargo, también soy, sigo siendo, Bahlln-Euchersa Wrobich Vress Schennil dam Flaysse, ciudadana de la Cultura, sexo femenino, mezcla de especies demasiado compleja para recordarla, veintiocho años, estándar y miembro en su día de la sección de Contacto. Y una renegada; elegí ejercer esa libertad que la Cultura tanto se enorgullece de concederle a sus ciudadanos y abandonar aquella sociedad para siempre. Me dejó ir, incluso me ayudó, a pesar de que yo era reacia (pero ¿podría haber falsificado mis papeles yo misma, hacer todos los preparativos sola? No, pero, por lo menos, tras la educación recibida sobre las vías de la Comunidad Económica de Vreccile y después de que el módulo ascendiera, oscuro y silencioso, para volver a sumergirse en el cielo nocturno y llegar hasta la nave que me esperaba, solo he vuelto a acudir al legado de biología alterada de la Cultura dos veces, y ninguna a sus artefactos. Hasta ahora; la pistola continuaba divagando). Abandoné un paraíso que consideraba anodino para adentrarme en un sistema cruel y ambicioso que bulle de vida y de problemas; un lugar en el que pensé que encontraría... ¿qué? No lo sé. No lo sabía cuando me fui y sigo sin saberlo ahora, aunque al menos aquí encontré a Maust. Y cuando estoy con él mi búsqueda ya no

sigue marcada por la soledad.

Hasta la pasada noche, esa búsqueda parecía seguir teniendo sentido. Ahora la utopía me envía un minúsculo paquete de destrucción, un mensaje fortuito y accidental.

¿De dónde habían sacado esto Kaddus y Cruzell?, la Cultura custodia su arsenal con sumo cuidado, de forma incluso embarazosa. No se pueden comprar armas de la Cultura, al menos, no será la Cultura quien las venda. Aunque supongo que las cosas se pierden; hay tanto de todo allí que de vez en cuando deben extraviarse ciertos objetos. Le di otro trago a la copa mientras escuchaba a la pistola y observaba el acuoso cielo de la estación de lluvias sobre los tejados, las torres, las antenas parabólicas, y cúpulas de la gran ciudad. Quizás las pistolas se resbalen de las acicaladas manos de la Cultura con más frecuencia que otros objetos; denotan peligro, expresan amenaza y solo resultarán necesarias donde exista una buena oportunidad de perderlas, de modo que deben desaparecer una y otra vez, deben llevarse como premios.

Por supuesto, es por eso por lo que se fabrican con circuitos inhibidores que les permiten funcionar solo en manos de miembros de la Cultura (ciudadanos sensibles, pacíficos, y libres de caer en las garras de la codicia que, por supuesto, solo utilizarían un arma en defensa propia. Por ejemplo, si se vieran amenazados por alguna especie de bárbaro... ¡ay! La autocomplacida Cultura: su imperialismo de suficiencia). Esta pistola es incluso antigua; no obsoleta (ese es un concepto que la Cultura no acepta, ellos fabrican para que perdure), sino anticuada; con una inteligencia apenas superior a la de una mascota doméstica, mientras que el arsenal moderno de la Cultura es sensible.

Es probable incluso que no sigan fabricando pistolas de mano. He visto lo que denominan «drones de escolta personal armada». Si alguno de estos llegara, de un modo u otro, a manos de gente como Kaddus y Cruzell, lanzaría inmediatamente una señal de ayuda, utilizaría su fuerza motriz para intentar escapar, heriría, o incluso mataría, a quienquiera que intentara usarlo o capturarlo, intentaría abrirse camino y se autodestruiría si pensara que iba a ser desmontado o afectado de cualquier otro modo.

Le di otro trago a la copa de jahl. Volví a mirar la hora; Maust llegaba tarde. El club siempre cerraba puntualmente por miedo a la policía. No se les permitía hablar con los clientes al acabar el trabajo: siempre venía directamente a casa... Sentí un miedo incipiente, pero lo aparté de mi mente, seguro que estaba bien. Tenía otras cosas en las que pensar. Tenía que reflexionar sobre todo esto a conciencia. Otro sorbo de jahl.

No, no podía hacerlo. Dejé la Cultura porque me aburría, pero también porque la moralidad intervencionista y evangélica de la sección de Contacto significaba, en ciertas ocasiones, hacer justamente el tipo de cosas que supuestamente debíamos

impedir que hicieran los demás; declarar guerras, asesinar... todo eso, todas aquellas malas acciones... Yo nunca estuve directamente implicado con la sección de Circunstancias Especiales, pero sabía lo que seguía después («Circunstancias Especiales»; actividades clandestinas, en otras palabras. El eufemismo extraordinariamente revelador de la Cultura). Me negaba a vivir envuelto en tanta hipocresía y, por el contrario, elegí esta sociedad que no finge ser buena, que es avariciosa, honestamente egoísta, simplemente ambiciosa.

Sin embargo, he vivido aquí como vivía allí, intentando no hacer daño a los demás, tratando de ser yo mismo, sin más; y no puedo ser yo mismo destruyendo una nave llena de gente, aunque se trate de los gobernantes de esta sociedad cruel e insensible. No puedo usar esta pistola. No puedo permitir que Kaddus y Cruzell me encuentren. Ni tampoco voy a volver, con la cabeza agachada, al abrigo de la Cultura.

Me acabé la copa de jahl.

Tenía que irme. Existían otras ciudades, otros planetas, además de Vreccile. Solo tenía que huir; huir y esconderme. Pero ¿vendría conmigo Maust? Volví a consultar la hora; ya llegaba media hora tarde. No era muy propio de él. ¿Por qué se retrasaba? Me acerqué a la ventana y analicé la calle, buscando algún rastro suyo.

Un vehículo blindado de policía pasó entre el tráfico con gran estruendo. Era solo una ronda de reconocimiento; llevaban las sirenas apagadas, y las pistolas enfundadas. Se dirigía hacia el barrio del Ultramundo, donde la policía había estado realizando demostraciones de fuerza. No había rastro de la esbelta figura de Maust contoneándose entre la multitud.

Siempre esa preocupación. Por que pueda marcharse, por que la policía lo arreste en el club (indecencia, corrupción de la moralidad pública y homosexualidad; ese gran delito, ¡peor incluso que no pagar tus deudas!) y, por supuesto, la preocupación por que pueda conocer a otra persona.

*Maust, vuelve a casa sano y salvo, vuelve a mis brazos.*

Recuerdo que, al descubrir que aún me atraían los hombres, al final de mi fase de redefinición de género, me sentí engañado. Eso fue hace mucho tiempo, cuando todavía era feliz en el mundo de la Cultura, y al igual que mucha gente, me había preguntado cómo sería amar a alguien de mi mismo sexo. Me pareció extremadamente injusto que mi deseo no se alterase al mismo tiempo que mi psicología. Tuvo que llegar Maust para hacerme sentir que no me había engañado a mí mismo. Maust lo mejoró todo, insufló aliento a mi vida.

De cualquier modo, no sería una mujer en esta sociedad. Decidí que necesitaba otra copa y pasé junto a la mesa.

—... no afectará la estabilidad lineal del arma, aunque el retroceso aumentará en prioridad de potencia, o la potencia disminuirá...

—¡Cállate! —le grité a la pistola, intentando torpemente dar un golpe al botón de

apagado; mi mano impactó contra el grueso cañón del arma, que se deslizó sobre la mesa y cayó al suelo.

—¡Atención! —avisó la pistola—. No contengo componentes internos de utilidad para el usuario. Se procederá a una desactivación irreversible si se detecta algún intento de desmontar o...

—¡Silencio, cacharro asqueroso! —le proferí (y efectivamente quedó en silencio).

La recogí y la metí en el bolsillo de una chaqueta que había colgada en una de las sillas. *Maldita sea la Cultura; malditas sean todas las armas.* Fui a servirme otra copa, con una pesadumbre cada vez mayor en mi interior al comprobar la hora de nuevo. Vuelve a casa, por favor, vuelve a casa... y después fúgate conmigo, vente lejos conmigo...

Me quedé dormido frente a la pantalla, con un nudo de pánico en el estómago que competía con la mareadora sensación que se apoderaba de mi cabeza mientras escuchaba las noticias y aumentaba mi preocupación por Maust, intentando no pensar en demasiadas cosas. El informativo estaba lleno de noticias sobre terroristas ejecutados y célebres victorias en guerras breves y lejanas contra alienígenas, extraterrestres o subhumanos. El último reportaje que recuerdo narra los disturbios de una ciudad de otro planeta; no se mencionaba que hubiera muertes civiles, pero recuerdo una instantánea de una amplia avenida plagada de zapatos arrugados. La noticia se cerraba en el hospital, entrevistando a un policía que había resultado herido.

Volví a tener esa pesadilla que me perseguía, reviviendo la manifestación en la que me detuvieron hacía tres años; observando, horrorizado, una muralla de gas lacrimógeno que se extendía bajo el sol y viendo cómo una fila de policías a caballo salía a la carga desde detrás de ella. Resultaban, de algún modo, más atroces que vehículos armados o incluso tanques, no por los jinetes ataviados con viseras y sus largas porras, sino porque también los altos animales iban armados y llevaban puestas máscaras de gas. Monstruos de un sueño preconcebido y materializado en serie; aterrador.

Allí me encontró Maust horas después, al volver a casa. Habían asaltado el club y no le habían permitido ponerse en contacto conmigo. Me abrazó mientras lloraba, consolándome para que volviera a dormirme.

—Wrobik, no puedo. Risaret va a estrenar un nuevo espectáculo la temporada que viene y está buscando caras nuevas. Será algo rotundo, todo un éxito. Un reparto de primera. No puedo irme ahora, tengo un pie en la puerta. Por favor, entiéndelo. —Me cogió de la mano desde el otro lado de la mesa. Yo la retiré.

—No puedo hacer lo que me están pidiendo. No puedo quedarme, así que tengo que irme; es lo único que puedo hacer. —Mi voz sonaba apagada. Maust comenzó a recoger los platos y envases, mientras sacudía la cabeza, una cabeza alargada y grácil.

No había comido demasiado; en parte por la resaca y en parte por los nervios. Era media mañana, hacía un día bochornoso y aplastante. La planta de aire acondicionado de la comunidad se había vuelto a averiar.

—¿Tan terrible es eso que te están pidiendo? —Maust se ajustó un poco más el batín, balanceando los platos diestramente. Observé su delgada espalda mientras se dirigía hacia la cocina—. Quiero decir, ni siquiera me lo vas a contar. ¿No confías en mí? —resonó su voz.

¿Qué podía decirle? ¿Que no sabía si confiaba en él? Que lo quería pero que solo él sabía que era un extraterrestre. Aquel era mi secreto y se lo había contado solo a él. ¿Entonces cómo se habían enterado Kaddus y Cruzell? ¿Cómo lo sabía Sendero Luminoso? Mi sensual y erótico bailarín, mi infiel amor. ¿Pensabas que porque siempre hubiera guardado silencio no me había enterado de todas las veces que me habías engañado?

—Maust, por favor. Es mejor que no lo sepas.

—¡Ah! —Maust rio fríamente; ese bonito y doloroso sonido me desgarraba—. Una actuación terriblemente dramática. Me estás protegiendo, ¡qué galán por tu parte!

—Maust, esto es algo muy serio. Esa gente quiere que haga algo que simplemente no puedo hacer. Si no lo hago me... como mínimo me harán daño, mucho daño. No sé qué podrían llegar a hacer. Podrían... podrían incluso intentar hacerme daño utilizándote a ti. Por eso estaba tan preocupado de que llegaras tarde; pensé que podrían haberte raptado.

—Mi pequeño Wrobbie, pobrecillo —dijo Maust, mirándome desde la cocina—. He tenido un día muy largo. Creo que en mi último número me dio un tirón en un músculo, puede que no nos paguen después de la redada, seguro que Stelmer lo utiliza como excusa aunque la pasma no se llevara la recaudación, y tengo aún el culo dolorido porque uno de esos cerdos homófobos me metió el dedo hasta dentro. No resulta tan romántico como tus tratos con esos gánsteres y malotes, pero es importante para mí. Ya tengo bastante de lo que preocuparme. Estás exagerando. Tómate una pastilla o haz algo, vuelve a dormirte. Dentro de un rato lo verás con otros ojos —me dijo mientras me guiñaba un ojo antes de desaparecer.

Lo escuché moviéndose por la cocina. Por encima de nuestras cabezas resonó una sirena de policía. Desde los apartamentos inferiores se filtraba una suave música.

Fui hasta la puerta de la cocina. Maust se estaba secando las manos.

—Quieren que derribe de un disparo la nave estelar en la que vuelve el almirante de la flota, en el noveno día —le confesé. Por un segundo, Maust se quedó en blanco, después se le escapó una risilla. Avanzó hasta mí y me sujetó por los hombros.

—¿De verdad? ¿Y después qué? ¿Que escales por la superficie de la cámara Lev y vuelas hasta el sol con tu bicicleta mágica? —Sonrió divertido, tolerante. Coloqué

mis manos sobre las suyas y se las retiré lentamente de mis hombros.

—No. Solo tengo que derribar la nave, eso es todo. Tengo... me dieron una pistola capaz de hacerlo.

Saqué la pistola de la chaqueta. Maust frunció el ceño, negando con la cabeza. Por un momento pareció quedarse desconcertado, después volvió a reírse.

—¿Con eso, amor mío? Dudo mucho que puedas detener siquiera a un saltador con motor con esta pequeña...

—Maust, por favor. Créeme. Esto puede hacerlo. La ha fabricado mi gente y la nave... el Estado no dispone de ninguna defensa contra nada parecido a esto.

Maust lanzó un gruñido, después me quitó la pistola de las manos. Sus luces se desvanecieron.

—¿Cómo se enciende? —preguntó mientras la inspeccionaba, dándole vueltas en la mano.

—Tocándola, pero solo puedo hacerlo yo. Lee la composición genética de mi piel, sabe que soy de la Cultura. No me mires de ese modo; es la verdad. Mira —afirmé, demostrándoselo. Dejé que la pistola recitara la primera parte de su monólogo y configuré la diminuta pantalla a modo holográfico. Maust inspeccionó la pistola mientras yo la empuñaba.

—¿Sabes? —dijo después de un rato—. Esto podría tener bastante valor.

—No, para todos los demás es un cacharro inútil. Solo funcionará en mis manos y es imposible quebrantar su fidelidad. Se desactivaría.

—¡Qué... leal! —dijo Maust, sentándose y mirándome fijamente—. Debe de estar todo perfectamente organizado en esa Cultura tuya. La verdad es que no te creí demasiado cuando me contaste esa historia, ¿sabías eso, cariño? Pensé que solo estabas intentando impresionarme. Supongo que ahora tendré que creerte.

Me agaché delante de él, puse la pistola sobre la mesa y las manos en su regazo.

—Entonces, créeme cuando te digo que no puedo hacer lo que me piden y que estoy en peligro; quizás ambos lo estamos. Tenemos que irnos. Ya, hoy o mañana. Antes de que ideen alguna otra forma de obligarme a hacerlo.

—Tienes miedo, ¿eh? —dijo Maust sonriendo, mientras me alborotaba el pelo—. Estás desesperado y preocupado. —Se inclinó hacia mí y me besó en la frente—. Wrobbie, Wrobbie; no puedo irme contigo. Si crees que debes irte, hazlo, pero yo no puedo seguirte. ¿No sabes cuánto significa para mí esta oportunidad? Llevo toda la vida deseando esto; puede que no tenga otra ocasión. Tengo que quedarme, pase lo que pase. Vete tú; vete tan lejos como tengas que irte y no me digas dónde. Así no podrán utilizarme, ¿no? Ponte en contacto por medio de algún amigo, una vez se hayan calmado los ánimos. Después ya veremos. Quizás puedas volver; quizás yo pierda mi gran oportunidad, de todas maneras, y pueda irme contigo. Todo saldrá bien, ya pensaremos en algo.

—Pero no puedo dejarte —gemí, dejando caer la cabeza sobre su regazo, con ganas de llorar.

—¡Oh! A lo mejor te sorprende descubrir que te alegras del cambio. —Me consoló abrazándome mientras me acunaba—. Tendrás éxito donde quiera que vayas, tesoro. Probablemente tendré que matar a algún navajero para recuperarte.

—Por favor, por favor, vente conmigo —sollocé contra su batín.

—No puedo, amor mío. Simplemente no puedo. Iré a despedirme de ti, pero no puedo ir contigo.

Se quedó allí, abrazándome mientras lloraba; la pistola yacía silenciosa y lúgubre sobre la mesa, junto a él, rodeada por los restos de nuestro almuerzo.

Me marchaba. Salí del piso por la escalera de incendios justo antes del amanecer, trepé sobre dos muros sujetando firmemente mi bolsa de viaje, cogí un taxi desde la avenida General Thetropsis hasta la estación intercontinental... después cogería un tren subterráneo hasta Bryme y allí la cámara *Lev*, con la esperanza de que hubiera plaza en cualquier cosa que se dirigiera al exterior, ya fuera transestelar o interestelar. Maust me había dejado algo de dinero de sus ahorros y aún me quedaba un pequeño crédito de calificación alta. Lo conseguiría. Dejaría mi terminal en el apartamento. Me resultaría útil, pero los rumores eran ciertos; la policía podía seguirles el rastro y no iba a escapar de Kaddus y Cruzell para echarme encima a un dócil policía del departamento correspondiente.

La estación estaba abarrotada. Me sentí bastante seguro entre aquellas altas y ruidosas salas, rodeado de gente y comercios. Maust venía directamente desde el club para despedirme; había prometido asegurarse de que no lo siguieran. Tenía el tiempo justo para dejar la pistola en la consigna de equipajes. Le enviaría la llave a Kaddus, intentaría apaciguar un poco su instinto asesino.

Había una gran fila frente a las consignas; permanecí allí, exasperado, tras varios cadetes de la Marina que me explicaron que el retraso se debía a que los mozos estaban inspeccionando todos los bolsos y maletas para detectar bombas, una nueva medida de seguridad. Abandoné la fila para ir a reunirme con Maust; tendría que desprenderme de la pistola de algún otro modo. Enviar aquel maldito cacharro por correo o incluso tirarlo a algún contenedor.

Esperé en el bar, tomando algo inofensivo. Me miraba la muñeca continuamente, aunque seguidamente me sentía inútil. Había dejado el terminal en el apartamento; tendría que usar un teléfono público, buscar un reloj. Maust llegaba tarde.

En el bar había una pantalla donde emitían un boletín informativo. Aparté de mi mente la absurda sensación de que, de algún modo, ya era una persona perseguida, una cara que podría aparecer en el programa informativo en cualquier momento. Escuché las mentiras del día para quitarme de la cabeza el paso del tiempo.

Mencionaron la vuelta del almirante de la flota, que se esperaba para dentro de

dos días. Observé la pantalla, con una sonrisa nerviosa. Sí, y nunca sabréis lo cerca que ha estado ese cabrón de ser exterminado de los cielos. Durante uno o dos minutos me sentí importante, casi un héroe.

Entonces cayó la bomba; una simple mención, una nota al margen, el tipo de comentario que hubieran cortado si el programa acabara unos cuantos segundos antes: que el Almirante traería a un invitado, un embajador de la Cultura. Me atraganté con la bebida.

¿Sería aquel mi verdadero objetivo si hubiera seguido adelante?

De todos modos, ¿qué estaba haciendo la Cultura? ¿Un embajador?, la Cultura lo sabía todo sobre la Comunidad Económica de Vreccile y estaba observándola, analizándola; complacida de verla lo suficientemente afectada y sola por ahora. Los ciudadanos de Vreccile no tenían ni idea de lo avanzada o lo extendida que estaba la Cultura, aunque la Corte y la Marina lo sabían con bastante exactitud. Aquello bastaba para que estuvieran un poco paranoicos (aunque si lo hubieran sabido, no estarían lo bastante preocupados de ninguna manera). ¿Para qué enviaban a un embajador?

¿Y quién estaba tras aquel intento de atentado contra la nave? Sendero Luminoso sería indiferente al destino de un simple extraterrestre, en comparación con el golpe propagandístico que suponía derribar una nave estelar. Pero ¿qué pasaba si la pistola no la habían proporcionado ellos, sino una agrupación de la propia Corte o de la Marina? La CE de Vreccile tenía problemas; problemas sociales, problemas políticos. Quizás el Presidente y sus compinches estaban pensando en pedir ayuda a la Cultura. Esto podría conllevar el tipo de cambios que algunos de los oficiales más corruptos considerarían como una amenaza grave para sus lujosos estilos de vida.

Mierda, no lo sabía; quizás todo este intento de exterminar la nave provenía de un fanático de los cuerpos de seguridad o la Marina que intentaba saldar una vieja deuda, o simplemente saltar unos cuantos peldaños en el escalafón. Aún seguía pensando en esto cuando me llamaron por megafonía.

Me quedé sentado rígidamente. Me llamaron por el sistema de megafonía de la estación, tres veces. Una llamada de teléfono. Me convencí a mí mismo de que era Maust, que me llamaba para decir que llegaba tarde. Sabía que me dejaría el terminal en el apartamento, de modo que no podía llamarme directamente. Pero ¿anunciaría mi nombre en mitad de una estación abarrotada sabiendo que estaba intentando marcharme discreta y sigilosamente? ¿Seguiría tomándoselo tan a la ligera? No quería contestar aquella llamada. Ni siquiera quería pensarlo.

Mi tren salía en diez minutos; cogí mi bolsa. Volvieron a convocarme por megafonía, mencionando esta vez el nombre de Maust. Siendo así, no me quedaba otra opción.

Me dirigí al mostrador de información. Era una videollamada.

—Wrobick —suspiró Kaddus, negando con la cabeza. Estaba en alguna oficina, anónima, anodina. Maust estaba de pie, pálido y asustado, justo detrás del asiento de Kaddus. Cruzell permanecía a su derecha.

Maust sonreía sobre su delgado hombro. Cruzell se movía ligeramente; Maust no dejaba de temblar. Observé que se mordía el labio.

—Wrobik —repitió Kaddus—. ¿Ibas a marcharte tan pronto? Creía que teníamos una cita, ¿no?

—Sí —dije tranquilamente, mirando a Maust a los ojos—. He sido un tonto. Yo... me quedaré... un par de días. Maust, yo...

La pantalla se volvió gris.

Me giré lentamente en la cabina y observé la bolsa donde yacía la pistola. Cogí la bolsa. No me había dado cuenta de cuánto pesaba.

Estaba en el parque, rodeado de árboles empapados y rocas desgastadas. Los senderos se esculpían en el maltrecho suelo en varias direcciones y la tierra emanaba un aroma cálido y húmedo. Desde la cima de la ligera elevación escarpada donde me encontraba, bajé la mirada hacia los botes que navegaban en la penumbra, con las luces reflejándose en las pacíficas aguas del lago. El barrio de la división nocturna de la ciudad se adivinaba a lo lejos como una vaga plataforma de luz. Oía cantar a los pájaros desde los árboles que me rodeaban.

Las luces aeronáuticas de la cámara *Lev* ascendieron como un collar de repentinas cuentas rojizas hacia el azulado cielo vespertino; a unos cien kilómetros por encima de mi cabeza, el puerto situado en la cumbre de la *Lev* se iluminó, sin quedar eclipsado aún, en mitad de la luz solar. Sobre los edificios del Parlamento y la plaza Mayor de la zona urbana, el cielo comenzó a iluminarse con rayos láser, reflectores ordinarios y fuegos artificiales químicos; un espectáculo para celebrar el victorioso regreso del almirante y, quizás también, del embajador de la Cultura. Aún no se podía ver la nave.

Me senté sobre el tronco talado de un árbol, envolviéndome bien con la chaqueta. Tenía la pistola en la mano; encendida, preparada, oscilante, configurada. Había intentado actuar con perfeccionismo y profesionalidad, como si supiera lo que estaba haciendo. Había dejado incluso una motocicleta alquilada oculta entre unos arbustos al otro lado de la pendiente, cerca de la carretera. En realidad, podría acabar librándome de todo aquello. Eso es lo que me dije a mí mismo. Observé la pistola.

Había barajado la idea de usarla para intentar rescatar a Maust, o quizás para quitarme la vida; incluso había pensado entregarla a la policía (otra forma de suicidio, más lenta). También había considerado la posibilidad de llamar a Kaddus y decirle que la había perdido, que no funcionaba, que no podía matar a ningún compañero de la Cultura..., cualquier cosa. Pero al final, nada.

Si quería recuperar a Maust, tenía que hacer lo que me había comprometido a

hacer.

Detecté un destello en el cielo, sobre la ciudad. Un dibujo de luces doradas y descendentes. La luz central era de mayor tamaño y brillaba con más intensidad que el resto.

Pensé que no sería capaz de volver a sentir nada más, pero percibía un intenso sabor en la boca y me temblaban las manos. Quizás me volvería loco una vez derribada la nave y atacaría también la cámara *Lev*, lo destrozaría todo (¿o quedaría una parte girando en mitad del espacio? Quizás debía hacerlo solo para comprobarlo). Desde aquí podría bombardear media ciudad (joder, me estaba olvidando de los disparos en curva; podría bombardear toda la maldita ciudad). Podría derribar las naves escolta y atacar las aeronaves y las naves de las patrullas de policía. Antes de que me capturasen, podría protagonizar el mayor ataque que la ciudad de Vreccile hubiera sufrido nunca...

Las naves se alzaban sobre la ciudad. Al quedar fuera del alcance del sol, sus cascos reflectantes antiláser resultaban más pálidos. Aún seguían descendiendo, a unos cinco kilómetros de altura. Volví a comprobar la pistola.

*Quizás no funcione*, pensé.

Los rayos láser relucían en mitad de la noche y de la suciedad que se cernía sobre la ciudad, dibujando estrechos lunares en las altas y tenues nubes. Los haces de luces reflectoras se desvanecían y extendían entre aquella misma bruma, mientras los fuegos artificiales explotaban y caían lentamente a continuación, titilando y centelleando. Las pulcras naves descendían majestuosamente para aproximarse a las luces de bienvenida. Analicé la colina rodeada de árboles; estaba solo. Una cálida brisa transportaba hasta allí el quejumbroso sonido del tráfico de la carretera.

Alcé la pistola y ajusté la mira. En la pantalla holográfica apareció la formación de naves, alumbrada con la luz de la luna. Ajusté el aumento, apreté el botón de mando; la pistola captó la nave insignia y se quedó totalmente fija en mi mano. Un reluciente punto blanco marcó en la pantalla el centro de la nave.

Volví a mirar a mi alrededor, con el corazón latiéndome frenéticamente y la mano inmovilizada por aquella pistola anclada. Seguía sin venir a detenerme nadie. Me escocían los ojos. Las naves se encontraban a unos cientos de metros sobre los edificios estatales del centro de la ciudad. Los navíos exteriores se quedaron allí, mientras que la nave central, el buque insignia, descendía hacia la plaza Mayor, enorme y colonial, como un espejo acoplado sobre la reluciente ciudad. La pistola bajaba en mi mano, trazando su trayectoria.

Quizás el embajador de la Cultura no fuera en aquella maldita nave, de todos modos. Todo esto podría ser un montaje de la sección de Circunstancias Especiales; quizás la Cultura ya estuviera preparada para intervenir y había persuadido a los inductores para que me eligieran a mí, un hereje, y precipitar así las cosas. El

embajador de la Cultura podría haber sido una estratagema, por si empezaba a sospechar... No lo sabía. No tenía ni idea de nada. Estaba inmerso en medio de un mar de posibilidades, pero despojado de elecciones.

Apreté el gatillo.

La pistola me propulsó hacia atrás, todo mi alrededor se inundó de luz. Un resplandor cegador se extendió, al parecer de forma instantánea, desde mi mano a la nave que se alzaba a diez kilómetros de distancia. En algún lugar de mi cabeza resonó una intensa detonación y me caí del tronco del árbol.

Cuando me volví a sentar, la nave se había desplomado. La plaza Mayor estaba envuelta en llamas, humo y unos extraños y erizados destellos de relámpagos terribles; el resto de rayos láser y fuegos artificiales quedaron atenuados. Permanecí inmóvil, temblando, con los oídos llenos de pitidos, y observé lo que había hecho. Los esprinterceptiles más rezagados de los escoltas entrecruzaban el aire sobre los restos de la nave siniestrada y aterrizaban violentamente en el suelo, con los automatismos enloquecidos por la vertiginosa velocidad del rayo de plasma. Sus misiles explotaban con total intensidad entre los edificios y avenidas del centro de la ciudad, destrozo tras destrozo.

El estruendo de la primera explosión retumbaba y se extendía por todo el parque.

La policía y las naves escolta empezaban a reaccionar. Vi las luces de las patrullas de policía elevarse con efecto estroboscópico desde el centro; una nave escolta comenzó a girar lentamente sobre las salvajes y centelleantes radiaciones de los restos del siniestro.

Me metí la pistola en el bolsillo y crucé corriendo el húmedo sendero hacia la motocicleta, lejos del borde de la colina. Si cerraba los ojos, que me abrasaban, todavía podía ver el haz de luz que me había unido brevemente a la nave estelar; *un auténtico sendero luminoso*, pensé, a punto de echarme a reír. Un sendero luminoso recluido en la tenue oscuridad de mi mente.

Salí corriendo para unirme al resto de la pobre gente que intentaba huir de aquella catástrofe.

## Un acoplamiento extraño... e impar



Deprimido y abatido, con aquel amor no correspondido pesándole como una roca en el interior, Fropome observó el cielo con una infinita nostalgia; después sacudió la cabeza con lentitud y clavó la mirada desconsoladamente en la pradera que se extendía ante sus ojos.

A su alrededor, un cachorro rumiante, que avanzaba pastando por la frondosa llanura junto al resto de la manada, comenzó a provocar a uno de sus hermanos. Habitualmente, el pastor habría observado esta pretendida batalla con cierta diversión, pero hoy respondió con un bajo bufido que debería servir de advertencia a

los pequeños y ardientes animales. Uno de los tambaleantes rumiantes alzó la vista brevemente hacia Fropome, pero enseguida reanudó la lucha. Fropome sacudió una de sus ramas, azotando a los dos rumiantes en el lomo. Estos lanzaron un grito, se desenmarañaron y corrieron a tropezones lloriqueando y chillando hacia donde estaban sus madres, alrededor de la manada.

Fropome los observó mientras se alejaban y después, con un susurro muy parecido a un suspiro, volvió a fijar la vista en el intenso cielo anaranjado. Se olvidó de los rumiantes y de la pradera y volvió a pensar en su amor.

Su dama, su querida, la única por quien escalaría cualquier montaña, vadearía cualquier laguna... todo ese tipo de cosas. Su amor; un amor cruel, frío, insensible e indiferente.

Cada vez que pensaba en ella se sentía aplastado, seco por dentro. Parecía ser tan despiadada, tan apática. ¿Cómo podía importarle tan poco? Aunque no correspondiera su amor, era lógico pensar que al menos se sintiera halagada de que alguien le expresara un amor incondicional. ¿Le resultaba tan poco atractivo? ¿Se sentía realmente insultada por su veneración? Y si era así, ¿por qué lo ignoraba? Si sus intenciones le resultaban desagradables, ¿por qué no se lo hacía saber?

Y sin embargo, guardaba silencio. Actuaba como si todo lo que le había dicho, todo lo que había intentado expresarle, fuera solo un vergonzoso error, una metedura de pata que fuera mejor ignorar.

No lo entendía. ¿Pensaba acaso que decía ese tipo de cosas a la ligera? ¿Se imaginaba que no se había preocupado por qué decir y cómo decirlo? ¿Por dónde y cuándo confesárselo? ¡Había perdido hasta el apetito! ¡Llevaba varias noches sin dormir! ¡Estaba empezando a secarse y ondularse por los bordes! ¡Los pájaros-comida empezaban a posarse en sus nidos-trampa!

Un cachorro rumiante le olisqueó uno de los lados. Alzó al peludo animalillo con una rama, lo elevó hasta la altura de su cabeza, observándolo con sus cuatro ojos frontales, lo roció con un agente irritante y lo lanzó gimoteando a un arbusto cercano.

El arbusto se sacudió y lanzó un gruñido. Fropome se disculpó mientras el pequeño rumiante se zafaba y huía, retirándose furiosamente.

Fropome hubiera preferido estar a solas con su melancolía, pero tenía que vigilar la manada de rumiantes, prohibiéndoles acercarse a saciantes ácidos, plantas trampa y digéstitos; protegiéndolos de las babas estupefacientes de los pájaros-comida y manteniéndolos alejados de los pesados ataques de las bestias-roca.

Era un ambiente tan depredador. ¿No podía ser distinto el amor? Fropome agitó su mustio follaje.

Lo más seguro es que sintiera algo. Llevaban siendo amigos varias temporadas, se llevaban bien, tenían los mismos gustos e intereses y opiniones parecidas... si eran tan similares en estos aspectos, ¿cómo podía él sentir una pasión tan desesperada y

enfermiza por ella y ella no sentir nada por él? ¿Podía ser tan distinta esta raíz básica del alma cuando todo lo demás parecía guardar tanta armonía?

Tenía que sentir algo por él. Era absurdo pensar que no sintiera nada. Era simplemente que no quería parecer demasiado atrevida. Su reticencia ocultaba en realidad una simple prudencia, comprensible e incluso loable. No quería comprometerse tan rápido..., eso era todo. *Era tan inocente como un capullo immaculado, tan tímida como una floración lunar, tan pudorosa como un corazón envuelto en hojas...*

*... y tan pura como una estrella en mitad del cielo*, pensó Fropome. Tan pura y tan distante. Observó una nueva y resplandeciente estrella en el cielo, intentando convencerse de que su amor era correspondido.

La estrella se desplazó.

Fropome la observó.

La estrella lanzó un destello y se movió lentamente por el cielo, aumentando su brillo gradualmente. Fropome pidió un deseo: *¡Qué sea un presagio, que sea la señal de que me ama!* Quizás fuera una estrella de la suerte. Nunca había sido supersticioso, pero el amor ejercía unos extraños efectos sobre el corazón vegetal.

*Ojalá pudiera confiar en ella*, pensó, observando la lenta trayectoria de la estrella fugaz. No era impaciente; estaría encantado de esperar eternamente si supiera simplemente que le importaba. Esa era la incertidumbre que le atormentaba y que le hacía darle vueltas a sus miedos y esperanzas de aquella forma tan agonizante.

Miró a los rumiantes de forma casi afectuosa mientras merodeaban a su alrededor, buscando un buen sendero de hierba fresca o un cenagal donde defecar.

Pobres criaturas, son tan simples... Pero aun así, afortunadas en cierto sentido; su vida giraba en torno a comer y dormir, en esas pequeñas cabezas no había lugar para la angustia, en esos peludos pechos no había espacio para albergar un sistema capilar desgarrado.

¡Oh, qué bonito sería tener un corazón musculoso y simple!

Volvió a mirar al cielo. Las estrellas vespertinas presentaban un aspecto fresco y tranquilo, como ojos imparciales, observándolo. Todas menos la estrella fugaz a la que antes había pedido el deseo.

Reflexionó brevemente sobre la utilidad de pedir deseos a algo tan efímero como una estrella fugaz... incluso aunque cayera tan despacio como esta parecía hacerlo.

¡Oh, qué emociones tan inquietantes y propias de los brotes! ¡Qué credibilidad y nerviosismo tan típicos de los pueriles tallos! ¡Qué confusión e incertidumbre tan características de los esquejes!

La estrella seguía cayendo. Relucía cada vez con más y más brillo en el cielo nocturno, descendiendo lentamente al mismo tiempo que cambiaba también de color; de blanco como el sol a amarillo como la luna, pasando por naranja como el cielo y

rojizo como el atardecer. Fropome podía ya oír incluso su sonido; un tenue rugido, como un fuerte viento que azotara las copas de unos árboles irascibles. Aquella estrella fugaz de color rojizo no era ya tan solo un punto de luz; ahora había adoptado una forma definida, como una gran vaina de semillas.

A Fropome se le ocurrió pensar que aquello podría ser realmente una señal. Después de todo, fuera lo que fuera, había venido desde las estrellas y... ¿no eran las estrellas las semillas de sus antepasados, lanzadas tan alto que habían trascendido la Tierra para echar raíces en las esferas celestiales de aquel gélido fuego, viéndolo todo y sabiéndolo todo? Quizás, al final, aquellas antiguas leyendas fueran verdaderas y los dioses habían bajado a revelarles algo trascendental. Un escalofrío de entusiasmo le recorrió todo el cuerpo. Sus ramas se estremecieron y se le humedecieron las hojas.

La vaina estaba ya bastante cerca. Descendía y parecía dudar en mitad del cielo anaranjado. Sus colores seguían intensificándose cada vez más; Fropome se dio cuenta de que emanaba calor, podía sentir su calidez incluso a media docena de tramos de distancia.

Era un cuerpo elipsoidal, un poco más pequeño que él mismo. Flexionó las brillantes raíces de su extremo inferior y planeó por el aire para aterrizar sobre la pradera con una especie de deliberación vacilante, a un par de tramos de distancia.

Fropome lo analizó, completamente embelesado. No se atrevía a moverse. Esto podría ser algo importante, una señal.

Todo quedó inmóvil; él, los gruñones arbustos, la hierba susurrante, incluso los rumiantes parecían desconcertados.

La vaina se movió. Una parte de su carcasa se replegó hacia dentro, dejando al descubierto un agujero en mitad del homogéneo exterior.

Y de repente emergió una cosa.

Era algo pequeño y plateado y caminaba sobre lo que podrían ser unas patas traseras o un par de raíces superdesarrolladas. Se acercó hasta uno de los rumiantes y comenzó a dedicarle ciertos sonidos. El rumiante se quedó tan sorprendido que se desvaneció, y se quedó tumbado, observando fijamente a aquella extraña criatura plateada, parpadeando. Los cachorros corrieron hacia sus madres, horrorizados. El resto de rumiantes se miraron unos a otros, o a Fropome, que aún no estaba seguro de cómo actuar.

Aquella vaina de semillas plateada avanzó hacia otro rumiante y volvió a emitirle sonidos. Confundido, el rumiante dejó escapar un pedo. La vaina se desplazó hasta el trasero del animal y empezó a hablar más alto desde allí.

Fropome dio un par de palmadas con dos hojas para llamar respetuosamente la atención de la criatura plateada y extendió estas mismas hojas sobre el suelo, ante la vaina, en un gesto de súplica.

La criatura retrocedió de un salto, se despegó un trozo del medio de su cuerpo con

uno de sus rechonchos miembros superiores y lo apuntó hacia las hojas de Fropome. Se divisó un destello de luz y Fropome sintió una punzada de dolor conforme sus palmas-hojas se tostaban y humeaban ligeramente. Instintivamente, le propinó un latigazo a la criatura, lanzándola contra el suelo. El fragmento despegado salió volando hasta el otro lado de la pradera y golpeó a un cachorro de rumiante en el costado.

Fropome se quedó impresionado, luego furioso. Sujetó a la agitada criatura con una de sus hojas intactas mientras analizaba sus heridas. Probablemente las hojas se le caerían y tardarían varios días en volver a brotar; utilizó otra de sus extremidades para agarrar a la vaina plateada y subirla hasta su grupo de ojos. La agitó, después la tumbó y pegó la parte superior hacia abajo en las hojas que le había quemado; volvió a agitarla.

Volvió a subirla para inspeccionarla más de cerca.

*Maldita cosa extraña para haber salido de una vaina de semillas*, pensó, girando el objeto de un modo y otro. Presentaba un aspecto algo similar al de un rumiante, excepto porque era más delgado y plateado y su cabeza estaba formada simplemente por una esfera homogénea y reflectante. Fropome no se explicaba cómo podía mantenerse erguida. El alargado extremo le confería una apariencia especialmente inestable. Posiblemente no estaba diseñada para balancearse de un lugar a otro durante mucho tiempo; aquellos componentes puntiagudos, similares a extremidades, serían con toda probabilidad, raíces. El singular objeto se retorció entre sus hojas.

Desgarró un pequeño trozo de la plateada corteza exterior y la probó con uno de sus nidos-trampa. La escupió de nuevo. No era algo animal ni vegetal, sino más bien mineral. Muy extraño.

En el extremo del grueso miembro superior, cuyo recubrimiento exterior había desgarrado Fropome, se retorcieron unos zarcillos rosados. Fropome los examinó y se quedó asombrado.

Cogió uno de aquellos pequeños filamentos sonrosados y tiró.

Se desencajó con un tenue pop. En el plateado extremo superior de la criatura resonó otro sonido apagado.

*Me quiere...*

Fropome extrajo otro zarcillo. Pop. Segregó una sabia del color del ocaso.

*No me quiere...*

Pop, pop, pop. Terminó de extraer ese conjunto de zarcillos: *me quiere...*

Lleno de nerviosismo, Fropome arrancó la cubierta del extremo del otro miembro superior. Más zarcillos.

*... No me quiere.*

Un cachorro rumiante se acercó hasta él y tiró de las ramas inferiores de Fropome. Llevaba en la boca el dispositivo quemador de la criatura plateada, el que

le había herido en el costado. Fropome lo ignoró.

*Me quiere...*

El rumiante se dio por vencido y dejó de tirarle de la rama. Se adentró en la pradera, soltando el quemador sobre la hierba y dándole golpecitos inquisitivamente con una de sus patas.

La vaina plateada se retorció enérgicamente, intentando zafarse del agarre de Fropome, despidiendo una delgada savia rojiza sobre todo lo que había alrededor.

Fropome terminó de deshojar los zarcillos del segundo miembro superior.

Pop. *No me quiere.*

¡Oh, no!

El pequeño rumiante lamió el quemador, arañándolo con la pata. Otro de los cachorros lo vio divirtiéndose con aquel brillante juguete y se dirigió lentamente hacia él.

Siguiendo una corazonada, Fropome tiró de la cubierta de las raíces poco afiladas que asomaban por la base de la criatura. ¡Ajam!

*Me quiere...*

El cachorro rumiante, que jugaba junto a Fropome, se cansó de aquel objeto brillante; estaba a punto de abandonarlo donde estaba cuando vio acercarse a su hermano, con mirada inquisitiva. El primer cachorro emitió un gruñido e intentó recoger el quemador con el hocico.

Pop... *¡no me quiere!*

*¡Oh! ¡Golpe mortal! ¿Sería cierto que mi polen nunca llegaría a espolvorear sus perfectos ovarios? ¡Oh, universo perverso, equilibrado, tan monótonamente simétrico y uniforme!*

En un ataque de rabia, Fropome amputó la cubierta plateada de la mitad inferior de la goteante vaina, que seguía forcejeando débilmente.

¡Ay, vida injusta! ¡Ay, estrellas traicioneras!

El cachorro levantó el dispositivo quemador en la boca, bramando aún.

En algún lugar sonó un clic y la cabeza del cachorro voló por los aires.

Fropome no prestó demasiada atención. Seguía con la mirada fija en la criatura despojada de corteza que sostenía en las hojas.

... espera un momento... todavía quedaba algo. Allí arriba, justo donde se unían las raíces...

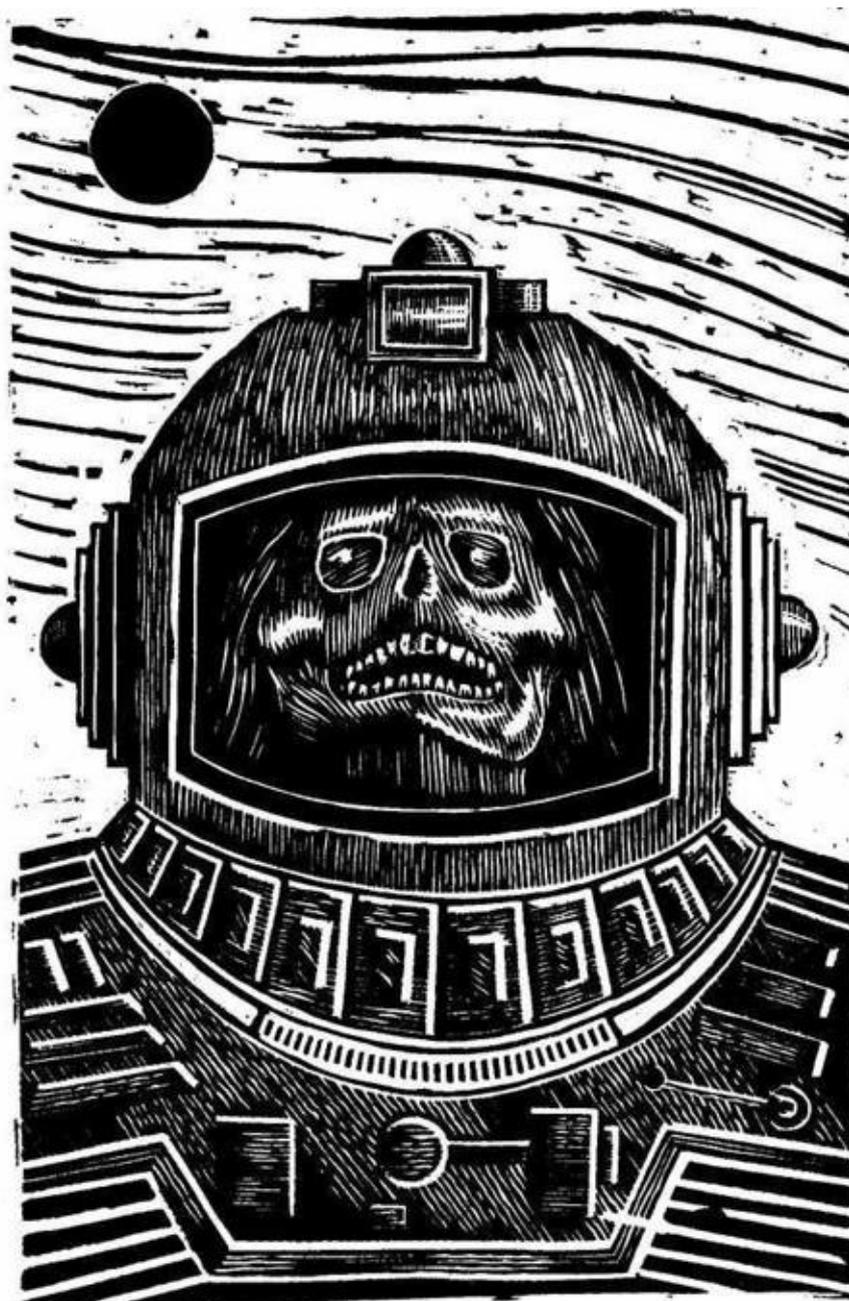
Gracias a Dios; ¡después de todo, aquel aparato era extraño... e impar!

¡Reinaba la felicidad!

(Pop).

*¡Me quiere!*

## El descendiente



Estoy abajo, ya he caído todo lo que voy a caer. Exteriormente soy solo algo más sobre una superficie, un cuerpo en el interior de un traje. Interiormente... todo es demasiado complicado. Lo estoy pasando mal.

Ahora me siento mejor. Este es el tercer día. Lo único que recuerdo de los dos anteriores es que pasaron; no recuerdo los detalles. Tampoco he ido recuperándome a un ritmo constante, ya que vislumbro los hechos de ayer incluso más borrosos que los del día anterior, el día de la caída.

Creo que entonces tuve la sensación de estar naciendo. Un nacimiento primitivo,

anticuado, casi animal; sangriento, sucio y peligroso. Actuaba como protagonista y como espectador al mismo tiempo; era el recién nacido y el que lo ayudaba a nacer. Y cuando, de repente, sentí que podía moverme, me incorporé bruscamente, intentando sentarme y secándome los ojos, pero los guantes de mis manos impactaban contra el visor, unos centímetros por delante de mis ojos. Entonces volví a desplomarme, levantando una nube de polvo. Perdí el conocimiento.

No obstante, este es el tercer día y tanto el traje como yo estamos en mejor forma, listos para movernos, para empezar a viajar.

Estoy sentado sobre una gran y áspera roca, en un sendero de piedras a medio camino de una larga zona escarpada con ligera pendiente. Creo que se trata de una escarpadura. Podría ser la ondulación que se extiende hasta el borde de un gran cráter, aunque no he divisado elementos secundarios que pudieran pertenecer a un agujero en dirección a la elevación, ni se observan indicios de superposición de estratos.

Por tanto, probablemente se trate de una escarpadura, con una inclinación menor en la pendiente del otro lado, espero. Antes de empezar a caminar, me preparo pensando en el recorrido que tengo por delante. Succiono el pequeño tubo cercano a mi mejilla y me llega a la boca una materia ácida y poco espesa. Hago un esfuerzo por tragarla.

Aquí el cielo tiene un intenso color rosáceo. Es media mañana y solo se pueden divisar dos estrellas con luz normal. Con las gafas externas, de cristales tintados y polarizados, solo puedo distinguir las tenues y escasas nubes, en lo alto. A este nivel, la atmósfera no tiene gas y no se mueve el polvo. Me recorre un escalofrío, que me roza con el traje, como si la insustancial soledad me contusionara. Sentí lo mismo el primer día, cuando pensé que el traje estaba muerto.

—¿Estás preparado para salir? —me pregunta el traje. Suspiro y me pongo en pie, arrastrando hacia arriba el peso del traje durante un momento, antes de que también él se flexione con cansancio.

—Sí, vamos a movernos.

Partimos. Me toca caminar a mí. El traje pesa bastante y siento un monótono dolor en el lado, también tengo el estómago vacío. El sendero de piedras se extiende hasta perderse en el horizonte del lejano cielo.

No sé qué ha pasado; eso me irrita, aunque no cambiaría nada si lo supiera. Tampoco hubiera cambiado nada cuando pasó, ya que no hubo tiempo de poder hacer nada. Vino todo por sorpresa: una emboscada.

Lo que quiera que impactara contra nosotros debía ser algo muy pequeño o estar muy lejos, de lo contrario no estaríamos aquí, no seguiríamos vivos. De haber sido un misil nuclear de tamaño estándar lo que alcanzara de lleno al módulo, solo habrían quedado radiaciones y átomos; probablemente ni un módulo intacto. Incluso un impacto parcial no dejaría nada reconocible para la vista humana. Solo algo

minúsculo —quizás nada que ver con un misil, sino solo algo que se moviera a gran velocidad— o un tiro errado desde más distancia dejarían restos.

Debo recordar eso, agarrarme a eso. Por muy mal que me encuentre, sigo vivo. Cuando tenía todas las papeletas para no llegar nunca hasta este lugar, ni siquiera en forma de ceniza, estoy aquí; solo y entero, capaz de pensar e incluso de caminar.

Pero lesionado. Ambos estamos dañados. Yo estoy herido, pero también lo está el traje. Algo mucho peor, en ciertos aspectos.

Está funcionando, casi por completo, en parte gracias a energía externa, absorbiendo la débil luz del sol lo mejor que puede, pero de forma tan poco eficiente que tiene que descansar por las noches, los dos tenemos que dormir. Sus sistemas de comunicación y el sistema automotor están destrozados y las unidades médica y de reciclaje también están terriblemente dañadas. Todo eso y, además, una pequeña fuga que no somos capaces de localizar. Estoy asustado.

Dice que tengo contusiones internas y que no debería caminar, pero ya hemos discutido este aspecto y acordamos que nuestra única esperanza era movernos, dirigirnos hacia la dirección más o menos correcta y esperar que la base a la que nos dirigíamos en un principio, en el módulo, nos divise. Esta base se encuentra a mil kilómetros al sur del casquete polar septentrional. Nosotros caímos al norte del ecuador, aunque no sabemos a qué distancia. Va a ser un largo camino, para ambos.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —responde el traje.

—¿Cuánto crees que avanzaremos hoy?

—Quizás unos veinte kilómetros.

—No es demasiado.

—No te encuentras muy bien, una vez que te recuperes avanzaremos más. Has estado bastante mal.

Bastante mal. Aún tengo pequeños fragmentos de vómitos y restos de sangre seca dentro del casco, en un lugar visible. Ya han dejado de oler, pero su aspecto tampoco es muy agradable. Intentaré limpiarlos de nuevo esta noche.

Aparte de cualquier otra cosa, me preocupa que el traje no esté siendo completamente sincero conmigo. Dice que cree que tenemos un cincuenta por ciento de posibilidades, pero sospecho que no tiene ni la más remota idea, o que sabe que las cosas son peores de lo que me está contando. Esto es lo que pasa por tener un traje inteligente. Sin embargo, fui yo quien lo solicité; fue elección mía, así que ahora no puedo quejarme. Además, si el traje no fuera tan brillante, ahora podría estar muerto. Nos bajó a los dos hasta aquí, sacándonos del módulo destrozado y descendiendo por esta atmósfera enrarecida, mientras yo seguía inconsciente a causa de la explosión. Un traje estándar podría haberlo conseguido del mismo modo, pero, probablemente, eso no habría sido suficiente; fue algo de lo que escapamos por los pelos, incluso del

modo en que lo hicimos.

Me dolían las piernas. El suelo está bastante nivelado, pero de vez en cuando tengo que sortear pequeñas protuberancias y zonas de terreno ondulado. También tengo los pies doloridos, pero el dolor de las piernas me preocupa más. No sé si seré capaz de seguir caminando todo el día, que es lo que espera el traje.

—¿Cuánto recorrimos ayer?

—Treinta y cinco kilómetros.

Fue el traje quien caminó todo aquello, llevándome como un peso muerto. Se levantó y empezó a andar, sujetándome en el interior para que no fuera dando tumbos, y me obligó a caminar, arrastrando los tenues restos de sus mullidos fotopaneles de emergencia sobre la polvorienta superficie, como las alas de algún extraño insecto lisiado.

Treinta y cinco kilómetros. Yo aún no he cubierto ni una décima parte de eso.

Tengo que seguir avanzando. No puedo decepcionarle. Estaría defraudando al traje. Él ha hecho un trabajo extraordinario trayéndonos hasta aquí de una pieza y ayer avanzó todo ese trayecto, sosteniéndome mientras yo seguía babeando y con los ojos en blanco, farfullando en sueños cosas ininteligibles sobre caminar y actuando como un muerto viviente... así que no puedo defraudarle. Si fracaso, nos perjudico a los dos, y disminuiré también sus posibilidades de sobrevivir.

La pendiente continúa. El terreno es aburridamente uniforme, siempre del mismo marrón oxidado. Me asusta que haya tan poca variedad, tan poca señal de vida. A veces vemos alguna mancha o alguna roca que podría ser vida vegetal, pero no podría decirlo con seguridad. El traje no lo sabe, porque la mayoría de sus ojos externos y táctiles se quemaron con la caída; su analizador no está en mejores condiciones que el sistema automotor o el transmisor-receptor. El informe del traje sobre el planeta no incluía datos exhaustivos sobre ecología, así que, en teoría, ni siquiera sabemos si esas decoloraciones podrían ser plantas. Quizás seamos la única vida sobre este planeta, quizás no haya ningún ser viviente ni racional a lo largo de miles y miles de kilómetros. Ese pensamiento me horroriza.

—¿En qué piensas?

—En nada —le digo.

—Habla. Deberías hablarme.

Pero ¿qué hay que decir? Y de todos modos, ¿por qué debería hablar?

Supongo que quiere hacerme hablar para que olvide la monótona marcha, el sonido de mis pasos a un par de centímetros del suelo color ocre de este yermo lugar.

Recuerdo que el primer día, cuando aún estaba en shock y delirando, pensaba que estaba fuera de mi cuerpo y de mi coraza y veía al traje abrirse, liberando mi preciado y fétido aire a la escasa atmósfera; y me veía a mí mismo agonizando en el frío, falto de aire. Después observaba al traje sacarme de sí mismo, lentamente, con cansancio,

rígido y desnudo, como el reverso de la piel de un reptil, un negativo de crisálida. Me dejaba sobre el polvoriento suelo escuálido y desnudo, y patético, y se alejaba, iluminado y vacío.

Y quizás aún tenga miedo de que haga eso, porque juntos, ambos podríamos morir, pero estoy casi seguro de que el traje lo conseguiría fácilmente por sí mismo. Podría sacrificarme para salvarse. Es el tipo de cosas que harían un montón de humanos.

—¿Te importa si me siento? —dije, desplomándome sobre una gran roca antes de que el traje pudiera responder.

—¿Qué te duele? —me pregunta.

—Todo. Sobre todo las piernas y los pies.

—Tendrán que pasar unos cuantos días para que se te endurezcan los pies y se te tonifiquen los músculos. Descansa cuando te apetezca, no tiene sentido que te exijas demasiado.

—*Mmm* —dije.

Quiero que me discuta. Quiero que me diga que deje de lloriquear y siga andando... pero él no quiere entrar en ese juego. Bajo la mirada hacia las piernas, que me cuelgan del cuerpo. La superficie del traje está ennegrecida y cubierta de pequeños agujeros y arañazos. Algunos filamentos, tan delgados como cabellos, se agitan, hechos jirones y carbonizados. Mi traje. Llevaba con él más de un siglo y apenas lo había usado. La mente había estado la mayor parte del tiempo enchufada a la unidad central original en casa, viviendo en un nivel añadido de sensaciones indirectas. Incluso en vacaciones había pasado la mayoría del tiempo a bordo de la nave, en lugar de aventurarme a adentrarme en ambientes hostiles.

Bueno, me juego la cabeza a que ahora sí que estamos en un ambiente hostil. Solo tenemos que caminar medio mundo sobre un planeta sin aire, superar todos y cada uno de los obstáculos que nos encontremos en el trayecto y, en caso de que el lugar al que nos dirigimos aún exista y de que los sistemas del traje no se descompongan por completo, en caso de que lo que fuera que destruyó el módulo no acabe con nosotros y de que no nos liquide nuestra propia gente, estaremos salvados.

—¿Te apetece que sigamos ya?

—¿Qué?

—Será mejor que nos pongamos en camino, ¿no crees?

—Ah, sí. Está bien.

Bajo hasta el suelo del desierto. Durante un rato, me duelen intensamente los pies, pero tan pronto como empiezo a caminar, el dolor empieza a disminuir. La pendiente sigue pareciendo la misma que varios kilómetros atrás. Ya tengo la respiración entrecortada.

Me asalta una vívida y repentina imagen de cómo podría ser la base, de lo que

probablemente sea: un extenso cráter humeante, arrancado del planeta durante el mismo ataque que nos abatió a nosotros. Pero incluso si esa fuera la realidad, acordamos que aún tenía sentido dirigirnos hacia allí; tanto los rescatadores como los refuerzos acudirán allí en primer lugar. Tenemos más oportunidades de que nos recojan allí que en ningún otro lugar. De todos modos, no quedaba ningún resto del módulo para quedarnos junto a él; viajaba tan rápido que se consumió por completo, incluso en esta atmósfera tan débil, al igual que estuvo a punto de pasarnos a nosotros.

Aún sigo teniendo una vaga esperanza de que nos divisen desde el espacio, pero imagino que ahora no será muy probable. Lo más seguro es que cualquier cosa que quedara intacta allí esté mirando hacia el exterior. Si nos hubieran detectado al caer, o divisado en la superficie, ya nos habrían rescatado, probablemente solo unas cuantas horas después de morder el polvo. Ellos no pueden saber que estamos aquí y nosotros no podemos comunicarnos con ellos. Así que lo único que podemos hacer es caminar.

Las rocas y piedras se van volviendo gradualmente más pequeñas.

Sigo andando.

Cae la noche. No puedo dormir.

La vista de las estrellas es espectacular, pero eso no es ningún consuelo. Además, tengo frío y eso tampoco ayuda demasiado. Seguimos en la pendiente; hoy hemos avanzado un poco más de dieciséis kilómetros. Espero llegar al borde de la escarpadura mañana, o al menos que haya algún cambio en el paisaje. Durante el día de hoy, mientras iba caminando, tuve varias veces la impresión de que, a pesar de todo mi esfuerzo, no nos estábamos moviendo nada. Todo es excesivamente uniforme.

Maldita sea mi primitiva ascendencia humana. Me duelen intensamente el costado y el estómago. Las piernas y los pies han aguantado mejor de lo que esperaba, pero las heridas me atormentan. También me duele la cabeza. En situaciones normales, el traje me bombardearía de analgésicos, relajantes o alguna poción para dormir; sea lo que sea, ayudaría a los músculos a fortalecerse y al cuerpo a recuperarse. Mi cuerpo no puede hacer estas cosas por él mismo, como la mayoría de personas, de modo que estoy a merced del traje.

Dice que su unidad de reciclaje está resistiendo. No quiero decírselo, pero esas gachas aguadas que me está administrando tienen un sabor horrible. El traje dice que sigue intentando localizar el lugar de la fuga; hasta ahora no registra ningún progreso.

Ahora tengo los brazos y las piernas en el interior. Esto me encanta, porque me permite rascarme. El traje está tendido con los brazos ajustados a los laterales y abiertos hacia la sección del torso, las piernas juntas y unidas y el pecho expandido para dejarme espacio. Mientras tanto, en el exterior se hiela el dióxido de carbono y las estrellas brillan constantemente.

Me rasco y me vuelvo a rascar. Otra cosa que la mayoría de humanos alterados no tendrían que hacer. No puedo lograr que el picor se esfume con el mero pensamiento. Esto no es demasiado cómodo, aunque normalmente sí se está bien: es un lugar cálido, acogedor y agradable, donde se satisface cualquier capricho químico del cuerpo revestido; un pequeño útero donde acurrucarse y soñar. El forro interior ya no se puede arreglar de igual modo al que lo hacía, de modo que permanece bastante endurecido y desprende una sensación —y un olor— a sudado. Se puede percibir el olor del sistema de tratamiento de aguas. Me rasco el trasero y me doy la vuelta.

Estrellas. Las observo fijamente, intentando igualar su mirada impasible a través de la superficie borrosa y arañada del visor del casco.

Vuelvo a meter el brazo en el traje y lo desajusto. Llevo la mano hasta la parte superior del pecho reventado y palpo el bolsillo delantero de la mochila, extrayendo mi antigua cámara inmóvil.

—¿Qué haces?

—Voy a hacer una fotografía. Ponme un poco de música, cualquier cosa.

—Está bien.

El traje hace sonar música de mi juventud mientras enfoco la cámara hacia las estrellas. Vuelvo a ajustar el brazo y paso la cámara por la esclusa del pecho. La cámara está muy fría, se empaña solo con mi aliento. El visor se despliega a medias y a continuación vuelve a replegarse. Lo extraigo con las uñas y finalmente se mantiene. El resto del mecanismo funciona; mis fotos de las estrellas salen bien y, cambiando a alguno de los antiguos cargadores de reserva, también consigo que queden brillantes y claras. Contemplo las fotografías de mi hogar y de mis amigos de la orbital. Mientras escucho esta antigua música nostálgica, siento una mezcla de consuelo y tristeza. Se me nubla la vista.

Se me cae la cámara y la pantalla se cierra de un golpe. Se aleja rodando por debajo de mí. Me levanto con mucho dolor, la recupero, vuelvo a desplegar de nuevo la pantalla y sigo navegando entre fotos antiguas hasta que me quedo dormido.

Me despierto.

La cámara está tirada a mi lado, apagada. El traje está tranquilo. Puedo oír los latidos de mi corazón.

Vuelvo a dormirme poco a poco.

Sigue siendo de noche. Estoy despierto mirando las estrellas a través del visor, que está lleno de arañazos. Me siento tan descansado como nunca, pero la noche aquí dura el doble que una noche estándar; solo tengo que acostumbrarme a esto. Ninguno de los dos consigue ver lo suficiente como para poder viajar con seguridad por la noche; además de que aún tengo que dormir un rato más y el traje no puede almacenar suficiente energía durante las horas de sol como para poder utilizarla para

caminar en la oscuridad. Su fuente de alimentación interna apenas produce suficiente energía para avanzar a gatas, de modo que la luz que recae sobre los fotopaneles nos ofrece un suplemento vital. Gracias a Dios, aquí las nubes no parecen abundar demasiado; un día nublado me obligaría a hacer todo el trabajo, fuera mi turno o no.

Despliego la pantalla de la cámara, a continuación pienso.

—¿Traje?

—¿Qué? —responde tranquilamente.

—La cámara tiene una unidad de potencia.

—Ya lo he pensado. Es muy débil y, de todos modos, los sistemas de potencia situados tras el punto de unión están estropeados, no se puede acoplar otra fuente de energía interna. Además, tampoco se me ocurre cómo acoplarla al sistema de radiación externo.

—¿No podemos utilizarla?

—No, no podemos utilizarla. Tú mira las fotos y ya está.

Contemplo las fotos.

No me cabe duda; hayas recibido educación o no, cuando has nacido y crecido en una orbital, nunca llegas a adaptarte a un planeta. Te vuelves agorafóbico; tienes la sensación de que estás a punto de ser centrifugado, enviado a flotar en el espacio, recogido y propulsado entre gritos y voces hacia las estrellas. De algún modo, sientes esa inmensa y derrochadora mole bajo tus pies, deformando el propio espacio y autocomprimiéndose, sólida como la tierra o incluso medio fundida, vibrando ante su chirriante empuje macizo. Y tú, clavado, colgado aquí en el exterior, medio aterrorizado de que, a pesar de todo lo que sabes, puedas perder la adherencia y desprenderte lejos, girando, dando vueltas y gimiendo.

A pesar de todo, este es nuestro lugar natal, esto es lo que abandonamos hace mucho tiempo. Aquí es donde solíamos vivir, en esferas de polvo y roca como esta. Esta es nuestra casa desde antes de que nos embargaran las ansias de conocer mundo, las remotas zonas que habitábamos antes de huir de nuestra tierra, de la cuna donde nos infectamos con el demente aliento de la inmensidad del lugar, como un ala metálica en el interior de nuestras enamoradizas cabezas; apenas ubicados en la escala de lo que nos rodea y embriagados de posibilidades estelares.

Me descubro escrutando las estrellas, con los ojos muy abiertos, quemándome. Me agito, aparto la mirada nublada de la vista exterior y me vuelvo hacia la cámara.

Observo una fotografía de grupo de la orbital. Gente que conocía; amigos, parejas, relaciones, niños; todos allí, bajo la luz de una tarde de verano, en el exterior del edificio principal. Recordé los nombres, las caras y las voces, olores y tacto. Tras ellos, casi terminada —tal y como estaba entonces—, se distingue la nueva ala. Aún yacen en el jardín los restos de la madera con la que la construimos, una mezcla de blanco y marrón sobre el verde. Sonrisas. El olor a serrín y la sensación de empujar

un plátano; la piel endurecida en mis manos y la visión y el sonido de la madera lijada ondulándose bajo la hoja.

Más lágrimas. ¿Cómo puedo evitar este sentimentalismo? Entonces no me esperaba todo esto. No puedo sobrellevar la distancia que hay entre todos nosotros ahora, ese horrible vacío de años eternos.

Hojeo varias fotografías más; vistas generales de la orbital, sus campos y ciudades y mares y montañas. Quizás, al final, todo pueda considerarse un símbolo; quizás, con nuestra limitada comprensión, no podamos evitar encontrar similitudes, talismanes... sin embargo, ahora esa placa interna de la orbital me parece falsa, desde aquí, tan lejana y tan solitaria. El globo de este planeta ordinario, dúctil y fortuito parece ser la última generación y la afilada navaja de la hermanada meticulosidad diamantina, nuestras pequeñas, inteligentes y eficientes orbitales, a las que les falta esa realidad fundamental.

Ojalá pudiera dormirme. Quiero dormirme y olvidarme de todo, pero no puedo, por muy cansado que esté. En esto, el traje tampoco me puede ayudar. Ni siquiera recuerdo haber soñado, como si esa aplicación también estuviera estropeada.

Quizás sea yo el ser artificial, no el traje, él no intenta fingir. La gente me decía que soy frío; eso me duele, sigue haciéndome daño. Solo puedo sentir lo que puedo y convencerme a mí mismo de que nadie puede pedirme que haga más.

Me doy la vuelta con mucho dolor, dándole la espalda a las traicioneras estrellas. Cierro los ojos y aparto de mi mente su estudio memorístico; intento dormir.

—Despierta.

Tengo mucho sueño, todos los ritmos están equivocados, vuelvo a estar cansado.

—Es hora de irnos, vamos.

Vuelvo en mí, frotándome los ojos y respirando por la boca para librarme del sabor a rancio que reina en ella. El amanecer luce un aspecto fresco y lleno de perfección, muy tenue y amplio a través de aquel inhóspito recubrimiento de gas. Y, por supuesto, la pendiente sigue igual.

Le toca caminar al traje, así que puedo descansar. Volvemos a desplegar las piernas y los brazos, el pecho se desinfla. El traje se pone en pie y comienza a caminar, sujetándome por las pantorrillas y la cintura, liberando mis palpitantes pies de la mayor parte del peso del cuerpo.

El traje camina más rápido que yo. Calcula que solo tiene un veinte por ciento más de fuerza que un humano medio. Una especie de humillación para él. Incluso tener que caminar puede resultarle mortificador (si es que se siente mortificado).

Ojalá funcionara el sistema automotor. Podríamos realizar todo el viaje en un solo día. Un día.

Avanzábamos a grandes zancadas por la desértica pendiente, dirigiéndonos hacia el borde. Las estrellas van desapareciendo lentamente, una a una, desvanecidas del

inmenso cielo al imponerse la luz del sol. El traje gana un poco de rapidez cuando los rayos azotan sus fotopaneles con más intensidad. Nos detenemos y nos agachamos un momento para inspeccionar una roca descolorida; es posible, si encontramos un óxido de algún tipo... pero aquella piedra no contiene más oxígeno que el resto, de modo que continuamos.

—Cuando volvamos, si lo conseguimos, ¿qué pasará contigo?

—¿Porque estoy dañado? —responde el traje—. Me imagino que sacarán el cuerpo, está bastante deteriorado.

—¿Y te pondrán uno nuevo?

—Sí, claro.

—¿Uno mejor?

—Eso espero.

—¿Y qué se quedarán? ¿Solo la mente?

—Y casi de un metro de columna secundaria y unas cuantas subunidades.

Quiero conseguir llegar hasta allí. Quiero que nos encuentren. Quiero vivir.

Llegamos al borde de la escarpadura a media mañana. A pesar de no ser yo quien camina, estoy muy cansado y adormilado; además, he perdido el apetito. La vista debe de ser impresionante, pero solo soy consciente de que es un camino de bajada largo y difícil. El borde es inestable y peligroso, que está surcado por corrientes y canales que, más abajo, se convierten en abruptos barrancos sombríos que separan cadenas montañosas de bordes afilados e irregulares capiteles. Más allá se extiende un pedregal, que más abajo, al pie del precipicio; tiene un color de sangre añeja y seca.

Estoy deprimido, como corresponde.

Nos sentamos en una roca a descansar antes de comenzar el descenso. Se aprecia un horizonte despejado y nítido. A lo lejos se divisan unas montañas y, en la amplia llanura que se extiende entre las montañas y nosotros, podemos observar numerosos canales, anchos y profundos.

No me encuentro bien. Me duele continuamente el estómago y, al respirar hondo, también siento dolor, como si me hubiera roto una costilla. Creo que es el sabor de la sopa de la unidad de reciclaje lo que me quita las ganas de comer, pero no estoy seguro. En el cielo siguen brillando unas cuantas estrellas.

—No podemos deslizarnos hasta abajo, ¿verdad? —le pregunto al traje. Después de todo, así es como atravesamos la atmósfera. El traje utilizó la diminuta cantidad del sistema automotor que le quedaba y, de algún nodo, consiguió que una lámina destrozada de los fotopaneles actuara como paracaídas.

—No. Lo más seguro es que el sistema automotor falle por completo la próxima vez que lo probemos y el truco del paracaídas... necesitaríamos mucho más espacio, mucha más caída para garantizar que se despliegue.

—¿Tenemos que bajar escalando?

—Tenemos que bajar escalando.

—Está bien, pues vamos allá.

Entonces nos pusimos en pie y nos acercamos al borde.

Cae la noche de nuevo. Estoy agotado. Muy cansado, pero no puedo dormir. Me duele el costado al tocarme y está a punto de estallarme la cabeza. Tardamos toda la tarde y parte de la noche en llegar hasta las llanuras y tuvimos que trabajar los dos para conseguirlo. En una ocasión, estuvimos a punto de despeñarnos. Caímos más de cien metros con solo unas láminas de piedra pizarra para agarrarnos, hasta que el traje pisó un punto de apoyo. De algún modo, conseguimos llegar abajo sin enganchar ni desgarrar los fotopaneles más de lo que ya lo estaban. Probablemente fuera más cuestión de suerte que de habilidad. Parecen dolerme todos los músculos. Estoy teniendo dificultades para pensar con claridad. Solo quiero tumbarme, darme la vuelta e intentar encontrar una posición cómoda para acurrucarme.

No sé cuánto más podré soportar. Esto va a prolongarse durante cien días o más; además, aunque la fuga aún sin localizar no me mate, tengo la sensación de estar a punto de morir de agotamiento. Ojalá nos estuvieran buscando. Parece difícil encontrar a alguien caminando dentro de un traje por la superficie de un planeta, pero no debería ser tan complicado. Todo este lugar está yermo, homogéneo, muerto y estático. Debemos de ser el único movimiento, la única forma de vida, al menos en cientos de kilómetros. Con nuestro nivel tecnológico, deberíamos destacar como una roca sobre el polvo. Sin embargo, o bien no nos están buscando o no ha quedado nadie para buscarnos.

Pero si aún existe la base, tienen que vernos en un momento u otro, ¿verdad? Los satélites no pueden tirarse toda la vida analizando el exterior, ¿no? Deben contar con alguna disposición para reconocer tierras enemigas. ¿Podemos haber pasado desapercibidos? No me parece plausible.

Vuelvo a observar mis fotografías. En el visor aparecen cien cada vez. Selecciono una y florece hasta llenar la pequeña pantalla con sus recuerdos.

Me froto la cabeza y me pregunto cuánto me crecerá el pelo. Me asalta una tonta pero aterradora imagen en la que tengo el pelo tan largo que me estrangula, expandiéndose por todo el casco y el traje y quitándome la luz, hasta que al final termina por asfixiarme. He oído que el pelo sigue creciendo tras la muerte, al igual que las uñas. Me asombro de que, a pesar de contar con un par de fotografías y los recuerdos que conllevan, aún no me haya excitado.

Me acurruco, en una posición fetal. Soy un pequeño planeta desnudo en mí mismo, reducido a un estado primitivo con mi propia atmósfera rancia de gas. Un diminuto satélite de este lugar, siguiendo una órbita baja, lenta y errática.

¿Qué estoy haciendo aquí?

Es como si me hubiera dejado llevar hasta acabar en esta situación. Nunca en la vida pensé en luchar ni hacer nada peligroso, al menos no hasta que estalló la guerra. Decidí que era necesario, aunque aquello parecía obvio; todo el mundo pensó lo mismo, todos a los que yo conocía, de un modo u otro. Y me presenté como voluntario, accedí a participar; eso también parecía ser... natural. Sabía que podría morir, pero estaba preparado para arriesgarme; era un acto casi romántico. No sé por qué, pero nunca se me ocurrió que pudiera suponer privación y sufrimiento. ¿Soy igual de estúpido que todos aquellos hombres a lo largo de la historia —aquellos a quienes siempre he despreciado y compadecido— que se marcharon a la guerra, con la cabeza llena de ideas nobles y de esperanzas de conseguir una gloria fácil, para acabar muriendo entre gritos y descuartizados en el barro?

Creí que era diferente. Creí que sabía lo que estaba haciendo.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta el traje.

—En nada.

—Ah.

—¿Por qué estás tú aquí? —le pregunto—. ¿Por qué decidiste venir conmigo?

El traje, oficialmente tan inteligente como yo y con derechos similares, podría haber seguido su propio camino si lo hubiera querido. No tenía que venir a la guerra.

—¿Por qué no iba a venir contigo?

—Pero ¿qué sacas de todo esto?

—¿Qué sacas tú de esto?

—Pero yo soy humano. No puedo evitar sentirme así. Quiero saber cuál crees que es la excusa de las máquinas.

—Oh, venga; tú también eres una máquina. Ambos somos sistemas, somos materia con sensibilidad. ¿Qué te hace pensar que nosotros tenemos más opciones que tú en la forma de pensar? ¿O que tú tienes tan pocas? Todos estamos programados, todos tenemos nuestra herencia. Tú tienes un poco más que nosotros, y más caótica, pero eso es todo.

Hay un dicho que afirma que nosotros damos a las máquinas una finalidad y que ellas nos dan los medios para cumplirla. Tengo la efímera impresión de que el traje está a punto de recitar ese vetusto adagio.

—¿De verdad te importa lo que pase en la guerra? —le pregunto.

—Por supuesto —responde con un deje burlón en la voz. Me tumbo y me rasco. Contemplo la cámara.

—Tengo una idea —le digo—. ¿Qué te parece si busco una foto muy brillante y la agito ahora, en medio de la oscuridad?

—Puedes intentarlo, si quieres.

El traje no me infunde demasiados ánimos. Lo intento de todos modos; se me cansa el brazo de agitarlo con la cámara. La dejo apoyada contra una roca, lanzando

sus destellos hacia el espacio. Aquella foto de un soleado día orbital, del cielo y las nubes y un agua reluciente, con cascos brillantes y las velas altas, con los gallardetes ondeando al viento y las elegantes olas salpicando alrededor, tiene un aspecto muy solitario y extraño en mitad de esta oscuridad inerte y polvorienta. De todos modos, tampoco es tan brillante; espero que la luz que se refleja de las estrellas no sea mucho más tenue. Sería fácil que pasara desapercibida, aunque, de todos modos, no parecen estar buscándonos.

—Me pregunto qué nos ocurre a todos al final —digo con un bostezo, adormilado por fin.

—No lo sé. Solo tenemos que esperar y comprobarlo.

—¿No sería divertido? —murmullo, sin añadir nada más.

El traje dice que estamos en el día número veinte.

Estamos en las estribaciones del lado más alejado de las montañas que vimos a lo lejos desde la escarpadura. Sigo vivo. Hemos reducido la presión en el interior del traje para disminuir la tasa de pérdida de la fuga; el traje ha decidido que no es un agujero como tal, sino una osmosis agravada de varias zonas cuyas capas exteriores se desgastaron demasiado durante la caída. Ahora respiro oxígeno puro, lo que nos permite reducir significativamente la presión. Podría tratarse de una coincidencia, pero la comida del tubo de reciclaje sabe mejor desde que cambiamos al gas puro.

Tengo un tenue dolor en el estómago continuamente, pero estoy aprendiendo a vivir con él. Creo que ha dejado de importarme. Voy a vivir o a morir, pero preocuparme y quejarme no va a aumentar mis posibilidades. El traje no está seguro de qué hacer con esto. No sabe si he perdido la esperanza o simplemente me he vuelto indiferente a todo. No me siento culpable por dejar que siga haciendo suposiciones.

He perdido la cámara.

Hace ocho días, estaba intentando hacer una fotografía de una extraña formación rocosa antropomorfa en la cumbre de las montañas, cuando la cámara se me resbaló de las manos y se cayó al interior de una grieta que se abría entre dos grandes rocas. Al traje pareció entristecerle casi tanto como a mí. En situaciones normales, podría haber levantado cualquiera de aquellas piedras, pero incluso uniendo nuestras fuerzas, no fuimos capaces de mover ninguna de ellas.

Ahora tengo los pies endurecidos y callosos, así que camino con mucha más facilidad. En general, me estoy curtiendo. Cuando salga de esto, seré una persona mejor, estoy seguro. Al sugerirle esta idea, el traje emite sonidos dudosos.

Últimamente estoy presenciando unas puestas de sol espectaculares. Seguramente se hayan sucedido todo el tiempo, pero no me había dado cuenta. Ahora me encargo de verlas, me siento a observar el recorrido y el rastro del tembloroso aire planetario y las altas nubes, formando volutas y arremolinándose, yendo y viniendo,

contemplando todos los niveles y capas de aquella envolvente atmósfera cambiando de color y girando como tersos y silenciosos proyectiles.

También hay una pequeña luna que tampoco había percibido hasta ahora. Cuando la diviso, enciendo los prismáticos externos con el máximo aumento y me siento a observar su superficie gris. Le recriminé al traje que no me hubiera recordado que el planeta tenía una luna. Me dijo que no pensaba que tuviera importancia.

La luna tiene un aspecto pálido y frágil, como llena de marcas de viruela.

He empezado a cantarme canciones a mí mismo. Esto molesta muchísimo al traje y, a veces, finjo que esto es una de las mayores recompensas de tal capricho vocal. Otras veces realmente creo que lo es. Se trata de canciones muy básicas, ya que no soy un experto en composición y tengo muy mala memoria para recordar las letras de los demás. El traje insiste en que, además, desafino, pero yo creo que lo dice solo por maldad. En una o dos ocasiones ha contraatacado poniendo la música muy alta por los auriculares, pero me limito a cantar más alto y al final termina rindiéndose. Intento que cante conmigo, pero se cabrea.

*Había una vez un astronauta,  
que era un hombre muy feliz.  
Toda la gran orbital quería descubrir,  
y ya creo que lo consiguió.  
Pero me temo que un buen día  
sufrió una mala caída  
tropezó con un planeta  
y cayó de bruces en la tierra.*

*No tendría que ir todo tan mal,  
pero lo peor estaba por llegar;  
allí era su único compañero  
un traje mudo de nacimiento.  
El traje era una bolsa de mierda  
y creía que el hombre era soez  
y lo único que quería  
era estar del revés*

*(estribillo)*

*¡Del revés, del revés, del revés,  
del revés, del revés, del revés!*

Y así continuamente. Tenía algunas más, pero trataban casi todas de sexo, así que eran bastante aburridas; subidas de tono, pero monótonas.

Me está creciendo el pelo. Ya tengo una barba rala.

He empezado a masturbarme, aunque solo cada pocos días. Por supuesto, todo se recicla. Reivindico al traje como mi amante. A él no le hace gracia.

Echo de menos mis comodidades, pero al menos el sexo se puede recrear parcialmente, mientras que todo el resto parece irreal, nada más que sueños. También he comenzado a soñar. Normalmente es el mismo sueño; estoy en algún tipo de crucero, en algún lugar. No sé en qué medio de transporte estoy, pero de algún modo sé que se mueve. Podría ser una nave, o un barco, o una aeronave, o un tren... no lo sé. Lo único que pasa es que voy bajando por un pasillo afelpado, atravesando plantas y pequeñas piscinas. En el exterior se ve pasar algún tipo de paisaje, las veces que consigo verlo, aunque no le presto demasiada atención. Podría ser un planeta visto desde el espacio, o montañas, o un desierto, incluso podría ser un paisaje submarino; no me importa. Saludo a varias personas que conozco. Estoy comiéndome algo rico para apañar la cena y llevo una toalla sobre el hombro. Creo que voy a darme un baño. En el aire flota un aroma agradable y suena débilmente una música preciosa, que casi reconozco, y que proviene de un camarote. Dondequiera, en lo que quiera que esté, va viajando muy uniforme y lentamente, sin emitir ningún sonido, vibración ni alboroto; con seguridad.

Si vuelvo a ver todo esto alguna vez, lo valoraría mucho. Entonces sabría qué es sentirse tan seguro, tan cómodo, sin temor, con confianza.

En ese sueño, nunca llego a ninguna parte. Siempre estoy caminando, todas y cada una de las veces que me asalta. Siempre es igual, siempre es tan agradable; siempre empiezo y termino en el mismo lugar, todo es siempre igual; predecible y reconfortante. Todo está tan definido y claro... No echo nada de menos.

Día número treinta. Hemos dejado atrás el paso entre las montañas y yo —nosotros— vamos caminando por lo alto de un antiguo túnel de lava. Estoy buscando un corte en la parte superior porque creo que sería divertido caminar por el propio interior del túnel, parece lo suficientemente grande para caminar dentro. El traje dice que cuando seguíamos el túnel no seguimos la dirección correcta para la base, pero yo calculo que estamos bastante cerca. Me concede el capricho. Me merezco que me lo conceda; ya no puedo seguir acurrucándome por las noches como una pelota. El traje decidió que estábamos perdiendo demasiado oxígeno cada vez que fusionábamos los miembros e inflábamos el traje por la noche, así que hemos dejado de hacerlo. Al principio odiaba sentirme atrapado y no poder rascarme, sin embargo, ya no me importa tanto. Ahora tengo que dormir con las piernas metidas en sus piernas y los brazos dentro de sus brazos.

El túnel de lava se desvía hacia una dirección equivocada. Me quedo inmóvil mirándolo mientras serpentea a lo lejos, subiendo una gran pendiente hasta un lejano volcán en escudo ya en extinción. Maldita sea, camino equivocado.

—Vamos a salir y avanzar en la dirección correcta, ¿vale? —propone el traje.

—Bueno, está bien —respondo enfurruñado. Salgo. Estoy sudando. Me seco la cabeza en el interior del casco, frotándomela arriba y abajo, como un animal que se rasca.

—Estoy sudando —le digo—. ¿Por qué me dejas sudar? No debería estar sudando. No deberías dejarme que sude. No estás prestando atención. Vamos, haz tu trabajo.

—Lo siento —responde el traje, con un tono desagradable. Creo que debería tomarse mi comodidad un poco más en serio. Después de todo, está aquí para eso.

—Si quieres que me salga y camine, lo hago —le digo.

—No será necesario.

Desearía que sugiriera tomarnos un descanso. Vuelvo a estar débil y mareado y sentía que el traje hacía todo el trabajo mientras bajábamos de la superficie del túnel de lava. Vuelvo a padecer aquel dolor de estómago. Comenzamos a andar de nuevo sobre la llanura cubierta de escombros. Me apetece hablar.

—Dime, traje, ¿no te preguntas si todo esto merece la pena?

—¿Si todo merece la pena para qué? —dice, dejándome percibir de nuevo ese tono condescendiente en su voz.

—Ya sabes, para vivir. ¿Merecen la pena todas estas... molestias?

—No.

—¿No?

—No, nunca me lo he planteado.

—¿Por qué no? —sigo haciendo preguntas cortas mientras caminamos, para conservar la energía y el aliento.

—No considero necesario preguntármelo. No es importante.

—¿No es importante?

—Es una pregunta irrelevante. Estamos vivos, con eso basta.

—¡Ah! Es así de fácil, ¿eh?

—¿Por qué no?

—¿Y por qué sí? —El traje permanece en silencio. Espero a que diga algo, pero no lo hace. Me río, agito nuestros brazos conjuntamente—. Quiero decir, ¿de qué va todo esto, traje? ¿Qué significa todo?

—¿De qué color es el viento? ¿Cuánto mide un trozo de cuerda?

Tengo que pensar en eso.

—¿Qué es «cuerda»? —pregunto finalmente, sospechando que me he perdido algo.

—No importa. Sigue andando.

A veces me gustaría poder ver al traje. Es extraño, ahora que lo pienso, no poder ver con quién estoy hablando. Solo esa voz apagada, no muy distinta de la mía, que retumba entre el interior del casco y el exterior de mi cráneo. Preferiría tener una cara a la que mirar, o incluso algo sencillo a lo que prestarle atención.

Si aún tuviera la cámara, podría hacer una foto de los dos. Si hubiera agua, podría contemplar nuestro reflejo.

El traje es mi figura, extendida, pero su mente no es la mía; es independiente. Esto me desconcierta, aunque supongo que tiene sentido. Sin embargo, me alegro de haber elegido una versión completa de inteligencia 1,0; el tipo estándar 0,1 no me habría supuesto ninguna compañía. Quizás mi cordura radica en la posición de una coma decimal.

Noche. Es la noche número cincuenta y cinco. Mañana será el día número cincuenta y seis.

¿Cómo estoy? Es difícil decirlo. Respiro con fatiga y estoy seguro de que he perdido peso. Ahora tengo el pelo largo y una barba bastante decente, aunque un poco irregular. Se me cae el pelo, así que todas las noches tengo que retorcerme y estirarme para meter un brazo en el cuerpo del traje y tirar los cabellos a la unidad de desechos, de lo contrario comienzan a causarme picor. Por la noche me despierta un dolor interno. Es como una pequeña vida en sí mismo, toqueteando y peleando por salir al exterior.

A veces sueño bastante, otras veces nada. He dejado de cantar. El terreno sigue extendiéndose, había olvidado que los planetas eran tan grandes. Este es más pequeño de lo normal, aunque aun así parece continuar y continuar sin fin. Tengo mucho frío y las estrellas me hacen llorar.

Me atormentan los sueños eróticos y no puedo hacer nada al respecto. Son parecidos a aquel antiguo sueño, el que caminaba en la nave o el barco o lo que fuera... solo que en este sueño la gente que me rodea está desnuda, acariciándose unos a otros y yo me dirijo hacia mi amante..., pero cuando me despierto e intento masturbarme, no ocurre nada. Lo intento una y otra vez, pero solo consigo agotarme. Quizás si el sueño fuera más erótico, más imaginativo..., pero es siempre igual.

Últimamente pienso mucho en la guerra y creo haber decidido que es un error. Al librarla nos estamos derrotando a nosotros mismos, al ganarla nos destruiremos a nosotros mismos. Todas nuestras estadísticas y suposiciones tienen menos significado cuanto más parecen ratificarlas. En nuestra lucha nos rendimos no a un enemigo, sino a todos los que hemos combatido en nuestro interior. No deberíamos involucrarnos, no tendríamos que hacer nada; nos hemos jugado nuestra selecta ironía por una piedad mecánica y la fe a la que combatimos es la nuestra.

Sal de ahí, apártate, no participes.

¿He dicho yo eso?

Pensaba que el traje había dicho algo. No estoy seguro. A veces creo que mientras duermo, me habla continuamente. Incluso podría estar hablándome también mientras estoy despierto, pero solo lo oigo de vez en cuando. Creo que me está imitando, intentando sonar del mismo modo que yo. Quizás quiera volverme loco, no lo sé.

A veces no sé cuál de los dos ha dicho algo.

Tengo escalofríos e intento darme la vuelta en el interior del traje, pero no puedo. Ojalá no estuviera aquí. Ojalá no hubiera ocurrido todo aquello. Ojalá todo fuera un sueño, pero al igual que los colores de la tierra y del aire, es demasiado coherente.

Tengo mucho frío y las estrellas me hacen llorar.

*«¿Del revés, del revés, del revés,  
del revés, del revés, del revés!»*

—¡Cállate!

—Ah, por fin me hablas.

—¡He dicho que te calles!

—Pero si yo no estaba diciendo nada.

—¡Estabas cantando!

—Yo no. Eras tú quien estaba cantando.

—¡No me mientas! ¡No te atrevas a mentirme! ¡Estabas cantando!

—Te aseguro que...

—¡Estabas! ¡Te he oído!

—Estás gritando, cálmate. Todavía nos queda un largo camino por delante. No conseguiremos llegar allí si tú...

—¡No me digas que me calle!

—No lo he hecho. Fuiste tú quien me ha dicho que me callara.

—¿Qué?

—He dicho...

—¿Qué has dicho?

—Yo...

—¿Qué? ¿Qué has...? ¿Quién es ese?

—Si tú...

—¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú? Oh, no, por favor...

—Mira, cál...

—No, por favor...

—¿Qué?

—... por favor...

—¿Qué?

—... por favor... por favor... por favor... por favor...

No sé qué día es. No sé dónde estoy ni cuánto he avanzado, ni cuánto queda aún por delante.

Ahora estoy cuerdo. El traje nunca tuvo ninguna voz. Me lo inventé todo; era mi propia voz todo el tiempo. Debo de haber entrado en algún estado de inconsciencia para imaginarme todo esto, para sentirme tan incapaz de sobrellevar el estar aquí abajo, solo, que creé a alguien con quien hablar, como un niño solitario con un amigo invisible. Creí en él y pensé que oía su voz, pero ya no la oigo. Incluso en su verosimilitud más insulsa, solo era la monótona calma de la locura. Temporal, por desgracia. Al igual que todo.

Ya no sigo contemplando las estrellas, por si comienzan a hablarme también.

Quizás la base se encuentre en el núcleo. Quizás solo estoy andando en círculos en torno a ella y nunca consiga acercarme más.

Ahora mis miembros se mueven por inercia; automáticos, programados. Apenas tengo que pensar. Todo es como debería ser.

No necesitamos a las máquinas, no más de lo que ellas nos necesitan a nosotros. Solo pensamos que las necesitamos. A ellas no les importa, ellas solo se necesitan a sí mismas. Por supuesto, un traje inteligente me habría desechado para salvarse a sí mismo; no las construimos a nuestra imagen y semejanza, pero, al final, es así como funcionan.

Creamos algo que se acerca un poco más a la perfección que nosotros mismos; quizás sea ese el único modo de progresar. Permitirles intentar hacer lo mismo. Dudo que puedan hacerlo, de modo que siempre serán menos que nosotros, pero al mismo tiempo también más que nosotros. Todo es una simple suma, una figuración susurrada y perdida en las vacías tormentas de ruido blanco que braman azotando el universo, un fugaz oasis en un desierto infinito, un inesperado fragmento de resultado mediante el que hemos aprendido a superarnos... y ellas son solo lo que queda de eso.

En realidad, me estoy volviendo loco en el interior de un traje espacial.

Creo que he pasado por el lugar donde solía estar la base hace tiempo, pero allí no había nada. Sigo caminando. No estoy seguro de saber cómo detenerme.

Soy un satélite; también ellos se sostienen cayendo únicamente hacia delante eternamente.

El traje que me envuelve está muerto, quemado y marcado y ennegrecido e inerte. No sé cómo he podido soñar que estaba vivo. El mero pensamiento hace que todo mi interior se estremezca.

El misil cuchillo de un guardia dron captó la figura perfilada contra el horizonte a unos cinco kilómetros de distancia, en una cadena montañosa de poca altura. El

pequeño misil evaluó el objeto con sumo cuidado, sin moverse de su grieta entre las rocas. Lo trianguló con los ojos que sobresalían sobre sus unidades espía de monofilamentos automotor, a continuación salió lentamente de su escondite hasta situarse en la línea de visión con un misil de reconocimiento que estaba apostado en un precipicio, unos diez kilómetros tras él. Le transmitió una breve señal y recibió la respuesta de su lejano dron.

En pocos minutos, el dron estaba allí, rodeando con una gran curva la figura sospechosa. Mientras se dirigía hacia allí, liberó varios misiles más, desplegándolos en círculo en torno al objetivo potencial.

¿Qué debía hacer? El dron tenía que formarse su propia opinión. La base no iba a disponer de transmisión mientras lo que fuera que hubiera impactado contra el último módulo entrante siguiera dando vueltas por ahí. Había sido una larga espera, pero hasta ahora, habían sobrevivido y pronto llegaría la artillería pesada.

El dron observó cómo la figura resbalaba y se deslizaba por el pedregal que se extendía bajo la montaña, levantando una confusa estela de polvo a su paso. Llegó hasta el fondo y después empezó a cruzar la amplia cuenca de grava, ajeno, al parecer, a toda la expectación que estaba generando.

El dron envió un misil cuchillo más cerca del objeto. El misil se mantuvo a flote por detrás, monitorizando las débiles emisiones electromagnéticas; intentó comunicarse, pero no recibió ninguna respuesta. A continuación se plantó delante de la figura y envió por láser la vista lateral del desgarrado traje a su dron.

La figura se detuvo, y permaneció inmóvil. Alzó una mano, como si saludara al pequeño misil que revoloteaba a unos cuantos metros frente a él. El dron se acercó, sobrevolándolo a distancia, para analizarlo. Finalmente, satisfecho, descendió de las alturas y se detuvo a un metro de la figura, que señaló el desastre negro en que se había convertido la unidad de comunicación de su pecho. Entonces hizo un gesto hacia el lateral del casco y se tamborileó en el visor. El dron asintió una única vez, avanzó por el aire y presionó suavemente el visor del casco, transmitiendo sus palabras al interior mediante vibraciones.

—Sabemos quién eres. ¿Qué ha pasado?

—Estaba vivo cuando caímos aquí, pero no me quedaban medicamentos. El desgaste provocó una lenta fuga de oxígeno y, al final, la unidad de reciclaje dejó de funcionar. No pude hacer nada.

—¿Has recorrido todo ese camino a pie?

—Desde el ecuador, más o menos.

—¿Cuándo murió?

—Hace treinta y cuatro días.

—¿Por qué no abandonaste el cuerpo? Habrías ganado velocidad.

—Llámalo sentimentalismo —contestó el traje, encogiéndose de hombros.

—Sube a bordo. Te llevaré hasta alguna entrada.

—Gracias.

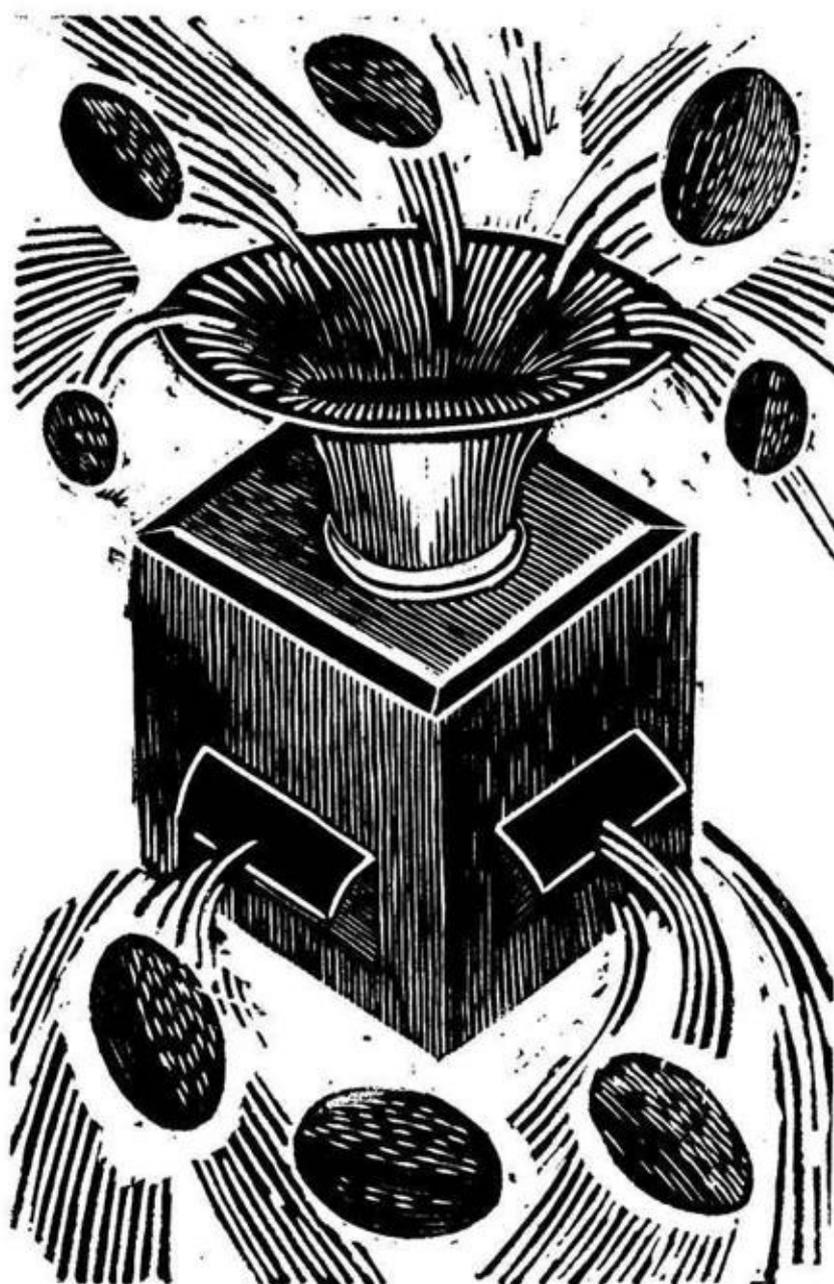
El dron bajó hasta la altura de la cintura y el traje se subió encima y se sentó sobre él.

El cuerpo, rebotando flácidamente en el interior del traje, se mantenía en un estado de conservación bastante bueno, aunque se le había resecado la piel a causa de la deshidratación y presentaba un aspecto oscurecido. El rostro dejaba al descubierto los dientes, en una sonrisa cómplice a aquel árido mundo, y llevaba el cráneo arqueado hacia atrás sobre las vértebras superiores bloqueadas, en una postura erguida y triunfante.

—¿Estás bien ahí arriba? —gritó el dron a través del tejido del traje. Él asintió fríamente a los ojos de un misil cuchillo acompañante.

—Sí. Aunque todo esto es un poco complicado. —Apuntó a la superficie quemada y llena de cicatrices de su cuerpo—: Me duele.

## Operación limpieza



El primer obsequio cayó en una granja de cerdos de Nueva Inglaterra. Comenzó su existencia cinco metros por encima de un destartado excusado auxiliar, atravesó el tejado, rebotó en una cisterna y destruyó un tractor sin ruedas que arrastraba una sierra de cinta.

Bruce Losey salió corriendo de la casa con su carabina deportiva en la mano y preparado para volarle la crisma a cualquier intruso de La Llegada del Reino. Sin embargo, solo encontró algo parecido a un fardo gigante de plumas de pavo real encima de su tractor, que yacía volcado de lado con una fuga de gasolina y con

aspecto de no volver a funcionar nunca más.

Bruce alzó la vista hacia el agujero del tejado y escupió sobre una pila de troncos cortados.

—Malditos aviones supersónicos.

Intentó levantar el objeto que le había destrozado el tractor, había hecho añicos el tejado y había abollado la cisterna, pero se apartó de un salto al abrasarse las manos. Volvió a entrar en la casa mirando con recelo al cielo y llamó a la policía.

Cesare Borges, responsable de la poderosa Corporación de Alianza Industrial y Militar (C. A. I. M.), estaba plácidamente sentado en su oficina leyendo un fascinante artículo titulado «Oración: ¿una guía para la inversión?». Entonces sonó el interfono del despacho.

—¿Qué?

—Viene a verle el profesor Feldman, señor.

—¿Quién?

—Un tal profesor Feldman, señor.

—Ah, ¿sí?

—Sí, señor. Dice que trae los resultados del trabajo de desarrollo preliminar sobre... —se produjo un intercambio de palabras que Cesare no alcanzó a distinguir —... sobre el Proyecto de recursos alternativos.

—¿El qué?

—El Proyecto de recursos alternativos, señor. Se estableció el año pasado, por lo que parece. El profesor lleva esperando bastante tiempo, señor.

—Lo veré más tarde —dijo Cesare, desconectando el interfono y volviendo a sumergirse en la lectura del *Reader's Digest*.

—Joder, no tengo ni idea de qué es esto.

—Creo que se cayó de un avión supersónico.

El agente se frotó la barbilla. El otro poli estaba metiendo un palo en el fardo que yacía sobre el viejo tractor. Aquella cosa tenía casi tres metros de largo y uno de diámetro y, fuera lo que fuera, sus colores se desplazaban y cambiaban continuamente. Además, en cuanto algo la tocaba, se ponía caliente. Salió un reguero de humo del extremo del palo.

—De todos modos, ¿a quién deberíamos informar de esto? —preguntó el poli que sostenía el palo. Quería acabar con aquello lo antes posible y alejarse del olor a cerdo que emanaba del establo que había al otro lado del patio.

—Supongo que... a la Administración Federal de Aviación —dijo el otro—, o quizás a las Fuerzas Aéreas. No sé exactamente. —Se quitó la gorra y jugueteó con la placa, echándole el aliento y sacándole brillo con la manga.

—Bueno, yo tengo que pedir una indemnización, a quien quiera que pertenezca

esto —anunció Bruce mientras volvían a entrar en la casa—. Ese trasto me ha causado un montón de daños. Me costará un buen puñado de billetes arreglarlo todo. El tractor era casi nuevo, ¿sabe? Ya se lo digo yo, con estos aviones supersónicos no se está a salvo en ningún sitio.

—Mmm.

—Ajam.

—¡Hey! —dijo Bruce, deteniéndose y mirando a los dos policías con una expresión llena de preocupación—. ¿Saben ustedes si Liberia tiene registrados aviones supersónicos?

El profesor Feldman estaba sentado en la sala de espera exterior del antedespacho que tenía Cesare en la planta alta del edificio de la C. A. I. M. en Manhattan. Hojeó el resumen de su informe por decimoctava vez.

El secretario, un hombre joven y de buena presencia con un terminal IBM 9000 en el escritorio y una metralleta M.23, se había encogido de hombros compadecido después de que por fin le hubiera convencido para que llamara a la oficina de Cesare. El profesor se resignó a tener que esperar y volvió a su asiento. Aparte de él, había otras siete personas más esperando para ver a Cesare. Dos de ellos eran generales de las Fuerzas Armadas y otro era el ministro de Asuntos Exteriores de un importante país en desarrollo. Todos ellos estaban algo nerviosos sin sus asistentes, a quienes retenían en la sala de espera de la sala de espera del antedespacho para evitar aglomeraciones. Según los otros, llevaban esperando siete u ocho horas diarias durante los cinco días a la semana de las últimas tres semanas, como mínimo.

Era el primer día que el profesor esperaba.

El buque factoría surcaba el espacio por uno de los brazos plagados de polvo estelar de la galaxia principal, con sus campos-red extendidos ante él como enormes miembros invisibles, recolectando la cosecha como una red de arrastre y canalizando el material recogido hacia los transmutadores de primera fase.

Las cosas se le estaban complicando a Matriapoll Trasnegatherstoleken-iffregienthickissle junior en la sala social de la Tercera brigada de limpieza. Casi había completado toda la vuelta a la sala sin rozar el suelo cuando una silla plegable se desplomó a sus espaldas. Ahora tenía que volver al principio y comenzar todo el trayecto de nuevo con una pata atada a la espalda. El resto de los miembros de la brigada apostaban en qué lugar se caería y le proferían insultos.

—¡7833 Matriapoll y colegas acudan a sala de instrucción catorce! —bramó el altavoz de la sala social.

Normalmente Matriapoll habría agradecido esta interrupción, pero en aquel momento estaba encima del altavoz intentando agarrarse a un accesorio de iluminación y la repentina irrupción de aquella voz a sus espaldas le hizo perder el

agarre, desplomándose al suelo entre una ola de gritos y carcajadas.

—Cabrones —dijo.

—Vamos, Matty. —Sus compañeros, Oney y Twoey rieron entre dientes, desatándole el brazo rápidamente con sus minúsculas y hábiles manos y echándole una regañina. Le sacudieron la ropa y le siguieron de aquí para allá mientras Matriapoll pagaba a los demás miembros de la brigada lo que les debía y, a continuación, salía hacia la sala de instrucción.

Las Fuerzas Aéreas tampoco sabían qué era aquello, pero no era ningún artefacto suyo, de eso estaban seguros. Por supuesto no serían ellos quienes pagaran ninguna indemnización. Sin embargo, decidieron quedarse con aquel objeto, simplemente para averiguar de qué se trataba.

Llegaron en un gran furgón que no dobló lo suficiente en la carretera que se dirigía hacia el sendero de la granja y derribaron un metro o dos de la cerca. Bruce aseguró que iba a demandarlos.

Se llevaron el fardo envuelto en amianto.

Intentaron averiguar qué era aquel objeto en la base aérea de Mercantsville. No obstante, aparte de deducir —por el tacto que tenía— que había algo en el interior de aquel extraño recubrimiento externo de colores, que tenía ahora un aspecto similar al de la madreperla, no consiguieron grandes progresos.

Alguien de la C. A. I. M. se enteró de la existencia del objeto y la compañía se ofreció a abrirlo, o al menos a hacer un intento más, en caso de que las Fuerzas Aéreas les dejaran llevárselo.

Las Fuerzas Aéreas consideraron el asunto. El fardo misterioso estaba resistiéndose ante cualquier intento de abrirlo o incluso de ver qué había en su interior. Lo habían intentado con herramientas de metal que se fundieron; habían probado con soldadores de oxiacetileno, que desaparecieron en la cobertura de madreperla sin producir ningún efecto visible; con lanzas de oxígeno, que tampoco consiguieron nada; con explosivos de carga hueca que lo desplazaron todo por el suelo del cobertizo; con luz láser que rebotó y dejó el tejado carbonizado...

Unos cuantos días más tarde salía un furgón de la base de Mercantsville para dirigirse al laboratorio de la C. A. I. M. más cercano.

El profesor Feldman se había enfrascado en un torneo de ajedrez con el ministro de Asuntos Exteriores. Dos personas más habían engrosado el séquito que aguardaba en la sala de espera del antedespacho. Uno de los generales se había dado por vencido y se había marchado. El profesor Feldman entendió que tendría que esperar bastante antes de que le concedieran audiencia con el señor Borges. Tenía el desalentador presentimiento de que para cuando consiguiera hablar con el jefe, todos los problemas del mundo que el P. R. A. estaba llamado a aliviar, habrían desaparecido

de un modo u otro.

El ministro no jugaba demasiado bien al ajedrez.

La nave de reconocimiento avanzaba surcando el espacio.

Matriapoll se hurgó lo que, entre su gente, pasaba por una nariz y observó el programa que emitían en la pantalla de la cabina de control. Resultaba extremadamente aburrido; otro concurso más en el que la gente contestaba preguntas facilísimas y conseguía premios carísimos; Matriapoll siguió viéndolo porque las azafatas que entregaban los premios a la audiencia le parecían preciosas. En especial, la verde tenía el trío de finisteas más espectacular que había visto nunca.

De repente, se interrumpió el programa y quedó reemplazado por una fotografía de las estrellas. El ordenador de la nave había rodeado en rojo una estrella en particular.

—¿Es ahí adónde nos dirigimos? —preguntó una débil voz a sus espaldas.

—Sí —le contestó Matriapoll a Twoey. El pequeño animal le pasó el brazo por el cuello y se asomó por encima de su hombro, frotando el hocico contra su cuello.

—¿Es allí hacia donde está enfocado el transportador?

—Justo allí, hacia el sol del sistema —contestó Matty frunciendo el ceño—. O, por lo menos, es allí adonde se supone que se dirige.

En Kansas apareció otro obsequio, además del que se descubrió posteriormente en Texas. Desde una plataforma de perforación del golfo de México se divisó otro cayendo al agua. Aún no habían averiguado cómo abrirlos. Intentaron bombardearlos con ondas de luz, de radio, rayos x y rayos gamma; también probaron con equipos de ultrasonido. De igual modo, intentaron todo esto con los objetos aparecidos en Kansas y en Texas, pero ninguno de ellos desveló ninguno de sus secretos.

Finalmente insertaron el fardo original en una cámara de vacío. Aquello tampoco funcionó, hasta que calentaron uno de los lados al mismo tiempo que congelaban el contrario. El objeto se abrió como la envoltura de un caramelo. Por un instante, la gente que había en el exterior de la cámara se quedó observando algo parecido a un híbrido entre una armadura y un misil, antes de que explotara y se incendiara.

Solo quedó un montón de trastos muy extraños, pero la siguiente vez...

Cesare estaba hablando por teléfono.

—Vale, estoy muy ocupado; hay un montón de personas esperando para verme. ¿Qué pasa? —El teléfono emitió varios sonidos. Cesare contempló el horizonte de Manhattan y a continuación dijo—: ¿Ah, sí?

El teléfono lanzó unos cuantos sonidos más. Cesare asintió. Se analizó las uñas y lanzó un suspiro.

Mientras hacía esto, pasó por delante de la ventana de su oficina un general

balanceándose colgado del extremo de una cuerda que llevaba atada a la cintura, agitando los planos de un nuevo bombardero de gran altitud. Cesare miró fijamente el teléfono.

—¿Qué?

La cuerda volvió a pasar vacía y, por un momento, un fajo de folios quedaron suspendidos frente al cristal antes de que la brisa los arrastrara y se los llevara lejos; dispersándolos lentamente hacia las calles que se extendían ocho pisos por debajo.

—¿Y está flotando allí? ¿Sin motores? ¿Sin ruido? ¿Nada? —La cuerda colgaba justo delante de la ventana, con los restos de un rudimentario nudo atado en el extremo—. ¿Fuerza antigravitatoria? Sí, seguro.

Cesare colgó el teléfono sin pronunciar ninguna otra palabra. *Estoy rodeado de idiotas*, pensó.

En todo el mundo comenzó a documentarse la existencia de nuevos obsequios. Se descubrieron unos cuantos en Europa, uno en Australia, dos en África y tres en América del Sur.

La C. A. I. M. tenía trece, once de ellos encontrados en Estados Unidos, uno en América del Sur y otro en África. Descubrieron cómo abrirlos sin dañar el contenido y la verdad es que se encontraron artefactos muy extraños.

Uno de ellos se obstinaba en intentar alejarse sobre sus cinco patas, con un aspecto parecido al de una araña. Otro se limitaba a flotar en mitad del aire sin ningún medio de apoyo aparente. Recordaba vagamente a una máquina de escribir con faros. Otro tenía el tamaño de un automóvil de clase turista, cubierto de pelo rubio, e intentaba hablar a todo el mundo en un idioma que parecía estar formado mayoritariamente por gruñidos y ruidos sibilantes. Un tercero parecía tener un tamaño y una forma distinta cada vez que lo mirabas. Todos eran bastante difíciles de desmontar y el análisis de cualquier fragmento que finalmente consiguieran extraer no arrojaba ningún sentido al asunto.

El profesor Feldman estaba sentado junto al sargento de policía que esperaba para ver a Cesare e interrogarlo sobre el general de las Fuerzas Armadas que, al parecer, se había suicidado desde el tejado del edificio dos días antes. El profesor había estado hablando de esto con el agente y le impresionó averiguar que era el mismo general con quien había estado esperando hasta hacía una semana. El otro general, que aún seguía esperando, declaró que no podía colaborar en la investigación.

—Jaque mate —concluyó el profesor Feldman tras ocho movimientos.

—¿Está seguro? —dijo el ministro, inclinándose hacia delante para analizar el tablero. Feldman estaba a punto de responder cuando el joven secretario se acercó y le dio un golpecito en el hombro.

—¿Profesor Feldman?

—¿Sí?

—¿Quiere hacer el favor de pasar? El señor Borges le recibirá ahora mismo.

El joven secretario volvió a su asiento. Horrorizado, el profesor miró a las personas de su alrededor, que le estaban contemplando fijamente a su vez, con ese desprecio especial que se reservan los envidiosos para quienes no lo merecen. El general que quedaba lo analizó abiertamente con desdén, bajando significativamente la mirada hacia las insignias que le cubrían uno de los lados del pecho. El profesor recogió sus folios en completo silencio y le pasó sus aperitivos y revistas al policía, se ajustó la corbata y avanzó hacia la puerta con un paso todo lo seguro que pudo, preguntándose por qué lo había convocado a él antes que a aquellas personas que llevaban esperando mucho más tiempo.

Cesare Borges se ajustó la corbata, apartó la edición del *National Geographic* y vació en la basura la pequeña caja que contenía los nombres del resto de personas que había sentadas en la sala de espera del antedespacho. El papel del profesor Feldman estaba marcando la página de la revista por la que iba Cesare.

—¿Y bien? —preguntó al ver entrar al profesor Feldman en el despacho.

Cesare le hizo un gesto para que tomara asiento en un silla frente al enorme escritorio. El profesor se sentó y se aclaró la garganta. Cogió varios folios y los extendió con deferencia sobre el escritorio de Cesare.

—Bueno, señor. Estos son algunos de los proyectos en los que he estado trabajando en esta... en la primera fase de lo que me gusta llamar...

—¿Qué es esto? —bramó Cesare, sosteniendo un folio con un dibujo.

—¿Eso? Eso... eh... eso es un nuevo diseño de prensa de barro para construir ladrillos en una situación de carencia tecnológica.

Cesare lo miró fijamente, cogiendo otra hoja de papel.

—¿Y esto?

—Eso es un corte transversal de un nuevo inodoro de bajo coste y larga duración que hemos diseñado para cuando escasea el agua.

—¿Te has gastado dos millones de los fondos de la firma en diseñar un retrete? —dijo Cesare con voz ronca.

—Bueno, señor, es algo muy importante. Es solo uno de los componentes de un sistema completo de instalaciones interdependientes de bajo coste y uso muy frecuente que han sido diseñados para ser de utilidad en el tercer mundo. Por supuesto, los costes de desarrollo se recuperarán durante la producción, aunque se acordó de que sería muy beneficioso para la imagen de la compañía y de las universidades asociadas que en el precio de venta final no se incluyera ningún lucro real.

—¿Ah, sí? —dijo Cesare.

—Eso creo, señor —admitió el profesor, con una tos nerviosa—. Esto fue en la

última junta de accionistas. La concesión de todo el proyecto viene de entonces, aunque el estudio de viabilidad preliminar fue antes...

—Espera un minuto —le interrumpió Cesare, alzando una mano y dirigiendo la otra hacia el interfono al escucharlo vibrar—. ¿Sí?

—Una llamada por la línea dos, señor.

Cesare cogió el teléfono mientras Feldman volvía a sentarse, preguntándose qué pasaría a continuación.

—¿Estás seguro? —dijo Cesare—. ¿Y no cabe duda de que se podría utilizar? Será mejor que así sea. Vale. Detenlo todo, voy para allá ahora mismo. —Colgó el teléfono y presionó un botón del interfono—. Llama al helicóptero y manda preparar el jet.

—Eh... señor Borges —comenzó a decir el profesor Feldman mientras Cesare abría un cajón de su despacho y sacaba una bolsa de viaje. Cesare alzó una mano.

—Ahora no, doctor. Tengo que irme. Aguarde en la sala de espera del antedespacho hasta que mande llamarle de nuevo. No tardaré mucho, no demasiado.

Con estas palabras desapareció en su ascensor privado para subir al tejado y meterse en su helicóptero privado, que le llevaría hasta la pista de aterrizaje de la C. A. I. M., donde le esperaría su jet privado. El joven secretario entró al despacho y volvió a acomodar al profesor Feldman y sus papeles en la sala de espera del antedespacho, donde ya nadie le dirigía la palabra. El ministro y el sargento estaban jugando a las damas con su tablero de ajedrez.

—¡Agujeros negros! —gritó Matriapoll.

—¿Qué pasa, Matty? —dijo Oney. Los tres estaban observando una complicada selección de luces y pantallas en la cabina de mando. Se mostraba esquemáticamente el sistema y el espacio que lo rodeaba y, junto al tercer planeta empezando por la estrella, acababa de aparecer una pequeña luz roja.

—Te voy a decir qué pasa —dijo Matriapoll, levantando las cejas con enfado—. Ese transportador está averiado.

—¿No está funcionando, Matty?

—Está funcionando, pero no correctamente —dijo Matriapoll—. Se suponía que debería estar dejando los trastos aquí —afirmó apuntando a una zona naranja que había sobre la superficie de la estrella—, pero no lo está haciendo. Los está llevando hasta aquí. —Apuntó a otra zona de la pantalla; el tercer planeta.

—¿Y eso es malo?

Matriapoll se giró para mirar de frente a sus dos compañeros. Estos se sentaron en el respaldo de su asiento y lo miraron fijamente también, inclinando la cabeza hacia un lado. Twoey le lamió el rostro.

—¿Es que nunca escucháis los informes, finisteos?

—Sí, claro que sí.

—Entonces deberíais saber que ese mundo está habitado.

—¡Ah!... es ese. Pensábamos que era el de esos bonitos anillos.

—¡Dios mío! —suspiró Matriapoll, dirigiendo la nave de reconocimiento hacia el planeta infractor.

El caza se alzó sobre el aeródromo en completo silencio. Los generales parecían complacidos. Cesare fingió no quedarse impresionado. El avión avanzaba ahora en horizontal, lo suficientemente alto para que la gente que permanecía en la tribuna de revista pudiera ver el disco llano que se extendía en la parte inferior del aparato. Era ese disco el que le confería tanta potencia. La aeronave se arrastró sobre el desierto de Nevada.

Alguien le ofreció a Cesare unos prismáticos y le indicó hacia dónde mirar. Solo pudo ver una fortificación blanca que resplandecía bajo el brillante sol, a unos kilómetros de distancia.

Entonces apareció el avión en una esquina de su campo de visión aumentado. De él emanaba un haz de luz cegador, sobrevoló la fortificación en un tiempo inapreciable y la demolió, reduciéndola a despojos de luz y polvo.

—Mmm —dijo Cesare.

—¿Qué opina, señor? —dijo el responsable local de la C. A. I. M., un joven llamado Fosse.

—Depende. ¿Somos capaces de fabricar estas cosas?

—Creemos que deberíamos conseguir hacerlo pronto, señor. Una de las últimas máquinas que recuperamos parece servir para desmontar las otras. Podemos empezar a descubrir exactamente cómo están montadas. Una vez que averigüemos eso, ya tendremos la mitad del trabajo hecho.

—Está bien, pero ¿de dónde han salido estas cosas?

—Sinceramente, señor, no lo sabemos.

Se dieron la vuelta y volvieron a mirar hacia el desierto mientras el sonido de la explosión de la fortificación se expandía hasta la tribuna. También el caza estaba de vuelta, disminuyendo la velocidad para realizar un aterrizaje vertical.

—¿Estamos seguros de que no son de los rojos?

—Ah, bastante seguros, señor. Si fueran capaces de introducir objetos de este tamaño en nuestro sistema aéreo sin que nuestros radares los detectaran, nos lanzarían bombas de hidrógeno, no sus aparatos de última tecnología.

—Sí, eso tiene sentido —dijo Cesare.

Los generales estaban comenzando a salir de la tribuna. Había una tropa de helicópteros esperando a los distintos dignatarios, militares y civiles. Al mismo tiempo, un puñado de hombres de seguridad evitaba que los generales y demás subordinados de la C. A. I. M. molestaran a Cesare mientras conversaba con Fosse.

—Entiendo que el presidente nos ha dado su visto bueno incondicional para que

procedamos al desarrollo conjunto con las Fuerzas Armadas, señor.

—¿Quién? Ah, sí. El presidente. Bien, excelente. Poneos con ello entonces. Tengo un gran interés en esto, Fosse. Piensa que permaneceré algún tiempo en California. Descansa un poco y vigila todo esto. La presión del trabajo vuelve a estar en el Este, ya sabes.

—Por supuesto, señor.

—¡Oh, mierda! —exclamó Matriapoll—. Los han encontrado. Mira eso. —Les mostró una enumeración de todos los objetos que el transportador defectuoso había teletransportado hasta la Tierra, en lugar de hacia el Sol. Los dos pequeños animales que permanecían tras él mostraron su desaprobación mientras negaban con la cabeza. Matriapoll continuó—: ¡Mira eso! Un traductor de grenbrethg, un kit de inspección automática de alcantarillas, una enredadera de niños, una cama flotante del burdel Bloorthana-ee, un técnico de baja calidad, una subestación de gas unipersonal, un símbolo fálico striyiano, un... ¡oh, no! ¡Un matamoscas schpleebop!

—Esto no pinta bien, ¿eh? —dijo Oney.

—Correcto, pequeño —confirmó Matriapoll mientras acariciaba la peluda cabeza de la pequeña bestia—. No pinta nada bien. Un auténtico desastre. Ahora mismo ya podríamos tener un culto del cargamento o algo así allí abajo. Calienta el etérgrafo, tengo que traer esto de vuelta a la nave.

—... y por muy descabellado que suene, mi opinión es que al igual que nuestra gran nación se dignó a ofrecer apoyo encubierto, al menos en el pasado, a democracias amenazadas internamente por situaciones de subversión exterior, del mismo modo, ahora se nos ofrece esta ayuda por parte de una superpotencia alienígena. ¿Y por qué es así? Les diré por qué. Porque son conscientes de que Occidente, los Estados Unidos de América, son los auténticos representantes de la humanidad y de la dignidad en este planeta. Quieren ayudarnos a esquivar la amenaza comunista. Ahora, el hecho de si necesitamos realmente su ayuda no sigue siendo discutible, podría discutirse... pero si quieren ofrecernos esta ayuda, yo por mi parte creo que a caballo regalado no se le mira el diente. Yo propongo que cojamos el toro por los cuernos y vayamos a por todas.

Cesare se sentó levantando un moderado aplauso.

La sala de conferencias de la sede central de la C. A. I. M. en la Costa Oeste estaba abarrotada de personal tanto civil como militar. Habían escuchado atentamente lo que tenían que decir los científicos y generales; para muchos, gran parte de lo que oyeron era nuevo. La compañía y las Fuerzas Aéreas estadounidenses, junto con el Ejército y la Marina, iban a lanzar un programa conjunto de I+D basado en las nuevas tecnologías (tal y como las llamaban) y tenían grandes esperanzas de obtener pronto una ventaja insuperable con respecto a los soviéticos.

Personalmente, Cesare pensaba que los obsequios eran regalos de Dios, pero le habían aconsejado no mencionarlo. Los encargados de redactar su discurso habían considerado que unos alienígenas serviles eran la explicación más aceptable. Cesare no creyó que tuviera importancia, siempre que esto supusiera el declive de los rojos.

—Un gran discurso, señor —lo felicitó Fosse después.

—Gracias —contestó Cesare—. Tienes razón. Creo que todos saben lo que está ocurriendo. No obstante, tenemos que controlar con mucho cuidado el tema de la seguridad en este asunto. Cualquier filtración podría poner a los rusos sobre la pista y podrían lanzar una acción preventiva.

—Bueno, supongo que al final lo averiguarán por muy buena que sea nuestra seguridad, señor. Ya sabe cómo son algunos de los científicos.

—Mmm. Y entonces comenzarán una tercera guerra mundial, esos perros rabiosos.

—Sí. Esperemos ser capaces de desarrollar la nueva tecnología lo suficientemente rápido como para...

—Mmm.

Fecha estelar: 0475 39709 H. M. G. (hora media galáctica).

Ref.: 283746352 = 728495/dheyjquidhajvncjflzmxj /

27846539836574/ qwertyuiop + drmfsltd / MMM. Inicio

mensaje: ESTÚPIDOS IMBÉCILES PAPANATAS INCOMPETENTES,  
ESTÁIS MANDANDO LOS OBJETOS JUSTO A UNO DE LOS PLANETAS  
SUSCEPTIBLES MÁS RABIOSOS QUE ME HA TOCADO LA MALA  
SUERTE DE TENER A OCHO AÑOS LUZ. SI VIERAIS EL LÍO QUE HAY  
AQUÍ, VOMITARÍAIS. YO SÍ QUE HE VISTO EL LÍO QUE SE HA  
FORMADO AQUÍ Y HE VOMITADO ENCIMA DE MIS COLEGAS Y NO  
LES HA GUSTADO NADA. CERRAD ESE (improperio eliminado  
por la unidad eterógrafa a bordo) TRANSPORTADOR ANTES DE  
QUE ESTE LOTE HAGA SALTAR MEDIO PLANETA POR LOS AIRES.  
DESMONTADLO O DESTROZADLO A GOLPES SI ES NECESARIO,  
¡PERO PARADLO!

Atentamente,

7833 Matriapoll, C-U. S. 3

Cesare estaba sentado con Fosse en su oficina de Manhattan. Le había caído lo bastante bien como para traerle hasta la Costa Este para que el joven pudiera ver cómo se manejaban los asuntos en las altas esferas.

—¿Ya has terminado con eso? —preguntó Cesare.

—Sí, señor —contestó Fosse alzando la mirada de la revista *Se paga por aumentar tu poder de oración*.

—Mmm.

Cesare cogió la pequeña revista y, a cambio, deslizó hasta el otro lado de la mesa, en dirección a Fosse, una copia de un panfleto titulado *Dios es un empresario*.

Se oyó el ruido de unos golpes en la ventana.

Los dos hombres alzaron la vista para descubrir, atónitos por la sorpresa, una extraña figura sentada sobre algo que parecía una mesa de café que flotaba en el aire justo detrás de la ventana. Quienquiera, o lo que quiera que fuera, se estaba sujetando a la mesa de café con una mano, o pata, golpeando el cristal con la otra y jugueteando distraídamente con el extremo de la cuerda que colgaba frente a la ventana con una tercera.

—¡Dioooooosss! —exclamó Cesare ahogando un grito, mientras intentaba alcanzar lentamente el cajón en cuyo exterior se ubicaba la alarma y, en el interior, el fusil.

La criatura sentada tras la mesita empujó ligeramente la ventana, y la derrumbó. El ser entró al interior y dirigió unas palabras incoherentes a una rejilla que llevaba enclavada en la barriga; la rejilla respondió. Alzó la vista y dijo:

—Lo siento. Como iba diciendo: vengo en son de paz.

Cesare sacó rápidamente el fusil y disparó.

Las balas fueron rechazadas por un escudo de fuerza invisible; una de ellas rebotó en el escritorio de Cesare, y destruyó un adorno de escritorio bastante caro. La criatura pareció enfadarse.

—¡Tú, cabrón! —le gritó antes de desenfundar una enorme pistola y dispararla directamente hacia Cesare, que quedó envuelto por una nube de gas verde y brillante y se desplomó. Al mismo tiempo, el fusil se cayó de sus manos.

—Dios mío —exhaló—. Me he cagado en los pantalones.

Tropezó con el escritorio y se alejó tambaleándose hacia su baño privado, doblado y sosteniéndose la parte trasera de los pantalones.

La criatura estaba observando el cañón de la pistola y rascándose la cabeza con un pie.

—Tiene gracia —comentó—, se suponía que debía hacer explotar los ojos.

Avanzó flotando en el aire hacia Fosse, y se detuvo en el escritorio para chupar agradecido el mejunje azul que manaba, lentamente, del adorno de escritorio machacado.

—Creo que tú y yo nos vamos a llevar bien... —dijo Fosse, sudando y dedicándole una sonrisa halagadora.

La policía militar vino a por el otro general de las Fuerzas Aéreas. Llevaba fuera

tanto tiempo que habían asumido su deserción. Se lo llevaron a rastras, pataleando y gritando.

El profesor observó la escena impasiblemente. Desde que anunciaron al ministro de Asuntos Exteriores que se había producido un golpe de Estado en su país y que le someterían a arresto domiciliario en la embajada si se marchaba, el profesor se había resignado a cualquier cosa que allí pasara. Incluso había permitido al general que acababan de arrestar realizar modelos del bombardero dirigido con los folios del proyecto de recursos alternativos.

No sabía por qué se molestaba en quedarse, pero qué demonios...

—... así que ya ves, cuando estás produciendo tanto material en un buque factoría de ese tamaño, tienes que maximizar la producción óptima tanto en término de números reales como mediante una proporción viable de las unidades totales producidas. Con las altas tasas de producción alcanzadas gracias al uso de polvo y átomos de luz para construir o descomponer en moléculas básicas lo que a continuación se asigna a la construcción de artefactos, lógicamente se obtiene una cierta proporción que no cumple los estándares de perfección que establecemos.

»Todo este material se arroja a la superficie de una estrella cercana o, en el caso de artículos de alta resistencia al calor, se desechan en algún lugar de su núcleo. No es viable económicamente reciclar este material, ya que, como regla general, incluso los artículos de baja calidad que fabricamos resultan muy difíciles de descomponer y los transmutadores se sintonizan para aceptar solo materia en cantidades comparativamente pequeñas. En este caso parece que se ha producido una fuga bastante seria. La nueva maquinaria que acabamos de instalar ha cometido un error en las coordenadas oportunas y... bueno, ya sabes el resto.

—¿Quieres decir que todas estas cosas son BASURA? —exclamó Cesare desde el baño.

—Sí, eso me temo. Deberían dejar de llegar dentro de poco tiempo. Ya me he puesto en contacto con el buque factoría. Por favor, aceptad nuestras más sinceras disculpas.

—Espera un minuto —dijo Fosse mientras el alienígena se daba la vuelta—. Entonces estos artículos, ¿han llegado a cualquier lugar? Quiero decir, ¿se trata de algo aleatorio?

—Sí, por lo menos esa orden la entendió bien. Se han distribuido con bastante uniformidad por todo el globo. Por supuesto, la mayoría se han hundido en los océanos y hay unos cuantos aún sin descubrir en selvas tropicales y desiertos, en la región antártica y todo eso. Esos los localizaremos gracias a sus cubiertas y nos desharemos de ellos cuando tengamos conectada una máquina nueva. —Levantó las tres patas cuando Fosse comenzó a hablar de nuevo y continuó—: Ya lo sé, os gustaría quedaros con los objetos. Me temo que no va a ser posible. Después de todo,

nosotros somos los responsables. Ahora, si me disculpan..., adiós.

El alienígena se esfumó por la ventana y ascendió directamente hacia el cielo, casi estrellándose contra un avión supersónico que pasaba por ahí.

De repente comenzó a sonar la alarma. Cinco guardas armados tomaron la sala y comenzaron a reducir a Fosse. Cesare consiguió detenerlos antes de que Fosse acabara con algo más que graves contusiones y la mandíbula rota. Echó a los guardas del despacho y cerró la puerta.

—¿Te das cuenta de lo que significa esto? —le dijo a Fosse—. Te diré lo que significa: estamos utilizando sus porquerías. ¡Eso es lo que significa!

—Esh peor que esho, sheñor —replicó Fosse—. Esha cosha ha dicho que losh deshechos she eshtaban desh cubriendo por toda la shuperficie de la Tierra; esho shignifica que cuanto mash, ¡ay!, cuanto másh grande shea el paísh, másh coshas van a desh cubrir; y shean bashura o no, probablemente she pueda ushar todo.

—¿Y...?

—¿Shabe ushted qué paísh tiene la mayor shuperficie de todo el mundo, sheñor?

—Los Estados Unidos de América —asintió Cesare con confianza.

—No, sheñor —dijo Fosse negando con la cabeza lentamente.

Cesare miró a Fosse fijamente a los ojos, adoptando gradualmente una mirada desorbitada. Le empezó a temblar el labio superior.

—¡No...!

—¡Shí!

—¡Maldita sea!

Siguieron apareciendo obsequios durante las siguientes dos semanas; supusieron que el tiempo que tardó el mensaje del alienígena en llegar al buque factoría y/o el tiempo que tardaron los desechos en llegar desde el buque a la Tierra.

Continuaron probando el equipo, pero en caso de que hubiera algo incorrecto en él, no pudieron averiguar qué era. Los alienígenas debían de ser realmente exigentes.

El último obsequio que llegó, por lo que sabían, era el más interesante de todos. El Proyecto de nuevas tecnologías avanzaba a pasos agigantados, aumentando infinitamente su presupuesto ahora que sabían que probablemente los comunistas también tuvieran en su poder aquellos mismos artefactos. Los satélites espías no habían detectado nada, pero también ellos mismos se las habían arreglado para mantener una seguridad bastante hermética, de modo que aquello no era prueba de nada.

Estaban cerca de Alamogordo, donde había aparecido el último obsequio, de un tamaño exorbitante. Tuvieron que construir un edificio especial a su alrededor para llevar a cabo la fractura la cobertura. Cesare lo observaba desde abajo.

—Vale, pero ¿esto qué hace?

—Es una máquina de transmisión de materia —explicó un científico.

—No, no es eso —se opuso otro—. Sea lo que sea, eso no es. No deja atrás un original. Creo que utiliza corriente continua para...

—Tonterías. Es una auténtica máquina de transmisión de materia, señor Borges. No podemos esperar que podamos recrear esto con nuestra propia tecnología, pero seguro que podemos utilizarla: traslado de materias primas, fármacos de necesidad urgente, ayuda a catástrofes...

—¿No tiene ningún fallo?

—¿Fallo? Pues, es la máquina más perfecta que existe sobre el planeta. Ya hemos trasladado doscientos Cadillac nuevos de fábrica desde aquí hasta Tampa y los hemos traído de vuelta solo para probarla. Lo hizo sin emitir un murmullo y dando justo en el blanco.

—Bien.

—Ahora, como estaba diciendo... podríamos utilizar esta cosa para redoblar infinitamente la capacidad productiva de ciertos sectores clave y posibilitar un rápido despliegue de los suministros de emergencia en situaciones de crisis, desastres...

*Muy bien. Podemos utilizarla para bombardear a los rojos, pensó Cesare.*

—¿Qué? —rugió Matriapoll al volver, cuando se lo contaron—. ¿Qué le dijisteis que se fuera a la mierda y desapareció por su propio ano?

—De verdad que fue un error —se defendió el capataz de Matriapoll.

—¡Lo van a utilizar! ¡Van a infectar todos los planetas y sistemas cercanos en los que pongan sus coordenadas!

—Probablemente fallará totalmente antes o después, no te preocupes por eso. Por cierto, ¿dónde está tu otro compañero? Solo veo a uno.

—Ni me hables de eso —contestó Matriapoll de mal humor—. El idiota cogió una avioneta para darse una vuelta y colisionó contra un avión supersónico.

—¿Está seguro de que esto va a funcionar, señor?

—Seguro que funcionará —aseguró Cesare. Estaban con una carga completa de personal de la C. A. I. M. y representantes militares y políticos, sentados en un puesto de mando subterráneo bajo el transmisor de materia—. Lo hemos intentado enviando el mismo número de maniqués por todo el mundo y trayéndolos de vuelta. Todo fue como la seda, será un movimiento limpio. No puede salir nada mal.

Sin embargo, el transportador, extremadamente sensible a la radiación, entre otras cosas, se vio sobrecogido por una ola de confusión. Y para resumir la historia, cargó contra la Costa Este de los Estados Unidos de América, destrozó el océano Atlántico y bombardeó Mauritania, Portugal e Irlanda. Después de eso se bloqueó y no volvió a funcionar.

Fosse pensó que el señor Borges se lo estaba tomando muy bien (teniendo en cuenta que se hablaba de un juicio). Cesare estaba hablando por teléfono, intentando localizar a alguien.

—¿Alguien a quien yo conozca, señor?

Cesare alzó la vista del teléfono, con las vergonzosas manchas rojas que se expandían por el gigante mapamundi del otro extremo del despacho reflejadas en los ojos.

—¿Recuerda a Feldman, el profesor Feldman?

—No, señor. No creo haber conocido a esa persona.

—No importa, está muerto. Pero estoy localizando a su número dos de Chicago; este está bien. Me han llegado noticias de cómo está la situación en el Este. Tiene una pinta terrible: hambre, plagas, canibalismo, anarquía, inundaciones, sequía; las obras. Es un escenario fantástico para uno de mis proyectos favoritos, que llevo sacando a flote desde hace unos cuantos años. Se llama proyecto de recursos alternativos. Resulta perfecto para esta situación. Tenemos un escenario ideal para sacar provecho de él. Créeme, es una maravilla. Podríamos hacer una buena limpia económica por allí.

## Retazo



Hola, chaval. Bueno, pues aquí estaba yo a punto de ponerme a leer; sin embargo, te estoy escribiendo. Te lo explicaré más tarde, pero primero te contaré una pequeña historia (quédate conmigo, esto es en parte para alejar de mi mente ciertas cosas, incluyendo el libro que estaba a punto de leer, pero también para exponer la primera de un par de coincidencias. De cualquier manera).

Era... 1975, creo; tengo que revisar mis agendas para estar seguro. Había terminado la universidad aquella misma primavera y me había pasado el verano viajando por Europa haciendo autoestop. París, Bergen, Berlín, Venecia, Rabat y

Madrid definieron los límites de esta ruta arrolladora. Tres meses después comencé la vuelta a casa y, mientras visitaba a la tía Jess en Crawley, invertí mis últimas monedas en comprar un billete de autobús desde Londres a Glasgow (sabía que salir en autoestop de Londres era una experiencia horrible). Un autobús de noche que tardó años, sin pisar ninguna de las autopistas que podrías imaginarte. Esto fue en esos días en que en los autobuses aún no había vídeos, ni minibares, ni azafatas, ni siquiera aseos. El viejo autocar gruñía y gemía mientras surcaba la oscuridad embadurnada de lluvia, deteniéndose en cafés de carretera alzados a base de bloques de cemento y formica; frías islas de tubos fluorescentes en mitad de la noche.

Especialmente en aquella época, los autobuses eran para los menos acomodados. Yo era el autoestopista dejado, con pelo largo y vaqueros. Estaba sentado junto a un tipo viejo que llevaba unos lustrosos vaqueros y una chaqueta de tweed gastada; extremidades delgadas y gafas de cristal gordo. Delante de nosotros había una vieja señora leyendo el *People's Friend*; detrás, dos chavales con el *Sun* de ayer. También estaban el típico bebé sonriente y la joven madre agobiada, al fondo. Observé las luces de sodio atravesando a la deriva las líneas de gotas, tiñéndolas en tonos anaranjados, y me acomodé alternando posturas que iban desde quedarme erguido en aquel estrecho asiento hasta deslizarme hacia abajo con las doloridas rodillas contra el respaldo del asiento de delante. Durante las primeras dos horas o así, estuve leyendo una novela de ciencia ficción (me gustaría recordar el nombre, pero me es imposible).

Después intenté dormir. No resultaba fácil; te balanceabas fastidiosamente hacia dentro y hacia afuera, sin llegar a estar en ningún momento totalmente despierto ni completamente dormido, consciente siempre de los rugientes cambios de marcha y del chirriante dolor en las rodillas flexionadas. Entonces el viejo comenzó a hablarme.

Soy uno de esos tipos antisociales —bueno, como tú sabes— a quien no le gusta sentir la presencia de otras personas cuando está viajando; además, en aquel entonces era bastante tímido (lo creas o no) y la verdad es que no me apetecía hablar con un carrozón con quien imaginaba que no tenía nada en común. Sin embargo, el tipo había detonado la conversación y yo no podía ser borde y darla por zanjada así como así. Si no me falla la memoria, apuntó al libro de ciencia ficción que estaba metido entre la pierna y el apoyabrazos.

—Entonces tú eres de los que creen en toda esa historia, ¿no? —Acento escocés, aunque no demasiado marcado, quizás de los Borders o de Edimburgo.

—¿Perdone? —dije con un suspiro, pensando *allá vamos*—. ¿Qué quiere decir?

—Los ovnis y todo eso.

—Bueno, no. —Hojeeé las páginas del libro de bolsillo, como si estuviera buscando alguna pista—. Simplemente me gusta la ciencia ficción. No toda es sobre

ovnis; este, desde luego, no. Probablemente no me leería un libro sobre ovnis.

—¡Ah! —dijo mientras observaba el libro (me estaba sintiendo avergonzado por aquella llamativa e irrelevante portada, así que la aparté)—. ¿Eres estudiante?

—Sí. Bueno, no. Lo era, me acabo de graduar.

—Ah. ¿Ciencias? ¿Era lo que estudiabas?

—Lengua.

—Ah, pero ¿te gustan las ciencias?

Estoy seguro de que es así como lo expuso. El día siguiente anoté una gran parte de esto e, incluso, un par de meses después, escribí un poema al respecto —«Jack»—. Y estoy seguro de que, si tuviera aquí mis notas, confirmarían que fue así como lo expuso: «¿Te gustan las ciencias?».

Así que seguimos hablando de lo que él había querido hablar desde el principio.

Él —sí, su nombre era Jack— no entendía cómo la gente era capaz de pensar que podía decir que algo datara de hacía tantos millones de años. ¿Cómo podían decir qué pasó cuándo y dónde? No lo entendía; era cristiano y la Biblia le parecía mucho más sensata.

¿Nunca se te ha caído el alma a los pies? Llevábamos dos horas en la carretera, apenas habíamos pasado Northampton y yo estaba allí atrapado —probablemente durante el resto del viaje, a juzgar por el acento del tipo— junto a un viejo pazguato que pensaba que el universo se había creado más o menos en la hora de la merienda, en el 4004 antes de Cristo Mierda santa.

Cuando era joven y estúpido, llegué a intentar explicarlo realmente (veía los documentales *Horizon*; incluso a veces compraba el *New Scientist*).

Deja que el poema retome la historia (lo cito de memoria, así que no me exijas demasiado):

*Y Cristo, querido lector, ¿qué podía hacer yo?  
Oh, daba pena, lo intenté con bastante desgana;  
le dije que todo estaba enlazado, que esas mismas leyes  
de la física, química y de las matemáticas le permiten estar aquí  
sentado,  
en este autobús, con ese motor, sobre esa carretera,  
los años habían dictado lo que era así.  
Mencioné el carbono catorce, su lenta y segura decadencia,  
incluso la alineación magnética, congelada en las rocas  
por el calor de las antiguas llamas;  
los fósiles asociados, los continentes flotantes,  
la erosión, la continuidad y el cambio...  
Pero desde la primera sílaba cansada, incluso antes,*

*sabía que resultaba inútil.  
Y en algún lugar anterior  
a toda aquella historia documentada y laica,  
algo más similar a mi yo real lo escuchó  
y miró las gafas de aquel viejo.  
Eran viejas, de montura de pasta, marrón oscura.  
El cristal demasiado grueso y lleno de polvo.  
La caspa, escamas muertas de carne, y pelos,  
empastados allí por la grasa y el sudor añejo,  
oscurecían las vistas que los arañazos no hacían.  
Incluso si su vista moribunda no excedió  
esta receta hace años,  
la mugre, ese polvo personal e impersonal,  
minaba las gordas lentes de su uso  
y extirpaba e inspeccionaba.  
¿cómo podían ver esos ojos legañosos por sí solos  
este empeoramiento de su discapacidad?*

(En esta época era partidario de utilizar la rima con mucha moderación, como un efecto poético más). A este le siguieron más, insistiendo demasiado en exceso en las «vistas» y el pensamiento nublado y todo eso, pero pasando esto de soslayo llegamos a:

*No asimilaba nada,  
me dolía la garganta.  
Llegaron los Borders y se marchó pronto, esperado por su hermana.  
En algún pueblo sombrío azotado por la nevada.*

¿Vale? Así que pasamos a:

Semana pasada. Voy con todo el núcleo duro del grupo de escritura creativa en un Intercity 125, de camino a Londres, para asistir a un recital en el Instituto de Artes Contemporáneas (Kathy Acker, Martin Millar, etcétera). Yo estaba sentado frente a Mo —aquel tipo indio con bigote, bastante atractivo; muy brillante, nos eligió a nosotros en lugar de a Oxbridge, Dios sabrá por qué—, vertí la microbotella de Grouse en el vaso de cristal y saqué el libro que estaba a punto de empezar a leer. En ese momento Mo simplemente se puso tenso. No soy precisamente un hacha en lenguaje corporal; me pierdo mucho, lo sé (ya ves... escucho lo que me dices), pero fue como si de repente Mo se convirtiera en una estatua de hielo y esas ondas de

antagonismo helado comenzaran a fluir al otro lado de la mesa, hacia mí. Los demás también se percataron y se hizo un silencio.

Bueno, había sacado de mi antigua mochila el libro *Los versos satánicos*, de Salman Rushdie, ¿verdad? Y Mo estaba allí sentado como si esperase que el libro comenzara a bullir y retorcerse y estallar en llamas justo entre mis manos.

Entonces, no sé si estarás muy enterado sobre el escándalo que ha envuelto este libro —no ha sido exactamente una noticia de titular y, con suerte, tampoco lo será—, pero desde que se publicó hay bastantes musulmanes que exigen que se prohíba, se retire o se haga cualquier cosa con él porque contiene —eso dicen ellos— algún tipo de material semiblasfemo relacionado con el Corán. Había hablado sobre esta área general de libertad de autor y censura religiosa con un par de clases, pero aún no había leído la novela. Además, ni se me había pasado por la mente que alguien como Mo —que no había estado en ninguna de estas clases— pudiera estar de parte de los malos.

—Mo, ¿te pasa algo?

—Ese no es un buen libro, señor Munro —me dijo mirando el ejemplar fijamente, no a mí—. Es maléfico, blasfemo.

(Entre el resto del grupo se hizo un vergonzoso silencio).

—Mira, Mo, guardaré el libro si te ofende —le dije mientras hacía justo eso—. Pero creo que tenemos que hablar sobre esto. Está bien, yo aún no he leído el libro, pero el otro día estuve hablando con el doctor Mercalf y decía que él sí lo había leído y que los fragmentos que alguna gente encuentra censurables eran... un par de páginas como mucho. Él no veía motivo para tanto escándalo. Quiero decir, es una novela, Mo. No es un... tratado religioso. Se supone que es ficción.

—Esa no es la cuestión, señor Munro —alegó Mo. Contemplaba la mochila como si llevara dentro una bomba nuclear—. Rushdie ha insultado a todos los musulmanes. Nos ha escupido en la cara a todos y cada uno de nosotros. Es como si hubiera llamado putas a todas nuestras madres.

—Mo —le dije, sin poder evitar sonreír mientras bajaba la mochila al suelo—. Es solo una historia.

—La forma no es lo importante. Es una obra en la que se insulta a Alá —alegó Mo—. Usted no lo entiende, señor Munro. No hay nada que usted considere tan sagrado.

—Ah, ¿no? ¿Qué hay de la libertad de expresión?

—Pero cuando el Frente Nacional quiso utilizar a la Asociación de Estudiantes, usted estaba allí con nosotros en la manifestación, ¿verdad? ¿Qué hay de su libertad de expresión?

—Ellos quieren despojar a todo el resto de esa libertad; vamos, Mo. No les estás negado la libertad de expresión, estás protegiendo la libertad de la gente a la que

perseguirían si accedieran al más mínimo poder.

—Pero a corto plazo, sí que está negándoles el derecho a exponer sus opiniones en público, ¿verdad?

—De la misma forma en que privarías a alguien de la libertad de ponerle una pistola a otra persona en la cabeza y de apretar el gatillo, sí.

—De modo que, claramente, su creencia en la libertad podría anular de forma general cualquier libertad particular; esas libertades no son absolutas. Para usted, señor Munro, no hay nadie sagrado. Basa sus creencias en productos del pensamiento humano, de modo que es difícil que sea de otra manera. Puede creer en ciertas cosas, pero no tiene fe. Eso supone una sumisión a la fuerza de la revelación divina.

—De modo que, porque no tenga lo que considero supersticiones, porque crea que simplemente existimos por casualidad y crea en... la ciencia, la evolución, o lo que sea; ¿por eso no soy tan... válido como alguien que tiene fe en un libro antiguo y en un Dios cruel y desierto? Lo siento, Mo, pero para mí tanto Cristo como Mahoma eran simplemente hombres; carismáticos, con muchos dones distintos, pero aun así, simples seres humanos mortales. Y los eruditos y monjes y discípulos e historiadores que escribieron sobre ellos o que dejaron constancia de sus pensamientos y sus vidas estaban inspirados, de acuerdo, pero no por Dios, sino por algo que sentían en su interior; algo que todo escritor siente... de hecho, algo que todo ser humano siente. Mo, definiciones. La fe es creer sin pruebas. No puedo aceptar eso. Ahora, no me molesta que tú lo hagas, de modo que ¿por qué te molesta a ti tanto que yo piense de la forma que pienso? ¿O que Rushdie piense de la forma que piensa?

—Evidentemente, su alma es asunto suyo, señor Munro. Y la de Rushdie es cosa suya también. Tener pensamientos blasfemos es limitar el pecado a uno mismo, pero blasfemar en público es agredir deliberadamente a aquellos que creemos. Es como violar nuestras almas.

¿Te puedes creer eso? Este chico iba camino de conseguir una matrícula de honor; por Dios santo, ¡su padre es astrofísico! Probablemente él mismo llegará a ser profesor de universidad (ya sitúa «evidentemente» al inicio de las frases ¡Jesús!, ¡ya tiene medio camino hecho!). Ya estamos casi en 1989, pero es solo la medianoche de una prehistoria alejada solo por el grosor de un libro, alejada por el grosor de un cráneo; alejada solo por la vuelta de una página.

De ese modo, mantuvimos una discusión, mientras los árboles desnudos y los fríos campos marrones manaban y se desvanecían al otro lado del doble acristalamiento del vagón y el inevitable llanto de un niño berreaba en la distancia.

Pero ¿qué dices tú? Le pregunté sobre los niños que atravesaban los campos de minas con sus Hondas, allanando el camino al Ejército iraní a fuerza de palos. Para mí es algo demencial. ¿Para Mo? Quizás le resultara insensato, quizás usual, pero aun así glorioso. Le dije que, aunque no había leído *Los versos satánicos* sí había leído el

Corán y me había resultado casi tan absurdo y censurable como la Biblia... y después de eso elevé el tono, mientras Mo se quedaba muy callado, adusto y cortante. Otro miembro del grupo tuvo que separarnos verbalmente. (Qué coincidencia; me había leído la edición del Corán de la editorial Penguin —editada por un judío, según afirmaba Mo, y también impura porque exponía los pasajes en orden equivocado— y resulta que Viking, el sello que publica *Los versos satánicos*, también es del grupo Penguin... ¿un terreno fértil para sembrar una teoría conspirativa?)

Más tarde, Mo y yo nos dimos la mano, pero aquello nos estropeó el día.

Este es un buen lugar para hacer una pausa. Nos acaban de llamar.

Hola de nuevo. Bueno, aquí estoy otra vez, con un bloody mary en una mano y un bolígrafo en la otra, utilizando el libro de Rushdie para apoyarme. Tengo el pasillo a un lado y un asiento vacío al otro, de modo que puedo extenderme (ya me he quitado los zapatos). Hay menos gente de lo que esperaba en esta época del año. Jacksonville, allá voy. (Imagino que si hubiera sido Harvard me habrían pagado un billete en clase preferente, pero no se puede tener todo).

Está bien. Las coincidencias de las que estaba hablando. Empecé a leer *Los versos satánicos* en la sala de embarque y, ¿cómo comienza? Con los restos de dos tipos que surcan el aire tras inmolarse en un Jumbo. Genial. Quiero decir, no es que me ponga nervioso volar ni nada de eso, pero esto no es exactamente lo que a uno le gusta leer antes de embarcar en un avión, ¿no? En fin, esa es la primera. Además de aquellos dos ejemplos más; de viaje, una conversación-discusión que comienza por un libro (por dos libros), ambas veces por una razón contra la fe; en cierto modo parecen ir de la mano con este viaje. Autobús, tren, avión, una trinidad itinerante de tecnología funcional para comparar y contrastar con la psicosis paranoide de las creencias religiosas.

¿Qué podemos hacer con esta gente? (Independientemente de lo que ellos pudieran hacernos a nosotros si llevaran la voz cantante; ¿qué oportunidades tendría yo de enseñar «Razón y compasión en la poesía del siglo veinte» en Teherán?) La razón da forma al futuro, pero la superstición infecta el presente.

Y las casualidades convencen a los crédulos. La vida es demasiado complicada para que no se produzcan continuas casualidades y solo tenemos que aceptar el hecho de que simplemente ocurren y no están predestinadas, que ciertas cosas pasan sin ninguna razón real y que esto no es ni una recompensa ni un castigo. Santo Dios; la prueba más sólida, más valiosa de la intervención divina, de algún plan divino, ¿sería que no existiera ninguna casualidad! Eso sería lo realmente sospechoso.

No sé. Quizás sea yo el que esté equivocado. No intento decir que ni los cristianos ni los musulmanes tengan realmente la razón, que ni los tartamudeos geriátricos de Roma ni los dogmas históricos de Qom no contengan nada que se asemeje ni

remotamente a la verdad esencial sobre de dónde venimos o de qué va todo esto, sino que ambos podrían representar la manera en que la humanidad desea realmente que sea; quizás sean sus imágenes más verídicas. Quizás la razón sea lo aberrante (¡Dios nos libre!).

Una niña pequeña —pelo rubio largo y rizado, unos enormes ojos azules, sosteniendo con las dos manos una de esas tazas biberón de plástico— acaba de aparecer en el pasillo, a mi lado, con una expresión muy seria. Me observa con la intensidad desinteresada que solo los niños pequeños parecen lograr. Se marcha de nuevo.

Es preciosa. Pero ¿cómo sé que sus padres no son unos fundamentalistas cristianos y que no crecerá creyendo sinceramente que Darwin era un enviado del demonio y la evolución, una bobada peligrosa?

Imagino que no puedo. (¡Ey! ¡He utilizado «imagino» en lugar de «supongo»! ¡Ya estoy pensando como un americano!). Imagino que no puedo saberlo y que tampoco importaría si lo supera. Dejemos a los locos que quemen álbumes de roca y busquen el Arca en el monte Ararat; dejémosles que parezcan estúpidos mientras nosotros miramos hacia el futuro. Simplemente debemos tener la esperanza de que existan más como nosotros que como ellos, o al menos que tengamos más influencia, que estemos mejor situados. Lo que sea.

Realmente lo que sea. Huele a comida. Mi oído interno me dice, eso creo, que estamos empezando a nivelarnos, alcanzando la altitud de crucero. Tras la ventana reina la oscuridad. La última casualidad:

Nunca lo especifiqué en el poema, pero el pueblecito —sombrió, azotado por la lluvia— que mencionaba en «Jack» se llamaba Lockerbie (seguramente la única vez que podrías haber visto u oído este nombre fue cuando viajamos en coche hasta Escocia, está junto a la A74, no muy lejos de la costa). Y, según el mapa de ruta que encontré en mi propia revista gratuita de la aerolínea Pan American Airways, el avión sobrevolaba justamente ese pueblo. Sospecho que el viejo Jack estiró la pata hace ya años, para emprender un viaje hacia cualquier recompensa que imaginara que le correspondería. Sin embargo, si no estuviera muerto y esta misma noche mirara por la ventana (y hubiera limpiado finalmente sus gafas), me pregunto si él

(Fragmento PP/desc. n.º 29271, coordenadas recuperadas NY 241 770, en 1435 el 24/12/88. Bloc de recambio A4, parcial, desgarrado).

# Última generación



# 1. Excusas y acusaciones

Parharengyisa Rasd-Codurersa  
Listach Diziet  
Ja'andeesih Embless  
Petrain Sma  
dam Kotosklo Da'Marenhide  
(ubicación por nombre) (en casa de SC)  
2.288-93

Estimado señor Petrain:

Espero que acepte mis disculpas por haberle hecho esperar tanto tiempo. Adjunto a la presente —¡por fin!— la información que me solicitó hace tanto tiempo. Mi bienestar personal, por el que fue tan amable de interesarse, es todo lo bueno que puedo esperar. Como probablemente le hayan informado y podrá observar sin duda a juzgar por mi ubicación (o por la falta de ella) que expongo en primer lugar, ya no pertenezco a la sección de Contacto *ordinaire*. Además, mi posición en la de Circunstancias Especiales es tal que de vez en cuando tengo que dejar mi dirección actual durante periodos de tiempo considerables, a menudo con un preaviso de solo unas cuantas horas, para ocuparme personalmente de cualquier asunto pendiente. Aparte de estas excursiones esporádicas, llevo una vida de lujo en una sofisticada fase tres-cuatro (sin contactar), donde gozo de todos los beneficios de un interesante, cuando no exótico, planeta exterior lo suficientemente desarrollado como para llevar una conducta razonablemente civilizada sin sufrir en exceso la monotonía global que suele acompañar a tal progreso.

Una vida agradable, por tanto. De modo que, cuando tengo que ausentarme, me lo tomo más como unas vacaciones que como una interrupción inoportuna. De hecho, lo único que me molesta es un dron, modelo ofensivo, bastante engreído, cuya exagerada preocupación por mi seguridad física, cuando no mi paz mental, suele resultar más exasperante que reconfortante. (Mi teoría es que C. E. busca drones cuya enérgica belicosidad les haya conducido a realizar algún acto demasiado violento en el pasado; entonces les pide a estos aparatos patológicos que protejan a los miembros humanos de la sección, o ser descompuestos. Pero eso viene luego).

De todos modos, con el tiempo que hace que viví allí y considerando que llevo fuera del planeta los últimos cien días más o menos (con dron, por supuesto), además del retraso que he acumulado mientras consultaba mis notas e intentaba indagar en mi memoria para recuperar los fragmentos de conversación y atmósfera que podía y después pensar la mejor manera de presentar los datos resultantes... bueno, todo esto me ha llevado bastante tiempo. Para ser sincera, el sedentario modo de vida que llevo

actualmente no me ha ayudado a ser tan eficiente como me hubiera gustado en la ejecución de esta tarea.

Me alegra oír que es solo uno de los muchos expertos especializados en la Tierra; siempre he pensado que merece la pena estudiar este lugar, y quizás incluso aprender de él. Entonces, gracias a Dios, tendrá toda la información que podría considerarse de fondo, de modo que me disculpo por adelantado si repito algo de esto. Pero aunque lo que he recopilado de forma tan estricta como la memoria (máquina y humana) da por bueno lo que ocurrió realmente hace estos ciento quince años, de todos modos, he intentado realizar una presentación de los siguientes acontecimientos e impresiones de forma tan general y objetiva como me ha sido posible. He pensado que esta era la mejor manera de intentar ajustarme a su petición de describir lo que fue estar allí en aquel momento. Confío en que esta combinación de hechos y sensaciones no afecte debidamente la utilidad de cada uno cuando llegue la hora de procesar los resultados en el curso de sus estudios. No obstante, en el caso de que lo haga y si tiene alguna otra pregunta sobre la Tierra, y crea que yo podría ser capaz de ayudar a contestar, no dude en ponerse en contacto conmigo. Estaré encantada de arrojar toda la luz que pueda sobre un lugar que afectó a todo el mundo que estuvo allí tan profunda como —sospecho que sobre todo— permanentemente.

Lo que sigue a continuación es todo lo que yo y mi banco de datos podemos recordar. Como regla general, he tenido que reconstruir las conversaciones; por aquel entonces no realizaba grabaciones completas, una parte menor del excéntrico protocolo (verdaderamente tedioso) de la nave de no «sobreobservar» (en sus propias palabras) la vida a bordo. Sin embargo, algunos de los diálogos están grabados, sobre todo los desarrollados en el planeta, por lo que he situado estos fragmentos entre los siguientes dos símbolos: < >.

Los he sometido a un cierto grado de depuración —eliminando los típicos «mmm» y «ah» y todo eso—, pero dejo a su disposición las grabaciones originales de mi banco de datos sin necesidad de mayor autorización, si considera que las necesita. A efectos de concisión, he reducido todos los nombres completos a una o dos partes y he hecho lo posible por adaptarlos a su idioma. Todas las horas y fechas son en horario terrestre-local (calendario gregoriano).

Por cierto, me alegró mucho recibir noticias tuyas sobre la *Arbitraria* y sus aventuras a lo largo de las últimas décadas; confieso que no he mantenido demasiado el contacto en los últimos años y sentí bastante nostalgia al volver a tener noticias de esta inadaptada máquina.

Pero volvamos a la Tierra y remontémonos a aquellos años. Por cierto, mis conocimientos de inglés se han deteriorado a lo largo del último siglo de abandono; el dron es quien lo está traduciendo todo, por lo que cualquier error debe imputársele a él.



## **2. Yo misma soy una extraña aquí**

## 2.1. Ya que estaba por aquí

Para la primavera del año 1977 después de Cristo, la Unidad General de Contacto *Arbitraria* llevaba ya estacionada sobre el planeta Tierra casi unos seis meses. La nave, de clase Escarpa, serie media, había llegado hasta allí el pasado mes de noviembre tras perforar el borde de la estructura de emisiones electromagnéticas expansivas del planeta en lo que afirmaba que se trataba de una inspección aleatoria. Cuán aleatorio fue el patrón de inspección no lo sé; puede que la nave tuviera cierta información que no nos estaba desvelando, algunos rumores que eran recordados a medias por alguien cuyos archivos habías sido desacreditados hace mucho tiempo, innumerablemente traducidos y retransmitidos, cuya información siguiera quedando imprecisa e incierta después de tanto tiempo, movimiento y cambio; una simple mención de que allí existían especies humanoides inteligentes o, al menos, el inicio de alguna, la posibilidad de alguna... Podría resultarle fácil preguntar a la nave sobre esto, aunque obtener una respuesta es otro asunto (ya sabe cómo son las Unidades Generales de Contacto).

De cualquier modo, allí estábamos, sobrevolando una clásica fase de sofisticación tres lo suficientemente perfecta para haber sido extraída directamente del libro, de una nota al pie, si no de un capítulo principal. Creo que todo el mundo, incluida la nave, estábamos encantados. Todos sabíamos que las posibilidades de toparnos con algo como la Tierra eran muy remotas, incluso si se inspeccionaban los lugares que más probabilidades tenían (algo que, oficialmente, no estábamos haciendo). Y aun así, lo único que teníamos que hacer era encender la pantalla más cercana o nuestros propios terminales y verla allí suspendida, en el espacio real, a menos de un microsegundo de distancia, envuelta en un brillo azul y blanco (o de un negro aterciopelado salpicado de motas luminosas), con su amplia e inocente superficie en constante cambio. Recuerdo que en una ocasión estuve contemplándola durante varias horas, observando el lento remolino de los patrones climáticos cuando estábamos inmóviles con respecto a ella o examinando la oscilante curva de tierra, agua y nubes, cuando estábamos en movimiento. Tenía un aspecto sereno y cálido, implacable y vulnerable a la vez. La naturaleza contradictoria de estas impresiones me preocupaba por motivos que no sería capaz de expresar con claridad; esto contribuía a fomentar un vago sentimiento de aprensión que yo ya percibía, el sentimiento de que, de algún modo, aquel lugar era un poco demasiado perfecto, ligeramente demasiado modélico para su propio bien.

Por supuesto, resultaba necesario pensar en ello. Incluso mientras la *Arbitraria* seguía girando, aminorando la velocidad y después avanzando a través de las antiguas ondas de radio de camino a su fuente, iba reflexionando y emitiendo señales al Vehículo General de Sistemas *Pésimo para los negocios*, que estaba a unos mil años

en dirección al núcleo y del que habíamos partido hacía solo un año, tras llenar el depósito y descansar un poco. Probablemente existirán registros de con quién más había contactado el *Pésimo* para ayudarlo a reflexionar sobre el problema, pero no lo he considerado lo suficientemente importante como para localizar esa información. Mientras la *Arbitraria* describía elegantes órbitas de potencia en torno a la Tierra y las grandes Mentes consideraban si debíamos contactar o no, la mayoría de los que estábamos a bordo de la *Arbitraria* estábamos envueltos en un frenesí de preparativos.

Durante los primeros meses que estuvimos allí suspendidos, la nave actuó como una esponja gigante, empapándose de cada detalle, de cada resquicio de información que pudiera encontrar sobre el planeta, registrando cintas y cartas y archivos y discos y microfichas y películas y placas y folios y pergaminos, grabando y filmando y fotografiando, midiendo y trazando mapas, clasificando y recopilando y analizando.

Una mínima parte de esta avalancha de datos (parecía un montón, pero en realidad era insignificante, nos aseguró la nave) se nos introdujo en la cabeza a los que éramos lo suficientemente parecidos físicamente como para pasar por humanos en la Tierra, tras someternos a pequeñas alteraciones (a mí me quitaron una falange de cada dedo, me pusieron un par de pulgares extra y unas modificaciones bastante generalizadas de orejas, nariz y barbilla. La nave insistió también en enseñarme a caminar de manera distinta). De este modo, a principios de 1977 ya hablaba alemán e inglés con bastante fluidez y probablemente tenía más conocimientos sobre la historia y la sociedad actual del lugar que la mayoría de sus habitantes.

Conocía a Dervley Linter medianamente bien, pero es que entonces, en una nave con solo trescientas personas, se llega a conocer a todo el mundo. Había estado en el *Pésimo para los negocios* al mismo tiempo que yo, pero no nos conocimos hasta que nos alistamos en la *Arbitraria*. Los dos llevábamos en la sección de Contacto más o menos la mitad del periodo estándar, de modo que no éramos unos novatos precisamente. Según mi punto de vista, esto hace que su posterior forma de actuar me resultara doblemente desconcertante.

Yo estuve destinada en Londres durante enero y febrero, donde pasaba el tiempo recorriendo museos (viendo exposiciones de las que la nave ya tenía perfectas holografías en 4D, pero sin observar los objetos embalados que no cabían en la exposición y que estaban totalmente almacenados en los sótanos o cualquier otro lugar; la nave también contaba con holografías perfectas de estos), yendo al cine (por supuesto la nave tenía almacenadas copias de las mejores cintas) y —quizás lo más relevante— asistiendo a conciertos, al teatro, a encuentros deportivos y a cualquier otro tipo de eventos y reuniones públicas que la nave descubriera. Pasé bastante tiempo simplemente paseando y observando, intentando hablar con la gente. Todo de forma muy diligente, aunque no siempre resultaba tan fácil o relajado como suena;

los ciudadanos del lugar tenían extrañas costumbres sexuales por las que encontraban sorprendentemente extraño que una mujer se acercara sin más y comenzara a hablar con un hombre. Sospecho que si no hubiera sido unos diez centímetros más alta que la mayoría de hombres, hubiera tenido más problemas de los que tuve.

Mi otro problema era la propia nave. Siempre estaba intentando que visitara tantos lugares como fuera posible, que hiciera tanto como pudiera, que viera a todo el mundo que fuera capaz; mira esto, escucha aquello, queda con esta, habla con este, mira eso, ponte esto... no era tanto que no quisiera hacer cosas distintas —la nave no solía obligarme a hacer algo que no quisiera—, sino más bien que pretendía que estuviera haciendo algo todo el tiempo. Yo era su enviada a aquella ciudad, su brazo humano, una raíz mediante la cual absorber todo lo que pudiera, intentando saciar el abismo, al parecer sin fondo, al que llamaba memoria.

Me tomé unas vacaciones para alejarme de las prisas, en lugares remotos y salvajes; la costa atlántica de Irlanda, las Highlands y las islas de Escocia. Me entretuve en el condado de Ferry, en Galway y Mayo, en Wester Ross y en Sutherland y las islas de Mull y Lewis, mientras la nave intentaba que volviera mediante amenazas y engatusamientos y promesas sobre el trabajo tan emocionante que tenía reservado para mí.

Sin embargo, a principios de marzo acabé mi misión en Londres y me destinaron a Alemania, donde me dijeron que me moviera, me pidieron que vagara sin rumbo y que viajara, dándome solo unos cuantos lugares y fechas, unas cuantas cosas que hacer y que visitar y sobre las que reflexionar.

Ahora que había dejado de utilizar el inglés, me apetecía empezar a leer obras en ese idioma por puro placer, de modo que eso es lo que hice en mis ratos libres, por muy pocos que fueran.

Pasó el año y poco a poco se derritió la nieve, el aire se empezó a llenar de una mayor calidez y después de recorrer miles y miles de kilómetros de carreteras y vías de tren y decenas de habitaciones de hotel, a finales de abril, la nave volvió a reclamarme a bordo, para que le recitara mis pensamientos y sensaciones. La nave se estaba esforzando muy duro para comprender las costumbres del planeta, para formarse una especie de impresión cuya materia prima solo puede ofrecerla la interacción directa con humanos. Estaba clasificando, reorganizando, ordenando arbitrariamente y reclasificando sus datos, buscando patrones y temas e intentando evaluar y relacionar todas las sensaciones que sus agentes humanos habían percibido, midiéndolas con cualesquiera conclusiones propias hubiera extraído mientras navegaba por el océano de datos y gráficos que ya había recabado del mundo. Por supuesto, no habíamos terminado en absoluto y tanto yo como el resto de nosotros que estábamos integrados en el planeta seguiríamos allí unos cuantos meses más, pero era el momento de extraer las primeras impresiones.

## 2.2. Una nave con opinión propia

—De modo que tú crees que deberíamos contactar, ¿no?

Yo estaba allí tendida, somnolienta y satisfecha, con la barriga llena tras una copiosa cena, extendida sobre un sofá de almohadones en una zona de recreo con las luces tenues, los pies sobre el brazo del sillón, los brazos cruzados y los ojos cerrados. Una corriente de aire sutil y cálida, de fragancia ligeramente alpina, estaba desplazando lentamente el aroma de la comida que algunos de mis amigos y yo habíamos consumido. Se habían marchado para jugar a algo en otra zona de la nave y solo percibía el sonido amortiguado de sus voces por encima de la música de Bach, cuyo gusto había conseguido inculcarle a la nave, y que me estaba reproduciendo en aquel momento.

—Sí, eso creo. Además, lo antes posible.

—Se preocuparán.

—Mala suerte. Es por su propio bien.

Abrí los ojos y le lancé una sonrisa artificial a todas luces, o eso esperaba, al dron remoto de la nave, que estaba sentado en un ángulo ligeramente etílico en el brazo del sofá. A continuación volví a cerrar los ojos.

—Probablemente lo sea, pero esa tampoco es la cuestión, realmente.

—¿Entonces cuál es la cuestión, realmente?

Ya sabía perfectamente cuál era la respuesta, pero mantenía la esperanza de que la nave me ofreciera una razón más convincente de la que sabía que me iba a dar. Quizás algún día lo hiciera.

—¿Cómo podemos —expresó la nave a través del dron— estar seguros de que estamos haciendo lo correcto? ¿Cómo sabemos lo que es, o lo que sería, por su propio bien a menos que observemos zonas de interés equivalentes, en este caso planetas, durante un largo período de tiempo y comparemos los efectos de contactar o no contactar?

—Ya deberíamos saberlo bastante bien en este momento. ¿Por qué sacrificar este lugar por un experimento cuyos resultados conocemos de antemano?

—¿Por qué sacrificarlo por tu propia conciencia impaciente?

—Hace un momento estábamos de acuerdo en que si entrábamos probablemente sería por su propio bien, por ellos —dije abriendo un ojo y mirando fijamente al dron remoto que seguía sentado en el brazo del sofá—. No intentes enturbiar el asunto. Podríamos y deberíamos hacerlo. Esa es mi opinión.

—Sí —admitió la nave—, pero incluso así se registrarían dificultades técnicas, dada la volatilidad de la situación. Están en un vértice; son una civilización muy heterogénea pero con muchas conexiones, y conexiones muy fuertes. No estoy del todo segura de que un acercamiento pudiera satisfacer las necesidades globales de sus

distintos sistemas. La fase específica de comunicación en la que se encuentran, combinando rapidez y selectividad, añadiendo algo a la señal y casi siempre perdiendo algo, significa que, con bastante frecuencia, lo que pasa por verdad tiene que viajar entre recuerdos fracasados, actitudes cambiantes y nuevas generaciones. Incluso cuando se reconoce este tipo de impedimento, todo lo que han intentado hacer, como norma general, es codificarlo, manipularlo, eliminarlo. Sus intentos de evolucionar forman parte del ruido y parecen ser incapaces de aportar ningún pensamiento que influya en el asunto aparte del que les permita intentar y simplificar lo que solo puede comprenderse poniéndose de acuerdo con su complejidad.

—Eh... correcto —admití, intentando aún averiguar de qué estaba hablando la nave exactamente.

—Mmm —dijo la nave.

Cuando la nave dice «mmm» es que ha llegado a un punto muerto. La bestia no necesita tomarse un tiempo apreciable para pensar y, si finge hacerlo, debe estar esperando a que tú añadas algo. Aun así, yo fui más lista que ella; permanecí en silencio.

Pero al volver al tema sobre el que estábamos hablando y lo que ambas dijimos que pensábamos sobre todo aquello, fue cuando decidió utilizarme como lo hizo, o eso creo. Aquel «mmm» marcó una decisión que significó mi implicación tal y como fue en el asunto Linter; aquello era lo que preocupaba a la nave realmente. Aquello era en realidad lo que la nave me estaba preguntando subrepticamente, durante toda la noche, durante la cena y después de ella, con aquel extraño comentario, con aquella pregunta esporádica. Pero en aquel momento no lo sabía. Simplemente tenía sueño, el estómago lleno y me sentía satisfecha y cómoda, estaba allí tumbada hablándole al aire mientras el dron remoto se sentaba en el brazo del sofá y me hablaba.

—Sí —suspiró por fin la nave—, a pesar de todos nuestros datos y la sofisticación y los análisis y generalizaciones estadísticamente correctas, estas cosas siguen siendo singulares e inciertas.

—¡Ah! —le reproché—. Es dura la vida de una UGC. Pobrecita nave, pobre Papageno.

—Ríete lo que quieras, muchachita —dijo la nave fingiendo una especie de orgullo herido—, pero la responsabilidad final sigue siendo mía.

—Eh, eres una vieja farsante, máquina —le sonreí al dron—. No vas a conseguir darme lástima. Ya sabes lo que pienso, te lo he dicho.

—¿No crees que estropearíamos ese lugar? ¿De verdad crees que están preparados para aceptarnos? ¿Para lo que les haríamos, incluso con las mejores intenciones?

—¿Preparados? ¿Qué importancia tiene eso? ¿Qué significa eso, incluso? Por supuesto que no están preparados para aceptarnos, por supuesto que estropearíamos

el lugar. ¿Están acaso más preparados para una tercera guerra mundial? ¿En serio crees que podríamos arruinar el lugar más de lo que lo están haciendo ellos en este momento? Cuando no están matándose unos a otros, están inventando nuevas formas ingeniosas de masacrarse mutuamente de forma más efectiva en el futuro, y cuando no están haciendo eso, están extinguiendo especies, desde el Amazonas hasta la isla de Borneo... o llenando de mierda los océanos, o el aire, o la tierra. Es difícil que consiguieran destrozar su planeta de mejor manera si les enseñáramos nosotros.

—Pero aun así, te gustan, como personas, te gusta su manera de ser.

—No, a ti te gusta su manera de ser —le rebatí a la nave, apuntando un dedo hacia el dron remoto—. A tu sentido del desorden le atrae esta gente. ¿Crees que no he escuchado todas las veces que has seguido hablando sobre la forma en que estamos «infectando toda la galaxia de esterilidad»...? ¿Es esa la frase?

—Puede que haya utilizado esas palabras —aceptó la nave distraídamente—, pero no creas...

—¡Oh! ¡No puedo molestarme ahora mismo en creer! —dije, despegándome del sofá. Me puse en pie, bostezando y estirándome—. ¿Adónde ha ido la banda?

—Tus compañeros están a punto de ver una entretenida película que encontré en el planeta.

—Bien —dije—. Me uniré a ellos, ¿por dónde?

—Sígueme —ordenó el dron remoto alzando el vuelo desde el brazo del sofá. Salí del nicho donde habíamos comido. El dron giraba mientras serpenteaba a través de las cortinas y alrededor de las sillas, mesas y plantas. Volvió la vista hacia atrás para mirarme—. ¿No quieres hablar conmigo? Solo quiero explicarte...

—Te diré algo, nave. Tú espera aquí y yo bajaré a la tierra y te buscaré un sacerdote para que puedas desahogarte con él. La *Arbitraria* va a confesarse. No hay duda de que ha llegado la hora. —Saludé a varias personas a quienes llevaba tiempo sin ver y aparté de una patada varios cojines que me encontré en el camino—. Además, podrías limpiar esto un poco.

—Sus deseos... —dijo el dron remoto con un suspiro, deteniéndose para supervisar los cojines, que se estaban reorganizando ellos mismos diligentemente.

Bajé hacia una zona oscura e insonorizada donde había gente sentada y tumbada delante de una pantalla en 2D. La película estaba empezando. Era de ciencia ficción, entretenida, y se llamaba *Aluniza como puedas: Dark Star*. Justo antes de entrar en el campo de sonido escuché al dron remoto suspirar para sí mismo de nuevo:

—Ay, es verdad lo que dicen, abril es el mes más cruel...

## 2.3. Cómplice involuntaria

Una semana más tarde, cuando debía volver al planeta, a Berlín, la nave solicitó hablar conmigo de nuevo. Las cosas iban como siempre; la *Arbitraria* pasaba el tiempo realizando mapas detallados de cualquier cosa, estuviera o no dentro de su campo de visión, esquivando satélites americanos y soviéticos, y fabricando y enviando posteriormente al planeta cientos de miles de dispositivos ocultos para observar obras de imprenta, quioscos de revistas y bibliotecas, escanear museos, talleres, estudios y tiendas, mirar en escaparates, jardines y bosques y localizar autobuses, trenes, coches, buques y aviones. Mientras tanto, sus accionadores y los de sus satélites principales rastreaban todos los ordenadores, controlaban todas las líneas de tierra, intervenían todas las conexiones de ondas y escuchaban todas las transmisiones radiofónicas de la Tierra.

Todas las naves de Contacto son asaltantes naturales. Están programadas para que les encante estar ocupadas, para que disfruten metiendo la nariz en los asuntos de los demás, y la *Arbitraria*, a pesar de todas sus excentricidades, no era distinta. Dudo que alguna vez fuera, o sea, más feliz que mientras ejecuta esa operación de absorción sobre un planeta sofisticado. Al llegar la hora de marcharnos, la nave contendría en su memoria —y transmitiría a partir de entonces a otras naves— cada uno de los datos almacenados durante la historia del planeta que no hubiera sido destruido posteriormente. Cada uno y cada cero, cada letra, cada píxel, cada sonido, cada sutileza de líneas y texturas que se hubieran diseñado alguna vez. Sabría dónde estaba enterrado cada depósito de minerales, dónde yacían cada uno de los tesoros aún desconocidos, dónde se encontraba cualquier barco hundido, dónde se había excavado cualquier tumba secreta; y conocería los secretos del Pentágono, del Kremlin, del Vaticano...

Por supuesto, en la Tierra vivían totalmente ajenos al hecho de que tenían las millones de toneladas de una nave espacial alienígena bastante inquisitiva y escandalosamente poderosa orbitando en torno a ellos y —con bastante seguridad— sus habitantes seguían haciendo las mismas cosas que hacían normalmente; matando y pasando hambre y muriendo y mutilando y torturando y mintiendo y todo eso. En realidad, asuntos demasiado usuales, me sacaba de quicio, pero aún tenía la esperanza de que decidiéramos intervenir y detener gran parte de aquella mierda. A esta misma hora, más o menos, colisionaron dos Boeing 747 en el territorio de una isla, antigua colonia española.

Estaba leyendo *El rey Lear* por segunda vez, sentada bajo una palmera de tamaño real. La nave había encontrado este árbol en la República Dominicana, lo había marcado para derribarlo y poder disponer de espacio para un nuevo hotel. La *Arbitraria* pensó que podría ser agradable tener plantas internas, de modo que extrajo

la palmera una noche y la subió a bordo, con todas sus raíces y varias decenas de metros cúbicos de terreno arenoso; la plantó en el centro de nuestra sección de Alojamiento. Para esto fue necesario remodelar bastante la zona y unos cuantos que estaban dormidos mientras ocurría todo, al despertarse y abrir las puertas de sus camarotes, se encontraron frente a un árbol de veinte metros alzándose en lo que se había convertido en un gran patio central en la sección de Alojamiento. No obstante, la gente de Contacto está acostumbrada a aguantar que sus naves hagan este tipo de cosas, así que todo el mundo se lo tomó con calma. Una travesura tan inofensiva y benigna apenas aparecería contemplada en ninguna escala sensata de excentricidades de las UGC.

Estaba sentada cerca de la puerta del camarote de Li'ndane cuando salió de allí charlando con Tel Ghemada. Li estaba lanzando al aire nueces de Brasil y corriendo hacia delante o doblándose hacia atrás para cazarlas al vuelo con la boca, al mismo tiempo que intentaba seguir con su parte de la conversación. Tel estaba asombrada. Li lanzó una nuez especialmente lejos y tuvo que tomar impulso y contorsionarse para seguir su trayectoria, estrellándose contra el suelo y deslizándose hasta el taburete sobre el que reposaban mis pies (y sí, siempre soy tan holgazana a bordo de las naves, no sé por qué). Li se giró hasta quedar de espaldas en el suelo y buscó teatralmente la nuez de Brasil, parecía estar desconcertado. Tel negó con la cabeza, sonriendo, y nos dijo adiós con la mano. Era una de las desafortunadas que estaba intentando llegar a comprender la economía de la Tierra desde la perspectiva humana, de modo que se merecía toda la distracción que pudieran ofrecerle. Recuerdo que durante todo aquel año se podía distinguir a los economistas por su mirada angustiada y los ojos ligeramente vidriosos. Li..., bueno, Li era solo un bicho raro y libraba una batalla continua con las sensibilidades más puras de la nave.

—Gracias, Li —dije, volviendo a situar los pies sobre el taburete. Li yacía en el suelo, respirando entrecortadamente y mirándome fijamente; a continuación, sus labios esbozaron una sonrisa que dejaba al descubierto la nuez entre sus dientes. Se la tragó, se puso en pie, se bajó los pantalones hasta las rodillas y empezó a orinar contra el tronco de la palmera.

—Es bueno para el crecimiento —dijo al verme fruncirle el ceño.

—No será nada bueno para tu crecimiento si la nave te atrapa y te manda un misil cuchillo para meterte en vereda.

—Ya veo lo que el señor 'Ndane está haciendo y no pensaba dignificar sus acciones ni con un simple comentario —dijo un pequeño dron, emergiendo desde el follaje. Era uno de los drones que la nave había fabricado para seguir a un par de pájaros que estaban en la palmera cuando la subieron hasta la nave; tenían que alimentar a los pájaros y limpiar sus desechos (la nave estaba orgullosa de haber interceptado en el aire todos los excrementos, hasta entonces)—. Pero admito que

encuentro su comportamiento ligeramente preocupante. Quizás quiera contarnos qué siente hacia la Tierra, o hacia mí, o peor aún, quizás no se conoce a sí mismo.

—Es más simple que todo eso —dijo Li, apartando el miembro—. Me estaba meando.

Se inclinó y me alborotó el cabello antes de desplomarse a mi lado.

—El orinal de tu habitación se ha descompuesto, ¿verdad? —murmuró el dron—. No puedo decir que lo culpe...

—He oído que vuelves a la jungla mañana —dijo Li, cruzando los brazos y mirándome con gesto serio—. Estoy libre esta noche; de hecho, estoy libre ahora mismo. Si te apetece podría ofrecerte un pequeño recuerdo como muestra de mi aprecio; tu última noche con los buenos antes de ir a infiltrarte entre los bárbaros.

—¿Pequeño? —dije.

—Bueno, la modestia me impide... —sonrió Li, haciendo un gesto expansivo con ambas manos.

—No, gracias.

—Estás cometiendo un error atroz, ya lo sabes —dijo, saltando y frotándose distraídamente la barriga mientras miraba hacia el comedor más cercano—. Estoy en muy buena forma ahora mismo y es cierto que no tengo planes para esta noche.

—Seguro que sigues sin tenerlos.

Se encogió de hombros y me lanzó un beso al aire antes de largarse. Li era uno de aquellos que simplemente no pasaría por humano terrestre a menos que se sometiera a una gran operación de alteraciones físicas (era peludo y con una figura equivocada; imagínese a Cuasimodo cruzado con un simio). Sinceramente, creo que se le podría haber situado en el planeta, en un puesto tan normal como un vendedor de IBM y aun así, terminaría en la cárcel o metido en alguna pelea en una hora. No hubiera aceptado las limitaciones de comportamiento que un lugar como la Tierra exige.

Negada la posibilidad de integrarse entre la gente de la Tierra, Li ofrecía instrucciones informales a la gente que bajaba a la superficie; a aquellos que le escuchaban, más bien. Sus instrucciones eran concisas y directas. Subía y decía:

—Lo más importante que tenéis que recordar es esto: la mayoría de lo que os encontréis será una mierda<sup>[1]</sup>.

Y volvía a irse.

—Señora Sma, me preguntaba... —El pequeño dron alzó el vuelo y se posó en el espacio vacío que había dejado Li—. Me preguntaba si me haría un pequeño favor cuando regrese mañana.

—¿Qué tipo de favor? —dije, apartando la historia de Regan y Goneril.

—Bueno, te estaría terriblemente agradecida si pasaras por París antes de marcharte a Berlín... si no te importa.

—No... no me importa —afirmé. Aún no había estado en París.

—¡Ah, muy bien!

—¿Qué problema hay?

—No hay ningún problema. Simplemente me gustaría que te pasaras por la casa de Dervley Linter. Creo que lo conoces, ¿no? Bueno, pues solo pasar por ahí para charlar un poco con él, eso es todo.

—Oh, oh —dudé.

Me pregunté qué estaría tramando la nave. Tenía una ligera idea (equivocada, según demostró el rumbo de los acontecimientos). A la *Arbitraria*, como a cualquiera de las naves que conocí en Contacto, le encantaban las intrigas y las conspiraciones. Los dispositivos siempre dedican su tiempo libre a tramar diabluras y confabulaciones; pequeños planes secretos, oportunidades de utilizar discretos artificios para conseguir que la gente haga cosas, diga cosas, o se comporte de tal modo, simplemente por diversión. La *Arbitraria* era una celestina neta, totalmente convencida de saber exactamente quién estaba hecho para quién, siempre intentando situar a los miembros de la tripulación en un lugar u otro para establecer tantas parejas potenciales o combinaciones adecuadas como pudiera. Se me pasó por la cabeza que estuviera tramando algo así en ese momento, preocupada porque no hubiera estado sexualmente activa últimamente y quizás algo inquieta porque mis últimas parejas hubieran sido femeninas (por algún motivo, la *Arb* siempre había tenido una inclinación claramente heterosexual).

—Sí, solo una pequeña charla; averiguar cómo van las cosas, ya sabes.

El dron comenzó a elevarse sobre el sillón. Levanté la mano y lo agarré, dejándolo sobre el ejemplar de *El rey Lear* que tenía en el regazo, y fijé mis ojos sobre su banda de detección con una mirada que esperaba que fuera férrea.

—¿Qué estás tramando?

—¡Nada! —protestó la máquina—. Me gustaría simplemente que pasaras a saludar a Dervley y pongáis en común vuestras impresiones sobre la Tierra, juntos; para tener una síntesis, ya sabes. No os habéis visto desde que llegamos y quiero ver qué conclusiones alcanzáis... Más concretamente, qué pasos deberíamos seguir para contactar con ellos, si es eso lo que decidimos hacer; o qué otras cosas podemos hacer si decidimos no hacerlo. Eso es todo. Sin tejemanejes, querida Sma.

—Mmm —asentí—. Está bien.

Dejé irse al dron, que se alejó flotando en el aire.

—En serio —dijo la nave, mientras un halo de cordialidad emanaba halagüeñamente del dron—. Sin tejemanejes. —Se inclinó ligeramente, señalando el libro que tenía en el regazo—. Tú sigue leyendo tu *Rey Lear*, yo me marcho.

Un pajarillo pasó revoloteando, seguido de otro dron; el que había estado hablando conmigo comenzó la persecución. Negué con la cabeza. Compitiendo por la mierda de un pájaro: aquello era lo último.

Observé cómo el pájaro y las dos máquinas salían flechados por el pasillo, como vestigios de una extraña reyerta; a continuación volví a...

*«Escena IV. El campamento francés. Una tienda.*

*Al son de tambores entran, con pabellones desplegados, Cordelia, el Médico y soldados».*

### **3. Indefenso frente a tu belleza**

### 3.1. Sincroniza tus dogmas

Bueno, la *Arbitraria* no estaba completamente chiflada; realizaba muy bien su trabajo y, por lo que sé, ninguna de sus travesuras hizo daño a nadie realmente, al menos no físicamente. Sin embargo, nunca hay que fiarse totalmente de una nave que colecciona copos de nieve.

Se le puede atribuir a su educación. La *Arb* fue un producto manufacturado en una de las fábricas de las orbitales Yinang, en el Dahas-Khree. He verificado esta información y estas fábricas han producido un gran porcentaje de casi el millón de UGC que viajan por todo el universo. Eso supone bastantes aeronaves<sup>[2]</sup>, y, por lo que puedo ver, todas están un poco locas. Supongo que serán las Mentes de allí; parece que les gusta producir naves excéntricas. ¿Tengo que dar nombres? A ver si ha oído hablar de cualquiera de este lote y de sus aventurillas: la... *Cascarrabias*, *Ligeramente retorcida*, *Creí que estaba contigo*, *Monstruo del espacio*, *Explicaciones inverosímiles*, *Gran bestia sexi*, *Nunca hables con extraños*, *Estará liquidado para Navidad*<sup>[3]</sup>, *Divertida*, *La última vez funcionó... ¡bu!*, *Nave suprema segunda...* etcétera. ¿Tengo que seguir?

De todos modos, como era de esperar, al entrar al hangar superior a la mañana siguiente, la *Arbitraria* me tenía preparada una sorpresa.

El amanecer se iba extendiendo como si se desenrollara una alfombra de luz y sombra sobre la llanura del norte de Europa, recortando los picos nevados de los Alpes mientras yo atravesaba el pasillo principal en dirección al muelle de carga, bostezando y revisando mi pasaporte y el resto de documentación (en parte al menos para molestar a la nave; sabía de sobra que no contendría ningún error) y asegurándome de que el dron que me seguía llevara todo el equipaje.

Entré al hangar y me encontré inmediatamente junto a un gran Volvo ranchera de color rojo. Allí estaba, posando en mitad de la colección de módulos, drones y plataformas. No estaba de humor para discutir, de modo que dejé que el dron colocara mis cosas en el maletero y fui a sentarme al asiento del conductor, negando con la cabeza en silencio. No había nadie más en los alrededores. Le hice una señal de despedida al dron mientras el automóvil se elevaba ligeramente en mitad del aire y ponía rumbo hacia la parte trasera de la nave, sobrevolando el resto de dispositivos del muelle de carga. Estos relucieron bajo el resplandor de las luces del hangar, al tiempo que la gran ranchera se desplazaba sobre ellos, con las ruedas colgando, hacia las puertas de salida y, entonces, hacia el espacio.

La puerta del muelle comenzó a replegarse a nuestras espaldas mientras descendíamos y girábamos. Volvió a cerrarse por completo, y se ocultó la luz proveniente del interior. Durante un momento, me quedé rodeada de una oscuridad absoluta; a continuación, la nave encendió las luces del auto.

—Ah, ¿sma? —dijo la nave por el equipo de música.

—¿Qué?

—El cinturón.

Recuerdo que suspiré. Y creo que sacudí la cabeza de nuevo, también.

Quedamos sumidos en la oscuridad, aún en el interior del campo interno de la nave. Cuando terminamos el giro, los faros del Volvo alumbraron los laterales de loza de la *Arbitraria*, mostrando un blanco bastante pálido en el interior de su campo oscuro. La verdad es que resultaba bastante impresionante, además de extrañamente relajante.

La nave neutralizó las luces cuando abandonamos el campo exterior. De repente me encontré en medio del auténtico espacio, con el gran golfo salpicado de oscuridad ante mis ojos, con el planeta al fondo, como una gota de agua gigante, arremolinada con los puntos de luz de América Central y Sudamérica. Podía distinguir San José, la ciudad de Panamá, Bogotá y Quito. Volví la vista atrás, pero aun sabiendo que la nave estaba allí, no pude percibir ningún indicio de que las estrellas que mostraba en la capa exterior de su campo no fuesen reales.

Siempre repetía aquel ritual y siempre sentía aquella misma punzada de arrepentimiento, incluso de miedo, al saber que estaba abandonando nuestro remanso de seguridad... pero pronto me tranquilicé y disfruté del descenso, conduciendo a través de la atmósfera en mi absurdo automóvil. La nave volvió a encender el equipo para ponerme *Serenade*, de Steve Miller Band. Entonces, en algún punto del océano Atlántico, creo que junto a la costa de Portugal y justo mientras sonaba la estrofa «*The sun comes up, and it shines all around you...*», ¿sabe qué ocurrió?

Solo puedo sugerirle que observe alguna fotografía, medio ennegrecida y salpicada de un billón de luces y vetas del color de la aurora. No tengo más palabras para describirlo. Descendimos rápidamente.

El coche aterrizó en mitad de alguna antigua mina de carbón, en una zona del norte de Francia bastante grotesca, cerca de Béthune. Para entonces era ya pleno día. El campo que rodeaba el auto desapareció con un pop y aparecieron dos pequeñas plataformas bajo las ruedas del coche, unas placas blancas en aquella empañada mañana. Cuando la nave las desplazó, se desvanecieron envueltas por el sonido de sus propios pop.

Conduje hasta París. Cuando vivía en Kensington tenía un coche más pequeño, un Golf, así que después de aquel, el Volvo me parecía como un tanque. La nave me comunicó a través del micrófono de mi terminal qué ruta tenía que seguir hasta París y después me guió por las calles de la ciudad hasta la casa de Linter. Aun así, me resultó una experiencia un tanto traumática, ya que toda la ciudad parecía estar paralizada por una especie de carrera ciclista y, cuando por fin llegué hasta el patio junto al bulevar de Saint Germain, donde Linter tenía el apartamento, no estaba ya de

humor para descubrir que no estaba allí.

—¿Dónde demonios está? —exigí saber, parada en el umbral del apartamento, con las manos en las caderas y mirando fijamente la puerta cerrada. Hacía un día bueno, estaba llegando el calor.

—No lo sé —confesó la nave a través del prendedor del terminal.

—¿Qué? —dije, bajando la vista a aquel objeto, que no me había servido para nada.

—Dervley ha cogido la costumbre de dejar el terminal en el apartamento cuando sale.

Se estaba fraguando algo. Linter seguía aquí en París a pesar de que era allí donde le habían enviado en un principio. No debería permanecer aquí más tiempo del que yo había estado en Londres. Nadie de la nave le había visto desde que llegamos por primera vez, parecía que no había vuelto a bordo en ninguna ocasión. Todos los demás lo habíamos hecho. ¿Por qué se estaba quedando aquí? ¿Y en qué estaba pensando para salir sin su terminal? Era una cosa de locos, ¿y si le ocurría algo? ¿Y si le atropellaban en la calle? (algo bastante probable, a juzgar por la forma de conducir parisina, de la que había sido testigo). ¿O si le daban una paliza en alguna pelea? ¿Y por qué estaba la nave abordando todo esto con tanta naturalidad? Salir sin el terminal resultaba aceptable en alguna orbital acogedora, era lo más común en algún peñón o a bordo de la nave, pero ¿aquí? Era como dar un paseo por una reserva natural sin escopeta... y el hecho de que los lugareños lo hicieran continuamente no lo convertía en una locura menor.

Ahora estaba bastante segura de que había algo más en esta pequeña excursión a París de lo que la nave me había hecho creer. Intenté recabar más información a través de la bestia, pero ella se ciñó a su papel de ignorante, de modo que me rendí y dejé el coche en el patio mientras salía a dar un paseo.

Bajé por Saint Germain hasta llegar a Saint Michel y, a continuación, me dirigí hacia el Sena. Hacía un día brillante y caluroso, las tiendas estaban abarrotadas y la gente era tan cosmopolita como en Londres, aunque vestía con más estilo, como norma general. Creo que al principio me decepcionó; aquel lugar no era tan diferente. Vi los mismos productos, los mismos carteles: Mercedes-Benz, Westinghouse, American Express, De Beers y todas las demás... pero gradualmente me fue inundando una percepción más animada de la ciudad. Un París más como el de Henry Miller (la noche anterior había estado devorándome sus *Trópicos*, además de haberlos cruzado aquella mañana), aunque estuviera un poco domado por el paso de los años.

Era una mezcla distinta, otra combinación de los mismos ingredientes: lo tradicional, lo comercial, lo nacionalista... el idioma me gustaba bastante. Era capaz de hacerme entender, a un nivel bastante bajo (tenía un acento *formidable* me había asegurado la nave), y era capaz de leer más o menos todas las señales y anuncios...

pero al oírlos hablar a una velocidad normal, apenas distinguía una palabra de cada diez. Así, el idioma que manaba de las bocas de aquellos *parisiens* era como música, un flujo ininterrumpido de sonido.

Por otro lado, el pueblo parecía muy reacio a utilizar algún otro idioma distinto del suyo, incluso aunque fueran capaces técnicamente de hacerlo. Y, en cualquier caso, parecía haber en París menos gente dispuesta a, y capaz de, hablar inglés que londinenses preparados para chapurrear francés. Esnobismo postimperial, quizás.

Permanecí un rato parada a la sombra de Notre Dame, pensando mientras observaba aquella apagada masa de piedra marrón que daba forma a la fachada (no entré; estaba harta de catedrales y, para entonces, estaba menguando mi interés incluso en los castillos). La nave quería que hablara con Linter, por motivos que yo no llegaba a comprender ni ella era capaz de explicar. Nadie había visto a aquel tipo, nadie había podido llamarlo y nadie había recibido ningún mensaje suyo desde que sobrevolamos la Tierra. ¿Qué le había ocurrido? ¿Y qué se suponía que debía hacer yo al respecto?

Estuve paseando por las orillas del Sena, rodeada de toda aquella arquitectura recargada, apretada, mientras meditaba sobre todo aquello.

Recordé el aroma del café tostado (el precio del café se estaba disparando en aquel entonces; ¡ellos y sus productos!) y la luz que inundaba los adoquines cuando los pequeños hombres abrían los grifos de las aceras para limpiar las calles. Utilizaban harapos viejos colocados delante de los bordillos para desviar el agua hacia un lado o hacia el otro.

A pesar de mis infructuosas reflexiones, seguía siendo maravilloso estar allí; había algo distinto en aquella ciudad, algo que realmente te hacía alegrarte de estar vivo.

De algún modo me dirigí río arriba hasta el extremo de la Île de la Cité, aunque lo que tenía previsto era ir hacia el Centre Pompidou y luego volver y cruzar por el Pont des Arts. En el extremo de la isla había un pequeño parque triangular, como un castillo de proa verde en un buque, encarando aquellas aguas de ciudad del viejo y sucio río Sena.

Entré al parque, con las manos en los bolsillos, vagando sin rumbo, y me topé con unos escalones curiosamente extraños y austeros —casi intimidatorios— que bajaban entre las masas de piedra blanca y rugosa. Dudé un instante, después me aventuré a bajar, como si fuera hacia el río. Me encontré en mitad de un patio cerrado; la única salida distinta que pude ver estaba al final de una pendiente que daba al agua, pero aquella estaba bloqueada por una verja irregular de acero negro. Me sentí incómoda. Había algo en la severa geometría del lugar que generaba una sensación de amenaza, de pequeñez y vulnerabilidad; aquellos protuberantes pesos de piedra blanca evocaban de algún modo lo delicadamente quebradizos que resultaban los huesos

humanos. Parecía estar sola. A pesar de la curiosidad, volví a subir los peldaños del oscuro y estrecho callejón que conducía de nuevo bajo el parque bañado por el sol.

Era el monumento a los mártires de la deportación.

Recuerdo miles de luces diminutas, en hileras, por un túnel de rejas, una celda recreada, elegantes palabras grabadas... pero estaba aturdida. Hace ya casi un siglo, pero aún siento el frío de aquel lugar. Mientras pronuncio estas palabras, un escalofrío me recorre la espalda; las edito en la pantalla y la piel de los brazos, de las pantorrillas y de los costados se me tensa.

El efecto pervive de forma tan intensa como aquella vez; unas cuantas horas después de aquello, los detalles me resultaron tan confusos como ahora mismo, tanto como lo serán hasta el día en que muera.

## 3.2 Tan solo otra víctima de la moralidad imperante

Me quedé aturdida. Entonces me cabreé con ellos. Me enfadé por sorprenderme, por haberme afectado de aquel modo. Por supuesto me enfadé por su estupidez, por su frenética brutalidad, por su irreflexión, por su obediencia animal, por su atroz crueldad, por todo lo que aquel monumento evocaba... pero lo que verdaderamente me sobrecogió fue que aquella gente pudiera crear algo que describiera de forma tan elocuente sus espantosas acciones; que pudieran dar forma a una obra que evocara de forma tan humana su propia inhumanidad. No les había creído capaces de eso, por todo lo que había visto y leído, y no me gustó que me sorprendieran.

Salí de la isla, avancé por la orilla derecha en dirección al Louvre y deambulé por sus salas y galerías, mirando pero sin ver, simplemente intentando calmarme de nuevo. Liberé una pequeña glándula *calmaya*<sup>[4]</sup> para agilizar este proceso, de modo que, para cuando llegué hasta la *Mona Lisa*, estaba ya bastante recuperada. *La Gioconda* fue una gran decepción; demasiado pequeña y oscura y rodeada de miles de personas, cámaras y seguridad. Aquella señora sonreía tranquilamente desde detrás de un grueso cristal.

No encontraba ningún asiento y estaban empezando a dolerme los pies, así que salí hacia el Jardin des Tuileries, paseando por unas avenidas amplias y polvorientas entre pequeños árboles. Por fin encontré un banco junto a un estanque octogonal donde había unos cuantos niños y sus *pères* haciendo navegar maquetas de yates. Los observé un rato.

El amor. Quizás era el amor. ¿Podía ser? ¿Se habría enamorado Linter de alguien y, por tanto, a la nave le preocupaba que no quisiera volver, si teníamos que hacerlo y cuando tuviéramos que hacerlo? Solo porque aquel fuera el principio de miles de historias sentimentales, no significaba que no ocurriera realmente.

Me senté junto al estanque, con todos estos pensamientos rondando por mi mente. El mismo viento que me alborotaba el cabello, impulsaba y agitaba las velas de los pequeños yates; con esta incierta brisa, se asomaban entre las picadas aguas y se golpeaban contra las paredes del estanque o eran recogidos por manos regordetas y enviados de nuevo a surcar las olas.

Volví a dar la vuelta por el camino pasando por Les Invalides, con más de sus previsibles trofeos de guerra, antiguos tanques Panzer y filas de antiguos cañones como cuerpos apilados contra un muro. Almorcé en un pequeño lugar cargado de humo cerca del metro de Saint-Sulpice; te sentabas en la barra, en unos taburetes altos y te elegían un filete de carne roja para ponerlo en una parrilla, chorreando sangre, sobre un foso abierto y lleno de carbón al rojo vivo. La carne chisporroteaba en la parrilla justo delante de tus ojos mientras te tomabas el *apéritif*, hasta que considerabas que estaba en su punto. Estuvieron atentos continuamente para apartarla

y servírmela, pero yo seguí diciendo: «*Non, non; un peu plus... s'il vous plaît*».

El hombre que había junto a mí se comió el suyo de forma singular, con la sangre aún supurando del centro. Después de unos cuantos años en Contacto, te acabas acostumbrando a ese tipo de cosas, pero aun así, me sorprendió poder sentarme allí y hacer aquello, especialmente después de visitar aquel palacio. Conocía a mucha gente que se habría sentido indignada solo de imaginarlo. Si lo piensas, habría millones de vegetarianos en la Tierra que se habrían sentido igual de asqueados (me pregunto si se comerían nuestras carnes de probeta).

La parrilla negra sobre el carbón seguía recordándome a las rejillas del monumento, pero me limité a bajar la cabeza y a comerme la carne, o la mayor parte de ella. También me tomé un par de copas de vino tinto, que dejé que hicieran su efecto, y para cuando hube terminado me sentía razonablemente recompuesta de nuevo y bastante predispuesta hacia los lugareños. Incluso me acordé de pagar antes de que me lo pidieran (no creo que llegues a acostumbrarte nunca a eso de comprar) y salí de nuevo a la brillante luz del sol. Volví caminando hasta la casa de Linter, observando las tiendas y los edificios e intentando que no me atropellaran por la calle. En el camino de vuelta, compré un periódico para ver qué consideraban digno de noticia nuestros confiados anfitriones. El petróleo. Jimmy Carter estaba intentando convencer a los estadounidenses de que utilizaran menos gasolina y Noruega se enfrentaba a un vertido en el. La nave había mencionado ambos casos en sus últimas sinopsis, aunque por supuesto sabía que las medidas de Carter no saldrían adelante sin un ajuste drástico y que en la plataforma de perforación tenían una pieza del equipo puesta al revés. También elegí una revista, así que volví al piso de Linter agarrando mi ejemplar de *Stern* y con el convencimiento de tener que conducir de nuevo. Ya me había hecho mis planes provisionales; ir a Berlín pasando por las tumbas de la primera guerra mundial y los antiguos campos de batalla, para seguir con el tema de la guerra, la muerte y los monumentos conmemorativos a lo largo de todo el camino hasta la capital dividida del mismísimo Tercer Reich.

Sin embargo, el coche de Linter estaba en el patio, aparcado junto al Volvo. El suyo era un Rolls-Royce modelo Silver Cloud; estaba claro que la nave creía beneficioso colmarnos de caprichos. De cualquier modo, siempre afirmaba que montar el espectáculo era mejor tapadera que intentar pasar desapercibidos. El capitalismo occidental confería a los ricos la libertad de comportamiento suficiente como para camuflar las rarezas de nuestro origen alienígena.

Subí los escalones y toqué al timbre. Esperé un momento, escuchando los sonidos que provenían del piso. Me llamó la atención un pequeño letrero en el extremo contrario del patio, dibujando una agría sonrisa en mi rostro.

Entonces apareció Linter en la puerta, con semblante serio; la mantuvo abierta para que entrara, haciéndome una pequeña reverencia.

—Señorita Sma. La nave me ha avisado de que vendrías.

—Hola —saludé, mientras entraba en el piso.

El apartamento era mucho más grande de lo que había pensado. En el aire flotaba un aroma a piel y madera nueva; era luminoso y estaba ventilado y bien decorado, lleno de libros y discos, cintas y revistas, cuadros y *objets d'art*; no se parecía ni un ápice al piso que yo tenía en Kensington. Emanaba un aire inundado de vida.

Linter me hizo un gesto hacia un sillón de piel negra en el extremo de una alfombra persa que cubría el suelo de teca y avanzó hacia el mueble bar, desde donde se volvió allí hacia mí.

—¿Quieres algo de beber?

—*Whiskey* —le dije en inglés. No me senté, sino que merodeé por la habitación, observándolo todo.

—Tengo Johnnie Walker Black Label.

—Bien.

Le contemplé rodeando la botella cuadrada con la mano y vertiendo el contenido en un vaso. Dervley Linter era más alto que yo y bastante musculoso. A ojos de un experto, había algo que no encajaba demasiado —en términos humanos terrestres— en la forma de sus hombros. Se cernía sobre las botellas y los vasos como una amenaza, como si quisiera intimidar a la bebida que contenían ambos.

—¿Algún refresco?

—No, gracias.

Me alargó el vaso, se inclinó hasta un pequeño frigorífico, sacó una botella y se puso una Budweiser para él (la auténtica, de la República Checa). Finalmente, una vez terminada esta pequeña ceremonia, se sentó. Silla Bauhaus con aspecto de ser original.

Tenía el rostro tranquilo, serio. Cada uno de sus rasgos parecía llamar la atención por separado; la boca grande y expresiva, la nariz ancha, los ojos brillantes pero hundidos, las cejas de malo de película y una frente sorprendentemente alineada. Intenté recordar qué aspecto tenía antes, pero solo conseguí recrear un vago recuerdo, de modo que me resultó imposible decir en qué medida su físico actual se había transferido de su apariencia clasificada como normal. Envolvió el vaso de cerveza con sus grandes manos.

—Parece que la nave piensa que deberíamos hablar —dijo. Se bebió casi la mitad de la cerveza de un solo trago y dejó el vaso sobre una pequeña mesa de granito pulido. Me coloqué bien el prendedor del terminal.

—Aunque tú piensas que no, ¿verdad?

Linter extendió las manos y las cruzó sobre el pecho. Llevaba un traje negro de dos piezas con aspecto de ser bastante caro; pantalones y chaleco.

—Creo que será inútil.

—Bueno... no sé... ¿siempre tiene que haber utilidad en todo? Creía... la nave me sugirió que deberíamos hablar, eso es...

—¿En serio lo hizo?

—... todo. Sí. —Tosí—. Yo no... no me dijo qué está pasando.

Linter me miró fijamente, después bajó la mirada a los pies. Zapatos bajos negros. Recorrí la habitación con la vista mientras le daba un trago al whisky, buscando indicios de alguna presencia femenina o de que allí vivieran dos personas. No podría afirmarlo. La habitación estaba llena de objetos; grabados y óleos en las paredes, la mayoría de estos últimos de Brueghel o Lowry; lámparas de Tiffany, un equipo Hi-Fi Bang & Olufsen, varios relojes antiguos, lo que parecía una docena de figuritas de porcelana de Meissen, una vitrina china de esmalte negro, un gran biombo de cuatro pliegues con pavos reales cosidos, con miles de plumas cual ojos expuestos...

—¿Y qué te contó? —preguntó Linter.

—Lo que te he dicho —contesté encogiéndome de hombros—. Me dijo que quería que tuviera una charla contigo.

Sonrió de forma poco convincente, como si toda aquella conversación apenas mereciera el esfuerzo; a continuación desvió la mirada y la posó sobre la ventana. No parecía que fuera a decir nada. Me llamó la atención un destello de color y percibí una gran televisión, de aquellas con pequeñas puertas que se cierran sobre la pantalla y parecen un armario mientras no está en uso. Las puertas no estaban completamente cerradas y la televisión estaba encendida tras ellas.

—Está encendida —dijo Linter.

—No, es que... —comencé a decir, pero él se levantó del asiento, con sus elegantes brazos cruzados, se acercó a ella y abrió las puertas con un gesto teatral, antes de volver a sentarse.

No quería estar allí sentada viendo la tele, pero el sonido estaba bajo, así que no resultaba demasiado molesto.

—El mando está en la mesa —dijo Linter, señalándolo.

—Me gustaría que... a alguien le gustaría que me contaras qué está pasando.

Me miró como si aquello fuera una mentira obvia, en lugar de una súplica sincera y alzó la vista hacia el televisor. Debía de estar en alguno de los canales propios de la nave, ya que cambiaba continuamente, mostrando distintos programas y espectáculos de una gran variedad de países, utilizando varios formatos de transmisión y esperando a que se seleccionara algún canal. Un grupo ataviado con trajes rosas bailaba mecánicamente al ritmo de una canción inaudible. Les reemplazó una imagen de la plataforma Ekofisk expulsando una sucia fuente marrón de crudo y lodo. Entonces la pantalla volvió a cambiar de nuevo para mostrar la escena del camarote abarrotado de *Una noche en la ópera*.

—¿De modo que no sabes nada? —Linter se encendió un Sobranie. Esto, al igual

que los «mmm» de la nave tenía que ser para llamar la atención (a menos que realmente le gustara el sabor, un argumento poco convincente). No me ofreció un cigarrillo.

—No, no, no lo sé. Mira... ya veo que la nave quería que viniera para algo más que esta charla... pero no juegues conmigo tú también. Esa máquina loca me envió hasta aquí abajo en ese Volvo, todo el camino. Casi veía venir que ni siquiera lo hubiera protegido con el deflector. Esperaba en cualquier momento un par de cazas Mirage que vinieran a interceptarnos. Además, me queda un largo viaje hasta Berlín, ¿sabes? Así que cuéntamelo o pídemelo que me vaya, ¿vale?

Se quitó el cigarrillo de los labios, estudiándome a través del humo. Cruzó las piernas, se quitó una pelusa imaginaria de los bajos de los pantalones y fijó la mirada en los zapatos.

—Le he dicho a la nave que cuando se marche, voy a quedarme aquí en la Tierra. Independientemente de lo que pudiera ocurrir. —Se encogió de hombros—. Tanto si contactamos como si no. —A continuación me mantuvo la mirada, desafiante.

—¿Por algún... motivo particular? —pregunté, intentando sonar natural. Aún pensaba que tendría que haber una mujer de por medio.

—Sí, que me gusta este sitio. —Emitió un ruido a medio camino entre el gruñido y la risa—. Para variar, aquí me siento vivo. Quiero quedarme. Voy a quedarme. Me quedaré a vivir aquí.

—¿Quieres morir aquí?

Linter sonrió, desvió la mirada y volvió a fijarla en mi rostro.

—Sí —contestó de forma bastante concluyente. Esto me hizo enmudecer por un momento.

Me sentí incómoda. Me levanté y di una vuelta por la habitación, observando las estanterías. Parecía haber leído la misma cantidad de libros que yo. Me pregunté si los habría devorado todos, o habría leído algunos a velocidad normal: Dostoievski, Borges, Greene, Swift, Mailer, Camus, Hemingway, Dante.

—Entonces, lo más probable es que mueras aquí —comenté a la ligera—. Sospecho que la nave quiere observar, no contactar. Por supuesto...

—Eso me vendrá bien. Perfecto.

—Mmm. Bueno, eso no es... oficial aún, pero yo... sospecho que será así. —Me volví y di la espalda a los libros—. ¿En serio? ¿De verdad quieres morir aquí? ¿No estás de broma? ¿Cómo...?

Estaba sentado en la silla, inclinado hacia delante y peinándose la negra cabellera con una mano, paseando los largos dedos nudosos entre sus rizos. Un aro de plata decoraba el lóbulo de su oreja izquierda.

—Perfecto —repitió—. Me viene de perlas. Arruinaríamos este lugar si interfiriéramos.

—Lo arruinarán ellos mismos si no lo hacemos.

—No repitas argumentos trillados, Sma —gritó, apagando el cigarrillo violentamente y rompiéndolo por la mitad, casi entero.

—¿Y si vuelan por los aires todo el planeta?

—Mmm.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué? —exigió.

Se oyó una sirena en el bulevar de Saint Germain, con sus ondas propagándose al viento.

—Quizás sea eso hacia lo que se dirigen. ¿Quieres verlos cazándose unos a otros como moscas delante de sus propios...?

—¡Bua!, gilipollices. —Se le arrugó el rostro de rabia.

—Gilipollices las tuyas —le contesté—. Incluso la nave está preocupada. El único motivo de que no hayan tomado aún una decisión final es que saben lo mal que iría a corto plazo si lo hacen.

—Sma, no me importa. No quiero irme. No quiero tener nada más que ver con la nave, con la Cultura ni con nada que tenga relación con ella.

—Tienes que estar loco. Tan loco como ellos. Te matarán; acabarás aplastado bajo un camión o destrozado en un accidente aéreo o... quemado en algún incendio o algo así...

—Entonces me arriesgaré.

—Bueno... ¿y qué hay de lo que ellos denominan el aspecto de la «seguridad»? ¿Qué pasa si resultas herido y te llevan al hospital? No volverás a salir de allí; echarán un vistazo a tus tripas o a tu sangre y sabrán que eres un alienígena. Tendrás a todo el ejército encima de ti. Te diseccionarán.

—No lo veo muy probable. Pero si pasa, pasa.

Me senté de nuevo. Estaba reaccionando justo como la nave sabía que lo haría. Creía que Linter estaba loco, al igual que lo pensaba la *Arbitraria*; y me estaba utilizando para intentar hacerle entrar en razón. No había duda de que la nave ya lo había intentado, pero resultaba igual de obvio que era tal la naturaleza de la decisión de Linter, que la *Arbitraria* era la última que influiría sobre ella. Tecnológica y moralmente, la nave representaba la proclama articulada de forma más perfecta que la Cultura era capaz de producir y esa misma sofisticación tenía a la bestia atada de pies y manos, en este caso.

Tengo que admitir que sentí un cierto grado de admiración ante la postura de Linter, incluso aunque siguiera pensando que era algo estúpido. Puede que hubiera alguna lugareña de por medio o que no la hubiera, pero ya tenía la impresión de que era algo más complicado —y más difícil de abordar— que eso. Quizás se hubiera enamorado, pero no de algo tan sencillo como una persona. Quizás se había

enamorado de la Tierra en sí misma; de todo aquel puto planeta. Aquello era demasiado para la investigación de la sección de Contacto; se suponía que debía mantener alejada a la gente que pudiera ocurrirle eso. Si era aquello lo que había pasado, entonces la nave tenía verdaderos problemas. Siempre decían que enamorarse de algo era como que se te metiera una melodía en la cabeza y no fueras capaz de dejar de tararearla... solo que con un efecto mucho más intenso y, por lo que había oído, adoptar las costumbres del planeta de la forma que sospechaba que Linter había hecho iba más allá de amar a otra persona, de la misma forma que aquello iba más allá de tener una melodía metida en la cabeza.

De repente me sentí furiosa, con Linter y con la nave.

—Creo que estás adoptando un riesgo muy egoísta y estúpido, que no solo te perjudica a ti y a la... a nosotros, a la Cultura, sino que también perjudica a esta gente. Si te cogen, si te descubren... van a volverse paranoicos y se sentirán amenazados y serán hostiles a cualquier contacto relacionado con ellos, tanto interno como externo. Podrías hacerles... volverse locos. Dementes.

—Has dicho que ya lo estaban.

—Y tú tienes menos posibilidades de vivir durante todo tu ciclo. Pero aun suponiendo que no lo hicieras, vivirías durante siglos. ¿Cómo explicarías eso?

—Quizás para entonces ya tengan la píldora de la juventud también ellos. Además, siempre puedo ir de un lado para otro.

—No conseguirán desarrollar esas píldoras hasta dentro de cincuenta años o más; de siglos si sufren alguna recaída, aunque no llegue el holocausto. Sí, así que ir de un lado a otro, volverte un fugitivo, seguir siendo un alienígena, mantenerte marginado. Estarás tan aislado con ellos como con nosotros. Mierda, siempre lo vas a estar, de todos modos. —Para entonces, ya estaba hablando en voz alta. Sacudí la mano en dirección a las estanterías—. Está claro, por mucho que leas libros, veas películas y vayas a conciertos, al teatro y a la ópera y toda esa mierda, no puedes convertirte en uno de ellos. Seguirás teniendo los ojos de la Cultura, el cerebro de la Cultura; no puedes... no puedes renegar de todo eso, fingir que nunca lo has tenido —grité dando una patada en la pared—. ¡Maldita sea, Linter, estás siendo un desagradecido!

—Escucha, Sma —dijo, levantándose del asiento, cogiendo la cerveza y cruzando la habitación, con la vista perdida al otro lado de las ventanas—. Ninguno de nosotros le debe nada a la Cultura. Ya sabes..., deber y estar en deuda, tener obligaciones y responsabilidades y todo eso... eso es algo de lo que tiene que preocuparse esta gente. —Se volvió para mirarme—. Pero yo no, nosotros no. Tú haces lo que quieres hacer, la nave hace lo que quiere hacer. Yo hago lo que quiero hacer. Así todo va bien. Solo hay que dejar a los demás en paz, ¿verdad? —concluyó, volviendo la mirada hacia el pequeño patio, mientras se terminaba la cerveza.

—Quieres ser como ellos, pero no quieres tener las responsabilidades que tienen

ellos.

—No he dicho que quisiera ser como ellos. A... a cualquier extremo que lo haga, quiero tener el mismo tipo de responsabilidades que tienen ellos y en eso no se incluye preocuparme por lo que piense una nave estelar de la Cultura. Eso no es algo de lo que se preocupen ellos normalmente.

—¿Y qué pasa si en Contacto nos sorprendieran y decidieran intervenir?

—Lo dudo.

—Yo también, mucho. Es por eso por lo que creo que podría ocurrir.

—No creo. Aunque somos nosotros quienes les necesitamos, no al contrario. —Linter se volvió hacia mí y me miró fijamente, pero no iba a librar la batalla en un segundo frente. Tras una pausa, continuó—: No obstante, la Cultura se las apañará sin mí. Va a tener que arreglárselas —afirmó, inspeccionando el vaso vacío.

Durante un rato me quedé en silencio, mirando los continuos cambios de canal de la televisión.

—¿Y qué pasa contigo, de todos modos? —pregunté finalmente—. ¿Puedes arreglártelas tú sin ella?

—Sin problemas. —Rio Linter—. Escucha, ¿crees que no he...?

—No, escucha tú. ¿Cuánto tiempo crees que va a seguir este lugar tal y como está ahora? ¿Diez años? ¿Veinte? ¿No ves cuánto tiene que cambiar este sitio... solo en el próximo siglo? Nosotros estamos tan acostumbrados a que las cosas permanezcan inalterables, a que la sociedad y la tecnología, al menos la tecnología que tenemos al alcance inmediato, apenas cambie a lo largo de nuestras vidas que... no sé si cualquiera de nosotros podría soportarlo mucho tiempo. Creo que te afectaría más a ti que a los terrícolas. Ellos están acostumbrados al cambio, habituados a que todo ocurra rápido. Está bien, te gusta como es ahora, pero ¿qué pasará después? ¿Qué pasa si el año 2077 es tan distinto a este como este lo es de 1877? Esto podría ser el final de la Edad de Oro, se desencadene otra guerra mundial o no. ¿Qué posibilidades crees que tiene Occidente de mantener el statu quo con el tercer mundo? Te lo estoy diciendo, al final de siglo te sentirás solo, tendrás miedo y te preguntarás por qué te han abandonado. Y entonces serás el más nostálgico de todos, porque lo recordarás mejor de lo que ellos lo harán nunca y ya no rememorarás nada más desde antes de ahora.

Se quedó allí, mirándome. En el televisor se veía parte de un ballet en blanco y negro, después una entrevista; dos hombres blancos con aspecto, en cierto modo, estadounidense (y la borrosa imagen parecía la típica de Estados Unidos.), a continuación un concurso y luego un espectáculo de marionetas, de nuevo en monocromo. Se podían ver las cuerdas. Linter dejó el vaso sobre la mesa de granito y se acercó al equipo hi-fi para encender la pletina. Me preguntaba con qué pequeña destreza planetaria estaba a punto de deleitarme.

La pantalla se quedó fija en un programa durante un rato. Tenía un aspecto vagamente familiar; estaba segura de que lo había visto. Una obra; del siglo pasado... escritor estadounidense, pero... (Linter volvió a su silla mientras comenzaba a sonar la música, *Las cuatro estaciones*).

Henry James, *Los embajadores*. Era una producción de televisión que había visto en la BBC mientras estuve en Londres... o quizás la hubiera repetido la nave, no me acordaba. Lo que recordaba era la trama y el escenario; ambos parecían tan opuestos a mi pequeña escena con Linter que comencé a preguntarme si la bestia que se cernía sobre nuestras cabezas estaría contemplando todo esto. Probablemente sí, si lo piensas. Y tampoco tenía demasiado sentido buscar nada; la nave podía fabricar micrófonos ocultos tan pequeños que el principal problema con la estabilidad de la cámara era el movimiento browniano. ¿Entonces *Los embajadores* era una señal? En fin, la obra quedó sustituida por un anuncio de espray contra el olor de pies.

—Te lo he dicho —dijo Linter con tranquilidad, sacándome de mi ensimismamiento—. Estoy preparado para arriesgarme. ¿Crees que no lo he meditado todo con detenimiento, millones de veces? Esto no es algo repentino, Sma. Ya me sentí así el primer día que llegué, pero esperé varios meses antes de decir nada, para estar seguro. Es lo que llevo buscando toda mi vida, lo que siempre he querido. Siempre supe que lo sabría cuando lo encontrara y lo he hecho. —Negó con la cabeza; lleno de tristeza, creí—. Me quedo, Sma.

Entonces me callé. Sospechaba que a pesar de lo que acababa de afirmar, no había pensado en cuánto cambiaría el planeta a lo largo de su vida, probablemente larga; además, aún quedaban otras cosas que alegar, pero no quería presionarle demasiado ni demasiado rápido. Me relajé recostándome en el sofá y me encogí de hombros.

—De todos modos, no sabemos seguro qué va a hacer la nave, qué van a decidir.

Linter asintió, cogió un pisapapeles de la mesa de granito y lo balanceó una y otra vez en la mano. La música vibraba por la habitación, como los rayos de sol reflejados en el agua; con los puntos dando forma a líneas, bailando tranquilamente.

—Sí, ya lo sé —dijo, mirando aún el pesado globo de cristal retorcido—. Esto puede parecerle una idea de locos... pero es que... simplemente quiero a este lugar —me explicó, mirándome creo que por primera vez sin rastro de desafío o de frialdad extrema en los ojos.

—Sé lo que quieres decir —dije—. Pero no puedo comprenderlo perfectamente... quizás yo sea más desconfiada que tú; es solo que tú a veces tiendes a preocuparte más por los demás que por ti mismo... asumes que ellos no han pensado las cosas de forma tan meditada como tú. —Se me escapó un suspiro y casi suelto una carcajada—. Supongo que estoy asumiendo que... esperando que cambies de idea en el futuro.

Linter se sumió en silencio un momento, estudiando aún el hemisferio de cristal de colores.

—Quizás lo haga —admitió encogiéndose de hombros rotundamente—. Quizás cambie de idea —dijo, mirándome lleno de dudas. Carraspeó—. ¿Te ha dicho la nave que he estado en la India?

—¿En la India? No, no me lo ha dicho.

—Estuve allí un par de semanas. No le dije a la *Arbitraria* que iba, aunque por supuesto, se acabó enterando.

—¿Por qué? Quiero decir, ¿por qué querías ir allí?

—Quería ver aquel lugar —explicó Linter, inclinándose hacia delante en la silla, acariciando el pisapapeles para devolverlo después a la mesa y frotándose por último las manos—. Era precioso... precioso. Si me hubiera quedado alguna duda, se desvaneció por completo allí. —Me miró fijamente, con un rostro repentinamente expuesto, penetrante, con las manos extendidas y los dedos estirados—. Es el contraste, los... —intentó explicar y desvió la mirada, aparentemente menos expresiva por la viveza de la impresión—... los reflejos, la luz y la sombra que lo inunda todo. La miseria y la mugre, los lisiados y las barrigas hinchadas; toda aquella pobreza hace resaltar más la belleza... una simple niña preciosa entre las multitudes de Calcuta parece un capullo de fragilidad imposible, como un... lo que quiero decir es que es difícil creer que la roña y la pobreza no la hayan contaminado de alguna forma... es como un milagro... una revelación. Entonces te das cuenta de que solo será así unos pocos años, que solo vivirá unas cuantas décadas, que se desgastará y tendrá seis hijos y se marchitará... El sentimiento, la comprensión, el asombro... — Su voz se fue apagando y me miró, ligeramente impotente, casi vulnerable. Era justo el momento de soltar mi comentario más significativo, más cortante. Pero era también justo el momento en el que no podía hacerlo.

Así que me quedé allí sentada, inmóvil, mirando a Linter mientras continuaba:

—No sé cómo explicarlo. Es la vida. Me siento vivo. Y si muero mañana habré valido la pena simplemente por estos últimos meses. Sé que estoy asumiendo un riesgo al quedarme, pero eso es precisamente lo que le da sentido. Sé que puedo sentirme solo y que puedo tener miedo. Seguramente vaya a ocurrir, tanto ahora como en el futuro, una y otra vez, pero valdrá la pena. Esa soledad hará que todo el resto merezca la pena. Nosotros prevemos que todo salga según nuestros deseos, pero esta gente no; están acostumbrados a tener todo lo bueno y lo malo mezclado. Y eso les hace sentir interés por vivir, les hace valorar sus oportunidades... esta gente sabe qué es la tragedia, Sma. La viven. Nosotros somos simplemente su público.>

Se quedó allí sentado, rehuyendo mi mirada mientras yo lo observaba fijamente. El ruido de la gran ciudad retumbaba a lo lejos y los rayos de sol alcanzaban la ventana y penetraban en la habitación conforme las sombras de las nubes pasaban sobre nosotros. Entonces pensé: *pobre desgraciado, pobre gilipollas, te han pillado bien.*

Aquí estamos nosotros con nuestra estupenda UGC, nuestra máquina suprema; capaz de autogenerar toda su civilización y ofrecerte una excursión de un día a la estrella Próxima Centauro; llena de tecnología que deja a sus bombas atómicas a la altura de simples petardos y sus supercomputadoras como meras calculadoras; un buque informalmente sublime en lo que respecta a su inexpugnable poder y su inagotable conocimiento... aquí estamos con nuestra nave y nuestros módulos y plataformas, nuestros satélites y patines y drones y dispositivos grabadores ocultos, cribando su planeta en busca del arte más valioso, de sus secretos más confidenciales, de sus mejores pensamientos y de sus mayores logros; saqueando su civilización de forma más extensa de lo que han conseguido todos los invasores de toda su historia juntos, sin importarnos un rábano sus insignificantes armas, prestando mil veces más atención a su arte, su historia y su filosofía que a su ciencia eclipsada, observando sus religiones y sus ideologías políticas como examinaría un doctor los síntomas de alguna enfermedad... y a pesar de todo eso, a pesar de todo nuestro poder y nuestra superioridad, nuestra ciencia, tecnología, pensamiento y comportamiento... aquí estaba este pobre imbécil, perdidamente prendado de ellos mientras que ellos ni siquiera se habían percatado de su existencia, cautivado por ellos, adorándolos; e impotente. Una victoria inmoral de los bárbaros.

No es que yo misma me encontrara en una situación mucho mejor. Puede que deseara exactamente lo contrario que Dervley Linter, pero yo también dudaba mucho que fuera a marcharme. No quería irme, no quería mantenerlos a salvo de nosotros y dejarlos que se devoraran unos a otros; apostaba por una intervención máxima; quería implantar en aquel lugar un programa del que hubiera estado orgulloso hasta el mismísimo Leon Trotsky. Quería ver cómo los generales de la Junta Militar se cagaban encima al darse cuenta de que el futuro está, en términos terrestres, teñido de rojo, de un rojo intenso.

Naturalmente, la nave pensaba que yo también estaba loca. Quizás se imaginó que, de alguna manera, Linter y yo nos anularíamos el uno al otro y que ambos volveríamos a recobrar la cordura.

Así que Linter no quería interferir para nada en el lugar y yo quería interferir al máximo. Probablemente la nave —junto con las Mentes que le estuvieran ayudando a decidir qué hacer— llegaría a una posición más cercana a la de Linter que a la mía, pero precisamente por eso el chico no podía quedarse. Sería como colocar una bomba con temporizador un tanto al azar y observar cómo avanza su tictac en mitad del experimento no contaminado en el que probablemente se convertiría la Tierra; un paquete de contaminación radical preparado para demostrar toda la teoría de Heisenberg en cualquier momento.

No podía hacer nada más por Linter. Solo dejarle reflexionar sobre lo que le había dicho. Quizás el saber que no solo la nave pensaba que estaba actuando de forma

insensata y egoísta tendría alguna influencia en él.

Conseguí que me diera una vuelta por París en el Rolls-Royce, después comimos estupendamente en un restaurante de Montmartre y terminamos en el margen izquierdo del río, paseando entre el laberinto de calles y degustando un exagerado número de vinos y licores. Tenía reservada una habitación en el George, pero me quedé con Linter aquella noche, simplemente porque parecía lo más normal — especialmente teniendo en cuenta el estado de embriaguez en el que nos encontrábamos— y, de todos modos, hacía bastante que no tenía a nadie a quien abrazar por la noche.

La mañana siguiente, antes de partir hacia Berlín, ambos mostramos la dosis justa de vergüenza y quedamos como amigos.

### 3.3. Desarrollo interrumpido

Había algo en la mera idea de ciudad que resulta fundamental para la comprensión de un planeta como la Tierra, especialmente para entender aquella parte de la civilización grupal<sup>[5]</sup> existente en aquel entonces y que se autodenominaba Occidente (la parte por la que yo estaba más preocupada). Esa idea, en mi opinión, alcanzaba su apoteosis materialista en Berlín.

Quizás me sumerja en una especie de shock cuando vivo algo profundamente, incluso en esta mediana edad madura, pero tengo que admitir que mis recuerdos de Berlín no están dispuestos en mi memoria siguiendo una secuencia cronológica. Mi única excusa es que la propia ciudad de Berlín era tan anormal —y aun así, tan extrañamente representativa—, que resulta un tanto irreal; un Disneyworld tan macabro a veces, que constituía una parte integral del mundo real (y del mundo de la *realpolitik*); una cristalización tal de todo lo que esta gente ha conseguido producir, demoler, reinstaurar, venerar, condenar e idolatrar a lo largo de su historia, que apenas trascendía todo lo que ejemplificaba y adquiriría un simple significado propio, aunque con distintas caras; una suma, una respuesta, una afirmación a la que ninguna ciudad en su sano juicio querría o sería capaz de llegar. Antes he dicho que nos interesaba más el arte de la Tierra que todo lo demás; pues bien, Berlín era su obra maestra, un equivalente a la nave.

Recuerdo pasear por la ciudad, día y noche, contemplando los edificios en cuyos muros aún se apreciaban los agujeros de bala de una guerra terminada hacía treinta y dos años. Edificios de oficinas luminosos, abarrotados y, por lo demás, ordinarios daban la impresión de haber sido pulidos con partículas del tamaño de pelotas de tenis; comisarías de policía, bloques de apartamentos, iglesias, muros de parques, incluso las propias aceras, conservaban aquel mismo estigma de la antigua violencia, la marca del metal sobre la piedra.

Podía leer aquellos muros; reconstruir los acontecimientos de un día, o una tarde, o una hora o unos meros minutos, a partir de aquellos restos siniestrados. Esto de aquí lo habían acribillado con metralletas, la artillería ligera como una corrosión ácida, las armas pesadas marcando su trayectoria, como una sucesión de golpes de pico sobre el hielo; lo de aquí estaba perforado con cargas huecas y armas cinéticas —se habían tapiado los huecos— y habían dejado largas hileras de agujeros irregulares por toda la piedra; aquí había explotado una granada, despidiendo fragmentos por todos sitios, dejando marcas superficiales en la acera y rociando las paredes (o no, ya que a veces se apreciaba piedra intacta en una dirección, como una sombra de metralla, donde quizás algún soldado dejara su impronta en la ciudad, en el momento de su muerte).

En cierto lugar, todas las marcas que había sobre un arco de ferrocarril estaban salvajemente inclinadas, abriéndose camino hacia un lateral del arco, alcanzando el

andén e inclinándose después hacia arriba en el otro lado del vano. Me quedé allí parada reflexionando sobre eso hasta darme cuenta de que, probablemente, tres décadas antes, algún soldado del ejército Rojo estuvo allí agazapado, perseguido por los disparos desde un edificio de la calle de enfrente... me volví e incluso pude distinguir desde qué ventana...

Cogí la línea de U-Bahn de control occidental bajo el muro, que atravesaba desde una parte del Berlín Oeste a la otra, desde Hallesches Tor hasta Tegel. Podías bajarte en Friedrichstrasse y entrar a Berlín Este, pero el resto de las estaciones de la zona Este estaban cerradas; los guardias con metralletas vigilaban el tren mientras se apresuraba a través de las estaciones desiertas; un fantasmagórico brillo azulado iluminaba esta escena cinematográfica y el paso del tren dispersaba antiguas octavillas y elevaba las gastadas esquinas de los antiguos carteles que seguían adheridos a la pared. Tuve que repetir el viaje dos veces para asegurarme de que no me lo había imaginado todo. El resto de pasajeros parecían tan aburridos y zombis como suelen ser los pasajeros del metro.

A veces, la propia ciudad tenía algo de ese vacío aterrador y fantasmal. Aunque rodeado de forma tan segura, Berlín Oeste era grande; estaba lleno de parques, de árboles y de lagos —más que la mayoría de las ciudades— y aquello, junto con el hecho de que la gente seguía abandonando la ciudad por miles cada año (a pesar de todo tipo de subvenciones y concesiones fiscales ideadas para convencerlos de que se quedaran) significaba que, mientras que se mantenía el mismo nivel de presencia capitalista en el que había estado inmersa en Londres y que había presentado en París, la densidad era mucho menor; simplemente no existía la misma presión por urbanizar y reurbanizar terrenos. De modo que la ciudad estaba llena de estos edificios ametrallados y de espacios abiertos; emplazamientos bombardeados con ruinas que salpicaban el horizonte, con ventanas vacías y sin tejado, como gigantes buques abandonados a la deriva por mares de luto. Junto a la elegancia de la Kurfürstendamm, este legado de destrucción y privación se convertía en solo otra obra de arte inmensa, como el campanario pintorescamente devastado de la iglesia conmemorativa Kaiser Wilhelm, enclavada en el extremo de la K-damm como un capricho arquitectónico al final de una avenida arbolada.

Incluso los dos sistemas de trenes contribuían a esa sensación de irrealidad que inspiraba la ciudad, la sensación de saltar continuamente de un continuo a otro. En lugar de que la parte Oeste gestionara todo lo de su lado y la Este todo lo del suyo, la zona Este gestionaba el S-bahn (exterior) en ambos lados y la Oeste, el U-bahn (subterráneo) en ambas zonas. El U-bahn daba servicio a aquellas fantasmagóricas estaciones bajo la zona Este, mientras que el S-bahn tenía sus propias estaciones ruinosas y llenas de malas hierbas en la zona Oeste. De hecho, ambos ignoraban el muro, ya que el S-bahn pasaba sobre el mismo y, en algunas zonas, también pasaba

soterrado. Además, el U-bahn salía a la superficie con cierta frecuencia. Permítame insistir en este punto y decirle que incluso los autobuses de dos plantas o los trenes de dos plantas se añadían al sentido de realidad multicapa. En un lugar como Berlín, envolver al Reichstag como un paquete no era ni remotamente una idea tan extraña como la ciudad en sí misma.

En una ocasión, crucé hasta el Este por Friedrichstrasse y, en otra, a través del Checkpoint Charlie. Sin lugar a dudas, allí también existían lugares donde el tiempo parecía haberse detenido; muchos de los edificios y señales tenían el aspecto de haber empezado a quedar recubiertos por una pátina de polvo hacía treinta años, sin que desde entonces los hubieran molestado. En la zona Este había tiendas donde solo aceptaban divisas extranjeras. En cierto modo, no tenían el aspecto de tiendas reales; era como si algún sórdido emprendedor de un degenerado futuro semisocialista hubiera intentando crear un escaparate de feria inspirado en alguna tienda capitalista de finales del siglo xx y hubiera fracasado, debido a su falta de imaginación.

No resultaba convincente. A mí no me convencía. Además, me conmovía un poco. ¿Esta farsa, esta lúgubre barraca que intentaba imitar a Occidente —e incluso de forma bastante pésima— era lo mejor que podían sacar del socialismo estos ciudadanos? Quizás hubiera en ellos algo erróneo a nivel tan básico que ni siquiera la nave lo hubiera detectado aún; algún defecto genético que supusiera que nunca serían capaces de vivir y trabajar juntos sin una amenaza externa; que nunca dejarían de luchar, que nunca detendrían aquellos desastres horribles, impresionantes y sangrientos. Quizás a pesar de todos nuestros recursos, no podíamos hacer nada por ellos.

Esta sensación se desvaneció. No había nada que demostrara que esto no era una simple aberración pasajera y, al llegar de forma tan temprana, comprensible. Su historia no se desviaba tanto del rumbo medio, estaban atravesando lo que miles de civilizaciones distintas habían recorrido ya y, sin lugar a dudas, en la infancia de todas ellas se habían producido innumerables ocasiones en las que lo único que hubiera deseado cualquier observador decente, equilibrado, razonable y humanamente comprometido era gritar de desesperación.

Resultaba irónico que en esta capital autodenominada comunista tuvieran tanto interés en el dinero; por lo menos una decena de personas se acercaron hasta mí en el Este para preguntarme si quería cambiar divisas. Pregunté (obteniendo como respuesta miradas inexpresivas, sobre todo) si aquello representaría un cambio cualitativo o cuantitativo.

—El dinero es símbolo de pobreza —les cité.

Maldita sea, deberían grabar ese lema en piedra sobre la puerta del hangar de toda UGC.

Me quedé allí un mes, visitando todos los lugares turísticos, paseando y

conduciendo, y formándome y entreteniéndome, por la ciudad; navegando por el río Havel y nadando en él, montando a caballo por Grünewald y por el bosque de Spandau.

A sugerencia de la nave, me marché a través del corredor de Hamburgo. La carretera atravesaba aldeas estancadas en los cincuenta. A veces, en la década de 1850; deshollinadores en bicicleta que llevaban sombreros de copa negros y acarreaban sus cepillos ennegrecidos sobre los hombros, como enormes margaritas cubiertas de hollín robadas en el jardín de un gigante. Sentada en mi gran Volvo rojo, me sentía bastante cohibida y opulenta.

Aquella noche, dejé el coche en un sendero a la orilla del Elba. Apareció un módulo entre la oscuridad, negro sobre negro, y me llevó hasta la nave, que en aquel momento faltaba sobre el Pacífico, siguiendo el rastro de un grupo de cachalotes que había justo debajo y saqueando sus gigantes cerebros con sus accionadores mientras cantaban.

## 4. Heresiarca

## 4.1. Sentencia previa

Debí saber que no convenía contarle a Li'ndane nada sobre París y Berlín, pero lo hice. Estaba flotando en el espacio antigravedad con unos cuantos compañeros más tras darnos unos chapuzones en la piscina de la nave. En realidad, estaba hablando con mis amigos, Roghres Shasapt y Tagm Lokri, pero Li estaba allí, escuchando ávidamente a hurtadillas.

—Ah —comentó, flotando por encima para mover un dedo bajo mi nariz—. Así que es eso.

—¿Eso es qué?

—Ese monumento. Ahora lo veo claro, piénsalo.

—¿El monumento conmemorativo a los mártires de la deportación, te refieres?

—Un coño. Eso es lo que quiero decir.

—Li —dije, negando con la cabeza—, creo que no sé de qué estás hablando.

—Oh, solo tiene ansias de carne —dijo Roghres—. Se quedó inmovilizado la última vez que te marchaste.

—Tonterías —rebatí Li, salpicando unas gotas de agua a Roghres—. Estoy hablando de esto: la mayoría de monumentos conmemorativos son como pollas; cenotafios; columnas. Ese monumento que vio Sma es un coño; incluso está en la línea divisoria del río; bastante público. Partiendo de esto, así como de la actitud general de Sma, resulta obvio que está exaltando su sexualidad en toda esta tontería de la sección de Contacto.

—Bueno, jamás lo hubiera adivinado —dije.

—Básicamente, lo que quieres tú, Diziet, es que te folle toda una civilización, un planeta entero. Supongo que eso te convierte en una buena agente de Contacto, si es eso lo que quieres hacer...

—Por supuesto, Li solo está aquí para ver los distintos tonos de moreno —interrumpió Tagm.

—... sin embargo, yo diría —continuó Li— que es mejor no ensalzar nada. Si lo que quieres es un buen polvo, entonces lo que tendrías que conseguir es un buen polvo, no un elocuente careo frente a una roca con agua estancada infectada de fanáticos de la muerte babeantes en un poderoso viaje terminal.

—Sigo diciendo que eres tú el que quiere un buen polvo —dijo Roghres.

—¡Exactamente! —exclamó Li, abriendo los brazos y salpicando unas cuantas gotas de agua más que se quedaron suspendidas en la gravedad cero—. Pero yo no lo niego.

—Vaya con el señor naturalidad —asintió Tagm.

—¿Y qué hay de malo en ser natural? —exigió Li.

—Sin embargo, recuerdo que justo el otro día estabas diciendo que el problema

de los humanos es que eran demasiado naturales, no lo bastante civilizados — contraatacó Tagm, volviéndose luego hacia mí—. Pero claro, eso era entonces; Li es capaz de cambiar de color más rápido que una UGC intentando conseguir un récord de repostaje.

—Hay naturalidad y naturalidad —dijo Li—. Yo soy naturalmente civilizado y ellos son naturalmente bárbaros, por lo tanto, debería ser todo lo natural que pueda y ellos deberían hacer todo lo que no pueden ser. Pero nos estamos desviando del asunto. Lo que digo es que Sma tiene un problema psicológico definido y creo que, puesto que soy la única persona de esta máquina a quien le interesa el análisis freudiano, debería ser yo quien la ayudara.

—Qué increíblemente amable por tu parte —le contesté.

—En absoluto —dijo Li, haciendo un gesto con la mano. Debía de habernos salpicado la mayor parte de las gotas de agua que lo empapaban, ya que gradualmente se estaba alejando de nosotros, hacia el otro extremo de la sala antigravedad.

—¡Freud! —soltó Roghres con guasa, un poco colocada de *Jumble*.

—Infiel —dijo Li, con los ojos entornados—. Supongo que tus ídolos son Marx y Lenin.

—Cielos, no. Yo misma soy una acérrima seguidora de Adam Smith —masculló Roghres. Comenzó a dar una voltereta suspendida en el aire, haciendo lentos ejercicios de posición fetal estirada con los brazos extendidos.

—Estupideces —escupió Li (literalmente, aunque lo vi venir y lo esquivé).

—Li, de verdad que eres el humano más salido de esta nave —le dijo Tagm—. Eres tú quien necesita ese análisis. Esta obsesión con el sexo, sencillamente no es...

—¿Que yo estoy obsesionado con el sexo? —se escandalizó Li, señalándose el pecho con el pulgar y lanzando después la cabeza hacia atrás. Entonces soltó una carcajada—: ¡Ja! Escucha... —Volvió a adoptar lo que en la Tierra podría pasar por una postura del loto, si hubiera algún suelo sobre el que sentarse, y se colocó una mano en la cadera mientras señalaba con la otra vagamente a la derecha—. Son ellos quienes están obsesionados con el sexo. ¿Sabéis cuántas palabras tienen para decir «polla»? ¿O «coño»? Cientos; cientos. ¿Cuántas tenemos nosotros? Una; una para cada uno, tanto para el uso...<sup>[6]</sup> como para la denominación anatómica. Y ninguna de ellas es una palabrota. Yo solo me limito a admitir que quiero insertar una en la otra. Preparado, dispuesto e interesado. ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada, en sentido estricto —admití—. Pero llega un punto en el que el interés se convierte en obsesión y creo que la mayoría de la gente considera la obsesión como algo malo porque contribuye a una menor variedad, menos flexibilidad.

Li asintió salvajemente, flotando aún lejos de nosotros.

—Solo voy a decir una cosa: es una obsesión llena de flexibilidad y variedad que hace a esta denominada Cultura tan aburrida.

—Li fundó una Asociación del Aburrimiento mientras estabas fuera —explicó Tagm, sonriéndome—. Aunque nadie más se ha afiliado a ella.

—Va muy bien —confirmó Li—. Por cierto, he cambiado el nombre a Liga Ennui. Sí, aburrimiento era una faceta de la existencia infravalorada en nuestra seudocivilización. Aunque al principio pensé que podría ser interesante, en un sentido aburrido, para que la gente se congregara cuando estuviera extremadamente aburrída, ahora me doy cuenta de que no hacer nada que desees completa y totalmente por ti mismo, es una experiencia profundamente conmovedora e intensamente mediocre.

—¿Y crees que la Tierra tiene mucho que enseñarnos a este respecto? —dijo Tagm, volviéndose luego y diciendo a la pared más cercana—: Nave, ¿puedes poner el aire a intensidad media, por favor?

—La Tierra es un planeta profundamente aburrido —afirmó con seriedad Li, mientras un extremo de la sala comenzaba a impulsar el aire hacia nosotros y la otra activaba la toma. Comenzamos a movernos a la deriva con la brisa.

—¿La Tierra? ¿Aburrída? —dije. El agua se iba secando sobre mi piel—. ¿Qué sentido tiene un planeta donde apenas puedes poner un pie sin tropezarte con alguien matando a alguien o pintando algo o componiendo música o haciendo retroceder la frontera de la ciencia o siendo torturado o suicidándose o muriendo en un accidente de tráfico o huyendo de la policía o padeciendo alguna estúpida enfermedad o...?

Nos chocamos contra la mullida y porosa pared de toma de aire.

—Eh, ¡esta pared nos succiona! —comentó Roghres con una risita tonta.

Entonces los tres rebotamos y pasamos a Li, que venía un poco por detrás de nosotros y viajando en dirección contraria, dirigiéndose aún hacia la pared. Roghres le contempló pasar con el interés estudiado de un borracho observando una mosca en el borde de su vaso.

—Bárbaro.

—De todos modos —dije, mientras pasábamos por su lado—, ¿de qué forma la convierte todo esto en aburrída? Con toda seguridad están pasando muchas cosas...

—Que son profundamente aburrídas. Un exceso de aburrimiento no convierte a algo en interesante, a no ser que la consideremos en el sentido académico más mordaz. Un lugar no resulta aburrido si te tienes que esforzar verdaderamente para encontrar algo que sea interesante. Si no hay nada totalmente interesante sobre ningún lugar particular, entonces aquel es un sitio perfectamente interesante e intrínsecamente no aburrido. —Li llegó hasta la pared y rebotó. Tuvimos que aminorar el ritmo, detenernos y dar la vuelta, de forma que bajásemos de nuevo. Roghres dijo adiós con la mano a Li mientras lo pasábamos.

—Pero —alegué—, déjame que entienda esto bien: la Tierra, donde está ocurriendo de todo, está tan llena de cosas interesantes que resulta aburrída. ¿Es eso lo que quieres decirme? —pregunté, entornando los ojos.

—Algo así.

—Tú estás loco.

—Y tú eres una aburrida.

## 4.2. Una charla feliz e idiota

Le había hablado a la nave sobre Linter el día después de verle en París, además de otras cuantas veces, posteriormente. No creo que le infundiera demasiadas esperanzas de que el chico cambiara de idea; la nave utilizaba su voz deprimida cuando hablábamos de él.

Por supuesto, de haberlo querido, la nave podría haber hecho de toda la discusión algo trascendental simplemente secuestrando a Linter. Cuanto más lo pensaba, más segura estaba de que la nave había enviado dispositivos grabadores ocultos, microdrones o algo para seguirle la pista. Ante la primera insinuación de estar pensando en quedarse, la *Arbitraria* se habría asegurado de no perderle el rastro, incluso aunque saliera sin su terminal. Por lo que yo sabía, nos vigilaba a todos, aunque al preguntarle lo negara totalmente (la nave se mostraba evasiva en lo relacionado con Linter; no hay nada más sospechoso en toda la galaxia que una UGC reservada, de modo que era incuestionable una respuesta clara<sup>[7]</sup>. No obstante, extraiga sus propias conclusiones).

Técnicamente, para la nave hubiera resultado muy fácil drogar a Linter, o hacer que algún dron lo dejara sin sentido, y meterlo en un módulo. Supongo que incluso podría haberle desplazado; haberle teletransportado como en *Star Trek* (que para la nave era morir de risa)<sup>[8]</sup>. Sin embargo, no me la imaginaba haciendo nada de aquello.

Aún no había conocido a ninguna nave —y no creo que me gustara hacerlo— que no estuviera mucho más orgullosa de sus habilidades mentales que de su poder físico; para la nave, secuestrar a Linter sería como admitir que no tenía el suficiente ingenio para ser más inteligente que él. No cabía duda de que si lo hiciera, se esforzaría al máximo para justificar tal acción. Desde luego, se saldría con la suya —ningún quórum del resto de Mentes de Contacto le ofrecería la opción del exilio o la reestructuración—, pero, joder, perdería todo su prestigio. Las UGC podían ser más malvadas que el demonio y la *Arbitraria* sería el hazmerreír de la flota de Contacto durante meses, como mínimo.

—¿Lo has pensado alguna vez?

—Yo pienso en todo —respondió la nave de forma cortante—. Pero no, no creo que lo hiciera, ni siquiera como último recurso.

Unos cuantos habíamos estado viendo *King Kong* y ahora estábamos sentados en la piscina de la nave, comiendo *kazu* y degustando vinos franceses (todos elaborados por la nave, pero estadísticamente más auténticos que los originales, según nos aseguró... No, yo tampoco). Estaba pensando en Linter y le pregunté a un dron remoto qué medidas para prevenir contingencias se habían adoptado si se llegaba a lo

peor<sup>[9]</sup>.

—¿Cuál es el último recurso?

—No lo sé; quizás seguirle el rastro, vigilar cualquier situación en la que los lugareños estén a punto de descubrir que no es uno de ellos, digamos en un hospital, por ejemplo, y microbombardear el lugar.

—¿Qué?

—Esto levantaría una gran historia sobre la explosión misteriosa.

—Háblame en serio.

—Estoy hablando en serio. ¿Qué supone otro insignificante acto de violencia en el zoológico que conforma ese planeta? Sería lo más propio. Cuando estés en Roma, quémala.

—No estás hablando en serio, ¿verdad?

—¡Sma! ¡Por supuesto que no! ¿Estás tramando algo o qué? Dios santo, que le jodan a la moralidad: sería sencillamente tan poco elegante... ¿por quién me tomas?

—El dron se indignó, y se marchó.

Zambullí el pie en la piscina. La nave tenía puesto *jazz* de los años treinta, sonido al natural; con todos los chasquidos y silbidos. Había pasado a este género y a los cantos gregorianos tras un periodo intentando que todo el mundo escuchara a Stockhausen, mientras yo estaba en Berlín. No lamentaba en absoluto haberme perdido esa etapa del gusto musical de la nave, en constante cambio.

Además, mientras estuve fuera, la nave había enviado una postal al servicio internacional de la BBC, solicitando que emitieran *Space Oddity*, del señor David Bowie, dedicada a la nave *Arbitraria* y a todos los que navegaban en ella. (Esto, viniendo de una máquina que podría inundar todo el espectro electromagnético de la Tierra con cualquier cosa desde más allá de Betelgeuse). No consiguió que retransmitieran su petición. La nave pensaba que era desternillante.

—Aquí está Dizzy; ella lo sabrá.

Me volví y vi acercarse a Roghres y Djibard Alsehil. Se sentaron a mi lado. Djibard había entablado amistad con Linter durante el año que transcurrió entre que dejó *Pésimo para los negocios* y descubrimos la Tierra.

—Hola —saludé—. ¿Saber el qué?

—¿Qué ha pasado con Dervley Linter? —preguntó Roghres, metiendo una mano en la piscina—. Djib acaba de volver de Tokio y quería verle, pero la nave ha estado muy extraña; no quiere decirnos dónde está.

Miré a Djibard, que estaba allí sentada con las piernas cruzadas, con un aspecto parecido al de un gnomo. Tenía una amplia sonrisa y pinta de estar fumada.

—¿Y qué te hace pensar que yo sé algo? —le dije a Roghres.

—He oído un rumor de que lo viste en París.

—Mmm. Bueno, sí, lo vi.

Observé los preciosos diseños de luz que la nave estaba proyectando sobre la pared más alejada; iban apareciendo lentamente, ganando intensidad a medida que las luces principales se volvían sonrosadas con el ocaso de la nave (que gradualmente había ido reduciendo a un ciclo de veinticuatro horas).

—¿Entonces por qué no ha vuelto a la nave? —se interesó Roghres—. Se fue a París al principio de todo. ¿Cómo es que aún sigue allí? No se estará convirtiendo en nativo, ¿no?

—Solo estuve con él un día; menos, en realidad. No me gustaría entrar en comentarios sobre su estado mental..., me pareció bastante contento.

—Entonces, no contestes —dijo Djibard, arrastrando un poco las palabras.

Observé a Djibard durante un rato; seguía sonriendo.

—¿Por qué no os ponéis en contacto con él vosotras mismas? —propuse, volviéndome a Roghres.

—Ya lo hemos intentado —dijo Roghres, asintiendo hacia la otra mujer—. Djibard lo ha intentado tanto dentro como fuera del planeta. No contesta.

Djibard cerró los ojos. Miré a Roghres.

—Entonces, probablemente es que no quiera hablar.

—¿Sabes? —dijo Djibard, con los ojos aún cerrados—. Creo que probablemente sea porque ellos no maduran de la misma forma que nosotras. Quiero decir que las mujeres tenemos el periodo y los hombres eso que llaman *machismo*, porque ellos tienen que hacer todo lo que se supone que deben hacer y, de ese modo, no lo hacemos nosotras. Quiero decir, nosotras no tenemos cosas que hagan ellos... o sea, hay todo tipo de cosas que hacen cosas para ellos y nosotras no tenemos eso. A ellos. No los tenemos a ellos, y así no nos oprimen de igual modo que lo hacen con ellos. Creo que ese es el secreto. Presiones y golpes y desengaños. Creo que es eso lo que alguien me dijo. Pero quiero decir, es tan injusto... pero aún no sé para quién; todavía no lo he descubierto, ¿sabes?

Miré a Roghres y ella me miró a mí. Ciertos narcóticos te convierten en una imbécil cotorra mientras dura el efecto.

—Creo que tú sabes algo que no nos estás contando —dijo Roghres, mientras añadía con una sonrisa—: Y no creo que vaya a sonsacártelo. Ya sé; si no me lo cuentas, le diré a Li que me has confesado que estás secretamente enamorada de él y simplemente te estás haciendo la dura. ¿Qué me dices a eso?

—Se lo diré a mi madre; y es más grande que la tuya.

Roghres soltó una carcajada. Cogió a Djibard de la mano; ambas se pusieron en pie y se alejaron. Roghres iba guiando a Djibard, que conforme se alejaban empezaba de nuevo su cantinela:

—¿Sabes? Creo que probablemente sea porque ellos no maduran de la misma forma que nosotras. Quiero decir que las mujeres...

—Djibard, cotorra —farfulló un dron que llevaba vasos vacíos al pasar por mi lado. Sonreí e introduje el pie en el agua caliente.

### 4.3. Ablación

Estuve en Auckland un par de semanas, después en Edimburgo y luego volví de nuevo a la nave. Me preguntaron por Linter una o dos personas, pero obviamente se había corrido la voz de que, aunque probablemente sabía algo, no iba a contárselo a nadie. Aun así, no me pareció que nadie fuera menos cordial conmigo por eso.

Mientras tanto, Li se había embarcado en una campaña que pretendía convencer a la nave para que le dejara visitar la Tierra sin modificación. Su plan era ir a hacer un descenso de montaña; que le dejaran en una cumbre y emprender el camino de bajada. Le dijo a la nave que sería una decisión totalmente inofensiva en lo que respecta al tema de la seguridad, al menos en el Himalaya, porque la gente que lo viera asumiría que se trataba de un yeti. La nave afirmó que se lo pensaría (que significaba que no).

A mediados de junio, la nave me pidió repentinamente que fuera a Oslo a pasar el día. Linter había solicitado verme.

A primera hora de una soleada mañana, un módulo me dejó en los bosques cercanos a Sandvika; cogí un autobús hasta el centro y me dirigí hacia el parque Frogner. Busqué el puente sobre el río donde quería quedar Linter y me senté en la barandilla.

Al principio no lo reconocí. Normalmente, suelo reconocer a la gente por la forma de andar y el paso de Linter había cambiado. Estaba más delgado y más pálido; no conservaba un físico tan imponente y directo. Llevaba el mismo traje que en París, aunque ahora le quedaba un poco ancho y estaba ligeramente gastado. Se detuvo a un metro de distancia.

—Hola —lo saludé, extendiendo la mano. Él la apretó y asintió.

<—Me alegro de verte de nuevo. ¿Cómo sigues? —Su voz sonaba más débil, menos segura, en cierto modo.

—Perfectamente bien, por supuesto. —Asentí con la cabeza, sonriendo.

—Ah, sí, claro —contestó, evitando mirarme a los ojos.

Me hizo sentir un poco extraña, allí parada, de modo que me bajé de la barandilla y me quedé de pie delante de él. Parecía más bajo de lo que recordaba. Se estaba frotando las manos como si hiciera frío y contemplaba la amplia avenida de extrañas esculturas de Vigeland bajo aquel cielo matutino y azulado del norte.

—¿Quieres que demos un paseo? —me preguntó.

—Sí, vamos.

Empezamos a cruzar el puente, hacia el primer tramo de escalones que había en el extremo contrario al obelisco y la fuente.

—Gracias por venir —dijo Linter mirándome, desviando la mirada rápidamente.

—Está bien. Es una ciudad agradable. —Me quité la chaqueta y me la eché al

hombro. Llevaba pantalones vaqueros y botas, aunque en realidad hacía un día de falda y camisa—. ¿Y tú cómo vas?

—Sigo queriendo quedarme, si es eso lo que quieres decir —me contestó a la defensiva.

—He asumido que así era.

Se relajó un poco y tosió. Paseamos por aquel amplio puente vacío. Aún era demasiado temprano para que la mayoría de personas estuvieran en pie, así que parecía que estábamos solos en el parque. Las austeras luces cuadradas y engastadas en piedra del puente se desvanecieron lentamente, un contrapunto a las curvas de aquellas extrañas estatuas.

—Quería... quería darte esto. —Linter se detuvo, rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó algo que parecía una pluma Parker chapada en oro. Giró la parte superior hasta extraerla. Donde debía estar la punta de la pluma había un tubo gris recubierto de diminutos símbolos de colores que no correspondían a ningún idioma terrestre. Un pequeño revelador rojo titiló perezosamente. Parecía, en cierto modo, insignificante. Volvió a encajar el extremo del terminal. Entonces me dijo, parpadeando—: ¿Te lo llevarás?

—Sí, claro, si estás seguro...

—No lo he utilizado desde hace varias semanas.

—¿De qué manera le pediste a la nave verme?

—Envía drones a hablar conmigo. Les he ofrecido el terminal a ellos, pero no han querido cogerlo. La nave no va a hacerlo. Creo que no quiere hacerse responsable.

—¿Y quieres que me haga responsable yo?

—Como amiga, me gustaría, por favor. Por favor, llévatelo.

—Mira, ¿por qué no te lo quedas, aunque no lo uses? En caso de que surja alguna emergencia...

—No, no; llévatelo, por favor —me pidió Linter, mirándome a los ojos fugazmente—. Es una simple formalidad.

Por la forma en que dijo aquello, sentí un extraño impulso de echarme a reír. No obstante, cogí el terminal y me lo metí en el bolsillo de la chaqueta. Linter soltó un suspiro y reanudamos el paseo.

Hacía un día espléndido. El cielo estaba despejado, el aire límpido y flotaba un aroma con mezcla de notas de mar y tierra. No estaba segura de si realmente había algo en el carácter de aquella luz que la convirtiera en típica del norte; quizás solo parecía distinta si sabías que había solo unos mil kilómetros de aire tan límpido, fresco y frío entre tú y el océano Glacial Ártico, los icebergs y millones de kilómetros cuadrados de hielo y nieve. Era como estar en otro planeta.

Subimos las escaleras; Linter parecía estudiar cada uno de los peldaños. Yo miraba alrededor, empapándome de las vistas, el sonido y la fragancia de este lugar,

recordando mis vacaciones en Londres. Observé al hombre que caminaba a mi lado.

—¿Sabes que no tienes muy buen aspecto?

—Bueno..., no —contestó, rehuendo mi mirada mientras fingía estudiar una lejana obra de piedra al final del paseo—, supongo que podría decirse que he cambiado. Ya no soy el mismo hombre que era antes —concluyó con una sonrisa incierta.

Hubo algo en la forma de decir aquello que me hizo sentir un escalofrío. Volvía a tener la mirada clavada en sus pies.

—¿Vas a quedarte aquí, en Oslo? —le pregunté.

—Sí, de momento sí. Me gusta este sitio. No parece una capital; es limpia y compacta, pero... —Se detuvo y sacudió la cabeza por algo—. Creo que volveré a mudarme pronto, de todos modos.

Reanudamos la marcha, subiendo los peldaños. Algunas de las esculturas de Vigeland me hacían sentir claramente incómoda. Me inundó una ola de algo parecido al asco, sobresaltándome; cierta repugnancia planetaria hacia esta ciudad del norte. Ahora, en este mundo, hablaban de abandonar el bombardero B1 para sacar adelante el misil de crucero. Lo que había comenzado como la bomba de neutrones se había camuflado con el eufemismo «misil de radiación incrementada», hasta finalmente convertirse en dispositivo de explosión reducida. *Están todos locos, igual que él*, pensé de repente. Infectados.

No, aquello era estúpido. Me estaba volviendo una xenófoba. El fallo estaba en el interior, no en el exterior.

—¿Te importa que te cuente algo?

—¿A qué te refieres? —dije. *Qué respuesta tan extraña*, pensé.

—Bueno, puede que te resulte... de mal gusto; no sé.

—Cuéntamelo, de todos modos. Soy de constitución dura.

—He conseguido... le pedí a la nave... eh... que me alterara. —Me miró brevemente mientras yo lo analizaba. El ligero encorvamiento, la mayor ligereza y palidez de la piel no exigiría la intervención de la nave. Me vio observarlo y negó con la cabeza—. No, no es nada externo; es interno.

—Ah, ¿el qué?

—Eh, le pedí que... que me pusiera unas vísceras más parecidas a las de los terrícolas. Y me extirpé las glándulas narcóticas y él... —Se le escapó una risita nerviosa—. El sistema de bucle de mis testículos.

Seguí caminando. Por supuesto, lo creí inmediatamente. Lo que no podía creer era que la nave hubiera aceptado hacerlo, pero a Linter sí lo creía. No sabía qué decir.

—Así que... eh... no me queda otra opción que ir al baño más a menudo y... también le pedí que me retocara los ojos. —Hizo una pausa. Ahora me tocaba a mí mantener la vista fija en mis pies, pisando con fuerza los escalones con mis elegantes

botas italianas de montar. No creía querer escuchar aquello—. Una especie de renovación para poder ver igual que ellos. Un poco más borroso, más o menos... bueno, no es que distinga menos colores, pero más como... digamos, apretados. Tampoco veo muy bien por la noche. Y ese mismo tipo de cosas en los oídos y la nariz. Pero... bueno, casi realza lo que experimentas, ¿sabes? Sigo alegrándome de haberlo hecho.

—Sí —asentí, sin mirarlo directamente.

—Tampoco mi sistema inmunitario sigue siendo perfecto. Puedo resfriarme y... todas esas cosas. No me he alterado la forma del pene; decidí que podría pasar. ¿Sabías que ya existen bastantes diferencias en los genitales incluso aquí? Los bosquimanos del Kalahari tienen una erección permanente y sus mujeres tienen el *tablier égyptien*, un pequeño pliegue de piel que les cubre los genitales. —Hizo un gesto con la mano, restándole importancia—. Así que tampoco soy tan raro. Imagino que todo esto no es tan terrible, ¿verdad? No sé por qué había pensado que podría molestarte o algo así.

—Mmm.

Me preguntaba qué mosca le había picado a la nave para hacerle todo aquello. Había consentido hacerle estas... solo podía pensar en aquello como mutilaciones... y a pesar de eso, no aceptaba retirarle el terminal. ¿Por qué le hacía aquello? Me dijo que quería que cambiara de idea, pero, en lugar de aquello, le había cambiado el cuerpo, consintiéndole su disparatado deseo de asemejarse más a los terrícolas.

—Ahora no puedo tener sexo, aunque quisiera. Esas cosas crecerían de nuevo aunque me las hayan cortado; la nave no pudo modificar eso, al menos no tan rápido; requiere tiempo y un cuidado intensivo. Ni tampoco ha alterado mi... mmm... velocidad operativa, o como quieras llamarlo. Seguiré envejeciendo lentamente y viviendo más tiempo que ellos... pero creo que más tarde podría transigir, cuando sepa que soy sincero.

Solo podía pensar que, al convertir la fisiología de Linter en un diseño más parecido al estándar planetario, la nave pretendía demostrarle la vida tan asquerosa que llevaban. Quizás pensó que restregándole la condición humana en las narices, el chico volvería arrepentido para sumergirse en los múltiples placeres de la nave, satisfecho por fin con su lote cultural.

—No te importa, ¿no?

—¿Importarme? ¿Por qué iba a importarme? —dije, sintiéndome como una tonta inmediatamente, por sonar a frase típica de telenovela.

—Sí, ya veo que te importa —dijo Linter—. Crees que estoy loco, ¿verdad?

—Vale. —Me detuve en mitad de un tramo de escalones y me volví hacia él—. Sí, eso creo. Creo que estás loco por... por desaprovechar tanto. Es... es obstinado por tu parte, es estúpido. Es como si lo estuvieras haciendo para cabrear a la gente,

para poner a prueba a la nave. ¿Estás intentando enfadarla, o qué?

—Por supuesto que no, Sma. —Parecía sentirse herido—. La nave no me importa tanto como para eso, pero estaba preocupado... me preocupa lo que puedas pensar tú. —Me cogió la mano que tenía libre entre las suyas. Las tenía heladas—. Eres mi amiga. Me importas. No quiero ofender a nadie; ni a ti ni a nadie. Pero tengo que hacer lo que creo que debo hacer. Esto es muy importante para mí; más importante que cualquier otra cosa que haya hecho antes. No quiero molestar a nadie, pero... mira, lo siento.

Me soltó la mano.

—Sí, yo también lo siento. Pero es como una mutilación, como una infección.

—Oh, la infección somos nosotros, Sma —dijo volviéndose y sentándose en los escalones mientras miraba fijamente hacia la ciudad y el mar—. Nosotros somos los diferentes, nosotros somos los automutilados, los automutados. Esta es la corriente general; nosotros solo somos los chicos listos, niños con un conjunto de construcción brillante. Ellos son reales, viven como tienen que vivir. Nosotros no lo somos porque vivimos como queremos.

—Linter —le dije, sentándome tras él—. Esta es la puta cuna mental; la tierra del pensamiento de media noche. Este es el lugar que nos ha ofrecido una destrucción mutua asegurada. Han sumergido a la gente en agua hirviendo para curarles enfermedades; utilizan la terapia electroconvulsiva; una nación con una ley para combatir los castigos crueles e injustos que electrocuta a las personas hasta la muerte...

—Sigue; menciona los campos de concentración —dijo Linter, parpadeando a la azulada distancia.

—Nunca ha sido el Edén. Nunca lo será, pero podría progresar. Estás dando la espalda a todo avance que hemos conseguido más allá de su situación actual y con eso, los estás insultando a ellos y estás insultando a la Cultura.

—Oh, perdóname —ironizó, balanceándose en cuclillas y abrazándose.

—La única forma de la que pueden progresar, y sobrevivir, es la misma que hemos seguido nosotros. Y tú dices que todo eso es una mierda. Esa es una mentalidad de refugiados, no te agradecerán lo que estás haciendo. Ellos mismos te dirían que estás loco.

—Quizás no tengan que adoptar la misma vía —dijo, negando con la cabeza y con las manos encajadas en las axilas; con la mirada aún perdida—. Quizás ellos no necesiten a nuestras Mentes, quizás no necesiten una tecnología cada vez más y más perfecta. Puede que consigan fabricarla ellos mismos, incluso sin guerras ni revoluciones..., simplemente comprendiendo..., simplemente siguiendo alguna... creencia. Gracias a algo más natural de lo que nosotros podríamos comprender. La naturalidad es algo que ellos siguen comprendiendo.

—¿Naturalidad? —dije, elevando la voz—. Esta gente te dirá que cualquier cosa es natural. Te dirán que la avaricia y el odio y los celos y la paranoia y la intimidación religiosa irreflexiva y el miedo a Dios y el odio hacia cualquier persona de distinto color o ideología es natural. El odio a los negros o el odio a los blancos o el odio a las mujeres o el odio a los hombres o el odio a los homosexuales; eso es natural. La competencia brutal, la búsqueda del número uno, no soportar el fracaso... Mierda, están tan convencidos de lo que es natural que serán los más avanzados quienes te aseguren que el sufrimiento y el mal son naturales y necesarios porque, de lo contrario, no se apreciarían los placeres y la bondad. Te dirán que cada uno de sus estúpidos sistemas podridos es el natural y el correcto, el único camino verdadero. Lo natural para ellos es cualquier cosa que puedan utilizar para defender su propia mugre y para joder a todos los demás. No son más naturales que nosotros, del mismo modo que una ameba no es más natural que ellos por el hecho de ser más rudimentaria.

—Pero Sma, ellos viven de acuerdo a sus instintos, o al menos lo intentan. Nosotros nos enorgullecemos de vivir de acuerdo a nuestra conciencia, pero hemos perdido la noción de la vergüenza. Y también necesitamos eso. Lo necesitamos incluso más que ellos.

—¿Qué? —grité. Me giré, lo agarré por los hombros y lo zarandeé—. ¿Deberíamos tener qué? ¿Avergonzarnos de ser conscientes? ¿Estás loco o qué te pasa? ¿Cómo puedes decir eso?

—¡Escucha! No quiero decir que ellos sean mejores; no quiero decir que debamos vivir como ellos. Lo que digo es que tienen una idea de... de la luz y la sombra que nosotros no tenemos. También se enorgullecen a veces, pero además se avergüenzan. Se sienten invencibles y poderosos, pero después se dan cuenta de lo impotentes que son realmente. Saben la bondad que se esconde en ellos, pero también son conscientes de la maldad que hay en su interior. Reconocen ambas cosas, viven con ambas cosas. Nosotros no tenemos esa dualidad, ese equilibrio. Y... ¿no eres capaz de ver que puede ser más gratificante para un individuo, yo, que es natural de la Cultura y que es consciente de todas las posibilidades vitales? ¿No eres capaz de aceptar que prefiera vivir en esta sociedad, en lugar de entre la Cultura?

—Entonces, ¿crees que este... sitio de mala muerte es más gratificante?

—Sí, claro que lo creo. Porque hay tanta... porque está tan lleno de... vida. Al final, ellos tienen razón, Sma. No importa que muchas de las cosas que pasen sean lo que nosotros, o incluso ellos, llaman malas. Están pasando, están ahí, y eso es lo que importa; eso es lo que hace que estar aquí y formar parte de ello valga la pena.

Retiré las manos de sus hombros.

—No, no te entiendo. Maldita sea, Linter, tú eres más alienígena que ellos. Al menos ellos tienen excusa. Dios, eres el puto converso mítico, ¿no? El fanático, el radical. Lo siento por ti, tío.

—Bueno... gracias. —Perdió la mirada en el cielo, volviendo a parpadear—. No pretendía que me comprendieras tan rápido y... —dijo, emitiendo un ruido que no podía considerarse risa— no creo que lo sientas, ¿verdad?

—No me mires con esa cara de súplica —le pedí mientras negaba con la cabeza; sin embargo, no podía enfadarme con él si me miraba así. Había algo que me hundía y vi cómo una especie de tímida sonrisa afloraba en los labios de Linter—. No, no voy a ponértelo fácil, Dervley. Estás cometiendo un error. El mayor error que podrías tener en la vida. Será mejor que te des cuenta de que estás solo. No creas tampoco que unos cuantos cambios de tubos y un nuevo juego de bacterias intestinales te van a acercar más al *Homo sapiens*.

—Eres mi amiga, Diziet. Me alegro de que te preocupes..., pero creo que sé lo que estoy haciendo.

Llegaba la hora de volver a negar en silencio, así que eso hice. Linter me cogió de la mano mientras caminábamos de vuelta hacia el puente y después salimos del parque. Me daba pena porque parecía haberse dado cuenta de su propia soledad. Dimos una pequeña vuelta por la ciudad y luego fuimos a su apartamento a comer. Estaba en un bloque moderno bajando hacia el puerto, no demasiado lejos del enorme ayuntamiento; un piso minimalista, con paredes blancas y pocos muebles. Parecía que apenas se había vivido en él, excepto por unas cuantas reproducciones tardías de Lowry y unos esbozos de Holbein.

Al final de la tarde se nubló un poco. Me fui después de comer. Creo que esperaba que me quedara, pero lo único que quería era volver a la nave.

## 4.4. Dios me pidió que lo hiciera

—¿Por qué he hecho el qué?

—Lo que le has hecho a Linter. Alterarlo. Revertirlo.

—Porque él me pidió que lo hiciera —dijo la nave. Estaba en la cubierta superior del hangar. Había esperado hasta estar de nuevo en la nave para enfrentarme a ella, a través de un dron remoto.

—Y por supuesto no ha tenido nada que ver con la esperanza de que detestara tanto la sensación que volviera al redil. Nada que ver con intentar conmocionarle con el dolor de ser humano mientras los locales han tenido al menos la ventaja de crecer con ello y acostumbrarse a la idea. Nada que ver con dejarle infligirse una tortura física y mental de modo que tú puedas cruzarte de brazos y decir «te lo dije» cuando vuelva llorando a rogarte que lo traigas de vuelta.

—Bueno, de hecho, no. Obviamente, crees que alteré a Linter para mis propios fines. Esa no es la realidad. Hice lo que hice porque Linter me lo pidió. Por supuesto intenté disuadirlo, pero cuando me convencí de que realmente creía en lo que decía y sabía lo que estaba haciendo y lo que eso implicaba, y después de decidir razonablemente que estaba loco, hice lo que me pedía.

»Se me ocurrió que la sensación de ser algo similar al modelo básico humano podría no resultarle placentera, pero por lo que habíamos estado hablando largo y tendido de antemano, pensé que era obvio que no esperaba disfrutar con ello. Sabía que sería desagradable, pero lo consideraba una forma de nacer, de volver a nacer. Consideré improbable que estuviera tan poco preparado para la experiencia y tan conmocionado por la misma que quisiera volver a su tipo genético original; e incluso menos probable que pasara de eso a abandonar totalmente su idea de permanecer en la Tierra.

»Me decepcionas un poco, Sma. Pensaba que me comprenderías. El propósito de intentar ser escrupulosamente justa e imparcial no es algo que pretenda arrancar elogios, de eso estoy segura, pero al menos esperaría que, al hacer algo teniendo en cuenta más la honestidad que la conveniencia, no se cuestionaran mis motivos de forma tan abiertamente suspicaz. Podría haberme negado ante la petición de Linter; podría haber alegado que la idea me resultaba desagradable y no quería tener nada que ver en ella. Podría haber elaborado una defensa perfectamente adecuada basada solo en la aversión estética. Pero no lo hice.

»Por tres motivos: uno, estaría mintiendo. No me parece que Linter esté más repelente o repulsivo que antes. Lo que importa es la mente, su intelecto, y el estado en el que esté. Los detalles fisiológicos son irrelevantes, en gran medida. Por supuesto, su cuerpo es menos eficiente que antes; menos sofisticado, menos resistente al dolor, menos flexible, dentro de una serie de circunstancias, que, digamos, el

tuyo... pero está viviendo en el mundo occidental del siglo xx y con un nivel económico comparativamente privilegiado; no necesita tener unos reflejos brillantes o una vista nocturna mejor que la de una lechuza. De modo que su integridad como ente consciente se ve menos afectada por todas las alteraciones a las que le he sometido de lo que ya lo estaba al principio por la propia decisión de permanecer en la Tierra.

»Dos, si algo va a convencer a Linter de que nosotros somos los buenos, es ser justos y razonables, incluso cuando puede que él no lo esté siendo. Atacarlo porque no está haciendo lo que me gustaría que hiciese o, simplemente lo que a ninguno de nosotros nos gustaría, sería como confirmarle aún más la idea de que la Tierra es su hogar, de que la humanidad es su piel.

»Tres —y esto podría ser un motivo por sí mismo—, ¿de qué se supone que va todo esto, Sma? ¿Qué es la Cultura? ¿En qué creemos, incluso aunque no se exprese nunca en palabras, incluso si nos avergüenza hablar de ello? Por supuesto en la libertad, más que en ninguna otra cosa. Un tipo de libertad relativista y cambiante, no sujeta a límites legales o códigos morales establecidos, pero, al final, simplemente porque es tan difícil de definir y expresar, una libertad de una calidad infinitamente superior a cualquier cosa que pueda encontrarse en la escala pertinente del planeta que tenemos a nuestros pies en este momento.

»La misma destreza tecnológica, el mismo excedente productivo que, al invadir nuestra sociedad, nos permite estar aquí en primer lugar y, después de eso, nos ofrece el grado de elección que tenemos sobre lo que sucede en la Tierra, fue lo que hace mucho tiempo también nos permitió vivir exactamente como deseábamos vivir, con el único límite de esperar que respetáramos este mismo principio aplicado a los demás. Y eso es algo tan básico que cualquier religión de la Tierra adopta en sus libros sagrados algún dogma similar. No solo eso, sino que casi toda religión, filosofía o cualquier otro sistema de creencias descubierto en cualquier otro lugar contiene ese mismo concepto. Es el logro arraigado de ese repetido ideal del que nuestra sociedad se avergüenza bastante, contra toda lógica. Nosotros vivimos, utilizamos, o simplemente convivimos con nuestra libertad tanto como la gente de la Tierra habla de ella; y, sin embargo, nosotros hablamos de ella tan poco como ejemplos auténticos de este tímido concepto pueden encontrarse allí abajo.

»Dervley Linter es producto de nuestra sociedad, tanto como yo misma. Y como tal, o al menos hasta que pueda demostrarse que sufre algún tipo real de locura, tiene toda la razón al esperar que se cumplan sus deseos. De hecho, el mero hecho de que me pidiera dicha alteración, y de que aceptara que se la realizara, podría corroborar que su pensamiento sigue estando más influenciado por la Cultura que por la Tierra.

»En resumen, incluso a pesar de pensar que tenía sólidos motivos tácticos para negarme a su petición, me hubiera resultado tan difícil justificar esa acción como

haberme limitado a sacar al chico de ese planeta en el mismo instante en que me di cuenta de lo que estaba pensando. Solo puedo sentirme segura de mí misma al pensar que estoy haciendo lo correcto al intentar que Linter vuelva, si estoy segura de que mi propio comportamiento, como el ente más sofisticado implicado, es tan irreprochable y guarda todo el respeto por los principios básicos de nuestra sociedad como está en mi mano.

Contemplé la banda de detección del dron. Había permanecido agarrotada todo este rato, incapaz de reaccionar. Lancé un suspiro.

—Bueno. No sé; eso ha sonado casi... noble —dije mientras me cruzaba de brazos—. El único problema, nave, es que nunca sé cuándo estás siendo legal y cuándo estás hablando simplemente por hablar.

La unidad se quedó inmóvil un par de segundos, después se giró y se marchó deslizándose, sin decir palabra.

## 4.5. Un problema de credibilidad

La siguiente vez que vi a Li llevaba una réplica del uniforme del capitán Kirk, de *Star Trek*.

—Pero bueno, ¿qué pasa por aquí? —me reí.

—No te burles, alienígena —dijo Li con el ceño fruncido.

Estaba leyendo *Fausto* en alemán mientras observaba a dos de mis amigas jugando al billar. En la sala de billar había una gravedad ligeramente inferior a la estándar para favorecer la fluidez del rodaje de las bolas. Le pregunté a la nave (cuando aún me hablaba) por qué no había reducido su gravedad interna a la media terrestre, al igual que había hecho con el ciclo día-noche.

—Ah, eso habría supuesto recalibrar demasiadas cosas —me había contestado—. No podría molestarme en eso.

¿Cómo es posible eso para una omnipotencia divina?

—Como has estado en EVA, puede que no te hayas enterado —me confesó Li, sentándose a mi lado—, pero pretendo convertirme en capitán de esta chalana.

—¿En serio? Bueno, eso es fascinante —fingí, sin preguntarle qué era o dónde diablos estaba EVA—. Y exactamente, ¿cómo piensas alcanzar este puesto tan alto, por no decir improbable?

—Todavía no estoy seguro —admitió—, pero creo que estoy totalmente cualificado para el cargo.

—Ten en cuenta el estímulo liminal ofrecido; sé que vas a...

—Valentía, inventiva, la habilidad de manejar a los hombres... a las mujeres; una inteligencia agudísima y unos reflejos rápidos como un rayo. Además de lealtad y la cualidad de ser despiadadamente objetivo cuando están en juego la seguridad de mi nave y mi tripulación. Excepto, por supuesto, cuando se ponga en entredicho la seguridad del universo tal y como lo conocemos, en cuyo caso tendría que considerar, muy a mi pesar, hacer un valiente y noble sacrificio. Naturalmente, en caso de que alguna vez surgiera una situación así, intentaría salvar a los oficiales y la tripulación que sirven a mis órdenes. Por supuesto, yo me hundiría con la nave.

—Por supuesto. Bueno, eso es...

—Espera, tengo otra virtud que aún no he mencionado.

—¿Queda alguna?

—Claro, la ambición.

—¡Qué tonta! Por supuesto.

—No se te habrá escapado que hasta ahora, nadie ha pensado siquiera en convertirse en capitán de la *Arb*.

—Un lapsus comprensible, quizás.

Jhavins, una de mis amigas, metió la bola negra de una elegante tacada, así que

aplaudí.

—Buen tiro.

—Escucha bien —me dijo Li, dándome unos golpecitos en el hombro.

—Te escucho, te escucho.

—La cuestión es que mi deseo de ser capitán, quiero decir, incluso el mero hecho de pensar en esa idea, significa que debería ser el capitán, ¿entiendes?

—Mmm.

Jhavins estaba alineándose para intentar un improbable golpe sobre una distante bola roja.

—Me estás siguiendo la corriente —comprendió Li, emitiendo un sonido de exasperación—. Creía que por lo menos tú me discutirías. Eres como todos los demás.

—Ah —dije. Jhavins golpeó la roja, dejándola justo en el borde del agujero. Volví la mirada hacia Li—. ¿Quieres polémica? Está bien; que tú, o cualquiera, asuma el mando de la nave es como que una pulga domine a un humano... quizás incluso como que una bacteria de su saliva lo domine.

—Pero ¿por qué va a tener el mando ella misma? Fuimos nosotros quienes la construimos a ella, no ella a nosotros.

—¿Y? Y de todos modos, nosotros no la inventamos exactamente; fueron otras máquinas las que lo hicieron... e incluso ellas solo la comenzaron; en gran medida, se construyó ella misma. De todos modos, tendrías que remontarte hasta... no sé cuántos miles de generaciones de antepasados suyos, para encontrar la última computadora o nave estelar construida directamente por cualquiera de nuestros ancestros. Y aunque ese mítico «nosotros» la hubiera construido, sigue siendo tropecientos veces más inteligente que nosotros. ¿Dejarías que una hormiga te dijera qué tienes que hacer?

—¿Bacteria? ¿Pulga? ¿Hormiga? Recupera la razón.

—¡Oh! Vete de aquí y despéñate por una montaña o algo, tonto del culo.

—Pero fuimos nosotros quienes comenzamos todo esto; de no haber sido por nosotros...

—¿Y quién nos creó a nosotros? ¿Algún potingue de porquería sobre otra roca? ¿Una supernova? ¿El big bang? ¿Qué tiene que ver con esto el crear algo?

—No crees que vaya en serio, ¿no?

—Creo que estás siendo más concluyente que serio.

—Espera y verás —dijo Li, levantándose y apuntándome con el dedo—. Algún día seré capitán. Y te arrepentirás. Pensaba nombrarte provisionalmente agente científica, pero ahora tendrás suerte si te pongo de enfermera en el puesto de socorro.

—Ah, vete y méate en tus cristales de dilitio.

## **5. Si me quisieras de verdad, lo harías**

## 5.1. Víctima del sacrificio

Después de aquello me quedé en la nave unas cuantas semanas. Tras un par de días empezó a hablarme de nuevo. Por un tiempo me olvidé de Linter. Todos en la *Arbitraria* parecían hablar sobre películas nuevas, películas antiguas, libros, o sobre lo que estaba pasando en Kampuchea, o sobre Lanyares Sodel, que había salido a luchar contra los eritreños. Lanyares vivía en una placa donde él y algunos de sus colegas jugaban a los soldados utilizando munición cinética. Recuerdo haber oído hablar de esto y sentirme consternada; incluso con los equipos médicos al lado y un suministro completo de glándulas narcóticas, sonaba ligeramente retorcido. Cuando me enteré de que no llevaban nada para protegerse la cabeza, decidí que aquellos tíos estaban locos. ¡Podías acabar con los sesos desparramados por el suelo! ¡Podías morir!

Pero disfrutaban con el miedo, supongo. Me han dicho que alguna gente lo hace.

De todos modos, Lanyares le dijo a la nave que quería participar en alguna batalla real. La nave trató de quitarle la idea de la cabeza, pero sin éxito, de modo que le envió a Etiopía. Lo rastreaba por satélite y lo seguía con misiles de reconocimiento preparados para teletransportarlo hasta la nave si lo herían gravemente. Después de mucha lata, y tras tener el consentimiento de Lanyares, la nave emitió en uno de sus canales las imágenes de los misiles siguiéndolo, para que pudiera verlo todo el mundo. Pensé que esto era de un gusto incluso más discutible.

No duró demasiado. Después de unos diez días, Lanyares se hartó porque no había demasiada acción, de modo que volvió a la nave. No le importaban las incomodidades, dijo, de hecho en cierto modo masoquista, era casi agradable y hacía la vida a bordo más atractiva. Pero el resto había sido muy aburrido. Una buena batalla en un terreno de placas diseñado para la ocasión resultaba mucho más divertida. La nave le dijo que estaba tonto y lo mandó de nuevo a Río de Janeiro para que volviera a actuar como un devorador de cultura bien educado. No obstante, podría haberle enviado a Kampuchea, supongo. Modificarlo para hacerle parecer camboyano y arrojarlo en mitad del exterminio del Año Cero. Aunque en cierto modo, tampoco creo que fuera lo que Lanyares estaba buscando.

El tiempo que no pasaba en la *Arbitraria*, seguí viajando por Gran Bretaña, Alemania del Este y Austria. La nave me probó en Pretoria unos cuantos días, pero no pude con eso; quizás si me hubiera enviado allí al principio estaría bien, pero después de nueve meses en la Tierra, quizás hasta mis nervios culturianos se estaban crispando; la tierra del apartheid era demasiado para mí, sencilla y llanamente. Le pregunté a la nave por Linter unas cuantas veces, pero solo recibí la respuesta número 63a, evasiva y multipropósito, o lo que fuera, así que dejé de preguntarle.

—¿Qué es la belleza?

—Oh, nave, de verdad.

—No, estoy hablando en serio. Aquí no alcanzamos un acuerdo.

Estaba en Frankfurt am Main, en un puente suspendido sobre el río, hablando con la nave por mi terminal. Una o dos personas me miraron al pasar a mi lado, pero no estaba de humor para preocuparme por eso.

—Vale, vale. La belleza es algo que desaparece al intentar definirla.

—No pienso que creas eso realmente. Habla en serio.

—Mira, nave, ya sé cuál es el desacuerdo. Yo creo que existe algo, difícil de definir sin embargo, que comparten todas las cosas bellas y que no puede expresarse con ninguna otra palabra sin oscurecerse, más que aclararse. Tú crees que la belleza yace en la utilidad.

—Bueno, más o menos.

—Entonces, ¿dónde está la utilidad de la Tierra?

—Su utilidad está en ser una máquina viviente. Obliga a la gente a actuar y a reaccionar. En eso, está cerca de los límites teóricos de la eficiencia fijados para un sistema sin consciencia.

—Pareces Linter al decir esas cosas. Una máquina viviente, de hecho.

—Linter no está del todo equivocado, pero es como alguien que se ha encontrado un pájaro herido y se lo queda una vez recuperado, justificándose en una protección que no quiere admitir que se centra en él mismo, no en el animal. Bueno, puede que no podamos hacer nada más por la Tierra y que sea hora de dejarla marchar... en este caso somos nosotros quienes debemos volar, pero ya ves lo que quiero decir.

—Sin embargo, ¿estás de acuerdo con Linter en que hay algo bello en la Tierra, algo estéticamente positivo que ningún ambiente de la Cultura puede igualar?

—Sí. Pocas cosas tienen solo ventajas. Lo único que hemos hecho nosotros es maximizar lo que puede considerarse bueno en cualquier momento específico. A pesar de lo que puedan creer los terrícolas, no hay nada intrínsecamente ilógico o imposible en implantar una utopía legítima y realizable, o en eliminar la maldad sin suprimir la bondad, o el dolor sin el placer, o el sufrimiento sin el entusiasmo... pero, por otro lado, no hay nada que diga que siempre puedes organizar las cosas del modo que quieres sin tropezarte con algún problema aislado. Hemos extirpado casi todo lo malo de nuestro ambiente, pero no hemos conservado todo lo bueno completamente. Haciendo la media, seguimos bastante por delante, pero tenemos que sucumbir ante los humanos en algunos campos y al final, por supuesto, el suyo es un ambiente más interesante. De forma natural, por tanto.

—Siempre que vivas en tiempos interesantes.

—Exactamente.

—No estoy de acuerdo. No veo la utilidad o la belleza en eso. Solo puedo

concederte la salvedad de que podría ser pertinente pasar por esa fase.

—Podría ser lo mismo. Un leve problema temporal, quizás. Simplemente, estás aquí y ahora por casualidad.

—Al igual que todos ellos.

Me di la vuelta y observé a unas cuantas de las personas que pasaban a mi lado. El sol otoñal brillaba bajo en el cielo, un intenso disco rojizo, polvoriento y gaseoso, del color de la sangre, y restregado por estos rostros occidentales y bien alimentados dando forma a una imagen de premio tóxico. Les miré a los ojos, pero desviaron la mirada; me entraron ganas de cogerlos del cuello y zarandearlos, de gritarles, de decirles lo que estaban haciendo mal, de contarles lo que estaba pasando; las conspiraciones militares, los fraudes comerciales, las continuas mentiras de los gobiernos y las empresas, el holocausto que estaba desatándose en Kampuchea... y de decirles también lo que era posible, lo cerca que estaban, lo que podrían hacer simplemente consiguiendo que todo el planeta actuara de forma conjunta... pero ¿qué sentido tenía? Me quedé allí y les miré y entonces me encontré liberando una glándula tranquilizadora, medio involuntariamente, de modo que, en poco tiempo, todos parecían moverse a cámara lenta, pasando a mi lado como si fueran actores de una película a quienes veía sobre un grabado deteriorado que variaba continuamente entre la oscuridad y la granulidad.

—¿Qué esperanza hay para esta gente, nave? —me oí murmurar, arrastrando la voz. Para cualquier otro, debería sonar como un graznido. Les di la espalda, bajando la vista hacia el río.

—Los hijos de sus hijos morirán sin llegar siquiera a viejos, Diziet. Sus abuelos son más jóvenes de lo que tú eres ahora... En tus términos, no existe esperanza para ellos. En la suya, toda la esperanza del mundo.

—Y nosotros vamos a utilizar a los pobres desgraciados como grupo de control.

—Probablemente solo vamos a observarlos, sí.

—Sentarnos y no hacer nada.

—Observar es una forma de hacer. Y no vamos a quitarles nada. Será como si nunca hubiéramos estado aquí.

—Aparte de Linter.

—Sí —suspiró la nave—. Aparte del señor problemas.

—Oh, nave, ¿no podríamos detenerlos al menos en el último momento? Si aprietan el botón, ¿no podríamos interceptar los misiles al vuelo? Una vez que han tenido la oportunidad de hacerlo a su manera y volarlo todo... ¿no podríamos intervenir entonces? Para entonces ya habrán cumplido el propósito como grupo de control.

—Diziet, sabes que eso no es cierto. Estamos hablando de los próximos diez mil años, como mínimo, no en el periodo de gestación de la tercera guerra mundial. Ser

capaces de detenerla no es la cuestión; la cuestión es si a largo plazo, es lo correcto.

—Genial —susurré a las arremolinadas aguas del Meno—. Entonces, ¿cuántos niños tienen que crecer bajo la sombra de la nube nuclear y simplemente morir gritando atrapados entre escombros radioactivos, solo para que nosotros estemos seguros de estar haciendo lo correcto? ¿Cómo de seguros debemos estar? ¿Cuánto tiempo debemos hacerles esperar? ¿Quién nos proclamó dioses?

—Diziet —dijo la nave, con voz afligida—, esa es la pregunta que nos hacemos nosotros en todo momento y planteada de maneras tan diversas como tenemos el ingenio de concebir... y esa ecuación moral se está reanalizando cada nanosegundo de cada día de cada año. Y cada vez que descubrimos algún lugar como la Tierra, nos acercamos más a la verdad, independientemente de hacia qué lado se decante la decisión. Pero nunca podemos estar completamente seguros. La certidumbre absoluta no es siquiera una opción del menú, en la mayoría de los casos.

Se hizo una pausa. Oí unos pasos a mis espaldas en el puente.

—Sma —dijo finalmente la nave, con un tono que podría ser frustración en la voz—. Soy el ente más inteligente que hay en un radio de cien años luz y multiplicado por casi un millón... pero ni siquiera yo soy capaz de predecir dónde va a acabar una bola de billar después de más de seis golpes.

Solté un resoplido, incluso podría haberme echado a reír.

—Bueno —dijo la nave—, creo que es mejor que sigas tu camino.

—¿Eh?

—Sí, un transeúnte ha informado de que hay una mujer en el puente, hablando sola y mirando al agua. Hay un policía en camino para investigarlo, y ya se debe estar preguntando cómo estará el agua de fría. Así que creo que deberías girar a la izquierda y alejarte a paso rápido antes de que llegue.

—Tienes razón —dije. Negué con la cabeza mientras me alejaba bajo la luz del atardecer—. Extraño viejo mundo, ¿verdad, nave? —comenté, más a mí misma que a ella.

La nave no contestó. El puente suspendido, tan grande como era, respondía a mis pasos elevándose y ascendiendo hacia mí como alguna especie de amante monstruoso y desgarrado.

## 5.2. Un indeseado en el viaje

De vuelta en la nave.

A petición de Li, la *Arbitraria* había abandonado durante unas cuantas horas los copos de nieve de todo el mundo y había pasado a recoger otras muestras.

La primera vez que Li me vio en la nave, se acercó hasta mí y me susurró:

—Llévale a ver *El hombre que cayó a la Tierra*.

Y desapareció. La siguiente vez que me lo encontré, aseguró que era la primera vez que me veía, que debía de estar alucinando si pensaba que nos habíamos visto antes. Una buena manera de darle la bienvenida a un amigo y admirador: asegurar que iba por ahí susurrando mensajes crípticos...

Bueno; una noche de noviembre, con luna nueva, con la cara oscura sobre la cuenca del Tarim...

Li celebraba una cena.

Aún seguía queriendo convertirse en capitán de la *Arbitraria*, pero parecía mezclar los conceptos de rango y democracia, porque pensaba que la mejor forma de llegar a patrón era que todos nosotros votáramos por él. De modo que sería una cena de campaña.

Nos sentamos en el espacio inferior del hangar, rodeados de nuestra maquinaria. Había congregadas unas doscientas personas; todos los que seguíamos en la nave estábamos presentes e, incluso, muchos habían vuelto del planeta solo para la ocasión. Li nos invitó a sentarnos alrededor tres mesas gigantes, cada una de ellas de doscientos metros de ancho y por lo menos diez veces mayores de largo. Insistió en que debían de ser mesas auténticas y conjuntadas con sillas y cubiertos y todo el resto. De mala gana, la nave había robado una pequeña secuoya y había realizado todo el tallado, el torneado..., y eso para fabricar las mesas y todo lo que las acompañaba. Para compensar, había plantado varios cientos de robles en el hangar superior, utilizando su propia biomasa almacenada como medio de cultivo; antes de marcharse, plantaría los arbolitos en la Tierra.

Cuando estuvimos todos sentados y ya habíamos comenzado a hablar entre nosotros —yo estaba sentada entre Roghres y Ghemada—, las luces que nos rodeaban se atenuaron y un foco se centró en Li, mientras salía de la oscuridad. Todos volvimos a sentarnos o estiramos el cuello, y lo observamos.

Hubo un revuelo de risas. Li llevaba la piel verdosa, orejas puntiagudas y un traje espacial de estilo 2001, con un destello plateado en zigzag en mitad del pecho (sujeto mediante microrremaches, me contó después). Lucía una larga capa roja por detrás, sobre los hombros. Sostenía el casco del traje en el hueco del brazo izquierdo y, en la mano derecha, empuñaba una espada láser de *Star Wars*. Por supuesto, la nave le

había fabricado una real.

Li avanzó decidido hasta la cabecera de la mesa central, trepó por una silla vacía que había en ella y se subió encima de la mesa. Pisó la superficie resplandeciente que se abría entre los brillantes cubiertos (la cubertería se había tomado prestada de un almacén cerrado y olvidado en un palacio erigido sobre un lago en la India; no se había utilizado durante los últimos cincuenta años y, al día siguiente, se devolvería limpia... al igual que la propia vajilla, que se había tomado prestada al sultán de Brunei, sin su consentimiento, para la ocasión), pasó entre las almidonadas servilletas blancas (del *Titanic*, también se limpiarían y volverían a depositarse en el fondo del Atlántico), por mitad de la reluciente cristalería (cristal de Edimburgo, extraído durante unas cuantas horas de las cajas de embalaje estibadas profundamente al abrigo de un buque de carga del mar de la China meridional, con destino a Yokohama) y los candelabros (del alijo de un botín que yacía bajo un lago cerca de Kiev, hundido allí cuando los nazis se retiraron, al parecer proveniente de algún saqueo; pendientes también de ser devueltos tras su singular excursión orbital) hasta que se situó en mitad de la mesa central, quizás a unos dos metros de donde nos encontrábamos Roghres, Ghemada y yo.

—¡Señoras y señores! —gritó Li, con los brazos extendidos, el casco en una mano y la espada zumbando y rebosante de luz en la otra—. ¡La comida de la Tierra! ¡A comer!

Adoptó una postura teatral, volviendo a apuntar la espada hacia la mesa e inclinándose hacia delante, con una rodilla flexionada. O la nave manipuló el campo de gravedad o Li llevaba un chaleco antigraavedad bajo el traje, porque comenzó a elevarse de la mesa en silencio y se quedó flotando, avanzando sobre ella (y manteniendo la pose) hasta el extremo más lejano, donde descendió con elegancia y se sentó en la silla que había utilizado como escalón. A esto le siguieron unos cuantos aplausos y vítores dispersos.

Mientras tanto, habían salido de la cámara elevadora docenas de drones y bandejas esclavas y se acercaban a las mesas, llevando la comida.

Comimos. Era todo comida étnica, pero, en realidad, no la habían traído del planeta; carne cultivada in vitro por la nave, aunque ni el *gourmet* más exigente de la Tierra podría percibir la diferencia entre nuestro material y el auténtico. Por lo que pude ver, Li había usado el libro *Guinness de los récords* como carta de vinos. Las copias que había hecho la nave de los caldos eran tan buenas —nos dijo— que ni la propia nave sería capaz de distinguirlos de los auténticos.

Masticamos y gorgoteamos emprendiendo un trayecto a través de una serie de platos eclécticos pero relativamente ortodoxos, charlando y bromeando, preguntándonos a la vez si Li habría preparado algo más; todo esto tenía un aspecto decepcionantemente convencional. Li se paseó por las mesas, preguntando si nos

estaba gustando la comida, rellenando las copas, sugiriéndonos probar distintos platos, comentando que esperaba contar con nuestro voto en el día de las elecciones y eludiendo extrañas preguntas sobre la Directiva principal.

Finalmente, mucho más tarde, quizás una docena de platos después, cuando ya estábamos todos allí sentados e hinchados, sosegados y bebiéndonos tranquilamente nuestras copas de brandy y whisky, Li nos ofreció su discurso de campaña... además de un delicioso plato que cabría proponer a la Cultura.

Estaba un poco somnolienta. Li había vuelto con unos enormes puros habanos y yo había cogido uno, dejando que su efecto me embriagara. Estaba allí, dándole largas caladas a aquel bastón nicotínico y rodeada de una nube de humo, preguntándome qué veían los terrícolas en un subidón de tabaco. Por lo demás me sentía bien. Entonces, Li dio un golpe en la mesa con la empuñadura de la espada láser, se subió a ella y se quedó inmóvil sobre el lugar que había ocupado su cubierto (uno de los platos del sultán estalló, pero sospecho que la nave se las arregló para repararlo). Las luces se desvanecieron y un haz de luz iluminó la figura de Li.

Utilicé una glándula energética para eliminar la somnolencia y apagué el puro.

—Señoras y señores<sup>[10]</sup> —anunció Li en un inglés pasable, antes de continuar en maraino—, os he reunido aquí a todos, esta noche, para hablar sobre la Tierra y lo que debería hacerse con ella. Espero y deseo que tras escuchar lo que tengo que deciros, estéis de acuerdo conmigo en que solo hay una vía de acción posible... pero en primer lugar, dejadme que pronuncie unas cuantas palabras sobre mí mismo.

Se sucedieron burlas y silbidos mientras Li se inclinaba y alzaba su copa de brandy. Apuré la copa y la arrojé por encima del hombro. Seguramente, algún dron la interceptó en las sombras, porque no la oí caer.

—En primer lugar. —Li se frotó la barbilla, acariciándose el largo pelo—. ¿Quién soy yo? —Ignoró una serie de gritos que le decían «un completo idiota» y cosas parecidas y continuó—: Soy Grice-Thantapsa Li Brase'ndane dam Sione; tengo ciento diecisiete años, pero mi inteligencia supera esta edad. Llevo en Contacto solo seis años, pero en este tiempo he adquirido mucha experiencia, de modo que puedo hablar con cierta autoridad sobre los asuntos de la sección. Soy producto de quizás unos ochocientos años de progreso por delante del estado del planeta que yace a nuestros pies. —Gritos de «no tanto como para demostrarlo, ¿eh?»—. Puedo seguirle el rastro a mi árbol genealógico durante un periodo equivalente, como mínimo, y si os remontáis a los tenues orígenes de la consciencia, podríais acabar retrocediendo... —«¿A la última semana?». «Tu madre»— unas diez mil generaciones.

»Tengo el cuerpo alterado, por supuesto; puesto a punto hasta el extremo álgido en términos de supervivencia y placer... —«No te preocupes, no se nota»— y del mismo modo que yo he heredado esa alteración, la pasaré a mis propios hijos. —«Por favor, Li, acabamos de comer»—. Nos hemos rehecho a nosotros mismos de igual

modo que hemos fabricado nuestras máquinas; podemos afirmar, de forma justa, ser obra exclusivamente nuestra.

»Sin embargo, de cabeza, literalmente en el interior de mi cráneo, tengo el potencial de ser tan estúpido como el bebé más recién nacido de la zona más conflictiva de la Tierra. —Hizo una pausa, sonriendo, hasta que los silbidos amainaron—. Somos lo que somos en gran medida por las experiencias que vivimos y por lo que nos enseñan al crecer, por la forma en que nos crían, en otras palabras. Somos como somos porque heredamos el aspecto general del Panhumanismo, los rasgos más particulares asociados con las metaespecies de la Cultura, así como la mezcla genética exacta que heredamos de nuestros padres, incluyendo todos esos preciosos retoques. —«Retocado con tus propios fragmentos, chaval».

»De modo que si afirmo ser moralmente superior que algunos moradores de las profundidades atmosféricas que se extienden a nuestros pies, es porque fue así como me criaron. Nosotros somos a quienes crían realmente; a ellos los aplastan, los orientan, los forman y los convierten en bonsáis. La suya es una civilización marcada por la privación; la nuestra, por una satisfacción equilibrada que se tambalea siempre al borde del exceso. La Cultura podría permitirse dejarme ser cualquier cosa que pudiera alcanzar de acuerdo con mi potencial personal; así, para bien o para mal, me siento realizado.

»Pensadlo. Creo que puedo afirmar, sin miedo a equivocarme, que soy una persona de la Cultura más o menos como la media, como podemos ser todos los que estamos aquí. Por supuesto, estamos en la sección de Contacto, de modo que puede que estemos un poco más interesados en viajar al extranjero y conocer gente nueva que la media, pero en términos generales, se podría seleccionar al azar a cualquiera de nosotros y ese cualquiera representaría a la Cultura de forma bastante aceptable. Dejo a vuestra imaginación la elección de a quién seleccionar para representar fielmente a la Tierra.

»Pero volviendo a mí; soy tan rico o tan pobre como cualquier ciudadano de la Cultura (uso estas palabras porque quiero comparar nuestra posición actual con la Tierra). Rico, atrapado como estoy a bordo de esta cámara sin guía ni capitán, puede que mi riqueza no resulte muy obvia, pero al terrícola medio podría parecerle inmensa. En casa, estoy al mando de una preciosa y encantadora orbital que podría parecer muy limpia, además de poco poblada, a alguien de la Tierra. Dispongo de acceso ilimitado a un sistema de transporte subplacas gratuito, rápido, seguro y totalmente digno de confianza; vivo en el ala de una casa familiar de proporciones señoriales rodeada de hectáreas de preciosos jardines. Tengo una aeronave, una lancha y la opción de montar un gran establo de *áforas*<sup>[11]</sup>, cuyo uso esta gente podría asemejar incluso al de una nave espacial, además de una amplia selección de buques para las profundidades del espacio. Como iba diciendo, ahora mismo me siento

obligado por estar en Contacto, pero por supuesto podría marcharme en cualquier momento y, en unos meses, estar en casa, con otros doscientos años o más por delante para disfrutar de una vida sin preocupaciones; y todo por nada. No tengo que hacer nada para ello.

»Pero al mismo tiempo, soy pobre. No tengo nada. De igual modo que cada átomo de mi cuerpo fue en su día parte de otra cosa, de hecho, parte de muchas cosas distintas; y de la misma manera que las partículas básicas fueron parte de otros diseños antes de reunirse para formar los átomos que conforman el magnífico espécimen física y mentalmente que está ante vosotros... sí, gracias... y de igual modo que algún día, cada átomo de mi ser volverá a ser parte de otra cosa (en principio una estrella, ya que es esa la forma que elegimos para enterrar a nuestros muertos), de igual manera, todo lo que me rodea, desde la comida que ingiero y la bebida que tomo, la figurita que tallo y la casa donde habito y las ropas que tan elegantemente visto... hasta el módulo que dirijo y la placa sobre la que me alzo y la estrella que me calienta... todo está allí cuando estoy yo, no porque estoy yo. Puede que dispongan todas estas cosas para mí, pero en ese sentido, solo existo por casualidad. Y esas cosas estarían ahí también para cualquier otro, en caso de que las deseara. Yo no, con un «no» enfático, las poseo.

»Ahora, en la Tierra esto no es exactamente así. Una de las cosas de las que gran parte de los lugareños de la Tierra se siente más orgullosa es este maravilloso sistema económico que, según puede uno imaginar con una seguridad y certidumbre absolutas, guarda relación con sus nociones restringidas y restrictivas tanto de termodinámica como de Dios. Gracias a él, cualquier alimento, comodidad, energía, refugio, espacio, combustible y sustento tiende, natural y fácilmente, a alejarse de aquellos que más lo necesitan y a acercarse a quienes lo necesitan menos. De hecho, los individuos situados en el extremo más alejado de dicha generosidad suelen resultar heridos de muerte con su llegada, aunque los efectos podrían tardar años y generaciones en manifestarse.

»Combatir esta insidiosa y desagradable farsa de relaciones sociales entre humanos sensibles a un nivel auténticamente básico resultaba a todas luces imposible en un estercolero infectado como la Tierra, con tantas carencias obvias de elecciones genéticas significativas a nivel fundamental y, por tanto, opciones filosóficas en una escala más accesible. Resultaba obvio, gracias a la perversa lógica inherente a las especies y al proceso que habían supuesto, que la única manera de reaccionar ante un sistema que tenía todas las posibilidades de empeorar, y ante unas condiciones tan poco soportables como aquellas, era aceptarlo en sus propios términos; ¡entrar en competencia con él!

»Entonces, apartándonos del hecho de que, desde el punto de vista del terrícola, el socialismo adolece del lastre devastador de mostrar únicamente contradicciones

internas cuando intentas utilizarlo como complemento a tu propia estupidez (al contrario del capitalismo que, de nuevo desde el punto de vista del terrícola, lleva estas mismas contradicciones felizmente incorporadas desde el principio). Se da el caso de que, como la libre empresa llegó antes y estableció las reglas del juego, siempre irá como mínimo una tirada por delante de sus rivales. Por tanto, mientras que la Rusia soviética necesita una gran cantidad de tiempo y trabajo duro para generar a algún lunático inspirado como Lysenko, el Occidente puede disponer las cosas de tal modo que incluso el granjero más lerdo puede ver que tiene más sentido quemar el grano, fundir la mantequilla y lavar los restos de sus verduras machacadas con los tanques de vino intacto, que vender estos productos para el consumo.

»Y tened en cuenta que incluso si este mítico palurdo decidiera vender todo ese rollo, o incluso hasta tirarlo, los terrícolas pueden ejecutar un truco incluso más devastador; te demuestran que, de todos modos, ¡esos alimentos ni siquiera eran necesarios! ¡No los aprovecharían para alimentar al más insignificante y menos productivo intocable de Pradesh, miembro de alguna tribu de Darfur o peón de Río Branco! ¡La Tierra ya tiene suficientes alimentos para dar de comer todos los días a todos sus habitantes! Una verdad aparentemente tan trascendental que uno se asombra de que los oprimidos de la Tierra no se subleven envueltos en llamas y rabia. Pero no lo hacen, porque están tan infectados con el mito del fomento de los propios intereses, o con el veneno de la aceptación religiosa, que o lo único que quieren es subir hasta el escalón más alto para poder cagarse en todos los demás, o bien se sienten realmente agradecidos por la atención que les profesan sus denominados superiores cuando se cagan en ellos.

»A mi modo de ver, esto es un ejemplo del uso de poder más tremendo y arrogante, de la ventaja existente... o de la estupidez más difícil de concebir.

»Entonces. Supongamos que nos damos a conocer a esta espectral chusma, ¿qué pasaría? —Li extendió los brazos y nos miró a todos durante el tiempo necesario para conseguir que unos cuantos comenzaran a responderle, entonces rugió—: ¡Os diré el qué! ¡No nos creerían! Oh, de modo que tenemos mapas móviles de la galaxia con una exactitud milimétrica incrustados en objetos del tamaño de un terrón de azúcar; así que podemos construir orbitales y anillos y cruzar la galaxia en un año y fabricar bombas de tamaño imperceptible que podrían volar en pedazos su planeta... —Li adoptó un aire despectivo y dejó caer la mano mustiamente—. Nada. Esta gente espera viajes en el tiempo, telepatía, transmisión de materia. Sí, nosotros podemos decir: «Bueno, sí que tenemos una forma muy limitada de presciencia, gracias al uso de la antimateria en la frontera de la red energética, que nos permite ver casi un milisegundo de...», o «bueno, solemos entrenar nuestras mentes de forma no totalmente compatible con la empatía telepática natural, como tal, pero ¿veis esta máquina de aquí? Pues si le preguntáis amablemente...», o «bueno, el

desplazamiento no es exactamente una transmisión de materia, pero...».<sup>[12]</sup> Se reirán de nosotros en la puerta de la sede la ONU; sobre todo cuando descubran que ni siquiera hemos salido de nuestra galaxia natal aún... a menos que tengamos en cuenta las nubes, pero dudo mucho que lo hagan. Y de todos modos; ¿qué es la Cultura como sociedad en comparación con lo que ellos esperan? Ellos esperan a unos capitalistas del espacio, o un imperio. ¿Una sociedad comunista utópica? ¿Igualdad? ¿Libertad? ¿Fraternidad? Esto no es tanto una historia pasada de moda, sino algo que simplemente no se lleva. Sus mentes deformes les han llevado por un estúpido camino secundario que se va evaporando y alejando de la secuencia principal de la evolución social. Y nosotros somos más alienígenas de lo que ellos son capaces de comprender.

»De modo que, ¿la nave cree que deberíamos limitarnos a quedarnos sentados y observar a esta panda de bufones genocidas durante los próximos milenios? —Li negó con la cabeza mientras movía el dedo a un lado y a otro—. Yo creo que no. Tengo una idea mejor y la pondré en práctica tan pronto como salga elegido capitán. Pero ahora... el plato dulce —anunció, alzando las manos y haciendo palmas.

Los drones y las unidades volvieron a hacer su aparición, sosteniendo pequeños cuencos humeantes llenos de carne. Li llenó algunas de las copas que tenía más cerca y animó a todo el mundo a rellenarse la suya mientras se repartía el último plato. Yo ya me sentía bastante llena después de los quesos, pero tras el discurso de Li, parecía que podría hacer algún hueco más. Aun así, me alegré de que mi cuenco fuera pequeño. La carne emitía un aroma bastante agradable, pero de algún modo, no creía que se tratara de un plato terrícola.

—¿Un plato dulce con carne? —preguntó Roghres, olisqueando el cuenco ligeramente humeante—. Mmm, la verdad es que huele a dulce.

—Mierda —masculló Tel Ghemada, pinchando algo en su propio cuenco—, ya sé qué es esto...

—Señoras y señores —dijo Li, con un cuenco en una mano y un tenedor de plata en la otra—. Una pequeña muestra del sabor terrestre... No, más que eso; una oportunidad de degustar la turbulenta experiencia de vivir en un sórdido planeta de agua estancada, sin tener que moveros del asiento o meter los pies en el barro. —Pinchó un trozo de carne, se lo llevó a la boca, lo masticó y se lo tragó—. Carne humana, señoras y señores; músculo cocinado de *Hom. sap...* como sospecho que unos cuantos de vosotros ya habréis adivinado. Un poco demasiado dulce para mi gusto, pero bastante aceptable. ¡A comer!

Negué con la cabeza. Roghres resopló. Tel bajó la cuchara. Probé un poco del singular plato de Li, mientras este continuaba:

—Hice que la nave recogiera unas cuantas células de una variedad de personajes de la Tierra. Sin que él lo supiera, por supuesto. —Ondeó la espada vagamente en la

mesa que había detrás de nosotros—. La mayoría de los que estáis por ahí habréis probado a Idi Amin estofado o al general Pinochet chili con carne; aquí en el centro tenemos una mezcla de albóndigas de general Stroessner y hamburguesas de Richard Nixon. El resto tenéis salteado de Ferdinand Marcos y *kebabs* del sah de Irán. Además, allí hay dispersas varias fuentes de fricandó de Kim II-sung, general Videla hervido e Ian Smith con salsa de judías negras... todo preparado de forma perfecta por este excelente chef, aunque sin líder. ¡A comer! ¡A comer!

Empezamos a comer, la mayoría de nosotros, bastante sorprendidos. Una o dos personas pensaron que era una idea demasiado extravagante y algunos fingieron que les aburría, ya que pensaban que lo correcto era desanimar a Li, no servirle de cómplices. Otros cuantos, no obstante, estaban ya demasiado llenos. Sin embargo, la mayoría nos reímos y comimos, comparando sabores y texturas.

—Si nos vieran ahora... —Reía Roghres—. ¡Caníbales del espacio exterior!

Cuando casi habíamos terminado, Li volvió a subirse en la mesa y palmeó con empeño para captar nuestra atención.

—¡Escuchad! ¡Escuchad! Esto es lo que haré si me nombráis capitán. —El ruido fue apagándose lentamente, aunque siguió habiendo un rumor de voces y de risas. Li alzó la voz—: La Tierra es un planeta ridículo y aburrido. Y aunque no lo fuera, ¡es tan profundamente desagradable que no se merece que la dejemos existir! Maldita sea, ¡esa gente no está bien de la cabeza! ¡No tienen salvación ni esperanza! No son muy brillantes, son increíblemente intolerantes y condenadamente crueles, tanto con sus iguales como con las demás especies que tengan la desgracia de cruzarse en su camino. Y, por supuesto, en estos tiempos, eso significa casi todas las malditas especies; y están jodiendo lenta y determinadamente todo el planeta... —Li se encogió de hombros y adoptó una actitud a la defensiva—. No se trata de un planeta particularmente emocionante o excepcional, para ser de tipo protegido, es cierto, pero sigue siendo un planeta bastante bonito y el principio sigue en vigor. Un plan terriblemente ingenuo o majestuosamente diabólico: sugiero que solo hay una forma de actuar ante estas especies, sin discusión, neuróticas y clínicamente dementes... ¡y es destruyendo el planeta!

En ese punto, Li escrutó a quienes lo rodeaban, esperando que lo interrumpieran. Sin embargo, nadie picó el anzuelo. Aquellos que no estábamos entretenidos con la bebida, los narcóticos o unos con otros, estaban allí, simplemente sonriendo de forma indulgente y esperando para ver cuál era la siguiente loca idea de Li. Entonces continuó:

—Sé que, a algunos de vosotros, esto puede pareceros un poco extremo... —Se escucharon gritos de «no, no», «algo benévolo, si me preguntas», «¡llorica!» y «sí, bombardeemos a esos cabrones»—. Y lo más importante, muy caótico. Ya lo he hablado con la nave y me ha informado de que es el mejor método y, desde mi punto

de vista, es en realidad bastante elegante, además de extremadamente efectivo.

»Solo tenemos que colocar un micro agujero negro en el centro del planeta. Tan sencillo como eso; sin dejar desechos desperdigados y flotando por ahí, sin una gran y vulgar explosión y, si lo hacemos bien, sin afectar al resto del sistema solar. Se tardaría más que desplazando unas cuantas toneladas de ACM hasta el núcleo, pero incluso tiene la ventaja de que da tiempo a los humanos a reflexionar sobre las insensateces cometidas en el pasado, mientras el agujero se traga su mundo, y lo hace desaparecer bajo sus pies. Al final, lo único que quedará será algo del tamaño de un gran guisante en la misma órbita que la Tierra, así como una cantidad mínima de contaminación de rayos X de un material meteórico. Hasta la Luna podría quedarse donde está. Un subsistema planetario bastante insólito, pero en lo que respecta sobre todo a la escala más que nada, un digno monumento conmemorativo... —En este instante Li me sonrió y yo le hice un guiño cómplice—. A una de las chusmas más aburridamente ineptas que ha pisado la faz de nuestra justa galaxia.

»He oído preguntar que si no podríamos aniquilar el lugar simplemente con un virus. Pues no. Aunque es cierto que los humanos han hecho todavía un daño relativamente pequeño a su planeta y que desde la distancia aún tiene buen aspecto, el caso es que este lugar sigue estando contaminado. Incluso si erradicáramos toda vida humana de esta mole de tierra, la gente seguiría bajando la mirada a esta cosa y temblaría al recordar a los patéticos monstruos, pero aun así virulentamente autodestructivos, que asolaron su superficie. No obstante... incluso para los recuerdos es complicado perseguir esas rarezas.

Li clavó la punta de la espada de luz en la superficie de la mesa e hizo presión sobre la empuñadura; la madera estalló y empezó a arder mientras que la espada comenzó a perforar la llameante madera rojiza, envuelta en una nube de humo. Li extrajo la espada, la enfundó en la vaina y repitió la maniobra mientras alguien vertía una pequeña fortuna en vino sobre las llamas.

(—¿Tenían vainas? —preguntó Roghres, perpleja—. Creía que simplemente las apagaban...).

El vapor y las llamas se alzaron dramáticamente en torno a Li mientras se inclinaba sobre la empuñadura de la espada y nos miraba de manera grave y sincera a todos nosotros.

—Señoras y señores —dijo asintiendo, con una sonrisa en los labios—. Me rindo, esta es la única solución; un genocidio que termine con todos los genocidios. Tenemos que destruir el planeta para poder salvarlo. En caso de que me concedáis el honor de elegirme como gobernante, a vuestro servicio, acometeré esta tarea de forma inmediata. De este modo, la Tierra y todos los problemas que representa, dejarán de existir. Gracias.

Li nos regaló una reverencia, se dio la vuelta, bajó de la mesa y se sentó.

Aquellos que seguían escuchando aplaudieron y gradualmente se fueron uniendo a la ovación todos los demás. Se sucedieron unas cuantas preguntas casi irrelevantes sobre temas como los discos de acreción, las fuerzas de las fases lunares y la conservación del momento cinético. No obstante, una vez que Li hizo lo que pudo para responderlas, Roghres, Tel, Djibard y yo nos acercamos hasta la cabecera de la mesa, alzamos a Li y lo llevamos a hombros por toda la longitud de la mesa entre una nube de vítores, lo bajamos hasta la planta inferior de alojamientos y lo tiramos a la piscina. La pistola láser se fundió, pero de todos modos, no creo que la nave tuviera la intención de dejar a Li merodear por ahí con algo tan peligroso.

Terminamos la fiesta en una remota playa de la costa oeste de Australia, a las tantas de la mañana, poniendo en remojo nuestras pesadas panzas y las cabezas embotadas de vino entre las suaves olas del océano Índico, o deleitándonos bajo los rayos del sol.

Eso es lo que hice yo; me quedé allí tumbada sobre la arena, escuchando a un Li aún empapado mientras me contaba lo buena idea que era volar todo el planeta (o succionar el planeta entero). Me concentré en escuchar a la gente chapoteando entre las olas e intenté ignorar a Li. Me quedé dormida, pero me desperté para jugar al escondite en las rocas y, más tarde, nos sentamos en corro y disfrutamos de un ligero pícnic.

Después, Li nos propuso jugar a otro juego; adivinar la generalización. Cada uno tenía que pensar una palabra que describiera la humanidad; el hombre, las especies. Alguna gente pensó que era un juego tonto, por principios, pero la mayoría nos unimos. Afloraron sugerencias como «precoz», «condenada», «asesina», «inhumana» y «aterradora». Muchos de los que habíamos estado expatriados en el planeta podríamos haber caído en la propaganda descriptiva propia de la humanidad, ya que tendíamos a adoptar palabras como «curiosa», «ambiciosa», «agresiva» o «ingeniosa». La sugerencia de Li fue «¡Mía!», pero entonces alguien pensó en preguntar a la nave. Esta se quejó de que restringiéramos la descripción a una sola palabra, fingió pensar un rato y, por fin, propuso «crédula».

—¿Crédula? —pregunté.

—Sí —contestó el dron remoto—. Crédula... e intolerante.

—Eso son dos palabras —le dijo Li.

—Soy una jodida nave estelar. Yo sí puedo hacer trampas.

Bien, aquello me sorprendió. Me tumbé de espaldas. El agua lanzaba destellos, el cielo parecía rodeado de luz y, a lo lejos, uno o dos triángulos negros esculpían el perímetro del campo que la nave ocupaba bajo el cortante cielo celeste.

## **6. Alienígena non grato**

## 6.1. Ya me darás las gracias

Diciembre. Estábamos concluyendo, atando todos los cabos sueltos. En la nave flotaba un aire de hastío, la gente parecía más tranquila. No creo que fuera simplemente el cansancio, sino más bien el efecto de un objetivo realizado, un distanciamiento. Llevábamos ya bastante tiempo allí para superar el barullo inicial, la luna de miel de novedad y placer. Empezábamos a ver la Tierra como un todo, no solo como un trabajo que realizar o un patio de juegos que explorar; mirándolo de ese modo, se convertía en algo menos inmediato y más impresionante, parte de la bibliografía, algo marcado por los hechos y las referencias, algo que no nos pertenecía. Una gotita de conocimiento que ya estaba absorbiendo el bravo océano de la experiencia de la Cultura.

Incluso Li se había calmado. Celebró sus elecciones, pero solo unos cuantos fuimos lo bastante indulgentes como para acudir a las urnas y solo lo hicimos para reírnos de él. Decepcionado, Li se declaró capitán de la nave en el exilio (no, yo tampoco lo he comprendido nunca) y lo dejó ahí. Se aficionó a apostar con la nave en las carreras de caballos, el béisbol y los partidos de fútbol. La nave debía de estar controlando las probabilidades, porque acabó debiéndole a Li una cantidad ridícula. Li insistía en que le pagara, así que la nave le diseñó un impecable diamante tallado del tamaño de un puño. La nave le dijo que era suyo. Un regalo; podía considerarse propietario (aunque después Li perdió el interés por él y solía dejarlo por las zonas sociales; yo misma me tropecé con la joya un par de veces. Finalmente le pidió a la nave que pusiera la piedra en órbita girando en torno a Neptuno cuando saliéramos del sistema; un chiste).

Yo dediqué bastante tiempo a tocar música *tsartas* en la nave, aunque más para serenarme que otra cosa.<sup>[13]</sup>

También yo me regalé un *grand tour*, como casi todos los de la nave, de modo que pasé uno o varios días en todos los lugares que quería visitar; presencié el amanecer desde lo alto de la pirámide de Keops y el atardecer desde Ayers Rock. Contemplé a una manada de leones holgazaneando y jugueteando en Ngorongoro y los glaciares tabulares separándose de la barrera de hielo de Ross; observé a los cóndores en los Andes, los ciervos almizcleros en la tundra, los osos polares en la Antártida y los jaguares escabulléndose en la jungla. Patiné en el lago Baikal, bucé sobre la Gran Barrera de Coral, me paseé por la Gran Muralla, remé en los lagos Dal y Titicaca, escalé el monte Fuji, monté sobre una mula por el Gran Cañón, nadé entre ballenas por la costa de Baja California y me alquilé una góndola para pasear por los canales de Venecia, envuelta por las frías nieblas del invierno bajo un cielo que me parecía viejo, cansado y gastado.

Sé que alguna gente fue a las ruinas de Angkor, con seguridad garantizada por la

nave, los drones y los misiles cuchillo... pero yo no lo hice. Tampoco pude ya visitar el Potala, por más que lo deseaba.

Nos dieron un par de meses de recuperación y descanso en una orbital del grupo de Torrase; un procedimiento estándar tras la inmersión en un lugar como la Tierra. Por supuesto, no estaba de humor para explorar más en una buena temporada; estaba exhausta, dormía cinco o seis horas al día y soñaba bastante, como si la presión de la información memorizada artificialmente que estaba empezando a recopilar con los informes, combinada con todo lo que había vivido personalmente, fuera demasiado para mi pobre cabeza y se estuviera filtrando cuando estaba con la guardia baja.

Ya no perdía el tiempo con la nave. La Tierra iba a ser otro grupo de control; había fracasado. Se rechazó hasta la posición replegada, la de esperar hasta el Armagedón. Lo discutí con la nave en una asamblea de tripulación, pero ni siquiera pude granjearme el voto humano. La *Arbitraria* envió copias al *Pésimo para los negocios* y al resto de naves y vehículos, pero creo que era solo una señal de cortesía; nada de lo que dije cambió nada. Así que me limité a tocar música, a viajar y a dormir mucho.

Terminé mi ruta y me despedí de la Tierra en los acantilados de Fira, fríos y azotados por el viento, disfrutando de las vistas sobre las calderas destrozadas, donde un sol rojo rubí se fundía con el Mediterráneo; una isla de plasma furibundo hundiéndose en un mar burdeos. Y lloré.

De modo que no me sentí nada satisfecha cuando la nave me pidió que mordiera el polvo por última vez.

—Pero no quiero ir.

—Bueno, está bien, si estás segura. Debo admitir que no te estoy pidiendo que lo hagas por tu propio bien, pero le prometí a Linter que te lo pediría... y parecía tener bastantes ganas de verte antes de que nos marchemos.

—¡Oh!... pero ¿por qué? ¿Qué quiere de mí?

—No me lo dijo. No he hablado con él durante todo este tiempo. Envié a un dron para decirle que nos marcharíamos pronto y le contestó que solo hablaría contigo. Le dije que te lo pediría, pero que no le garantizaba nada... no obstante, se mantuvo firme: solo contigo. No hablará conmigo así que, está bien, así es la vida. No hay de qué preocuparse. Le diré que tú no... —La pequeña unidad comenzó a retirarse, pero la detuve.

—No, no, espera. Vale, iré. Maldita sea, iré. ¿Adónde? ¿Dónde quiere que nos veamos?

—En Nueva York.

—Oh, no —gruñí.

—Eh, es un lugar interesante. Puede que te guste.

## 6.2. La exacta naturaleza de la catástrofe

Una Unidad General de Contacto es una máquina. En Contacto se vive en el seno de una de ellas, o varias, más una variedad de vehículos de sistemas, durante la mayor parte de un periodo medio de treinta años. Yo personalmente, estaba a medio camino de mi carrera y ya había estado en tres UGC; cuando descubrimos la Tierra, solo llevaba un año en la *Arbitraria*, pero la nave anterior había sido también de clase Escarpa. De manera que estaba acostumbrada a vivir en un dispositivo..., pero nunca me había sentido tan atrapada entre máquinas, tan enredada y capturada y enmarañada, como me pasó después de estar una hora en la Gran Manzana.

No sé si fue el tráfico, el ruido, la multitud, los galopantes edificios o las descarnadas extensiones geométricas de calles y avenidas (quiero decir, ni siquiera había oído nunca hablar de un VGS que dispusiera su alojamiento de forma tan regular como Manhattan). Quizás fuera el conjunto, pero sea lo que fuera, no me gustó. Bueno, pues era un sábado por la noche con un viento huracanado y un frío terrible en aquella gran ciudad de la Costa Este, con un lapso de solo un par de semanas para Navidad, y yo estaba allí sentada en un pequeño café de la calle Cuarenta y Dos a las once de la noche, esperando a que acabara el cine.

¿A qué estaba jugando Linter? En realidad, a ver *Encuentros en la tercera fase* por séptima vez. Miré el reloj, me tomé el café, pagué la cuenta y me marché. Me acurruqué en el grueso abrigo de lana y me puse los guantes y el gorro. Llevaba unos pantalones de pana y unas botas de piel por la rodilla. Mientras caminaba observaba los alrededores, con el viento azotándome el rostro.

Lo que me llegó realmente fue la previsibilidad. Era como una jungla. ¿Oslo era un jardín de roca? ¿París una platea, con sus caprichos, sus zonas sombreadas y sus garajes en bloques de cemento insertados? Londres, con ese vago aire de jardín de invierno, ¿un museo mal conservado y modernizado caprichosamente? ¿Viena, como una versión estricta de París, con cuellos almidonados? ¿Y Berlín, como una gran fiesta al aire libre en mitad de las ruinas de un sepulcro barroco? Entonces Nueva York era una selva tropical; una jungla infectada, imponente e ingente, llena de grandes columnas que arañaban las nubes, pero que mantenían los pies en el suelo, con una vida enjambrada y descomponiéndose bajo ellas; acero sobre roca y cristales bloqueando el sol; la máquina viviente de la nave personificada.

Paseé entre las calles, deslumbrada y asustada. La *Arbitraria* estaba a solo un toque de mi terminal, lista para enviarme ayuda o hacerme saltar con un desplazamiento de emergencia, pero aun así, seguía estando asustada. Nunca había estado en un lugar tan intimidador. Subí por la calle Cuarenta y Dos y crucé con cuidado la Sexta avenida para seguir avanzando por el otro extremo hacia el cine.

La gente fluía a raudales, hablando en pareja o en grupos, alzando el cuello,

retirándose rápidamente con los brazos cruzados para encontrar algún lugar cálido, o inmóviles para buscar un taxi. Su aliento se fundía con el aire formando nubes de vaho, que emanaban también desde las luces de la nave nodriza hasta las luces del vestíbulo y las del tráfico atascado. Linter fue de los últimos en salir, con un aspecto más delgado y más pálido aún que en Oslo, pero más vivo, más rápido. Me saludó con la mano y se acercó hasta mí. Se abrochó un abrigo beis y me besó en las mejillas mientras se buscaba los guantes.

—Mmm. Hola. Estás helada. ¿Has cenado ya? Me muero de hambre, ¿quieres que comamos algo?

—Hola. No tengo frío. Tampoco tengo demasiada hambre, pero voy contigo y te acompaño. ¿Cómo estás?

—Bien, bien —me sonrió.

No parecía estar bien. Tenía mejor aspecto del que recordaba, pero en términos de la gran ciudad, estaba un poco dejado y tenía pinta de no comer bien. Aquella vida urbana marcada por las prisas, los nervios y la presión le había contagiado, supongo.

Me cogió de la mano.

—Venga, vamos a dar un paseo. Me apetece pasear.

—Está bien.

Empezamos a avanzar por la acera. Había un ajeteo intenso, con todas las señales y luces, jaleos y aromas, con el blanco sonido de su existencia, un epicentro de todo el comercio internacional. ¿Cómo podían soportarlo? Las chicas malas; los chalados de remate, de mirada fija; los gordos grotescos; los vómitos fríos en los callejones y las manchas de sangre en los bordillos; y todos aquellos carteles, aquellos eslóganes y esas luces e imágenes, titilantes y brillantes, suplicando y ordenando, atrayendo y exigiendo con una gramática a base de gas brillante y alambre incandescente.

Este era el centro de la máquina, el epicentro etológico, el kilómetro cero planetario de su energía comercial. Casi podía sentirla, estremeciéndose como ríos de cristal explosionados desde esas torres inimaginables de oscuridad y de luz que invadían el cielo sombrío.

«¿Paz en Oriente Próximo?», se preguntaban los periódicos. Mejor celebrar la coronación del emperador Bokassa; mejores secuencias.

—¿Tienes terminal? —dijo Linter. En cierto sentido, sonaba impaciente.

—Por supuesto.

—Apágalo —dijo, alzando las cejas. De repente parecía un niño—. Por favor, no quiero que la nave nos escuche.

Quise alegar que la nave podría haber colocado micrófonos ocultos en cada uno de los pelos de mi cabeza, pero no lo hice. Dejé el terminal en *stand by*.

—¿Has visto *Encuentros en la tercera fase*? —me preguntó Linter, inclinándose hacia mí. Íbamos camino de Broadway.

—La nave nos la puso mientras se rodaba —dije asintiendo—. Vimos la copia final antes que nadie.

—Ah, sí, claro. —La gente se chocaba contra nosotros, envueltos en ropa gruesa, aislados—. La nave dice que os marcharéis pronto. ¿Te alegras de irte?

—Sí. No creía que fuera a alegrarme, pero estoy contenta. ¿Y tú? ¿Estás contento de quedarte?

—¿Perdona? —Un coche de policía salió en estampida, después otro, con las sirenas a todo volumen. Repetí lo que había dicho. Linter asintió y me sonrió, mientras yo pensaba que le olía el aliento—. Ah, sí, por supuesto —contestó, asintiendo.

—Aún sigo pensando que estás loco. Te arrepentirás.

—No, no creo —dijo con confianza, sin mirarme a los ojos y manteniendo la cabeza alta mientras bajábamos por la calle—. No lo creo en absoluto. Creo que aquí seré muy feliz.

Feliz aquí. En este gran diseño frío y en la falsa calidez del neón, mientras los borrachos conseguían algo para comer y los adictos mendigaban y los aprovechados buscaban rejillas calientes y una caja de cartón más gruesa. Aquí todo parecía peor; en París y en Londres se veía más o menos lo mismo, pero aquí parecía peor. Si te alejabas un paso de cualquier tienda, para la que tenías que haber conseguido una cita, verías más gente cubierta de pasta por la acera hasta Soller, Merc o Caddy y susurrando hasta llegar al bordillo, mientras que algún pobre desquiciado yacía tirado a solo un escupitajo, pero nunca te fijarías en que ellos se están fijando... O quizás es que yo estaba demasiado sensible, traumatizada; la vida era una auténtica lucha en la Tierra y la de la Cultura era cien por cien de suboficiales. Un año era todo lo que se podría esperar que cualquiera de nosotros aguantara y yo estaba casi al límite de mi resistencia.

—Todo irá bien, Sma. Tengo mucha confianza.

*Si te caes en mitad de la calle aquí, la gente pasará alrededor de tu cuerpo sin mirarte...*

—Sí, sí. Estoy segura de que estarás bien.

—Mira —dijo deteniéndose y sujetándose del codo para que quedáramos cara a cara—. Voy a tener que decírtelo. Sé que probablemente no te guste que lo haga, pero es importante para mí.

Le miré a los ojos, que se movían para observar los míos alternativamente. Tenía la piel más moteada de lo que yo recordaba; cierta suciedad incrustada en los poros.

—¿Qué?

—Estoy estudiando. Voy a entrar en la Iglesia Católica Romana. He encontrado a Jesús, Diziet; estoy salvado. ¿Lo entiendes? ¿Estás enfadada conmigo? ¿Te molesta?

—No, no estoy enfadada —dije rotundamente—. Eso es fantástico, Dervley. Si tú

eres feliz, yo soy feliz por ti. Enhorabuena.

—¡Eso es fantástico! —Me abrazó, me aprisionó contra el pecho. Atrapada, liberada. Reanudamos el paseo, a paso más rápido. Parecía contento—. Joder, no te lo puedo explicar, Dizzy. Simplemente, se está tan bien aquí, estar vivo y saber que hay tanta gente, ¡que pasan tantas cosas! Me despierto por las mañanas y tengo que quedarme un rato inmóvil mientras me convengo a mí mismo de que realmente estoy aquí y que me está pasando esto de verdad; en serio. Bajo a la calle y miro a la gente; ¡solo mirarlos! Mataron a una mujer en el lugar en el que estuve la semana pasada, ¿te lo imaginas? Nadie oyó nada. Salgo y cojo autobuses y compro periódicos y veo películas antiguas por la tarde. Ayer vi cómo hacían bajar a un hombre del puente de Queensboro. Creo que a la gente le decepcionó. ¿Sabes? Cuando bajó intentó afirmar que era pintor. —Negó con la cabeza, sonriendo—. Eh, ayer leí algo terrible, ¿sabes? Leí que hay veces en que el parto se complica y el bebé queda atrapado dentro de la madre, probablemente muerto ya, y el doctor tiene que meter la mano en el interior del útero y agarrar al bebé por el cráneo y aplastárselo para poder salvar a la madre. ¿No es terrible? No creo que pudiera aprobar eso, incluso antes de sentir la llamada de Jesús.

—¿Y por qué no pueden hacerle una cesárea?

—No lo sé, no lo sé. Yo mismo me pregunté eso. ¿Sabes que pensé en subir a la nave? —me confesó, mirándome brevemente mientras asentía—. Para ver si alguien más quería quedarse. Pensé que algún otro podría querer seguir mi ejemplo, especialmente después de hablar con ellos, de tener la oportunidad de explicárselo. Pensé que podrían ver que estaba en lo cierto.

—¿Y por qué no lo hiciste? —Nos detuvimos en otro cruce. La gente bullía a nuestro alrededor, pasaba acelerada a través de los olores a gasolina quemada y a comida cocinada y podrida. Percibía un olor a gas y, a veces, el vapor nos envolvía, húmedo y aromático.

—¿Por qué no lo hice? —se preguntó Linter, contemplando la luz roja del semáforo de peatones—. Pensé que no traería nada bueno. Y me dio miedo que la nave encontrara algún modo de retenerme a bordo. ¿Crees que fui tonto?

Lo miré fijamente, mientras el vapor se arremolinaba en torno a nosotros y la luz de peatones del semáforo cambiaba a verde. Sin embargo, no le dije nada. Un viejo se acercó hasta nosotros desde el otro extremo de la acera y Linter le dio veinticinco centavos.

—Pero de todos modos, estaré bien solo. —Bajamos por Broadway en dirección Madison Square, pasando por tiendas y oficinas, teatros y hoteles, bares y restaurantes y bloques de apartamentos. Linter me pasó el brazo por la cintura y me apretó contra él—. Vamos, Dizzy, no estás hablando nada.

—No, ¿verdad?

—Supongo que sigues pensando que estoy comportándome como un estúpido.

—No más que esta gente.

—En realidad son buena gente —dijo con una sonrisa—. Lo que tú no entiendes es que tienes que traducir el comportamiento, además del idioma. Una vez que te das cuenta de eso, llegas a amar a esta gente tanto como yo. A veces pienso que han aceptado su tecnología mejor que nosotros, ¿sabes?

—No.

No, no lo sabía, aquí en esta aldea picadora, en esta ciudad trituradora. Aceptarla; sí, seguro... apaga el ordenador de disparo, Luke; toca las cinco melodías; cierra los ojos y concentraos juntos, esa es la manera... nadie salvo nosotros autoriza... pásame esa caja de energía orgánica...

—No me estás entendiendo, ¿verdad, Dizzy? Estás totalmente cerrada, ausente. Estás ya a medio camino de nuestro sistema, ¿no?

—Solo estoy cansada —le dije—. Sigue.

Me sentí como una rata de ojos rosas, indefensa y nerviosa, atrapada en el laberinto de algún brillante laboratorio alienígena; inmenso y reluciente, con algún propósito inhumano y letal.

—Les va muy bien, si te pones a pensar. Sé que suceden un montón de cosas horribles, pero solo parecen tan terribles porque les prestamos mucha atención. La gran mayoría de cosas buenas no son de interés periodístico; no las tenemos en cuenta. No vemos los buenos momentos de esta gente, me he encontrado con un montón de gente feliz, ¿sabes? Tengo amigos. Los conocí a través del trabajo.

—¿El trabajo? —repetí, sintiéndome realmente interesada en aquello.

—Ajá. Pensé que la nave no te contaría eso. Sí, llevo trabajando un par de meses; traductor para un gran bufete de abogados.

—Ujum.

—¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Un montón de gente lleva una vida bastante aceptable; de hecho, viven muy bien. Puede tener bonitos apartamentos, coches, vacaciones... y pueden tener hijos. Eso es algo muy bonito, ¿sabes? En un planeta como este, ves a un montón más de niños. A mí me encantan los niños, ¿y a ti?

—Sí. Creía que a todo el mundo le gustaban.

—Ah, bueno... de todos modos... en ciertos sentidos, esta gente nos consideraría atrasados, ¿lo sabías? Sé que puede parecer estúpido, pero no lo es. Mira el transporte; la nave que tengo en mi placa natal era de tercera o cuarta generación, ¡tenía casi mil años! Esta gente cambia de automóvil cada año. Tienen envases de usar y tirar y ropa desechable y modas que significan cambiar de armario cada año; ¡cada temporada...!

—Dervley...

—En comparación a ellos, la Cultura se mueve a paso de tortuga.

—Dervley, ¿de qué querías hablar?

—¿Eh? ¿Hablar? —Linter parecía confuso. Giramos a la izquierda por la Quinta Avenida—. Ah, de nada en concreto, supongo. Solo pensé que sería bonito verte antes de que te marcharas; desearte un *bon voyage*. Espero que no te importe. No te importa, ¿no? La nave me dijo que puede que no quisieras venir. Pero no te importa, ¿verdad?

—No, no me importa.

—Bien. Bien, no creía que... —Su voz se fue apagando. Seguimos caminando sumidos en nuestro propio silencio, en mitad de los continuos chisporroteos y silbidos y toses de la ciudad.

Quería marcharme. Quería irme de esta ciudad y alejarme de este continente y dejar este planeta, adentrarme en la nave y abandonar este sistema... pero algo me hizo seguir caminando junto a él, andando y deteniéndome, subiendo y bajando escaleras, cruzando y recorriendo calles, como cualquier otra pieza obediente de la máquina, diseñada para moverse, para funcionar, para continuar pasara lo que pasara, para seguir presionando e insistiendo, calentando o cayendo, pero sin dejar nunca de moverse. Bajar a la farmacia o subir a ver al presidente de la empresa, o simplemente seguir siendo un objetivo móvil, sujeto a los raíles de un recorrido que apenas necesitabas ver para poder seguir con los ojos tapados, ignorando a los descolgados y a los cojos que te rodean, a los que quedan pisoteados a tus espaldas. Quizás tuviera razón y cualquiera de nosotros pudiera quedarse aquí con él, desvaneciéndose únicamente en la ciudad y desapareciendo para siempre, que nadie pensara más en él, sin cuestionarse nada, simplemente obedeciendo órdenes y normas y haciendo lo que este lugar exige, empezar a caer y no detenerse nunca, no encontrar ningún otro agarre; y los retorcimientos y giros y virajes que realicemos durante la caída serán exactamente lo que espera la ciudad, justo lo que nos recetó el doctor...

Linter se detuvo. Estaba mirando un escaparate a través de una cancela de hierro, una tienda que vendía figuras religiosas, pilas de agua bendita, Biblias y comentarios, cruces, rosarios y nacimientos y escenas de pesebres. Lo observaba todo fijamente mientras yo lo contemplaba a él. Asintió ante el escaparate.

—Esto es lo que hemos perdido nosotros, ¿sabes? Lo que habéis perdido, todos vosotros. Un sentimiento de asombro y sobrecogimiento y... pecado. Esta gente sabe que aún hay cosas que no saben, cosas que aún pueden salir mal, cosas que ellos pueden hacer mal. Aún tienen esperanza, porque la posibilidad está ahí. Sin esa posibilidad de fallar, no se puede tener esperanza. Ellos tienen esperanza. La Cultura tiene estadísticas. Nosotros... la Cultura... es demasiado certera, demasiado organizada y sofocante. Hemos estrangulado la vida hasta dejarla sin vida; nada se deja al azar. Si suprimes de la vida la posibilidad de que las cosas vayan mal, deja de ser vida, ¿no lo ves? —me sermoneó, con la frente arrugada y el rostro lleno de

frustración.

—No, no lo veo —le dije.

—Mira —me concedió, negando con la cabeza y pasándose una mano por el pelo—. Vamos a comer algo, ¿eh? La verdad es que tengo mucha hambre.

—Vale, te sigo. ¿A dónde vamos?

—Por aquí; a un lugar muy especial. —Reanudamos la marcha en la misma dirección, llegamos a la esquina de la calle Cuarenta y Ocho y subimos por ella. Nos envolvía un viento frío que dispersaba los papeles esparcidos por el suelo—. Lo que quiero decir es que debéis tener allí el mismo potencial de equivocaros o no podéis vivir... o sí podéis, pero sin que esa vida tenga ningún significado. No puedes llegar a la cima sin recorrer el camino, o tener la luz sin tener la sombra... no es que tengáis que conocer el mal para tener el bien, pero debéis tener la posibilidad de que exista el mal. Eso es lo que predica la Iglesia, ¿sabes? Esa es la elección de la que disfruta el hombre, que puede elegir entre el bien y el mal. Dios no obliga a hacer el mal más que el bien. La elección se deja al hombre, al igual que se dejó a Adán. Solo Dios tiene una posibilidad real de comprender y apreciar la libre voluntad. —Me agarró del codo, y me condujo hacia un callejón. Al fondo brillaba un cartel blanco y rojo. Olía a comida.

»Tienes que ver eso. La Cultura nos da muchísimo, pero, en realidad, solo nos está despojando de cosas, está haciéndole una lobotomía a todo el mundo, despojándolos de sus posibilidades de elección, de su potencial de ser realmente buenos o, incluso, ligeramente malvados. Sin embargo, Dios, que está en todos nosotros; sí, también en ti, Diziet... quizás incluso en la nave, por cuanto sé... Dios, que todo lo ve y todo lo sabe, que es todo poderoso y omnisciente, de un modo que ninguna nave ni ninguna vulgar Mente podría llegar a ser, infinitamente sabio, aún nos deja elección. A esta pobre humanidad, patética y falible... y, por extensión, a la panhumanidad... nos deja la opción de elegir incluso a nosotros, los, los...

El callejón estaba oscuro, pero aun así, debería haberlos visto. Ni siquiera estaba escuchando a Linter, simplemente le estaba dejando parlotear, sin concentrarme en comprender lo que decía. Así que debería haberlos visto, pero no los vi, no hasta que ya fue demasiado tarde.

Nos asaltaron por detrás, tirando un cubo de basura, gritando y echándose encima. Linter se dio la vuelta, soltándome el hombro. Yo me giré rápidamente. Linter alzó una mano y dijo, tranquilamente, sin gritar, algo que no llegué a oír. Una figura se apresuró hacia mí, medio agazapada. De algún modo, sin verlo, supe que tenía una navaja.

Sigo recordando todo de forma tan nítida, tan comedida... Supongo que alguna secreción se apoderó del instante en que mi cerebro se dio cuenta de lo que sucedía. En mi recuerdo, el callejón parecía estar iluminado y todo el mundo se movía muy

despacio, a través de líneas marcadas por rayos láser o crucetas, proyectando unas pesadas sombras por delante de aquellas líneas por donde se movían.

Me aparté a un lado, dejando que el chico y la navaja me sobrepasaran. Le puse la zancadilla con el pie derecho y le di un golpe en la muñeca mientras pasaba junto a mí, haciéndole tirar la navaja. Se tambaleó y cayó al suelo. Recogí la navaja y la arrojé lejos, al otro lado del callejón, antes de volverme hacia Linter.

Estaba en el suelo y dos de ellos le estaban propinando una buena sarta de patadas y puñetazos. Cuando me dirigí hacia ellos, lo escuché gritar, pero no recuerdo ningún otro sonido. No sé si realmente fue todo tan silencioso como lo recuerdo o si estaba concentrada en el sentido que me ofrecía más información. Agarré a uno de ellos por los tobillos y tiré de él, apartándolo y lanzándolo hacia arriba, golpeándole la cara con una bota al tiempo que la extendía. Lo aparté de mi camino. El otro ya se había levantado. Las líneas parecían amontonarse en el lateral de mi visión y vibraban, haciéndome pensar en cuánto tiempo tardaría el primero de ellos en recuperar el equilibrio, si no la navaja. Me di cuenta de que no estaba haciendo aquello como se suponía que debía hacerlo. El que tenía delante se abalanzó contra mí. Me quité de su camino y volví a darme la vuelta. Le di un golpe en la cabeza mientras volvía la vista para controlar al primero, que ya estaba de pie y se acercaba a nosotros. No obstante, se quedó dubitativo junto al segundo atacante, que se retorció contra el muro, tapándose la cara; la sangre oscura destacaba sobre su pálida piel.

Salieron corriendo a la vez, como un banco de atunes dando vueltas.

Linter se tambaleaba, intentando mantenerse en pie. Le cogí y se agarró a mí, apretándome el brazo, mientras respiraba con dificultad. Se tropezó y flaqueó mientras llegábamos hasta la luz blanca y roja que resplandecía en la puerta del pequeño restaurante. Nos abrió la puerta un hombre con una servilleta metida por el cuello del chaleco; se quedó mirándonos.

Linter se desplomó en el umbral. Solo entonces me acordé del terminal y me di cuenta de que Linter me estaba agarrando el cuello del abrigo, donde llevaba el prendedor que lo sujetaba. A través de la puerta abierta se filtraba el aroma de la comida. El hombre de la servilleta escrutó con precaución el callejón. Intenté zafarme de los dedos de Linter.

—No —dijo—. No.

—Dervley, suelta. Déjame comunicarme con la nave.

—No —imploró mientras negaba con la cabeza. El sudor le empapaba la frente y tenía los labios teñidos de sangre. Por el abrigo beis se iba extendiendo una inmensa mancha oscura—. Déjame.

—¿Qué?

—¿Señorita?

—No, no.

—¿Señorita? ¿Quiere que llame a la policía?

—¿Linter? ¿Linter?

—¿Señorita?

—¡Linter!

Relajó su presión sobre mí al mismo tiempo que se le cerraban los ojos.

En la puerta del restaurante se había congregado un grupo de personas. Alguien exclamó: «¡Jesús!». Me quedé allí, de rodillas sobre el gélido suelo con el rostro de Linter pegado al mío, pensando: *¿Cuántas películas? (Las pistolas se acallan, la batalla se detiene). ¿Cuántas veces hacen esto en sus sueños comerciales? (Cuide de Karen por mí... es una orden, señor... sabes que siempre te he querido... Killing of Georgie... Ici repose un déporté inconnu...)* *¿Qué estoy haciendo aquí? Vamos, señorita.*

—Vamos, señorita. Vamos, señorita... —Alguien intentaba levantarme.

Después se agachó junto a Linter, dolorido y sorprendido. Otra persona empezó a gritar y la gente empezó a retroceder.

Empecé a correr. Le di un golpe al prendedor del terminal y dejé escapar un grito.

Me detuve en el extremo del callejón, cerca de la calle y me apoyé contra la pared, con la mirada clavada en los oscuros ladrillos de enfrente.

Hubo un ligero *pop* y un dron descendió lentamente delante de mí; un dron eficiente de cuerpo negro, con la impenetrable longitud de dos misiles cuchillo sostenida a cada lado, al nivel de la vista, preparados para entrar en acción.

Respiré hondo.

—Ha habido un pequeño accidente —dije intentando mantener la calma.

## 6.3. Efecto halo

Contemplé la Tierra. Se mostraba proyectada, mediante una holografía, sobre una de las paredes de mi camarote. Brillante y azul, maciza y envuelta en blanco.

—Entonces fue más como un suicidio —dijo Tagm, estirándose en mi cama—. No creía que los católicos...

—Pero yo cooperé —le interrumpí, dando vueltas arriba y abajo del camarote—. Yo le dejé hacerlo. Podía haber llamado a la nave. Después de que perdiera la conciencia hubo tiempo; aún podríamos haberlo salvado.

—Pero lo habían alterado de nuevo, Dizzy. Y ellos fallecen cuando se les para el corazón, ¿no es así?

—No, tienen dos o tres minutos después de que se pare. Había tiempo. Tuve tiempo suficiente.

—Bueno, entonces, también la nave pudo hacer algo. Debería haber estado observando. Estaba obligada a tener allí algún misil por si acaso —resopló Tagm—. Probablemente Linter fuera el hombre más observado del planeta. La nave también lo debería haber sabido; podría haber hecho algo. Ella tenía el control, tenía el alcance en tiempo real; no es culpa tuya, Dizzy.

Ojalá pudiera aceptar la exculpación moral de Tagm. Me senté en el extremo de la cama, con la cabeza entre las manos, mirando fijamente el halo que envolvía a aquel planeta sobre la pared. Tagm se acercó hasta mí y me abrazó; me puso las manos en los hombros y apoyó la cabeza sobre la mía.

—Dizzy, tienes que dejar de pensar en eso. Vamos a hacer algo. No puedes quedarte sentada aquí contemplando ese maldito halo todo el día.

Acaricié una de las manos de Tagm y volví a observar aquel planeta que giraba lentamente, abarcando de una sola ojeada desde el polo hasta el ecuador.

—¿Sabes? Cuando estuve en París y vi a Linter por primera vez, estaba parada sobre unos cuantos escalones en el patio de su apartamento, observándolo, y había un pequeño cartel en la pared que decía que estaba prohibido fotografiar el patio sin el permiso del encargado. —Me volví hacia Tagm—. ¡Quieren ser dueños de la luz!

## 6.4. Salida dramática, o gracias y buenas noches

La madrugada del 2 de enero de 1978, a las 3.05 horas y 3 segundos, GMT, la Unidad General de Contacto *Arbitraria* rompió la órbita en torno al planeta Tierra. Dejó a su paso un grupo de ocho satélites de observación principal —seis de ellos en órbitas GE cercanas—, un reguero de drones y misiles menores y una pequeña plantación de robles en un acantilado cerca de Elk Creek, California.

La nave recuperó el cuerpo inerte de Linter, lo había rescatado del congelador de un depósito de cadáveres de Nueva York. Sin embargo, al irnos, Linter se quedó allí, en cierto modo. Yo alegué que debíamos enterrarlo en el planeta, pero la nave no estuvo de acuerdo. Las últimas voluntades de Linter en cuanto a la inhumación de sus restos se habían emitido hacía quince años, cuando se unió a la sección de Contacto, así que era algo bastante convencional. Su cadáver se trasladaría hasta el núcleo de la estrella más cercana. De este modo, el Sol ganaba peso corporal, cortesía de la tradición de la Cultura, y quizás dentro un millón de años, una pequeña parte de luz del cuerpo de Linter brillaría sobre el planeta que tanto había amado.

La *Arbitraria* mantuvo el campo oscuro unos cuantos minutos y después lo arrojó pasado Marte (así, quizás, su imagen fuese captada por algún telescopio de la Tierra). Mientras tanto, iba recuperando todos sus drones remotos y satélites lejos de los otros planetas del sistema. Permaneció en el verdadero espacio hasta el último momento (posibilitando que su masa, en rápido aumento, generara una señal sobre algún experimento de onda gravitacional terrestre, en lo profundo de alguna mina de montaña). Luego ascendió mientras enviaba el cuerpo de Linter hacia el núcleo estelar, recopiló los últimos drones de Plutón, succionó un par de cometas de la periferia y arrojó el diamante de Li a Neptuno (donde probablemente siga en órbita).

Había decidido que dejaría la *Arbitraria* después del periodo de descanso y recuperación, pero en cuanto me hube relajado en la orbital de Svanrayt durante algunas semanas, cambié de opinión. Tenía demasiados amigos en la nave y, de cualquier modo, cuando se enteró de que estaba pensando en solicitar el traslado, pareció sentirse realmente afectada. Me convenció para que me quedara, pero nunca me confesó si estaba observándonos a Linter y a mí aquella noche en Nueva York.

Entonces, ¿de verdad creía que era yo la responsable o me estaba engañando incluso a mí misma? No lo sé. No lo sabía entonces y sigo sin saberlo ahora.

El sentimiento de culpa existió, eso lo recuerdo, pero era una culpa extraña. Lo que de verdad me enfadaba, lo que encontraba difícil de aceptar, era mi complicidad..., no en lo que Linter intentaba hacer, ni en su propia muerte medio voluntaria, sino en la mayoría de los mitos transmitidos que esta gente aceptaba como su realidad.

Me choca que aunque también nosotros critiquemos a veces el tener que sufrir y nos quejemos de que nunca generamos auténtico arte, nos desanimemos o nos esforcemos por compensarlo, nos permitimos nuestro truco habitual de sintetizar algo sobre lo que preocuparnos, cuando en realidad deberíamos estar dándonos las gracias por vivir como vivimos. Puede que nos consideremos parásitos, que nos quejemos de los cuentos que se inventan las Mentes y que anhelemos sentimientos auténticos, emociones reales, pero estamos perdiendo el norte y, en realidad, incluso es posible realizar obras de arte por nosotros mismos al imaginar tal apacible existencia. Tenemos lo mejor de ella. La alternativa es algo como la Tierra, un lugar donde por mucho que sufran, por mucho que ardan de dolor y que les asalte una confusa y apabullante angustia, generan más escoria que en ningún otro lugar. Telenovelas y concursos, periódicos basura y romances baratos.

Y lo que es peor, existe una ósmosis entre realidad y ficción, una contaminación permanente que deforma la verdad oculta tras cada una de estas facetas y que fusiona las contundentes distinciones de la propia vida, clasificando las situaciones y sentimientos reales mediante un conjunto de reglas extraídas en gran medida de los tópicos ficticios más vetustos, de las tonterías más populares y generalmente aceptadas. De ahí las telenovelas y quienes creen vivir como en ellas, llegando a considerar ciertas esas historias. De ahí los concursos, donde lo ideal es pensar lo más parecido a la media posible y quien mejor se ajusta a eso es quien sobresale sobre los demás; el ganador...

Siempre han tenido demasiadas historias, o eso creo. Eran demasiado libres en lo que respecta a su aclamación y a su lealtad, impresionados demasiado fácilmente por la simple fuerza o por un mundo malicioso. Rindieron culto en demasiados altares.

Bueno, pues aquí está su historia.

Quizás sea también que no he cambiado demasiado a lo largo de los años; dudo que sea muy distinta de la que hubiera escrito un año o una década después de los hechos, en lugar de un siglo más tarde.<sup>[14]</sup>

Aun así, es extraño cómo recuerdas las imágenes. A lo largo de los años me ha perseguido una cosa, se ha repetido un sueño. En cierto sentido, realmente no tiene nada que ver conmigo, porque era algo que yo nunca vi... y, sin embargo, sigue ahí.

Aquella noche, no quería que me desplazaran, ni quería ir a ningún lugar lo suficientemente alejado como para que me recogiera un módulo sin ser vista. Hice que el dron de cuerpo negro me elevara sobre la ciudad; justo encima, con un campo oscuro, ascendimos hasta el cielo, en mitad de Manhattan, elevándome sobre toda aquella luz y ruido y adentrándome en la oscuridad, de forma tan silenciosa como una pluma cayendo al vacío. Me senté en la espalda del dron, supongo que aún conmocionada, y ni siquiera recuerdo cómo me trasladaron al módulo oscuro que yacía a unos cuantos kilómetros sobre la red de luz eléctrica. Veía, pero no miraba,

sin pensar en mi propio vuelo, sino en el resto de drones que la nave estaría utilizando en el planeta en aquel momento; dónde estarían y qué estarían haciendo.

He mencionado que la *Arbitraria* recogía copos de nieve. En realidad estaba buscando un par de cristales de hielo idénticos. Tenía —tiene— una colección; no holografías ni descomposiciones de figuras, sino muestras reales de cristales de hielo de todos los lugares de la galaxia que había visitado en los que había descubierto agua congelada. Solo coge unos cuantos copos cada vez, por supuesto; una recogida exhaustiva sería... poco elegante.

Supongo que aún seguirá buscando. Lo que haría si alguna vez encuentra dos cristales idénticos, no lo ha dicho nunca. Tampoco sé si quiere encontrarlos realmente, de todos modos.

Pero pensé en eso mientras dejaba aquella ciudad deslumbrante y quejicosa a mis espaldas. Pensé —y sigo soñando con esto, quizás una o dos veces al año— en algún dron, con la espalda plana y moteada de estrellas, flotando tranquilamente en las estepas o en el extremo de una polinia frente a la costa de la Antártida, alzando suavemente un único copo de nieve, separándolo del resto y dudando, quizás, antes de irse, en si desplazarse o elevarse, llevando su minúscula y perfecta carga hasta la nave estelar que esperaba en órbita y dejando en paz, una vez más, las llanuras congeladas o las vastas extensiones de hielo.

## 7. Perfidia o unas cuantas palabras del dron

Bueno, gracias a Dios que esto ha terminado. No me importa confesarle que ha sido una traducción extremadamente complicada; la intransigente actitud de Sma, a veces obstruccionista, no me ha ayudado mucho. Ha utilizado con bastante frecuencia expresiones en maraino imposibles de traducir de forma fiel sin utilizar, al menos, un diagrama tridimensional. Además, se negaba sistemáticamente a revisar o a volver a redactar el texto para facilitar su traducción. He hecho lo que he podido, pero no puedo aceptar ninguna responsabilidad por ningún malentendido que cause cualquier parte de esta comunicación.

Supongo que en este apartado se me conferirá más importancia que en los títulos de los capítulos (incluyendo este y el de la carta adjunta de Sma) y en las notas con mis aclaraciones. Sma escribió todo lo anterior como un documento continuo (¿puede imaginárselo?), pero creí que sería mejor dividir el contenido. Por cierto, los títulos y subtítulos de los capítulos son todos nombres de Unidades Generales de Contacto producidas en la fábrica *Apuestas arriesgadas* de la orbital Yinang, a la que Sma hace referencia en el capítulo 3 (aunque sin nombrarla).

Otra cosa; notará que en su carta, Sma tiene el descaro de referirse a mí simplemente como «el dron». Ya me he burlado de sus caprichos supervisores durante suficiente tiempo, de modo que ahora me gustaría aclarar que mi nombre es, en realidad, Fohristiwhirl Skaffen-Amtiskaw Handrahen Dran Easpyou. No soy ningún engreído y considero una irresponsabilidad por parte de Sma sugerir que mis labores en Circunstancias Especiales son algún tipo de expiación por delitos anteriores. Tengo la conciencia tranquila.

Skaffen-Amtiskaw  
(Dron, ofensivo)

P. D.: He conocido a la *Arbitraria* y es una máquina mucho más agradable y comprometida de lo que Sma le induciría a creer.

## Interferencias



O: el presente y el futuro de la especie HS (sic) considerada como los contenidos de un archivo popular contemporáneo (q.v.). Comienza el compendio del informe-extracto versión 4.2 (tras esta pausa).

A nadie le gusta pensar en lo que A nadie le gusta pensar A nadie le gusta pensar en lo que podría ocurrir en caso de que su Gran Prima Libre de Impuestos Prima Libre de Impuestos pero has protegido a tu familia si tu Prima Libre de Impuestos Alarma Antiincendios Doméstica protegerá a tu familia Gran Libre de Impuestos mejor que casi cualquier otro producto competidor producto No lo hará Mejor que casi cualquier producto Puedes permitirte no estar sin esta económica Plazos de Crédito

Fácil Disponible Fácil Fácil Plazos de Crédito Fácil Disponible No dañarán las alfombras.

## I. Daño Neu(t)ral Irreversible

No era una buena idea para nada le dije le he dicho cariño en estos tiempos tienes que buscar al número uno; ve a por él, cielo. Que no te joda ningún BMW Serie 3 con alerones discretos y esas abultadas agendas llenas de sobrepeso con toda tu vida de yupi resumida en el interior de esas pastas estriadas, eligiendo tu chaqueta Hiper Hiper para que vaya a juego con la nueva agenda forrada en piel que acabas de comprarte Eso es un reloj de submarinista, ¿haces submarinismo? No eso es un maletín de piloto ¿tú puedes volar? ¿Estás seguro de que es de verdad Perrier? Un título de un claustro prestigioso, tampones de diseñador y aseos tipo *loft*. Todavía no conozco a nadie con SIDA. ¿Esto es el tocador? No es buena buena idea le dije ve a por él, cielo; cancela BUPA<sup>[15]</sup> si tienes que hacerlo —¿te encuentras bien no? Hazte una citología antes, claro— y vende las acciones de Gas; subrógate con mi primo te cuidará y te lo empezará si quieres; demuéstrales a esos putos cabrones que leen el *Guardian* lo que piensas de ellos; un Fondo Común que solo invierte en Sudáfrica, las industrias nuclear y de defensa y productos de productos relacionados con el tabaco es una gran idea. Por lo menos sabes dónde estás vamos a comer y hablamos de ello. A todo esto, ¿es verdad lo de Naomi y Gerald?

## II. La base del iceberg

(olor) Los paquetes de tabaco barato machacados, la escritura con plantilla negra sobre tapas amarillas las llaman antichoques en Estados Unidos. Todos pulverizados. La cuerda de pañales lavados chorreando, calcetines, pañales, blusa —le falta un par de botones— más pañales, pantalones —de la tienda de Oxfam— pañales (Intrusión: las economías de escala: mete el gran paquete de pañales Pampers blanquirrosas y la gigaeconomía del E9000/caja Familiar Familiar Familiar de polvos en el GTi No te olvides de la comodidad. Y entonces ahora ¿dónde estábamos? Ah sí), pañales (olor), leotardos, pañales, más leotardos más pañales goteo goteo goteo en las páginas de periódico que cubren el suelo (la cuerda va desde el portalámparas roto hasta el gancho que sostiene el descolorido cartel del protocolo de incendios y nada de invitados después de las diez Se espera que desocupes la habitación seis horas al día Se deben subir los cochecitos a las habitaciones NO dejar los cochecitos en los huecos de la escalera No cocinar en la habitación Se debe no se debe ponerle una cuña a esta puerta para abrirla dejarla cerrada en todo momento en que el edificio esté ocupado. Ignífugo). Los restos de menús del Wimpy y de los menús familiares de McDonald's y la sopa del Kentucky Fried Chicken en un Cesto y Batidos de Colores

Intensos y menús del Wendy y Patatas Fritas (olor) y más Patatas Fritas (olor) y un Döner Kebab (color);

comida basura comida basura comida basura comida rápida para los que han hecho cola durante siete horas en el INSS hoy han pasado

el rato

en el parque de segunda mano un par de una copa en las últimas dos horas pero se forma una capa en la parte superior y te echan de allí si están liados

comida rápida

almuerzo si está lloviendo es lo peor no dejarán entrar los cochecitos de todos modos frío bajo la lluvia y la capucha se cala deja las ventanas corridas todo el día

comida rápida

(yalosépero)

La transferencia no viene hasta el martes que viene ha estado fuera tres días pero han perdido los archivos enviados desde Glasgow vaya pintas pobre vaca

comida rápida

dijeron que es una afección respiratoria mantenlo seco yo dije es una broma

comida rápida

el parque

estación/

INSS/

patear las calles supongo

(Intrusión: el papel chorreando decía: ¿QUIERES UN PRÉSTAMO RÁPIDO? solo propietarios)

comida rápida

(mientras tanto Jesús qué liados tan ocupados oh mierda ¡otro almuerzo de fiambreras...! ¿He pagado eso con la tarjeta de empresa? Sí invita la empresa a un Vodafone el mes que viene Oh cariño otra vez voy tarde... vamos a compartir un taxi)

[cmd rpd]

y las latas de judías las botellas de sidra el jarabe de la tos las cajas de tampones (más IVA) tarros de potitos Si mojas las Patatas Fritas (más IVA) en los potitos duran más no dejará de llorar me entran ganas de matarla a veces ya lo sé, está mala otra vez (olor) y

yo voy tarde otra vez

(sic) vaya pinta

avance rápido

### III. Pégame, Scotty

por supuesto están los resultados indirectos; Géminis nos dio unas sartenes antiadherentes, ¿o fue Chuck Yeager? cmd rpd Bueno de todos modos habrá aplicaciones pacíficas claro la televisión solar de mi guardia se alimentaría de los láseres basados en el espacio

### IV. Abracadabra pata de moco

... eso hizo, en la fecha o sobre la fecha que dije arriba, intencionadamente y en plena posesión de sus facultades mentales, pasar por debajo de una escalera sin el debido cuidado ni prestar atención, pisar las grietas de la acera (1.345.964 otros crímenes que habría que tener en cuenta), romper un espejo (pena legal establecida de siete años), no terminarse la carne en la cena (provocando por tanto un periodo de lluvia de duración indeterminada el día siguiente; véase el informe meteorológico forense), derramar unos 211 granos de cloruro de sodio doméstico (sal común: NaCl) sin lanzar después esa misma cantidad de cloruro de sodio por encima del hombro izquierdo a pesar de que había suministro gratuito del mismo, para respaldar las obras del demonio y, más aún, lo hizo en presencia de varios testigos devotos, hombres buenos y honestos, con premeditación abrió una sombrilla en el interior de un umbral, según se establece en la Ley Doméstica (Definición) del Año de Nuestro Señor...

### V. Ahora lávate las manos

Iba avanzando en dirección oeste por la calle Rhodes con otra gente de mi banda cuando observé cómo el demandado salía del local que yo conozco ahora como «Supermercado de los hermanos Singh Carnes Halal y Sin Licencia» con una caja de cartón llena de productos domésticos y una tez oscura, con lo cual mis colegas y yo fuimos tras él. El demandado entonces tiró la mencionada caja de productos domésticos, yo la pateé mientras lo perseguía. Corrimos tras el demandado hasta que entró en lo que yo ahora conozco como el callejón de Crucial Brew, donde yo y otros colegas le pateamos los huevos, los riñones y la cabeza, provocándole lesiones y angustia; después de eso nos piramos. Y me gustaría dar las gracias al Consejo de Revisión de Quejas de Cabrones Racistas por ayudar a que todo este tipo de historias sigan en la calle (Intrusión: nadie les pidió que vinieran aquí los mandaríamos de vuelta al lugar de donde vienen, Bradford). Bueno, antes de eso (Bradford). Bueno, originariamente (Informe de Deportación de Choque: la familia real repatriada a la tierra de los cabezas cuadradas/de la mafia; toda la llamada clase alta «inglesa» «trasladada» a Francia en el «efecto de 1066»: se preparan los campos de África

oriental para la Solución Final de los «Enfrentamientos de Zanzíbar». Fin del mensaje).

#### VI. Escritura en clave

Basura ADN Basura AND Basura NAD Basura DAN Basura AND suraBa ADN asuraB DNA asuraB AND asuraB NAD asuraB DAN asuraB ADN suraBa NAD raBasu DAN raBasu ADN suBara DNA suBara AND suBara NAD suBara DAN (etc.)

(tce, cet, tec, cet)

#### VII. Tesis, antítesis, diálisis

anula BUPA si tienes que hacerlo Nueva Beca de Investigación sobre el Cáncer Seguridad en nuestras manos Nuevo Informe de la Beca de Investigación sobre el Cáncer concluye Seguridad en nuestros waldos TRATAMIENTO PRIVADO CONTRA EL CÁNCER: UN SECTOR EN CRECIMIENTO Concluye que los pobres y los desempleados son más susceptibles a una amplia gama de Gastar Más Que Más Que Más Que Gastar Más Que Nunca Antes Nueva Beca de Investigación sobre el Cáncer GASTAR MÁS QUE NUNCA ANTES recorte de investigación drástico en NUEVOS RECORTES EN ronda de recortes de gastos NUEVOS RECORTES EN después de numerosas consultas NUEVOS RECORTES EN demanda reducida NUEVOS RECORTES EN zona de captación NUEVOS RECORTES EN prioridades revisadas NUEVOS RECORTES EN servicios sociales NUEVOS RECORTES EN susceptible de una amplia gama de NUEVOS RECORTES EN NUEVOS RECORTES EN RECORTES EN CIRUGÍA... La Beca de Investigación ya no se remitirá como «pago único» y esta última marca de la máquina de hemodiálisis —la versión de munición exacta guiaba la pantalla láser al ritmo del remix 12 Inch Dance— puede diseminar cientos de esas diminutas máquinas de piedras de riñón sobre la superficie de un campo de golf campo de criquet pista de squash, descomponiendo descomponiendo una insuficiencia renal enemiga mientras está aún en territorio de Varsovia (oh, oh, sic) ve a por él cariño.

#### VIII. Menudo mundo libre

UN CHIFLADO DEJA LESBIANAS NEGRAS CON SIDA INGLÉS PROHIBIDO

EN GUARDERÍAS

OTRO

LOS CENTROS MAGGIE<sup>[16]</sup> ATACAN «ENEMIGO EN EL INTERIOR»

OTRO TRIUNFO

«LO SIENTO NIÑOS, SOIS BLANCOS»  
OTRO TRIUNFO PARA  
¡CABRONES!  
OTRO TRIUNFO PARA GRAN BRETAÑA  
OTRO GOLPE PARA LOS LABORISTAS  
VUELVE A BAJAR EL DESEMPLEO  
OTRO TRIUNFO PARA GRAN BRETAÑA  
OTRO TRIUNFO  
LABORISTA DISEÑA ESTATUTO DE LOS GORRONES  
OTRO TRIUNFO PARA  
35.000 PUESTOS DE TRABAJO SI GANAN LOS LABORISTAS  
OTRO TRIUNFO PARA  
¡GRACIAS, MAGGIE!  
OTRO TRIUNFO PARA  
(BENEFICIOS RÉCORD)  
OTRO TRIUNFO PARA  
EE. UU.  
¡os pillé!

#### IX. Un rápido movimiento de orejas

de cada diez niños menores de seis años sufren pesadillas regularmente sobre la guerra nuclear

Yo dije que da curros, no, y él dijo «eso mismo pasó en Belsin y Outshwits; ellos ni siquiera los acarrearón en carros de ganado sabes; alguien tiene que construir los campos y poner las vallas eléctricas y tener las duchas lavadas; háblame de currar duro cuando te hayas tirado todo el día vigilando cuerpos retorcidos en los hornos»

Yalósé «oh, venga Fritz; ¿a qué te dedicas estos días?»

«Bueno, Kurt, estoy en un Programa de reconversión del Reich, ¿lo sabes?; sacándoles los dientes de oro a los judíos tiesos».

Yalósépero ya da curros

¿Seis millones? No me hagas reír es solo una ciudad

Yalóséperoqué el gas es rápido comparado con la radiación

Enfermedad

Yalóséperoquépuedes Estaba este loco hijo de puta que hacía lámparas con las pieles pero en Hiroshima se quedaban como sombras pegadas en la pared

Yalóséperoquépuedeshacer te comes la cabeza, ¿sabes?

Yalóséperoquépuedeshacertú claro que tanto curro deja que se infiltre justo la marcha de los rojos y tienes que defenderte, ¿no?

## X. La historia del universo en tres palabras (sic)

LA HISTORIA DEL UNIVERSO

CAPÍTULO UNO

¡Bang!

CAPÍTULO DOS

SSSSS...

CAPÍTULO TRES

crac.

FIN

## XI. La naturaleza exacta de la catástrofe

BIENVENIDOS AL FUTURO te hace te hace pensar te hace supuesto que los laboristas solo hacían te hacen te hacen no es cierto lo leí en el periódico (sic) LA AMENAZA ROJA te hace pensar GASTAR no te rasques no va a mejorar nunca (psic) marcha justo en marzo marcha marzo justo en te hace pensar suponer habrá beneficios indirectos MATA A UN PANCHITO Y TE LLEVAS UN ABONO TRANSPORTE he dicho ve a por él cielo MATA A UN buscar el número uno y MATA A UN tienes que defenderte MATA A UN MATA A UN cmd rd MATA MATA MATA A UN ROJO Y te hace patearle en las máquinas de hemodiálisis ATENCIÓN: tenéis que GASTAR MÁS defenderos tenéis que defender vuestras EL TRANSBORDADOR CHALLENGER BOMBARDEA CHERNÓBIL CON AYUDAS DIRIGIDAS POR LÁSER vidas, SETENTA Y TRES SEGUNDOS SOBRE CABO CAÑAVERAL DOCE MINUTOS SOBRE TRÍPOLI CIEN MIL AÑOS SOBRE EUROPA DEL NORTE, ¿verdad? ATENCIÓN: ah bueno tacha otra estación eléctrica tacha otro planeta cmd rpd he dicho ARMARSE ¿no? CRECIMIENTO sin INDUSTRIA sin el debido CRECIMIENTO CRECIMIENTO CRECIMIENTO INDUSTRIA sin el debido cuidado y GASTAR MÁS QUE tenéis que defender GASTAR MÁS QUE NUNCA ANTES defender vuestra Libre de Impuestos INDUSTRIA EN CRECIMIENTO sin el debido cuidado y ATENCIÓN: SECUENCIA DE REARME defenderos, ¿no? simplemente deja a los rojos ATENCIÓN: SECUENCIA DE REARME INICIADA cmd rpd Suponer cmd rd tenéis que defenderos cmd rd A NADIE LE GUSTA PENSAR las cortinas corridas todo el día ds rpd ATENCIÓN (solo propietarios) A NADIE LE GUSTA tenéis que A NADIE LE GUSTA (Intrusión:) tenéis que ATENCIÓN: no estropeará las alfombras ATENCIÓN: he dicho ATENCIÓN: cmd rpd ATENCIÓN: cmd rd ATENCIÓN: A NADIE LE GUSTA defender vuestra GASTAR MÁS QUE NUNCA ANTES vida, ¿verdad? le dije ve a por él ATENCIÓN: ATENCIÓN: ATENCIÓN: Fin del Mensaje defender defender defenderos, ¿verdad? tenéis que defender vuestro... ero, ¿qué es ese brillo, yo...? ATENCIÓN:

[PEM]

(ssssss...)

XII. Fin





IAIN BANKS, escritor de novelas de literatura general (como Iain Banks) y de ciencia ficción (como Iain M. Banks).

Nació en Fife, hijo único de un oficial del Almirantazgo y antiguo profesional de patinaje sobre hielo. Estudió en la Universidad de Stirling literatura inglesa, filosofía y psicología. En 1975 viajó por Europa, Escandinavia y Marruecos. Durante un año trabajó como técnico de pruebas en la compañía British Steel, pasando una temporada en la construcción de Nigg Bay, zona que le sirvió de inspiración para *La fábrica de avispas* (1984), su elogiada novela sobre un adolescente depravado. A su regreso en Escocia trabajó durante seis meses en la compañía IBM, y en 1979 se trasladó a Londres.

Después de *La fábrica de avispas*, continuó publicando novelas, muchas de ellas dentro del género de ciencia ficción. Entre ellas destaca *Pasos sobre el cristal* (1985) y *Pensad en Phlebas* (1987), considerada como una de sus mejores obras. La narrativa de Iain Banks se caracteriza por su interés por la tecnología, las armas peligrosas y el juego. Al margen del género policiaco escribió *El camino del cuervo* (1992), a medio camino entre los ritos de paso y la novela policiaca, con la típica tenebrosidad que le caracteriza. *Cómplice* (1993) es una comedia negra en la que un misterioso asesino elige como víctimas a seres moralmente en quiebra, como traficantes de armas o de pornografía. En 1995 publicó una novela de ciencia ficción, *With*, a la que siguieron *Excesión* (1996) y *Una canción de piedra* (1997). Su publicación más reciente es *El negocio* (1999) y *Look to Windward* (2000).

# Notas

[1] Se trata de un planteamiento menos preciso de la ley de Sturgeon (el dron). <<

[2] Casi diez mil, por supuesto. La señora Sma nunca fue demasiado hábil con la aritmética mental (el dron). <<

[3] Se trata de una traducción extremadamente forzada, pero es la mejor de la que disponemos (el dron). <<

[4] De hecho, resulta intraducible (el dron). <<

[5] Otro aspecto engañoso. La señorita Sma se empeña en seguir utilizando palabras que no tienen ningún equivalente directo (el dron). <<

[6] La palabra que Sma insiste en seguir utilizando está exactamente a medio camino entre lo común y lo vulgar. Escoja usted mismo (el dron). <<

[7] Creo que esto desentona de forma espantosa, pero ella no está de acuerdo (el dron). <<

[8] La señora Sma confunde la transmisión de materia (sic) con el desplazamiento transdimensional de una singularidad remotamente inducida. Es un caso perdido (el dron). <<

[9] En realidad, Sma hablaba con una bandeja esclavizada por la nave que llevaba las bebidas, pero cree que suena estúpido decir que estaba hablando con una bandeja (el dron). <<

[10] El siguiente discurso —extraído de los archivos de la propia Arbitraria— ha intentado mantenerse lo más fiel posible. Las excentricidades gramaticales del señor ‘Ndane son difíciles de reproducir (el dron). <<

[11] Consideré que el equivalente fonético iría mejor que una palabra compuesta como «caballoide» (el dron). <<

[12] Ves, te lo dije (el dron). <<

[13] Sma utiliza aquí un juego de palabras relativamente equivalente (el dron). <<

[14] ¡Ja! (el dron). <<

[15] N. de la t.: Compañía de seguros médicos privados de Inglaterra. <<

[16] N. de la t.: Centros especializados en terapias contra el cáncer. <<